Lady Briana
y el Coronel
Verónica Mengual

© VERÓNICA MENGUAL
LADY BRIANA Y EL CORONEL
ASIN: B0B8Q98M1P
Sello: Independently published

Primera edición, agosto de 2022.
Impreso en España.
Corrección y edición: Verónica Mengual.
Diseño de portada: Pamela Díaz.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Lady Briana y el coronel

Soldados en la Batalla del Amor I

Verónica Mengual

Porque siempre todo depende de los ojos con los que se mire,
porque el afecto no entiende de impedimentos.
Dedicado a todos los que nunca se dan por vencidos…
en la batalla del amor.

Índice

Prefacio: Todo tiene un principio
Capítulo 1: Familia
Capítulo 2: El regreso del coronel
Capítulo 3: La hora del baile
Capítulo 4: Un sueño hecho realidad
Capítulo 5: Un acercamiento
Capítulo 6: Una auténtica pesadilla
Capítulo 7: Un reencuentro nefasto
Capítulo 8: La venganza
Capítulo 9: Enredos de parejas
Capítulo 10: Desenredos de matrimonio
Epílogo: Una novia demente
Segundo epílogo: ¿York de rodillas?
No te pierdas las siguientes historias
Nota de la autora
Sobre la autora

Prefacio

Todo tiene un principio

—Amanda, ¿no han significado nada mis besos? —preguntó el hombre sofocado y ansioso.

—Lo hemos pasado bien, Frederick, pero no puedo casarme contigo. No insistas más. No eres para mí. —Ella estaba ya hastiada por la pesadez de él.

La pareja se encontraba en la biblioteca. Ella se estaba acomodando, con calma, en el bonito sillón tapizado de terciopelo. Sostenía en su regazo el libro que acababa de coger de una de las muchas y altas estanterías. Él se arrodillaba ante la mujer como tantas veces había hecho ya en el pasado. Esta vez él no estaba dispuesto a darle tregua. Ese reencuentro iba a suponer el final o el principio de algo. El hombre aprovecharía todas las cartas que tuviese a mano para salir victorioso de esta batalla. No tenía nada que perder y sí mucho que ganar.

—Sé que yo soy para ti. —Le agarró decidido la mano para dar mayor énfasis a la declaración—. No puedo respirar si no te tengo cerca. —Su corazón al desnudo por completo—. Eres indispensable para mi cordura. Si no me permites amarte me hundirás en la miseria. —Sabía que se mostraba débil ante ella. Nada de eso importaba. Lo único que ansiaba era una respuesta positiva a su declaración.

—Ya te lo expliqué en su momento, Frederick. No lo hagas más difícil e incómodo. —Se soltó bruscamente de su agarre—. Lo nuestro fue algo pasajero. Dos amigos que no pueden estar juntos. —Todo hubiese sido diferente si las circunstancias de él fuesen otras. La dama no debía casarse con un segundo hijo de un conde.

—Yo quiero estar contigo. —La desesperación se instauró en su ser. La estaba perdiendo y no sabía qué palabras pronunciar a fin de que ella accediese a sus deseos.

—No tenemos futuro. Mi familia no lo permitirá. No tienes nada que ofrecerme. —Ciertamente la mujer así lo consideraba.

—Te doy mi corazón, Amanda. Es todo lo que tengo, todo lo que soy.

—Siempre estás igual. Ya no puedo soportarlo más. Creo que es mejor que dejemos de ser incluso amigos. —La mujer se levantó aborrecida. Se colocó junto a la ventana esperando a que él tomase la decisión de marcharse de la estancia y dejarla a solas. ¿Qué no entendía su pretendiente? Ella no lo quería. Lo había maltratado y ni

aun así se la dejaba en paz.

—No me hagas eso también. No me retires tu amistad. Te lo imploro. —Frederick decidió no seguirla por la biblioteca y permaneció impasible junto al sofá donde ella había estado hasta hacía unos pocos instantes. Se levantó del suelo y esperó la respuesta de ella ante su súplica.

—Te he dado muchas oportunidades y no quiero que sufras más. Estoy segura de que encontrarás a una mujer que sepa verte, pero esa, definitivamente, no soy yo. —Estaba decidida a cortar esa relación costase lo que costase. Ella tenía otros planes y él no entraba en ellos.

—¿Es Kensington, verdad? —La pregunta le dolió en el alma. Él estaba hablando de uno de sus amigos íntimos.

—Es un futuro duque.

—Si me dieses una oportunidad yo te demostraría todo lo que puedo llegar a ser. Por ti me convertiré en lo que necesites que sea. Déjame demostrártelo.

—¿No lo entiendes? —Se tomó un momento para buscar las palabras que le hiciesen ser cruel y brutal. Era la única manera de apartarlo de una vez por todas—. Es que me repugnas. No quiero que me hables, no deseo que me mires. Estoy abrumada por ti, no puedo soportarlo más. He intentado ser amable y no funciona, fui cruel y tampoco funcionó. ¡Supéralo, Frederick! Búscate a otra. Tiene que haber alguien para quien seas perfecto tal como eres, pero no soy yo. ¡Olvídame! Te desprecio, ¿no lo ves? No eres atractivo, hablas raro, no tienes ni título ni fortuna, me desagrada todo, ¡todo de ti! —A la mujer le faltaba el aire por lo rápido que le había escupido el discurso.

Frederick cerró los ojos. Estaba seguro de que una bala perforando su pecho dolería en menor medida de lo que ese ataque había supuesto. Le costaba respirar. Buscó una serenidad que no poseía y decidió rendirse.

—De acuerdo. Aquí se acaba, pues, nuestra relación, nuestra amistad, pero no pienses ni un solo instante en que Kensington posará sus ojos en ti, su lealtad está conmigo. Por más tentadora, hermosa y sublime que puedas llegar a ser, ese barco zarpará sin dedicarte una mísera oportunidad. —Le goteaban los ojos, pero le daba igual. Llevaba años sufriendo por ella. Mostrarse frágil con Amanda una última vez no lo iba a matar.

Frederick salió de la biblioteca sintiéndose morir. Un gusano, un reptil miserable. Una vez que escuchó la puerta abrirse, la mujer se dio la vuelta. Lo vio salir y no sintió ningún remordimiento. Al fin había ocurrido. Él la dejaría en paz. Sintiéndose vencedora, irguió la cabeza dispuesta a marcharse y olvidar ese penoso episodio de su vida.

El lugar se quedó tranquilo y en completo silencio. Una de las

pesadas cortinas que configuraban la decoración de la biblioteca comenzó a moverse. *Lady* Briana Pierce salió con sumo cuidado para mirar a derecha y a izquierda y cerciorarse de que no había nadie en la estancia. Esa noche no podía dormir y había bajado en camisón en busca de una novela de misterio. No había compartido la mesa con el resto de los invitados porque la joven no podía verlos. Cuando escuchó unas voces en el pasillo repasó su atuendo y decidió ocultarse de la vista de quienes iban a entrar en la estancia. No era correcto que una muchacha transitase con una ligera prenda de ropa por la mansión, aunque esa casa fuese su hogar.

Lo había escuchado discutir con ella una vez más porque se pasaba la vida siguiéndolo. Sí, lo espiaba y no le daba vergüenza admitirlo, sin embargo, esta vez había sido todo fruto de la casualidad. Esa boba mujer no sabía lo que se perdía al privarse de él. La joven resopló e incluso pataleó el suelo un par de veces. No era apropiado que una dama se comportase de la manera que ella lo estaba haciendo, pero era eso o romper todas las bonitas figuritas que estaban apostadas en las mesitas.

¡Era injusto! Briana encantada se dejaría amputar una pierna o lo que fuese con tal de que él la mirase como a esa insensata. El honorable Frederick Burns se iba al día siguiente para seguir combatiendo contra las tropas napoleónicas y si él le hubiese dicho a ella esas dulces palabras de amor, la joven lo habría acompañado hasta el fin del mundo. Sí, no se hubiese quedado esperando por él hasta su regreso como una buena prometida. La muchacha se habría enrolado en el ejército junto a Frederick, porque después de esa increíble declaración, nadie ni nada la hubiese persuadido de separarse de él.

Ser testigo de toda esa conversación había sido incómodo. No solo porque Bri —como la llamaban sus más allegados— estuviese locamente enamorada del mejor amigo de su hermano y esas palabras no fuesen para ella, sino también porque la boba lo había hundido en el fango con su desprecio y su lengua viperina. ¿Por qué Dios daba miel a los cerdos?, se preguntó la joven.

Incluso lo había visto llorar. Desde su escondite asomó la cabeza en uno de los silencios y vio ese brillo lacrimógeno. El corazón se le estremeció y tuvo ganas de salir de detrás de la cortina tras la que estaba escondida, darle un sonoro bofetón a esa boba y limpiarle las lágrimas a él mientras le decía que era hombre más magnífico, fabuloso, bueno, tierno, amable y fantástico que Dios puso sobre la faz de la tierra.

La señora Amanda Baker —Bri usaba el título que la simplona e infantil hija del baronet poseía por derecho de nacimiento— que se daba aires de grandeza se había atrevido a desilusionarlo. ¡A él! Ese

valiente hombre que partía una vez más hacia el fragor de la batalla para poner su vida al servicio británico y defender la libertad y la justicia. ¡Era un héroe al que nadie tenía derecho de privarle nada!

Cuando ambos salieron de la biblioteca, Bri lo hizo unos instantes después sin el libro que no llegó a elegir. Su corazón aún latía furioso por las palabras tan duras que la simplona había escupido sobre ese grandioso hombre. Frederick, su amor secreto.

Sin pensarlo dos veces subió por las escaleras y fue directa en su busca. No sabía los años que tardaría en volver a verlo, pero sí estaba segura de que esta era su última ocasión para… no sabía bien para qué, pero algo debía hacer. Su corazón, su propia razón la impulsaban a actuar.

Entró sin llamar a la puerta. Lo hizo tímida pero segura. Avanzó unos pocos pasos tras cerrar la puerta. Su imponente figura entre luces y sombras se dibujaba clara. Su ancha espalda era lo que ella veía.

—¿Te lo has pensado mejor, Amanda? —Frederick estaba mirando por la ventana porque no quería volver a mostrarse débil ante ella.

—Uhmm. —Definitivamente Bri tuvo que haberlo meditado mejor. Su impulsividad siempre la andaba metiendo en problemas. Su familia tenía razón cuando la regañaba por no medir las consecuencias de sus actos. Avanzó unos pocos pasos más hacia él. Tenía ganas de abrazarlo, consolarlo.

—Te amo con toda mi alma. Sé que soy el segundo hijo de un conde y que mi comisión en el ejército es lo único que tengo, pero te juro que si me aceptas prosperaré. Mi padre me apoya, mi hermano también y no te defraudaré. —Frederick miraba por la ventana como si ese paisaje en la penumbra fuese algo grandioso, aguardando el veredicto ante la reiteración de sus sentimientos. No se atrevía a enfrentarla.

Bri cerró los ojos. Suspiró. Ojalá ella fuese la destinataria legítima de esas palabras, porque sin serlo sentía mariposas en su estómago. Era el momento de ser fuerte y hacer lo que había venido a hacer. Tomó una amplia bocanada de aire.

—Frederick, lamento no ser lo que necesitas, no ser ella. Eres el hombre más amable, bondadoso, apuesto y encantador que haya conocido jamás. Te llevas mi corazón contigo, porque aun sabiendo que no soy correspondida, no puedo evitar amarte con toda mi alma. El reino entero debería inclinarse ante ti, rendir pleitesía a un valeroso coronel que pondrá en peligro su vida para que quienes nos quedamos aquí seamos libres y estemos a buen recaudo. Regresa sano y salvo, torna honorable, valeroso, vuelve triunfante y demuéstrale que se equivoca en su decisión. No hay nadie mejor que tú. —Las lágrimas habían comenzado a correr por miedo a que él pereciera en la batalla. Su existencia sería un infierno si ese hombre no estuviese cerca. Vivo.

—¿*Lady* Briana? —Él tuvo que girarse cuando no reconoció la voz de tan bellas afirmaciones y quedó fascinado con esa joven, por su dulce corazón, su consuelo y ánimos.

—No. —Bri se acercó a él y le colocó el dedo índice en los labios para hacerlo callar—. No digas nada. Para ti soy una muchacha que siempre te incordiaba con sus muñecas de trapo, a la que estabas obligado a soportar por ser amigo de Samuel. Aun así, no te lleves en esta larga travesía esas duras palabras cargadas de maldad dichas sin sentido, quédate con lo que una amiga sincera opina de ti.

Bri lo veía inmóvil y con los ojos aún rojos por culpa de esa boba simplona. Le acarició la mejilla y le ofreció una sonrisa sincera. Con la otra mano se permitió acariciar su cabello cobrizo. Estaba lleno de un mejunje que él se ponía porque a la tonta no le gustaban sus rizos rebeldes. Bri, en otras de las veces que los espió, la oyó criticar su pelo, sus ojos grises, su espalda, su andar, incluso esa forma especial que él tenía de pronunciar ciertas palabras. Era un ceceo tímido que lo hacía más brillante si cupiese. El coronel era único.

—Permíteme pues, Frederick, que yo me quede con un grato recuerdo de ti.

Bri enfocó su mirada en sus labios y tras quitar su dedo de allí se lanzó a darle un tímido beso. Se quedó unos minutos con su boca pegada a la suya, mientras que sus manos hurgaban en el bolsillo para depositar la cadenita de oro con una cruz que su madre siempre había portado hasta el día en que murió. Esa joya era mucho más que un objeto de decoración. Bri estaba convencida que su progenitora había dejado parte de su espíritu ahí. Por eso quería que él la llevase consigo, a fin de que esa mujer que le había dado la vida a ella lo amparase en los momentos más crudos.

Se separó de él. Lo miró a los ojos. Volvió a acariciar su mejilla y lo sintió apretar ligeramente su rostro contra la palma de su mano. Ella sonrió.

—Tus rizos son adorables y tu forma de hablar es cariñosa, especial. Nunca te avergüences, porque eres magnífico. El más sublime de los hombres palidecería a tu lado, Frederick Burns.

Ya sí, con una sonrisa en su rostro y lágrimas de emoción, *lady* Briana se dio, majestuosa, la vuelta, levantó la barbilla y salió satisfecha de la habitación del amor de su vida.

Había ido contra todas las normas morales y sociales, pero le importaba bien poco haber desafiado las creencias. Era lo que había que hacer… por él, por ella. Dios la perdonaría porque lo amaba con todo su ser.

Capítulo 1

Familia

Armony, Inglaterra, cuatro años más tarde.

Los días pasaban, los meses se sucedían, incluso los años transcurrieron impasibles. *Lady* Briana no se quejaba del devenir. Tenía una vida cómoda, familiar y estaba rodeada de los suyos, de los que más la querían y a los que más amaba.

En la finca familiar, en Armony, era feliz. Sus deberes y obligaciones eran sencillos. Le gustaba tratar con los arrendatarios de la finca, disfrutaba también de la cocina. Preparar pasteles para los pequeños de la casa, sus sobrinos, era uno de sus mayores pasatiempos. Había esquivado con relativo éxito las pretensiones de su hermano para lo que él denominaba la temporada social. ¿Bri en Londres rodeada de caballeros expuesta en el mercado matrimonial? No, gracias.

¿Qué mejor podría haber que la apacible vida en la finca? Nada. La ciudad no era para una mujer como ella. Modistas, bailes, flores, pretendientes… Únicamente con pensarlo ya se sentía atosigada, en especial lo último. Su transcurrir diario con sus animales, los sirvientes, los vecinos del pueblo, e incluso su hermano que a veces era intratable, era todo lo que Briana quería y necesitaba para disfrutar de su existencia.

Las muchachas casaderas, a poco más de los dieciséis años ya estaban comprometidas, y ella era bastante mayor que eso y se negaba a ser parte del juego. Simplemente su corazón no le pertenecía a ella misma, por lo que no era libre de entregarlo a ninguna otra persona. El poseedor de su alma era el único con potestad de hacer lo que considerase oportuno con ella. Tenía a dos amigas que día sí y día también la invitaban a integrarse en sociedad. *Lady* Elisabeth MacGlen y *lady* Olivia Carrington estaban más capacitadas para lidiar con la vida londinense, pero ella no tenía ni ganas ni tiempo para hacerlo. Su vida estaba donde tenía que estar.

Se había levantado con las primeras luces del sol, como hacía cada mañana, dispuesta a vivir las pequeñas aventuras de la habitualidad. Una de las yeguas estaba embarazada y había venido el veterinario. En toda la noche no había podido pegar ojo pensando en el acontecimiento.

Se disponía a salir en dirección a los establos cuando una figura

masculina la interceptó y la conminó a celebrar una entrevista. Todo lo que veía, lo que percibía, indicaba que se avecinaban problemas. Serias trabas a las que pensó que todavía faltaba mucho para enfrentarse. ¡Ilusa!

—No pienso ir, Samuel. Digas lo que digas no vas a convencerme. —Bri lo tenía más claro que el agua. En el momento en el que tomó asiento frente al escritorio de él y lo observó con talante serio, supo que iba a pasar por un tormento.

—No vas a ser una solterona. Ha llegado la hora de que vayamos a Londres. Soy tu hermana y tú eres mi responsabilidad. Las cosas no pueden seguir así. —Su decisión de casarla estaba tomada. Nadie lo impediría. ¿Su hermana no era capaz de ver que lo hacía por ella?

—Hace tiempo que dejé de ser una jovencita casadera. —Justo cuando se marchó él a la guerra, quiso explicar.

—Entonces serás una mujer casadera. —El hombre estaba convencido de que esa batalla no se la anotaría ella.

—¡No! —Bri se levantó de la silla enérgica. Su hermano la imitó.

—¡Vas a ir porque soy el cabeza de familia, lo mando y lo harás! —Él también levantó la voz, al igual que había hecho ella con su negativa. Su hermano podía convertirse en un tirano espléndido si se lo proponía.

—Si padre estuviera con nosotros me permitiría tomar la decisión. —Volvió a sentarse. Mostrarse como una mocosa, no ayudaría a su causa. Él hizo lo propio.

En ese momento entró la esposa de su hermano en el despacho. Las voces subidas de tono habían captado su atención desde el pasillo.

—¿Qué son esos gritos? —Bri se dio la vuelta para mirarla.

—Angela, dile que no puede obligarme a ir a pasar la temporada a Londres. Tengo veinte años ya y no voy a casarme porque no quiero y nadie me quiere, ni querrá. Estoy bien como estoy. Si el problema es que molesto en esta casa, me marcharé para no regresar —expuso totalmente airada la última frase.

—Si te marcharás de aquí será para ir a tu propia casa, con tu esposo —replicó su hermano.

—Soy una solterona. —Tomó una bocanada de aire y se giró—. ¿Angela? —Bri la miró suplicante, la esposa de Samuel siempre conseguía replegarlo a sus deseos, y esperaba que una vez más ella estuviese de su lado.

—Cariño… —empezó a decir con cautela la esposa de su hermano porque Bri era demasiado temperamental. A sus años, ella no era así, bueno tal vez sí. Eso no venía al caso—. Tener un marido, tu propio hogar… tus hijos, es algo maravilloso. Cierto que me casé con apenas diecisiete con Samuel porque lo quise en cuanto lo vi… —Miró a su esposo y le dedicó una tierna mirada.

—Yo también te amo, esposa —correspondió él al halago de su mujer. Era frecuente que la pareja se dedicase intimidades así sin importar quién estuviese presente.

—Como decía, cariño —retomó lady Monty su explicación—, aún puedes encontrar a un buen hombre al que enamorar, Bri. ¡Que te enamore! No serás una solterona hasta que tú misma lo decidas —sentenció con esperanza.

Si los dos supieran que su corazón partió con él cuatro años atrás, en los que ni un triste segundo dejó de estar intranquila, y que no podría volver a enamorarse jamás… no estarían presionándola con semejante disparate. Briana no quería exponer sus motivos, pero había de ser tajante al respecto.

—No iré a Londres y es mi última palabra. En todos estos años no me ha hecho falta ir y no voy a comenzar ahora con esa necesidad. —Cuando lo vio tan solemne pidiéndole que lo acompañase al despacho tuvo que haber sido más lista y salir corriendo a las caballerizas. Seguro que el potrillo ya habría nacido y ella se lo había perdido. ¡Caramba!

—De acuerdo.

—¿Cómo has dicho? —preguntaron a la vez las dos mujeres mientras se miraban la una a la otra. Ahí había truco.

—Que si no quieres ir a Londres, no irás —expuso de modo desenfadado.

—Te lo agradezco, Samuel. Sabía que lo entenderías. —Estaba algo inquieta porque a su hermano cuando se le metía algo ente ceja y ceja…

—Y lo entiendo.

—Bien, ahora si hemos terminado, voy a ir a ver si la yegua… —Comenzó a levantarse para iniciar la retirada.

—Pero la temporada vendrá aquí. A Armony. —Su hermano se permitió una breve sonrisa. La muchacha volvió a sentarse.

Una angustia la atravesó como un rayo cuando vio a Samuel poner esa expresión tan suya que advertía complicaciones.

—¿Qué has hecho, hermano? —Demasiado fácil para ser verdad.

—Una fiesta campestre. —Sonrió de nuevo a ambas, orgulloso de su argucia.

—No puede ser verdad. —Bri comenzó a afligirse.

—No podré obligarte a ir a Londres para que busques esposo, pero sí puedo traer a los candidatos a esta, que es mi casa. Porque, jovencita, como conde de Monty puedo hacer en mis propiedades lo que se me antoje.

—Me marcharé.

Odiaba cuando la llamaba jovencita y se mostraba condescendiente.

—He invitado a tus amigas también y sus padres han aceptado. No tienes dónde esconderte, Bri. Esta vez no vas a escapar.

—Me quedaré recluida en mi habitación todo el fin de semana. —A terca no la ganaba nadie.

—Como quieras, todos lo pasaremos en grande mientras tú te enclaustras como una apestada en tus dominios.

—¡Te odio! —Le gritó con enfado, puesto que se había quedado sin alegatos más racionales.

—Lo sé. —Era lo que acostumbraba a decirle cuando estaba molesta con él.

—¿Angela? Ayúdame —dijo por lo bajo.

—No. —Le hizo un gesto de advertencia a su esposa—. Esta vez vosotras dos sois las que vais a tener que claudicar porque es mi última palabra al respecto. Las invitaciones hace semanas que fueron enviadas y todo va según lo previsto.

—¡Samuel, no me habías informado de nada! —se quejó su esposa.

—El ama de llaves lo ha tenido todo en previsión.

—Pero yo soy la condesa de la casa… —Su marido estaba en problemas por haberla dejado al margen con respecto a esta fiesta campestre. Como condesa y esposa, era su obligación haber preparado todos los detalles de la reunión.

—Lo eres, esposa. Además de la dueña de mi corazón. —Una lisonja haría que *lady* Monty no se mostrase enfadada.

—¿Entonces? —Puso los brazos en jarras porque estaba esperando una explicación convincente.

—Hubieras participado en el complot para que ella —señaló a Bri— se saliese con la suya y estoy determinado a que se case este año. Es hora de que tome su lugar. Es la hija de un conde, hermana de otro, un buen esposo es lo que se merece. Lo prefiero con título y fortuna, pero esas son dos cosas que… bueno, veamos primero a los candidatos y después opinaremos.

—¿Quién cuidará de tus hijos? —Bri empleó su último recurso. El tiempo se le agotaba. Samuel parecía haber tomado una decisión definitiva y ella no quería, no podía casarse con nadie. Prefería envejecer amándolo en silencio, sola con el único consuelo de haberlo conocido. A Bri no le importaba ser como la heroína de su reciente novela.

—Hay miles de excelentes institutrices que no consientan a mis tres hijos. Es más, estoy seguro de que, pese a tu enfado inicial, tarde o temprano acabarás dándome las gracias cuando estés acunando a tus propios vástagos. —¡Su hermana era verdaderamente imposible!

—Tengo frescos aún los alumbramientos de tu esposa. Eso no va a pasar. —La piel se le ponía de gallina cuando recordaba aquello gritos de la pobre Angela. Eso, sin contar las maldiciones que le echó a su

hermano mientras los paría.

Por su parte, Samuel estaba seguro de que con un buen compañero, su hermana encontraría los beneficios de crear niños. Gimió en su interior. No podía pensar en su hermana en esos términos.

—Como sea, hay una fiesta en mi casa y vas a tener un buen número de candidatos a tu alcance —sentenció impasible el conde de Monty.

Era inútil razonar con él cuando se ponía autoritario. Angela se quedó hablando con él, pero Briana se marchó hecha un basilisco. ¿Casarse? ¡Era imposible! No había nadie como él. ¿Una familia? Le encantaría ser madre, pero de los hijos de él. ¿Vivir en su propia casa? Sí, si era bajo su techo, con él junto a ella. No había nadie más que el coronel. En honor a la verdad, no lo había intentado siquiera. Briana no se consideraba una romántica, pero eso de enamorarse estaba convencida que solo se daría una vez. Su corazón estaba tan lleno de ese soldado que nadie conseguiría entrar jamás. Ni a empujones alguien, otro caballero, podría nunca sacarlo de ahí.

No era un capricho pueril. Ese hombre que tal vez no sabía que ella existía hasta la noche en que se plantó delante de él, probablemente no la hubiese mirado ni una vez en toda su existencia. Además, que de la boba simplona lo tenía encandilado, esclavizado y subyugado como poco.

Briana no se sentía tampoco una dama casadera. Cierto también que no había tenido oportunidad de demostrar sus dotes como mujer ante un público masculino ¡pero es que no quería hacerlo! ¿Por qué había de casarse si no iba a ser con el hombre del que estaba plenamente enamorada? Samuel no entendía nada y Bri no estaba dispuesta a explicar lo que anhelaba su pobre corazón.

Aquel día que lo vio partir una vez más, Bri se marchó con él. Con dieciséis años todo el mundo pensaría que la única hermana del conde de Monty había tenido un encaprichamiento simple con un hombre que le llevaba cuatro años y que se marchaba a la guerra. No era descabellado pensar esto porque Frederick había sido íntimo amigo de su hermano desde prácticamente siempre. El conde y él se conocieron en Eton y era habitual que ambos hombres intercambiasen estancias en la finca de él y que el coronel viniese a casa de su hermano. Eran cinco. El club de los cinco, se hacían ellos apodar. Tres partieron hacia la guerra con el ejército británico, únicamente dos se quedaron. Su hermano fue uno de ellos y el otro también era un noble felizmente casado, según había oído conversar a Samuel con su esposa.

La enfermedad que se llevó a su progenitor, el anterior conde de Monty, poco después de que Samuel se marchase, alivió la conciencia de su hermano. Samuel había discutido con el anterior conde porque él quiso marcharse también con sus tres compañeros de fatigas a la

batalla, pero al final acabó obedeciendo, concretamente cuando supo que el anterior conde no estaba bien de salud y se quedó.

Samuel conoció a su esposa y se quedó prendado. Fue un amor a simple vista que había crecido y perduraba a través de los años. Cuando su padre desveló que estaba enfermo fue cuando decidió quedarse y no seguir a los soldados. La lealtad de Monty con sus amigos era algo incuestionable.

De hecho, aquella noche en que Bri abrió su corazón ante el amor de su vida, fue cuando Samuel y Angela, probablemente, consumaron su matrimonio, puesto que hacía unas horas que habían recitado sus votos en una preciosa boda íntima. Justamente ese fue el motivo por el que Amanda estuvo en su casa. Todavía, Briana no llegaba a entender cómo la condesa de Monty pudo haber sido amiga de esa mujer, esa arpía que era más mala que el peor de los dolores de muelas. Supo que Mandy, como la llamaban Angela y el resto de sus conocidos, se había casado con un conde unos meses después de que Frederick se marchase, y se alegró porque al fin el coronel podría verse libre de ella, de su embrujo. No, que no haya confusión aquí. Bri era muy consciente de que Frederick nunca sería suyo, pero al menos esperaba que si la boba de Amanda estuviese fuera de su alcance, él al fin podría poner sus miras en una mujer que verdaderamente lo mereciese. Tanto lo quería que lo que más deseaba era que el coronel fuera feliz, aunque ello implicase que lo hiciera con otra dama. El amor, a veces, era sacrificio.

Briana suspiró. Tenía en sus manos ese pequeño retrato que su mirada no había conseguido borrar, porque cada día al levantarse y al acostarse lo observaba como una bella obra de arte. Frederick. No supo cómo llegó esa pieza hasta debajo de su almohada, pero estaba agradecida de haberla encontrado allí la mañana después a su declaración de amor.

Si le preguntasen a Bri por qué lo amaba, no sabría qué contestar. En toda su niñez en la que lo tuvo cerca, él no le dirigió ni una sola mirada que sugiriese que podría haber algo más. ¿Palabras? Pocas, las naturales entre conocidos. Probablemente él no sabía ni que Samuel tenía una hermana de no ser por las veces que Frederick la despachaba porque siempre molestaba, tal y como él le decía a su hermano. Los niños tenían sus juegos y siendo ella pequeña siempre les era un estorbo.

No se comportó indeseablemente Aunque nunca fue simpático con ella, ni atento. Indiscutible que toda la culpa de esto último no era del coronel, Briana también tenía su parte porque en todas las veces que lo tenía cerca nunca se atrevió a hablarle o a saludarlo. No es que fuese tímida, es que todo lo que tuviese que ver con él la hacía parecer falta de inteligencia. *Lady* Briana se quedaba alelada ante el amor de

su vida. Simplemente ella se había enamorado de él de una forma natural y nunca encontraba el valor de hacerse visible. Ese sentimiento por él era algo tan grande que dolía. Lo veía y se quedaba muda, sorda y ciega para el resto de las cosas. En su universo, el sol era él: Frederick.

Era un poco más alto que ella, de cuerpo atlético, con los ojos de un azul extraño, como un día nublado. Mandy no lo veía apuesto. Muchas veces, cuando Angela le había pedido que se apiadase de él, porque era un buen hombre, la hija del baronet decía que era un esperpento de hombre, feo, grotesco. No la entendía, porque para Briana era muy atractivo. Su cara era común, pero sus ojos lo hacían especial. Ese ceceo tan tierno… ¡uy! Era celestial, Bri se derretía cuando lo oía hablar.

Frederick siempre fue valiente, incluso lindaba la temeridad. Era un jinete magnífico que habitualmente andaba desafiando la velocidad. De más joven también lo veía trepar a los árboles sin inmutarse, intrépido. Pero era justo, sabio y muy tierno. Cuando su madre murió tres años antes que padre, también por una enfermedad, vio abrazar y consolar a su hermano y ya supo que, si no era él, no querría casarse con nadie y como Frederick no sabía ni que ella existía, moriría solterona, rodeada de gatos que en su muerte se la comerían. Briana y sus amigas solían bromear sobre esto, pero la única que de verdad lo creía era ella misma.

No se sinceró jamás con nadie respecto a esos sentimientos tan profundos que albergaba por Frederick. Ni a sus amigas, ni a Angela, que más que la esposa de Samuel era como una hermana, su aliada.

Llamaron a la puerta. Sabía quién sería.

—Adelante.

—No me gusta que discutáis. —Angela se sentó a su lado en la cama.

—Yo no le digo lo que tiene que hacer, ¿por qué ha de hacerlo él?

—Porque te quiere, es tu hermano, se preocupa por ti y su meta es verte feliz.

—Es un tirano. No sé cómo lo soportas —bufó.

—¿Qué sujetas en las manos? —preguntó curiosa Angela, mientras se lo quitaba con rapidez.

—¡Devuélvemelo! No tienes derecho a hurgar en mis cosas.

—¡Cielo santo! —Bri se lo arrancó literalmente de las manos en una fracción de segundo, pero *lady* Monty consiguió verlo. La condesa estaba impactada ante lo que acababa de descubrir.

—Ni una palabra, Angela. —Se puso colorada hasta las cejas.

—Cariño… ¿Pero…? —*Lady* Monty estaba impactada y no sabía cómo había conseguido hilar dos palabras inconexas.

—¡No! —le advirtió con un dedo cuando la vio abrir la boca para

volver a preguntar.

—Pero… pero…

—¡No!

Bri se levantó, hizo que la condesa hiciera lo mismo y se colocó detrás de Angela dispuesta a sacarla de su habitación. Su mayor secreto había quedado al descubierto y no le apetecía ni dar explicaciones, ni responder preguntas. Y mucho menos averiguar nada que Angela pudiera saber sobre él. ¿Por qué? Porque Bri era feliz creyendo únicamente que Frederick estaba vivo. Su hermano hubiese tenido que acudir al funeral si no lo estuviera. No necesitaba más, en especial no le apetecía desilusionarse averiguando si él se había casado.

—¡Él va a venir a la fiesta! —consiguió al fin explicar. Pero Bri ya la había sacado de su alcoba y cerrado la puerta en las narices. Angela esperó unos minutos a ver si la esposa de su hermano volvía a darle paso para regresar a la habitación.

Pasados tres minutos, Angela comenzó a andar derrotada. Bri era muy buena, pero a terca no la ganaba ni su esposo. Oyó girar el pomo.

—No quiero que venga. —Estaba muerta de ganas por verlo, pero no era una necia y sabía que su corazón sangraría por tenerlo a su alcance y no poder… ¡nada! Porque él ni sabía que existía.

—Tu hermano lo ha invitado. A él, a Ryan y a Kirk. —Los conocía muchísimo y solía llamarlos por su nombre de pila. La condesa chasqueó la lengua—. El vizconde Portman, Thomas, no creo que pueda venir. —Angela estaba al corriente de lo mucho que le apetecía a su esposo contar con sus cuatro amigos. Hacía mucho tiempo que no se reunían. Sin embargo, la historia de Portman era algo compleja y desdichada como para que acudiese a una reunión frívola. No obstante, esa era otra historia que pronto se daría a conocer. Lo que más le preocupaba a Angela era que el bueno de Portman se había enrolado en el club de los llamados *Disolutos sin corazón*, formado por unos cuantos nobles que eran demasiado libertinos y escurridizos. Definitivamente Portman no encajaba en ese grupo con el que se le asociaba.

Por su parte, Bri sabía que esos tres hombres que acudirían a su casa eran los que marcharon contra las tropas de Napoleón. Valerosos soldados que lucharon al servicio de la Corona.

—¿Vendrá con su esposa? —No fue muy sutil, pero…

—No está casado, Bri. —Sonrió al ver que la condesa involuntariamente se alegró de la noticia. Le tomó las manos para hacerle una confidencia—. Puede ser él, cariño.

—¿Acaso es uno de mis pretendientes? —preguntó incrédula.

—¿Quieres que lo sea?

—No lo será nunca, no sabe ni que soy la hermana de Samuel. —

Hizo un puchero remolón, al tiempo que se soltaba de las manos de Angela. No quería tener esperanzas. Ser realista era su mejor opción.

—Lo vas a tener aquí y puedes conquistarlo. Eres una mujer muy hermosa, Bri. No des nada por perdido. —Lo decía sinceramente. La muchacha tenía los ojos negros, una cabellera rubia preciosa y sus facciones eran bonitas. Era una belleza extraña. Físicamente era una joven que llamaba la atención y Angela siempre envidió su voluminoso pecho.

—No hagas eso. Te lo suplico.

—¿El qué? —preguntó la condesa con el ceño fruncido.

—Darme ilusiones. No quiero tener ánimos.

—¿Desde cuándo tú…? —Quiso averiguar.

—Sabes muy bien que nunca he sido una mujer que se ilusiona.

—No. Pregunto que desde cuándo lo amas.

—¡Ah! Creo que toda mi vida. —Su secreto había salido a la luz, así que no tenía caso negar lo evidente.

—Tu hermano te lo va a servir en bandeja. Aprovecha la ocasión. Estoy completamente segura de que si haces partícipe a Samuel, él te ayu…

—¡No! —la cortó enérgica—. No quiero pensar en esos términos y menos solicitar la ayuda de mi hermano. Es ya bastante duro amarlo como para pensar en que tal vez… —Se imaginó que él la viese al llegar a su finca de campo montado sobre su corcel blanco, recordase aquella noche e hincara su rodilla delante de todos para declarar su amor… Entonces sería cuando una bruja le echaría a ella agua y se despertaría del sueño.

—Van a venir todos esta misma tarde. Ve a prepararte. Tienes mucho trabajo por delante si quieres conquistar a tu futuro esposo. —Angela dejó estar así las cosas. No tenía propósito discutir con Briana en estos momentos.

—¡Oh! Samuel tuvo que habernos avisado, no tengo nada decente que estrenar. —La esperanza de Angela se había apoderado de ella involuntariamente porque y si… Además, que hacía una eternidad que no iba de compras. En el campo con lo que tenía bastaba para apañarse. Sí era cierto que su guardarropa tenía algunos modelos elegantes, pero probablemente no estarían a la moda.

—Tienes el vestido azul zafiro que te regalé por Navidad —tuvo que recordarle—, y que te has negado a utilizar.

—¡No había un evento social tan importante como para ponerme ese precioso traje! —se defendió.

—Pero ahora sí lo hay, un motivo de peso, diría yo. —Ambas se abrazaron, cómplices.

Cuando Angela se marchó definitivamente de la habitación a los pocos segundos volvieron a llamar. «¿Quién sería?», se preguntó

extrañada Briana.

—Adelante. —Tal vez a Angela se le había olvidado decirle algo más.

—Tía, tía. No quiero que te cases y me dejes. —El pequeño James Jeremy, al que solían llamar Jeremy, se tiró sobre los brazos de Bri, desesperado. No es que él hubiese querido escuchar la conversación que había tenido lugar en el despacho de su padre, por supuesto que no. Es que había entrado a pedir prestados unos dulces que el conde tenía en unos de los cajones del escritorio y no pudo huir lo suficientemente rápido una vez que se inició la reunión.

—¡Oh, tesoro! No creo que me case nunca.

—Pero papá dice que vas a tener tu propia familia.

—Tú padre dice muchas cosas. —¿De verdad su hermano también había confabulado en su contra con su sobrino?

—Papá siempre tiene razón. —El niño lo dijo muy seguro. El conde era su héroe.

—Lo sé. —No tenía sentido discutir con el pequeño sobre ese punto, porque su hermano era un ser divino para James Jeremy.

—¿No vas a irte entonces? —preguntó con los ojos muy abiertos y suplicantes.

—No por el momento. —Era imposible que ella se casase. No lo haría si no era con Frederick, así que no estaba contando una mentira.

—Cuando yo me case podrás irte. No antes.

—Eres igual de autoritario que tu padre. —Ese niño se parecía peligrosamente a su progenitor. Angela iba a tener mucho trabajo.

—Quiero ser exactamente como papá —explicó orgulloso James, quien desconocía el significado de la palabra que había utilizado su tía.

—Lo serás pues. Espero que más listo —dijo por lo bajo.

—¿Entonces no vas a irte de casa?

—No puedo dejarte solito, Jeremy. —Ese diablillo necesitaba supervisión las veinticuatro horas del día. Si contrataban a una institutriz, la pobre saldría despavorida a las pocas horas de conocerlo. Amaba al pequeño, pero era demasiado vivaz y revoltoso.

—Bien. Pues ahora es momento de que me marche.

—Tenemos clase en diez minutos.

—¡Oh, no! Hoy no podrá ser porque me duele la tripa.

—Te estás comiendo un bollo de chocolate. No parece que te duela la barriga. —El niño intentó esconder a su espalda la prueba del delito. No había estado muy imaginativo en su excusa.

—Me duele la cabeza. Me he equivocado. —Se tocó la frente.

—Le diré a tu madre que llame al médico

—No, tampoco es eso. Me duele… me duele… —Se le acababan las opciones.

—¿Qué te sucede, Jeremy? —Se veía a la legua que el pequeño hoy no quería dar sus lecciones.

—¡Algo me duele! Por eso no podemos dar las clases —aseveró, seguro de sí mismo. Él iba a ser el futuro conde de Monty. Su palabra, como lo era la de su padre, había de ser la ley, ¿no?

—Te permitiré salirte con la tuya, Jeremy, pero mañana trabajaremos más para recuperar lo que has perdido en el día de hoy. —A Bri le vendría de perlas el descanso también porque estaba muy ansiosa con todas las novedades que intuía que se avecinaban.

—De acuerdo. Mañana ya estaré bien. —El niño salió contento de la habitación de su tía. Era indispensable que Bri no se marchase porque no encontraría a ninguna otra institutriz a quien él pudiese manejar con semejante maestría. Briana se quedaría en casa.

Ella misma lo acababa de decir. Jeremy no tenía que preocuparse. Su buen futuro haciendo con su tía lo que se le antojaba seguiría estando asegurado.

Se paró en medio del pasillo pensando en cuando él tuviera que casar a su propia hermana. Se olvidó de la idea de inmediato porque aún faltaban muchos años para que Astrid fuera una joven casadera.

Se encaminó, comiendo el bocado del pastelillo que le quedaba, dispuesto a volver a meterse en el despacho de su padre y arrebatarle uno de esos caramelos de miel que tanto le gustaba. Era el postre que necesitaba para acompañar al bollito.

Capítulo 2

El regreso del coronel

No tenía que haber aceptado la invitación. Frederick lo supo en cuanto puso un pie en la entrada principal, pero Samuel era demasiado insistente y si no hubiese venido habría ido hasta su finca para obligarlo. Llevaba ya meses evitando el momento y no podía seguir escondiéndose de la tropa. Eso no quitaba que lo que tenía que hacer fuese algo difícil. Él no era un cobarde, pero…

Se tocó el cuello para acariciar esa cadenita que los últimos cuatro años se había convertido en su amuleto de la suerte. Comenzó a andar y maldijo su cojera.

La guerra fue una carnicería incluso cuando todo parecía decidido y con Napoleón encerrado en Elba. Él había regresado tullido, Ryan manco, y Kirk… de su amigo decían que estaba demente. Si la gente hubiese vivido y visto el horror de la guerra en primera persona, muchos se callarían la boca antes de hablar.

Tantas horas de viaje en la misma posición habían hecho que su pierna derecha estuviese entumecida. Se paró a masajeársela antes de acceder a la casa. Quería intentar aparentar que era normal.

Se pasó las manos por el pelo. Desde que no utilizaba el jugo de limón con azúcar, sus rizos estaban más que imposibles, pero se había acostumbrado a prescindir de ese tipo de lujos, pues cuando la vida depende de la pericia y del compañero que está a la derecha e izquierda, todo tiene un nuevo sentido.

Repasó su atuendo. Estaba bastante decente, salvo por la maldita pierna que lo hacía un impedido. El bastón fue de ayuda los primeros meses, pero había conseguido superar esa fase y no le era necesario. Su vida nunca volvería ser la misma y esa visita que iba a realizar y que llevaba tanto postergando… lo hacía sentir inseguro como hacía años que no le ocurría.

—¿Vas a entrar de una vez o necesitas ayuda? —Oyó que le decía una voz desde una ventana.

—No te quejes tanto, que me faltó un pelo para no venir. —Encima mofándose de él y de su mal caminar.

—¡Entra ya, no te hagas más de rogar, Frederick!

—Hubieses sido mejor coronel que yo, Samuel.

—Siempre fui sobresaliente —replicó con una sonrisa.

Entró en la casa y un niño casi lo atropella. El pequeño corredor le dio un pisotón cuando trataba de huir de alguien que lo estaba

persiguiendo. Justo le dio en el pie de la pierna defectuosa. El coronel se tragó un aullido y las ganas de maldecir.

—¡Jeremy! —gritó Bri, sin percatarse de la figura que tenía delante de ella. Su sobrino se iba a ganar una buena reprimenda. La había llenado de harina de arriba abajo como represalia por obligarlo a recitar todo el abecedario castigado cara a la pared. Ese renacuajo era peor que su bendito padre—. Vas a estar encerrado por toda la eternidad. ¡Ven aquí! —Lo atrapó al fin por el borde de la camisa—. Lo siento mucho. —Enfocó sus ojos con los de él y ya todo se fue al garete. Se dio media vuelta y tratando de no correr desapareció de su vista. Se llevó al niño consigo.

Era ella. Esos ojos negros los tenía grabados a fuego. Y fuego es lo que vio aquella noche, pues el reflejo de la chimenea estuvo ahí impreso. Ella lo había visto. Había salido huyendo y eso que aún no le había dado tiempo a presentarse como el tullido que decían que era. En cuanto la muchacha advirtiese ese nuevo defecto…

Además del habla extraña, Frederick tenía esa cojera… ¡Todo estaba perdido! El coronel soltó una maldición por lo bajo.

¡No le había dado tiempo ni a decir una sencilla palabra! Esto era un desastre. No tenía que haber venido. ¡Maldito y persistente Monty! Estaba contento con su apacible vida, lejos de toda la sociedad que lo miraba con compasión y de otros que se habían llamado amigos y que cuando regresó le dieron la espalda por ser diferente. Era una cojera bastante pronunciada, pero al menos el matasanos le pudo salvar la pierna y con ejercicios y paciencia había podido llevar una vida normal.

Una vez más se tocó su talismán. Iba a necesitar toda la energía de ese obsequio. Muchos dirían que no había tenido suerte de regresar de la batalla en este estado, pero él sabía que había sido más que afortunado. Esa bala de cañón pudo haberlo matado y regresó rico como Creso, con honores, valeroso, tal y como Briana le había pedido que hiciese aquella noche.

—¡Al fin! Dichosos los ojos que te ven, amigo mío. Adelante, vayamos, los demás ya están esperándote. —Samuel le dio un abrazo y un par de palmadas en la espalda. A Monty le había costado convencerlo para que acudiese, pero al fin podía ver a Frederick. Lo encontró saludable. Más viejo, con sombras grises en los ojos, pero era el mismo de siempre. Eso quiso pensar Samuel.

—Han sido seis meses complicados. —Frederick no mentía. Todavía no sabía qué fue lo que lo impulsó a salir de ese agujero que había construido en su casa. Bien, era un poco consciente de lo que esperaba con esa visita… pero no lo iba a admitir ni en su fuero interno porque… porque no y punto.

—Yo te veo muy bien.

—¿Me has observado caminar desde la ventana? —Evitó decir caminar bien, porque ese bien no era un término que él hubiese elegido para definirse.

—Sí, y no me parece tan grave. Creo que perder una mano o la cabeza es peor.

—Ryan o Kirk te matarán por decir eso. —Al menos su amigo no estaba violento con la situación. Era un buen síntoma que el conde estuviese alegre.

—Gracias al cielo que no lo van a saber nunca… dado que tú no lo vas a decir y desde luego yo no pienso confesar que hice tal afirmación. —Ambos se echaron a reír. Monty abrió el camino hasta el despacho y él, antes de seguirlo, se dio la vuelta para mirar por las escaleras para seguir la estela de ella. Se quedó un momento quieto y enfocó la vista. Algo allí arriba se movió. Se paró para tratar de observar mejor.

—Sí, debe ser grave si no puedes ni seguir andando unos pocos pasos más… —se mofó al verlo ahí quieto y examinando el piso superior.

—No, es que me pareció… —dejó la frase en el aire—. Vamos a brindar por los nuevos tiempos. —El coronel necesitaba una copa de algo fuerte. La primera inclusión no había sido lo esperado, ni mucho menos.

—Sí y luego te enseñaré esa finca por la que te interesaste, supongo que debería sentirme muy agradecido porque quieras vivir tan cerca de mis tierras. Será como los viejos tiempos. Inseparables.

—Espero que el precio sea justo. —Tenía la firme convicción de comprar una casa, otra finca en el campo y cuando su amigo le comentó que el viejo Fergus vendía la suya para trasladarse definitivamente a la ciudad, vio ahí una oportunidad que no estaba dispuesto a desperdiciar.

—¡Cómo si tuvieses problemas de liquidez con todo ese oro español que te has embolsado!

Cuando entraron en el despacho, el club de los cinco había quedado reducido al club de los cuatro. El otro se acababa de casar y estaba de luna de miel.

—Muchachos —saludó Frederick.

—Coronel —lo saludaron al unísono Kirk y Ryan, quienes habían servido bajo su mando, uno como capitán y el otro como teniente, respectivamente.

—Soy el único que no es normal en vuestra compañía —expuso Samuel con la única idea de romper el hielo. Sabía que los tres no se habían reunido desde su vuelta y que estaban reviviendo la guerra.

—Nunca fuiste muy normal, yo pensé cuando te conocí que eras retrasado.

El tiro le había salido por la culata a Samuel con la afirmación de antes.

—¡Oye, Kirk! Pues tú, muy listo no eres cuando te has dejado enredar y has acabado… —comenzó a decir Samuel.

—No me lo recuerdes —lo cortó el aludido—. Sobreviví a todo aquel horror para caer en una trampa. —El duque de Kensington aún no entendía cómo había pasado todo aquello. ¿Cómo se había metido en ese lío si hacía solo seis meses que había vuelto? Esa muchacha… o era muy lista o muy tonta. Otra en su sano juicio habría huido como de la peste, no se habría agarrado a él como un salvavidas.

—¿Y la joven no tiene miedo de un demente? —Le sonrió. Monty quería irritarlo con su pregunta.

—Yo en tu lugar tendría cuidado. El loco sabe técnicas de combate que podrían acabar con tu vida en un periquete —soltó Ryan. El teniente todavía estaba asombrado por lo que el duque de Kensington era capaz de hacer con un cuchillo.

—¿Y tú, Ryan? Manco y todo me han dicho que… —siguió Samuel.

—No. No vamos a hablar de eso. —Este amigo tampoco quería examinar lo que le estaba sucediendo.

—Como quieras —concedió Monty. Después de todo, no era su vida la que estaba en boca de todos. Si sus amigos quisieran su ayuda ya se la pedirían.

—¿Quieres un *whisky,* Frederick? —Lo estaba mirando, pero su amigo no parecía que estaba en este mundo… «¿No sería el loco Frederick?», se preguntó Samuel—. ¿Oye? ¿Un *whisky*? —tuvo que volver a llamarlo porque no parecía lúcido.

—Uhmm, sí. —El hombre se había quedado parado. Sabía lo de Kirk, pero lo del otro… ¿Qué sería eso de lo que Ryan no quería ni mencionar? Luego le preguntaría a Samuel.

El conde de Monty sirvió cuatro generosas copas.

—¡Por los valerosos soldados que regresaron con vida y vencieron en el campo de batalla! —dijeron los tres combatientes a la vez.

—Y por el hombre que se ha dedicado estos cuatro años a perpetrar bien a fondo —dijo con retintín Ryan— su descendencia…

—No negaré que han sido cuatro años… —Samuel buscaba la palabra para definirlos.

—¿Eufóricos? —preguntó Ryan. Con tres hijos… ese amigo había hecho las cosas muy bien.

—¿Placenteros? —El demente, como apodaban al duque, se imaginó disfrutando de una mujer todas y cada una de las noches en una cómoda cama…

—¿Lujuriosos? —El cuarto hombre que había en el despacho se moría por llevar a cabo lo que había planeado. La vida le debía mucho al coronel y era momento de que él se lo comenzase a cobrar. Pero

ello, a su debido tiempo.

—Todo eso y mucho más, caballeros. —Hizo una pausa y alzó más su copa—. A su salud y porque pronto puedan… perpetrar ¡hasta el fondo! —Los cuatro se carcajearon a gusto con la gracia. El único que estaba servido y bien servido allí en cuanto a las delicias de la carne era el conde de Monty. Los otros tres pobres hombres no habían tenido ocasión aún de disfrutar de una mujer.

Uno de ellos cayó en una trampa, y el segundo, y el tercero…

***

El colmo de la mala suerte. Briana se apoyó contra la pared y se permitió cerrar los ojos. Su pulso estaba aún desbocado. Frederick. Él seguía tal y como lo recordaba. Se notaba que la madurez estaba comenzando a hacerle mella o, mejor dicho, la guerra lo había cambiado, pero seguía apuesto, más que eso. ¡Perfecto! Briana comprendía lo que en la batalla sucedía. Su hermano trató de protegerla, pero la joven se interesaba con todas las noticias que aparecían sobre las bajas y los sucesos. No quería averiguar que él no estuviese en este mundo, pero por otro lado necesitaba saber si él estaba en alguna de las listas de bajas. Había regresado sano y salvo y lo tenía ahí. El coronel estaba bajo su techo, a su alcance y a la vez tan lejano… Su corazón aún galopaba a un ritmo desbocado.

—¿Qué te ha pasado, Bri? —preguntó Angela con cara de preocupación, la condesa parecía un fantasma de tan blanca que estaba y no únicamente porque estaba cubierta de harina, era mucho más que eso.

—Tu hijo mayor es lo que me ha pasado. —Asesinaría al final al pequeño bicho y cuando explicase el motivo, un jurado formado por mujeres la entenderían y le darían la razón.

—¿De dónde sacó la harina? —Él solo no llegaba a la repisa. Algún criado que no se atrevía a contrariar al niño debió ayudarlo sin preguntar. Hablaría con el servicio porque su hijo mayor estaba descontrolado.

—No cabe la menor duda de que es hijo de su padre. Samuel una vez me hizo lo mismo. —Angela enmudeció, porque la historia se la había contado su padre la noche anterior como cuento para dormir. Mira que se lo había dicho a su esposo, que, para Jeremy, él era como un héroe a imitar…

—Lo siento, Briana.

—¡Me ha visto así! Cuatro años luciendo bastante decente y capeando las travesuras de tu hijo y justamente hoy que necesitaba

estar más que presentable… —Bri hizo una mueca irritada.

—¡No! —Angela ya sabía a quién se refería.

—Sí. Mírame. Soy un espanto.

—No lo eres, cariño, tal vez no te haya reconocido.

—Oh, Dios mío, eso sería aún peor…

—¿Peor? —No entendía nada.

—Sí, porque eso implicaría que para él no fui nada, no soy nada… ¡Me quiero morir!

—Nunca has sido una dama dramática, no comiences ahora.

—Se quejó al verla tan contrariada.

—La vida es injusta. —Angela se preocupó porque Bri tenía los ojos a punto de…

—¡No llores!

—Mírame. Esto es un desastre… si cuando yo parecía adecuada, él no se fijaba en mí, ahora ya… ¡oh, Dios mío! Sabía que no debería haberme dejado arrastrar por tu ilusión y esperanza.

—Mira el lado bueno, Bri —le pidió con esperanza *lady* Monty.

—¿¡Qué lado bueno!? No hay nada positivo en esta ridícula situación.

—Si siendo normal no se había fijado en ti, tal vez por verte así comience a hacerte caso. ¡Puede que hasta lo hayas conquistado! Es bien sabido que los caballeros se fijan en lo poco común.

—No me hagas reír. —Una sonrisa comenzó a asomar por el buen humor de *lady* Monty. Angela siempre veía lo mejor en los peores casos—. No tengo motivos para abandonar este pesar que me embarga. —Aun así, no era capaz de borrar la alegría de su cara.

La otra mujer comenzó a desternillarse de la risa y Bri no tardó más de unos pocos segundos en seguirla.

—Vamos, cariño, haré que te preparen una bañera. Para la cena estarás estupenda enfundada en tu vestido nuevo. Se derretirá y no podrá recordar que se cruzó con un fantasma blanco.

—¿Tan mal estoy? —Se apoderó de ella una nueva congoja.

—Cielo, esta noche cuando te vea, te prometo que no recordará nada anterior a ti.

Le subieron los cubos de agua y trató de serenarse en el agua calentita. ¿Cómo iba a actuar con él? ¿Recordaría Frederick aquella noche? ¿Haría como si eso no hubiese pasado nunca? ¿Sería conveniente que ella lo hiciese?

Tantas y tantas preguntas pasaban por su mente que no era capaz de disfrutar de ese remanso de paz en el que estaba sumergida. La bañera tenía jabón con olores a lirios y toques de limón.

Respiró y buscó serenarse. Sus ojos. Esos que eran entre grises y verdes la habían examinado llena de harina. ¿La habría reconocido? Por un lado, esperaba que sí, pero por otro… ¡estaba llena de harina!

Justamente Jeremy tenía que hacer una gamberrada en esos precisos momentos, justamente cuando Frederick llegó a la finca.

Le dolía el corazón de saberlo cerca de ella. Quería averiguarlo todo. Si él había sufrido, ella quería ser su paño de lágrimas, si él había sentido dicha, ella quería compartirla con él. ¿Cómo un hombre con el que prácticamente no había hablado más de unas pocas veces se podía haber metido tanto bajo su piel?

No tenía caso ni intentar sacarlo de ahí. Era como ese jabón que utilizaba. Ese aroma que siempre la acompañaba y que ella ni había elegido y sin el que no podía vivir porque se sentiría extraña.

Debería hacer algo para que él al menos la viese, pero no estaba segura de qué. Además, Briana tenía miedo de que, si abriese esa puerta, él se la pudiese cerrar en la cara y echar la llave. Aquella vez, Bri le mostró sus sentimientos y salió de la habitación más o menos ilesa, porque él ni le había correspondido ni la había rechazado. Vivir con el amor que sentía por él, era una bendición y si Frederick no la correspondía… el hecho de no saberlo a ciencia cierta le daba la posibilidad de seguir soñando y fantasear con él. Una negativa por parte del coronel la destruiría, mataría esa ilusión interna que ella atesoraba como el mayor de los logros de toda la raza humana.

Podía parecer una tontería, mas no lo era. Uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde, según reza el dicho y Briana no quería perder la esperanza de que algún día él pudiese verla como una mujer. Abrir la puerta a ello podría implicar una negativa que no estaba dispuesta a conocer. ¿Por qué debía ser tan complicado todo entre hombres y mujeres?

***

La hermana del conde se había dejado aconsejar en temas de belleza por Angela a fin de lucir esplendorosa. ¿Qué? Tenía pavor a esa negativa por parte de él, pero no era tonta y quería estar espectacular. Cuando vio el vestido no imaginó que la prenda dejarse tanta piel a la vista, pero Angela le explicó que era la moda. No era excesivamente indecoroso, los de la condesa de Monty eran más escandalosos, pero Bri no estaba acostumbrada a llevar ese escote. Se había puesto los zafiros de su madre cuya combinación con el tono azul oscuro del vestido le daba un aire muy adecuado, sobrio. Eso quiso pensar ella.

Había peinado su pelo diferente. Idea de Angela también, por supuesto. Lo llevaba recogido en un lateral y la doncella le había colocado unas pequeñas florecillas blancas que resaltaban en su espesa cabellera dorada.

Cuando estuvo preparada se atrevió a bajar y gracias al cielo fue el mismo instante en el que lo hacían su hermano y Angela.

—¿Briana? —preguntó extrañado Samuel. Parecía su hermana, pero no se veía como ella.

—Cierra la boca, querido —le señaló Angela al verlo boquiabierto —. Estás preciosa, cariño. Todos caerán a tus pies. —Le guiñó un ojo.

—Gracias. —Sin embargo, Bri simplemente esperaba que uno de los allí presentes le dedicase una mísera mirada.

Bajaron. Dos esposos tranquilos y una hermana muy nerviosa comenzaron a saludar a los invitados. Intentó buscarlo en la estancia, pero su hermano reclamó su atención cuando le presentó a uno de los que debían ser sus pretendientes. El vizconde Lemory, de nombre Arnold y apellido Peterson, fue su pareja para escoltarla al comedor. Su hermano hizo un par de bromas por lo buena pareja que parecían hacer y que tal vez fuese el destino… *Lady* Briana quiso estrangularlo allí mismo. Se contuvo a duras penas.

Cuando se sentaron, al fin pudo verlo. Estaba en la gran mesa al lado de una de sus amigas, de Beth y al otro lado estaba el capitán Kirk, a quien todo el mundo había apodado injustamente el duque Demente. Porque sería por algo injusto, ¿no?

Tal y como ella temía, él no le dedicó la más mínima atención. Era inútil. Ni su aspecto bonito, ni vestido indecente, ni peinado especial… Su corazón se hizo más pequeño. Ilusa había pensado que él podría recordar aquella noche de la despedida cuando le abrió sus entrañas para declararse; o al menos que con su atuendo de esta noche llamaría un poco la atención. Se había arreglado con esmero únicamente para él, con la esperanza de que la viese. ¡Su esfuerzo no servía de nada!

—¿*Milady*? —la voz de su acompañante la devolvió a la tierra.

—¿Sí, milord? —preguntó con una sonrisa.

—Le comentaba que tiene usted los ojos más fascinantes que alguna vez había visto.

—¡Oh! —Eso sí que no se lo esperaba. Pensó que tal vez debería devolverle el cumplido… se fijó en sus manos—. Tiene usted los dedos más largos que alguna vez vi. —¡Tonta, tonta y tonta! ¿Por qué había dicho eso?

Contrariado, el vizconde Lemory asintió sin comprender si eso era algo bueno o malo. Estaba acostumbrado a tratar con jovencitas casaderas y era la primera vez que algo lo confundía.

—Si no tiene ningún compromiso previo, me encantaría que me concediese varios de baile esta noche.

—¡Oh! —Eso tampoco se lo esperaba. ¿Ella era popular? Ese hombre se veía muy atento, pero Bri en todos esos años en los que se negaba a acudir a Londres no había recibido ninguna solicitud

masculina. Entre otras cosas, porque la única curiosidad de la que le gustaría gozar era de una que nunca iba a tener a su alcance.

Una vez más, Lemory arrugó el entrecejo. Se consideraba un caballero muy ducho en el arte del flirteo… ¿Estaría perdiendo facultades? No es como si anduviese detrás de muchas mujeres, porque era al revés, pero la hermana del conde de Monty le había causado una excelente primera impresión.

Cuando le llegó la invitación de este hombre con el que había entablado varios negocios de comercio exterior, Arnold ideó una treta para escabullirse, pero estaba satisfecho por haber venido y conocer a esta muchacha. Tenía que sentar las bases si de verdad quería que *lady* Briana Pierce lo conociera antes de que su hermano se la llevase a Londres, porque era de una belleza muy exótica y allí causaría furor.

Sí, pensó con alegría el vizconde Lemory. A sus veintisiete años era hora de asentarse y la relación con la familia de ella podría influir para que su hermano se decantase por él como el pretendiente más favorable. Además, él era un buen partido para cualquier dama. Tenía título, fortuna, modales y físicamente se consideraba a sí mismo bastante adecuado.

—Un vals o dos. Me encantaría que me los reservase, *milady*.

—¡Oh! —Seguro que su acompañante pensaría que ella tenía alguna deficiencia mental. ¿Por qué no era capaz de mantener una conversación? La culpa era de todo este… ¡de toda esta fiesta! Había demasiados hombres, pocas mujeres y ¡encima ella no sabía cómo actuar cuando un varón le prestaba atención! En estos momentos se lamentaba de no haber exigido consejos que Angela tantas veces insistió en proporcionarle para estar preparada en caso de acudir a Londres. Bri creyó que nunca iría y por eso decidió ahorrarle a *lady* Monty el esfuerzo de enseñarla.

¡Caramba! Tomó aire. Trató de serenarse. Enfocó sus ojos a los de ese hombre que eran de un color marrón muy bonito y le dedicó una sonrisa sincera. Su hermano decía que ese era uno de sus mayores talentos, que cuando sonreía hacía que se olvidase de regañarla.

—¿Me concederá dos valses? —Estaba dispuesto a dejar claras sus atenciones por la joven ante todos los rivales allí presentes, pero en especial ante el hermano de ella. Esperaba poder tenerlo de su lado.

—Será un auténtico placer que me honre con su compañía. —Al menos a las clases de baile sí se había prestado, porque Samuel se mostró inflexible con el punto. Renunció al canto, a la pintura y a los bordados, y él la dejó, pero en lo referente a las danzas no tuvo escapatoria. Tendría que agradecérselo más tarde por haber sido tan mandón.

—El placer será del todo mío. Estoy seguro. —Entonces fue el turno de él de deleitarla con su mejor sonrisa. Esa que las dejaba a todas

aturdidas.

Bri se quedó un instante asombrada. Le pareció encantador y mucho más atractivo de lo que parecía cuando lo vio por primera vez. Si su corazón no estuviese tan obsesionado y lleno con Frederick, este candidato que le había presentado su hermano sería una opción muy favorable.

No, no y no. Se regañó mentalmente por tener este pensamiento porque estaba siéndole desleal al amor de su vida. ¡Todo era culpa del tunante de su hermano!

Enfocó de nuevo la vista en el conde y lo observó sorber la sopa con una sonrisa mientras la miraba. No hizo falta preguntar en qué estaba pensando Samuel. Esa cara era de «Ves cómo yo tenía razón y tú no, mocosa».

Buscó la mirada de Angela. La vio con una ceja levantada. Ahí supo que estaba siendo traidora a los sentimientos hacia el coronel. Pese a que no había hablado más de unas pocas palabras con Lemory, estaba segura de que para toda la sala era más que evidente que las atenciones de su acompañante en la cena eran bien recibidas.

Centró la mirada en el único hombre que de allí le importaba.

De nuevo su esperanza cayó en saco roto. Ella no existía para él. Decidió tomar su cena en silencio. Algo que fue difícil, imposible mejor dicho, porque Lemory no se lo permitió. Era muy amable y aunque ella no quería alentarlo, no pudo más que comportarse y ser cordial con uno de los invitados de su hermano.

***

—Es un placer volver a verle, excelencia. —Una de las mejores amigas de Briana, Beth, decidió entablar conversación con el hombre que tenía a su izquierda. Pese a que sabía que él probablemente la odiaba por lo que le había hecho, era mejor que proponer conversación al otro que tenía a su diestra, porque podía oír perfectamente rechinar los dientes de este último y esperaba no ser ella el motivo del enfado de este desconocido.

Beth obtuvo un gruñido en forma de contestación. Decidió quedarse callada. La velada iba a ser muy silenciosa y larga y no solo la cena. Estaba empezando a arrepentirse de la decisión que tomó en su momento. Estaba rodeada por dos hombres insociables. A uno lo conocía mínimamente, al otro en absoluto.

—No le haga caso, *milady*. El capitán Baldrick siempre ha sido un gruñón. —Frederick se apiadó de la joven cuando consiguió dejar de rechinar los dientes.

Beth pensó que se había equivocado en su juicio de entablar

conversación primero con el duque de Kensington, a quien no le gustaba demasiado usar su título, porque en estos instantes en los que ese otro hombre no parecía enfadado, se le veía muy amigable.

—Soy *lady* Elisabeth MacGlen. —No era correcto presentarse así, pero a ella ya todo le daba lo mismo. Su vida era algo… complicada en estos momentos y desafiar una vez más las normas sociales, no iba a pasarle más factura.

—Un placer conocerla. Me han hablado de usted. —El coronel acababa de comprender el gruñido de su amigo. Él estaba en verdaderos problemas. Ella era la hija de otro duque y era también muy bonita.

—Espero que haya sido para bien —señaló ella entusiasta.

—De una joven tan hermosa, atenta, espontánea y educada ¡por supuesto que sí!

Un nuevo gruñido captó la atención de los dos comensales que acababan de entablar conversación. Frederick contuvo las ganas de echarse a reír.

—¿Y quién es el dueño de tan bonitas palabras? —preguntó la joven coqueta.

—Soy el coronel Frederick Burns a su servicio, *milady*.

—Así que usted es el tull… él… él… —«Piensa, piensa Beth», se dijo a sí misma—, el tumultuoso coronel Burns.

—Prefiero tullido a que me llame amotinador, *milady*. —Le sonrió para que no sintiese apuro.

—Lo siento —se disculpó roja hasta las cejas—. No suelo medir mis palabras. Es un defecto que…

—Es algo que yo mismo he comprobado —se quejó el capitán, que parecía hacer algo más que gruñir en estos momentos.

—Al menos no le comió la lengua el gato, excelencia. —La muchacha lo enfrentó y de nuevo Frederick tuvo que tragarse la carcajada que pugnaba por salir de su garganta. Ella tenía agallas.

—Valiente, me faltó señalar cuando enumeré algunos de sus cumplidos —apuntó Frederick para disgusto del capitán Kirk.

—Por favor, soy Beth coronel.

—Entonces yo soy Frederick. —Ella asintió. Un nuevo gruñido retumbó en la sala. La joven se asustó porque este sonido sí había sido más peligroso que los otros. Otra vez el coronel tuvo que tragarse las ganas de reírse en la cara del capitán—. No tenga temor alguno. Solo es peligroso si lleva un cuchillo en la mano.

—El siguiente plato es ternera —explicó algo temerosa. Beth podía ver las bandejas que se acercaban hasta ella. El duque Demente emplearía ahí un cuchillo.

—Esperemos que la demencia no lo venza entonces. —A los cuatro amigos siempre les encantaba molestarse unos a otros. Una vez más el

capitán hizo un ruido, pero ninguno de los dos comensales supo cómo interpretarlo, ¿era de molestia o de diversión?—. ¿Puedo preguntarle, Beth, qué parentesco entabla usted con la familia?

—¡Oh! Soy la mejor amiga de la hermana de Samuel, digo de lord Monty. Olivia y yo, de hecho, somos sus mejores amigas.

—¿Olivia? —Ese nombre también le sonaba.

—*Lady* Olivia Carrington. Es aquella que está ¿discutiendo con…? —¿Por qué su amiga estaba ofuscada y con cara de pocos amigos mientras asesinaba con la mirada a…? Ese hombre le era muy familiar…

—Su amiga parece que tiene una seria discrepancia con el teniente Ryan Cross.

—¿El manc…? ¿El mandón? —trató de improvisar de nuevo. Definitivamente debía meditar antes de hablar. Ella era la sincera, Bri la inquieta y Oli, la desastrosa. Pero Beth se sentía como las tres juntas.

—El manco, sí. Yo soy el tullido, su pro… —un gruñido que dejaría helado a cualquiera se produjo y Frederick decidió cambiar su apelativo— su acompañante es el demente y su amiga está con el manco. Somos los soldados que regresaron con taras del campo de batalla.

—Los soldados valerosos los llama Bri.

—¿*Lady* Briana? —preguntó él, con curiosidad para estar seguro de que se refería a la hermana de su amigo.

—Sí. Todo el mundo los apoda como usted dice, pero mi amiga y su hermano los defienden ante todos, explicando que no son más que soldados valerosos que pusieron la vida al servicio de la Corona para que nosotros estuviésemos aquí libres y a salvo.

Frederick se permitió un momento para examinarla. *Lady* Briana estaba sentada junto a ese hombre que no dejaba de atosigarla. Todavía recordaba ese discurso que le dio la muchacha. Pero en ese esbozo que había hecho la joven que estaba a su lado, faltaban cosas más importantes que ella dijo. Sus ojos negros no era lo único que se le quedó grabado a fuego. Las palabras que le dedicó las recordaba también muy al pie de la letra. Todas y cada una de ellas.

¿Por qué en toda la noche ella había hecho como que no se conocían? Pasó por delante de Briana cuando la vio bajar con su hermano y la esposa de este, ella ni siquiera se había dignado a darle una simple miradita. Aunque podía entenderlo perfectamente. Él era un tullido y Lemory estaba considerado como un gran partido entre las jóvenes casaderas.

Aquella noche de hacía tanto tiempo la joven parecía muy segura de sí misma. ¿Habría cambiado de opinión? ¿Esa declaración fue fruto de la pena? Frederick suspiró. Le faltaban piezas del rompecabezas y

no sabía bien cómo iba a poder recomponerlas, entre otras cosas porque todo él era un completo cuadro destrozado.

—¿Tiene pareja para el baile, coronel Frederick? —Beth volvió a ponerse roja por hacerle esa pregunta porque no era correcto que una mujer fuese tan directa.

—No, *milady*. —Era osada la jovencita.

—¡Él no baila! —El capitán hizo la observación un poco más alto de lo que pretendía.

—No, efectivamente. Mi pierna no es lo que una vez fue. —No quería contrariar a su subordinado más. Se veía que no le agradaba la atención que ella le estaba prestando y no quería enfurecerlo, aunque estaba tentado a hacerlo… pero no, no lo haría porque había más gente en la sala y no se atrevía a que el demente explotase.

—¡Oh! Lo lamento mucho. —Una vez más se puso del color del tomate. ¿Por qué le pasaban estas cosas a ella? Era abrir la boca y estropearlo todo—. No fue mi intención… yo… —El pobre era cojo y ella lo había contrariado. Desde luego, ¿por qué tenía que ser tan torpe? Cierto que el pasado le había hecho merma y aunque nunca fue muy segura, en esta ocasión lo era mucho menos que antaño.

—¡Basta! —Kirk se maldijo por haberla asustado. Beth había dado un brinco en su silla. Bajó el tono y continuó con la frase—. No es correcto que le prestes tanta atención a un caballero cuando estás con otro.

—¿Ah, no? —preguntó ella, con cara embelesada mientras batía, coqueta, sus pestañas.

—Se enfría tu carne. Come. —Le ordenó severo el duque Demente.

Ahí ya la joven dejó de hablar para comenzar a preguntarse en silencio por las reacciones que había estado mostrando el duque Demente. ¿Serían celos? Era imposible, Beth lo sabía, pero es que el hombre la tenía desconcertada por completo.

Frederick comenzó a cortar la carne también en silencio, pero echando mano de todo su autodominio para no romper a reír en la cara de un hombre que a todas luces se había mostrado… Una carcajada llamó la atención de todos los comensales de la sala y no era la suya. Ella lo había hecho reír. ¿Qué le habría dicho Briana a Lemory para propiciar esa reacción en él?

La cena estaba resultando dura. Una vez más pensó que no debió venir porque lo que sucedió en el baile de después fue mucho peor.

Capítulo 3

La hora del baile

Lo observó venir hacia ella directo y su corazón comenzó a latir enloquecido. Bri prestó atención a su caminar y un gesto torció su rostro. ¡Maldito fuese el enemigo por hacerle lo que le hicieron! Se moría de ganas de gritar de impotencia. Sabía que él estaba cojo de su pierna derecha porque su hermano se lo había contado a alguien en su presencia, pero nunca consiguió averiguar la causa exacta del altercado.

¿Podría bailar él? ¿Y si no podía? A Bri le encantaría que él se estuviese acercando para pedirle un baile. Estar entre sus brazos sería toda una bendición. Podría morirse tranquila si al menos consiguiese eso de él. Enfocó sus ojos con los de él y Frederick los apartó al momento.

Pasó por su lado sin mirarla y ella sintió que sus ojos comenzaban a empañarse. Si Amanda fue una tonta boba por dejarlo escapar, Bri lo era mucho más por creer que él pudiese reconocerla, recordarla y, más aún, pedirle un baile. Frederick nunca sería de ella.

—*Milady*, creo que este es nuestro baile. —Lemory le hizo una reverencia. Bri trató de recomponerse de la gran decepción que acababa de sufrir. No le apetecía en absoluto ni ser el centro de atención de ningún hombre, ni mucho menos bailar con alguien que no fuese él.

—Yo… —No tuvo tiempo de negarse porque se vio guiada por su pareja de baile hacia la pista central.

Entre los brazos de ese hombre que seguro era el sueño de muchas jóvenes y no tan jóvenes, Bri no era más que capaz de fantasear con que el cuerpo que la sostenía era el de Frederick.

—Baila usted divinamente, Briana. —Un cumplido siempre funcionaba, ¿no? Se lamentaba de que las mujeres siempre corretearan detrás de él, porque hacerlo a la inversa no lo había hecho hasta la fecha. Y Arnold se sentía en clara desventaja frente a esa joven que lo había desarmado por completo.

—Milord, no creo que le haya dado permiso para tanta familiaridad. —No se sentía cómoda con que el vizconde se tomase tantas libertades. Por más que en su mente esos brazos fuesen los de su coronel, no estaba bien que él utilizase su nombre de pila.

—Disculpe. —Para el resto de las jovencitas llamarla por su nombre sería un premio que merecía recompensa y no una

reprimenda. Realmente *lady* Briana estaba resultando ser toda una novedad para un hombre que con solo chasquear los dedos había tenido a las mejores mujeres para hacerle la corte a él.

—Soy yo la que debe disculparse. —No pudo evitar sentirse mal por verlo tan… ¿ofendido? ¿Desde cuándo ella era capaz de ofender a un hombre enunciando una simple y sencilla frase? ¿De verdad ella tenía ese poder?

—Haremos una cosa, *milady*, yo le pediré autorización para que me permita llamarla por su nombre de pila y si lo consiente, estaré agradecido y le pediré que me llame por el mío.

—Sí, Frederick —dijo ella satisfecha.

—Me llamo Arnold, *milady*. —Si equivocarse con su nombre era una treta para que él fijase aún más su atención en ella, esa muchacha era muy buena ideando sus planes. Por primera vez desde hacía largo tiempo algo se despertó en el interior de Lemory. El cazador.

—Lo siento, Arnold. —Bri estaba llevando demasiado lejos eso de imaginarse que el hombre con quien estaba bailando era el amor de su vida. Había sido un desliz imperdonable que, gracias al cielo, él no parecía haber tomado a mal y nadie había oído. Estaba mortificada.

—¿Serás Briana entonces para mí? —Lemory la apretó un poco más hacia su torso.

—Sí, por supuesto. —Ella se estaba empezando a sentir algo inquieta, porque la distancia a la que estaban no era la correcta. Trató de separarse un poco.

Arnold pensó que era verdaderamente adorable cómo la hermana de su socio de negocios estaba haciéndose la indiferente y cómo trataba de alejarlo. ¡Y él que no quería venir!

Una bandeja llena de copas de champán cayó al suelo. Ella trató de girarse para poder ver a qué se debía todo ese barullo que se había formado, pero el bailarín no se lo permitió. ¡Su compañero de danza no le permitía casi ni respirar!

Finalizó la pieza musical y al fin Bri se vio libre de él. Se giró para buscar a Angela o a sus amigas. Se encontró frente a un caballero con el que acaba de tropezar.

—*Milady*.

—Disculpe, no suelo ser tan torpe. —Sentía lo que su buena amiga Olivia debía padecer en su día a día.

—Además de hermosa es humilde. Buena combinación. —Briana se fijó en el hombre. Tenía toda la pinta de ser otro de los pretendientes que su hermano había invitado. Este no era demasiado atractivo, pero le fue muy simpático, algo en sus facciones le agradó.

—Le agradezco las observaciones.

—Cumplidos —la corrigió él—. Han sido cumplidos.

—Pretendía seguir siendo humilde. —Le salió una sonrisa

involuntaria que esperaba que su interlocutor no tomase como un flirteo porque no lo era.

—Buen punto. ¿Le gustaría bailar?

—Sería un placer. —No podría ser insocial con alguien tan amable. Era la hija de un conde, hermana de otro y nadie se atrevería a decir que *lady* Briana era descortés.

La pareja se camufló entre los demás bailarines. La joven no sabía qué hacer porque nunca le habían prestado tanta atención. No había sido presentada en sociedad y tampoco alternado con demasiada gente y de pronto su mundo estaba patas arriba.

—¿Nos han presentado, señor…?

—Soy el señor Goodfry. El médico del pueblo.

—No, el médico del pueblo es el señor Bergman. —Briana conocía muy bien a ese hombre regordete, viejecito y adorable.

—Soy el nuevo médico del pueblo.

—¡Ah! Eso explica que no nos conozcamos. —¿Qué habría sido del anterior médico? El doctor siempre decía que quería viajar… esperaba que fuese eso lo que estuviese haciendo.

—No, no lo hacíamos hasta este momento, pero yo he oído hablar mucho sobre usted y es como si ya nos conociésemos.

—Espero que no hayan sido quejas. —No tenía muy buen historial a causa de su impulsividad y esperaba que no llegasen a oídos de su hermano sus últimas fechorías en el pueblo. El panadero se merecía una buena reprimenda por no haber dado pan a una familia que no podía pagar, una familia que ese dichoso hombre, el panadero, conocía desde siempre. Le tuvo que tirar los peniques a la cara y gritarle porque fue un grosero. Bri sabía que una dama no debía perder los nervios, pero a veces…

—No. Mis pacientes dicen que es usted todo corazón y bondad. —El caballero le dedicó una sonrisa sincera.

—Son muy amables por decirlo, pero realmente no hago nada en especial. —No era falsa modestia lo que acababa de decir.

—Lo dudo mucho. Un hermano que quisiera casar a una joven, no se hubiese tomado la molestia de invitar a lo más selecto del panorama social, para que la dama eligiese a voluntad. Únicamente le habría bastado con un par de lores y aquí hay muchos más. Por lo que supongo que debe adorarla.

—Esto es una simple fiesta. No creo que… —Se puso colorada.

—Lamento si la he incomodado —la interrumpió—, y disculpe mi atrevimiento, mi franqueza. No vaya a creer que yo podría considerarme un aspirante a la mano de tan bella dama, sin embargo, sé sumar dos más dos.

—Yo… —No sabía dónde meterse.

—Salvada. El baile ha concluido. Ha sido un placer, *milady*. Le

deseo suerte. —El joven doctor se despidió con una inclinación. No tenía ninguna posibilidad de competir por ella frente a tanto título, no obstante, se moría de curiosidad por conocerla y eso lo había impulsado a solicitar su compañía. Las familias de los arrendatarios de su hermano y muchos vecinos del pueblo hablaban habitualmente sobre el buen fondo que poseía la hermana del conde de Monty, y él se permitió la presentación y ya puestos, un baile. Briana volvió a buscar en el salón. ¿Dónde se habrían metido sus amigas? Una nueva figura masculina se colocó ante ella.

—*Milady*, ¿me concede este baile?

—Oh, yo… por supuesto. —En su vida había bailado tanto. ¿Sabrían todos en el salón que su hermano la había convertido en un premio? Su dote era cuantiosa, aunque ella no quería casarse, ni tan siquiera bailar con nadie si no era con el coronel. En estos momentos se lamentaba de ser una dama. ¡No quería danzar más y era imposible negarse!

Este hombre era peculiar. Tampoco lo conocía. Era más bajo que ella, un poco calvo, pero de facciones entrañables. Se veía que estaba algo nervioso. Ella decidió romper el hielo:

—Disculpe, tal vez nos hayan presentado antes, pero no consigo…

—No, *milady*. Error mío. Soy el barón Sothrath, a sus pies.

—Supongo que sabe quién soy yo.

—La hermana de Monty que busca esposo.

—Soy la hermana del conde que no busca esposo. —Fue descortés, pero no era ninguna mentira. Ella no quería casarse con otra persona que no fuese el coronel. Al final lo pregonaría a los cuatro vientos porque verse asediada era una calamidad de proporciones bíblicas.

—Pero su hermano dice que…

—Mi hermano creo que no tiene las cosas muy claras. —En esta ocasión, Bri tendría una charla muy feroz con él.

—Creo que he hablado más de la cuenta —señaló él claramente azorado.

—No se disculpe. —Ella se sintió culpable por volcar su ansiedad con el hombre que no tenía la culpa de nada. Haría de Angela una bonita y joven viuda, porque estaba dispuesta a crucificar a Samuel. ¡Su hermano la había convertido en un… en un… en algo que a ella no le gustaba!

—Suelo ser muy impulsivo.

Bri rompió a reír. Pobre hombre, seguro que era como ella. Se apiadó de él porque no medir sus acciones, a Briana le solía acarrear verdaderos sermones del cabeza de familia. Una bandeja volvió a resonar en el salón. Todas las preciosas copas llenas con el licor burbujeante se derramaron y rompieron. Briana intentó ver qué había vuelto a suceder. Tampoco lo consiguió. Habían contratado a un

lacayo nuevo. Luego iría a verlo para tranquilizarlo. «Ruben estaría avergonzado con el estropicio», pensó.

Cuando Briana observó la marcha del hombre con el que había acabado de bailar, se quedó pensando en que todo era muy raro… ¿Ella gustaba a los hombres? ¿O se había convertido en un buen partido? Se recuperó del *shock* desechando esa idea. Seguro que de todo esto tenía la culpa el conde. Simplemente los invitados de su hermano eran muy cordiales. Barrió el salón con la mirada. Divisó a lo lejos a Lemory. Le había prometido otro baile, pero no sería capaz de volver a pasar por esto de nuevo. Trató de escabullirse y acabó en la sala donde los hombres iban a jugar a las cartas. Sorteó hábilmente a cinco, sí, cinco caballeros que le habían pedido bailes… Definitivamente no se sentía feliz con llamar la atención.

Miró en dirección al teniente Ryan. Era más que evidente que se sentía incómodo. Se acercó hasta él.

—Teniente, mi hermano siempre está comentando que es usted un buen jugador de ajedrez.

—Lo soy, en efecto. —Sacó pecho porque hacía muchos años, cuatro de hecho, que no jugaba, pero siempre había conseguido ganar sin problemas a sus amigos.

—¡Ja! Yo si fuese tú, Ryan, no jugaría contra ella. Mi hermana es muy buena. Vas a perder y luego tendremos que soportarte despotricar sobre cómo una muchachita te venció, a ti que eras imbatible.

—Por una vez, Samuel, me gustará tener a un digno rival a mi altura y no uno al que gane en tres movimientos —se mofó el militar.

—Entonces supongo que seré yo quien esté honrada por medirme ante un maestro como usted, teniente.

—Espero que no te arrepientas, Ryan. —Monty levantó un poco la voz, al ver que ambos se dirigían hacia la mesita donde estaba situado el tablero, a fin de que lo oyesen.

Los rivales tomaron asiento uno frente al otro ante el bonito tablero de ajedrez tallado artesanalmente.

—Ha sido un bonito detalle, *milady*.

—¿Cómo dice? —Bri se había sentado frente a las piezas negras y él ante las blancas.

—Que ha sido un bonito detalle evitar que me excusase de la partida de cartas. —Levantó el brazo izquierdo. Allí es donde debería estar la mano que perdió en el campo de batalla.

—¡Oh! —trató de sonar casual—, yo no me había dado cuenta. —Le sonrió.

—Y eso que acaba de hacer es todavía más elogiable. —Él le dedicó otra sonrisa.

—Espero, teniente, que no esté utilizando sus cumplidos para que

yo sea condescendiente con usted en el juego. Le advierto que no me justa perder.

—Yo nunca he perdido, *milady*. —En estos momentos él estaba serio viendo el tablero. Siempre fue un hombre muy competitivo.

—Briana. Por favor, no utilice el título, me consta que a usted tampoco le gusta demasiado usar el suyo. Además, después de tantos años escuchando a mi hermano hablar de ustedes es como si ya los conociese de forma más cercana.

—No le gustará conocer al demente.

—El demente, como usted lo llama, es muy agradable. —Según la historia que ella había oído, era un verdadero héroe por lo que había hecho por su amiga Beth.

—¿Comenzamos?

—Veo que está deseoso de perder, milord. —Se permitió bromear.

—Prefiero teniente o Ryan, no el título. —Todavía le estaba costando hacerse a la idea de ser conde y con aquellos que le eran simpáticos, le gustaba tener familiaridad.

—Solo si me llama Bri.

—¿Bri?

—Sí. Es el diminutivo de Briana, mis amigos me llaman así.

—Será un placer, Bri.

Una copa de champán cayó al suelo. La sala dirigió la mirada hacia el foco de ese nuevo desastre.

—Luego dice que el torpe soy yo por faltarme una mano, pero Frederick se ha cargado él solito buena parte de la cristalería de Samuel en pocos minutos —dijo bufando.

—Tiene todo el derecho a hacerlo.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —preguntó el teniente muy curioso. La resolución con la que ella había hablado lo sorprendía. Se giró y miró a Frederick. Estaba fijamente mirándolos a ambos… una sonrisa se asomó en la cara de Ryan.

—Bueno. Todos ustedes tienen derecho a… a… —respiró, se tranquilizó y continuó—: Son héroes de guerra y no se les tiene por qué tener en cuenta que se rompan unas pocas copas. —Trató de tranquilizarse porque si no iba con cuidado se iba a meter en serios apuros y era un secreto que se llevaría a la tumba. Nadie más que Angela debería saberlo.

—Dime, Bri, cuando acabemos la partida, ¿te gustaría bailar con un pobre manco como yo? —Subió bastante el volumen de su voz para que llegase a oídos de quien tenía que llegar.

Esta vez no cayó nada al suelo. Extrañado por el silencio en la sala y creyendo que había herrado en su suposición, Ryan buscó a su amigo. Su reacción le confirmó lo que pasó por su mente en un primer momento. Frederick tenía los ojos inyectados en sangre.

—¡Oh! No será posible. Me he torcido el tobillo y arrastro una molestia, por eso he venido a buscar un compañero de juego. —Era una flagrante mentira, pero no quería bailar con nadie más que no fuese él. La excusa era más que plausible.

Ryan volvió a mirar a Frederick quien también lo miraba fijamente.

—Será mejor que comencemos, pues. —Él le dedicó una sonrisa a su rival en el tablero de juego y por el rabillo del ojo volvió a observar la reacción del coronel. Curioso, muy curioso, lo que observó.

Los peones fueron los primeros en caer. El caballo de él acabó siendo sacrificado, la torre de ella cayó. Era una bonita pugna que estaba haciendo sudar a Ryan. Era buena, muy buena en verdad.

—No debí subestimarla.

—Creo que me he aprovechado de eso, teniente. Mi hermano también lo hizo la primera vez.

—¿Me dirá su secreto?

—Instinto.

—Hubiese sido un buen coronel en la batalla. —Se permitió el doble sentido porque nadie más que él iba a entender esa afirmación. Sin embargo, cuando la vio ruborizarse… interesante, muy interesante.

—Jaque mate, teniente.

—¿Entiende que no querré volver a jugar contra usted? —Él estaba bromeando, pero al mismo tiempo se juró que no volvería a perder contra ella.

—Perfectamente. No es el primero ni será el último. —Le sonrió orgullosa cuando derribó su rey sobre el tablero.

Le molestó tanto el tono con el que lo dijo, que decidió vengarse de ella.

—¿Sabe quién es mejor jugador que yo? —Un escalofrío le recorrió la columna vertebral a Bri. Esa mirada de él…—. ¡Frederick! Ven, necesito que tomes la revancha.

Ryan la miró. Nadie se burlaba de él y salía indemne.

—¡No!

Era demasiado tarde. El coronel ya estaba detrás de ella y no le había gustado ni un pelo oírla decir ese «no» tan enérgico.

—Siéntate, Frederick. Esta señorita está con el orgullo por las nubes y necesita que alguien le baje los humos. Demuéstrale cómo las gastamos en todas las batallas. Porque he perdido una, pero le aseguro que mi buen amigo ganará la guerra.

Sí, Ryan no estaba hablando de este juego, sino de otro que había observado que se estaba produciendo entre esos dos que tenía delante.

—Lo siento, pero no me apetece lo más mínimo perder el tiempo. —Ni la miró cuando lo dijo. Se dio la vuelta y se marchó airado. Ryan

se quedó totalmente absorto. Eso sí que no era lo que había previsto que iba a pasar. Enfocó su mirada en ella para evaluarla. Briana no había perdido en ningún momento la compostura. Pese a que quería huir, echarse en la cama, llorar y no salir de su dormitorio el resto de su vida, aguantó serena con una sonrisa.

—Le pido disculpas en nombre de mi amigo. No sé lo que ha podido pasar. Nunca ha sido descortés. —«Tal vez interpreté mal las señales», se dijo el teniente.

—No tiene caso. Ya le he dicho que ustedes tienen todo el derecho del mundo a hacer, decir en este caso, lo que les plazca. Se han ganado ese premio con creces.

—Aun así, yo… —No supo cómo continuar esa frase.

—Si no quiere jugar, me retiraré, teniente.

—Por supuesto. Aunque he perdido, lo he pasado muy bien, Bri.

—Lo mismo digo. Tenga buenas noches y prepárese, que mañana será un gran día.

—No dudo que lo será, pero a primera hora de la mañana me marcho.

—Tenía entendido que se iban a quedar todos hasta pasada la fiesta.

—Lo siento, pero me es fundamental… —«alejarme de cierta dama», se dijo para él mismo—, regresar a Londres. —El militar tenía muchos planes que organizar y poco tiempo para llevarlos a cabo.

—Entonces, espero que tenga buen viaje.

—Igualmente, Bri. Igualmente —dijo enigmático.

***

Briana salió de la estancia. Para regresar a su habitación era necesario atravesar el salón de baile. Antes de ingresar en él, echó un vistazo. No quería volver a toparse con Lemory. No vio obstáculos insalvables y comenzó a andar enérgica. Entonces fue cuando lo divisó. Ese hombre estaba buscándola, estaba segura de ello. Se metió en el primer escondite que pudo. El balcón parecía haber sido una opción aceptable para pasar desapercibida y que Arnold no diese con ella.

—¡Oh! Lo siento. —Se había dado de bruces contra un fornido pecho sin poder evitarlo.

—Debería estar bailando y no en un balcón oscuro. A no ser, claro, que este lugar sea el elegido para una cita secreta.

La dureza de las palabras la dejó estupefacta.

Ni un simple saludo después de tantos años… Bien era cierto que

no eran amigos y que ella solo le había declarado su amor incondicional antes de que se marchara a la guerra… No la miraba, no sabía que existía. Y mucho menos quería perder el tiempo con ella jugando al ajedrez. Por si fuera poco, en estos instantes la insultaba como si ella fuese una perdida o una falda ligera.

Alzó la barbilla, miró atenta esos ojos marrones como un melocotón que tanto le gustaban, y se dio la vuelta si decir una palabra.

—No se vaya. —La agarró del brazo para frenarla.

—¿Cómo dice? —Dirigió su mirada hacia la mano que la sujetaba.

¿Él la estaba tocando? Entonces, en una fracción de segundo la soltó como si quemase.

—No quisiera hacerle perder el tiempo, coronel. —Bri también tenía su orgullo.

Frederick se quedó gratamente sorprendido cuando ella dijo su graduación.

—Siento lo que dije.

—¿Ahora o antes? —Bri estaba muy enfadada con él. Su actitud durante toda la noche la tenía con ganas de gritarle. Cierto que ella no le gustaba lo más mínimo, lo había aceptado, pero ser educado y saludarla no le costaba nada, ¿verdad?

—Debo admitir que no me he comportado como un caballero, ni ahora ni antes. —Él también estaba agraviado, pero no quería que ella se marchase.

—No hace falta que se disculpe. —Frederick sería siempre su mayor debilidad. Se sintió mal por haberle puesto… ¿triste?

—Hace mucho calor en el salón, es natural que quisiera refrescarse.

Era precisamente lo que él había buscado cuando salió a recibir la humedad que daba la noche. Quería sacudir el malhumor que lo había embargado durante toda la velada. No debió ofenderla. Estaba saliéndole todo mal.

—Sí, lo cierto es que hacía calor. —Era otra mentira, porque desde que se topó con él ahí al aire libre, ella comenzó a sentirse muy acalorada, más que cuando estaba dentro.

Ese hombre tenía un poder sobre ella que jamás llegaría a comprender. Es que le había gustado desde siempre. No le hacía caso, pero Frederick, con su hermano, con sus amigos, se portaba tan bien que había sido imposible no quererlo y admirarlo. ¿Qué le habría hecho ella a él para que se mostrase tan reacio a estar en su compañía o incluso hablarle? Ojalá lo supiera y tuviese una máquina del tiempo para regresar atrás y enmendar eso que lo hubo molestado en el pasado.

—Me hubiese ganado al ajedrez. Soy peor jugador que el teniente.

—Supongo que no lo sabremos nunca. —Le dedicó una brillante

sonrisa del todo franca.

—No debería estar aquí conmigo. —Ella era preciosa. Había madurado como el mejor de los vinos.

—¿Por qué no? —preguntó la joven.

—Porque soy un hombre y tú una mujer.

—Sé lo que somos cada uno, coronel. —Bri no había entendido la obviedad y si hubiese sido capaz de escudriñar los pensamientos de Frederick habría huido al punto… O tal vez no.

Él se acercó y la aplastó contra su pecho, incapaz de poder reprimirse durante más tiempo. Los ojos de él miraron con expectación los dulces labios que ella tenía entreabiertos.

La hermana de Monty contuvo la respiración. ¿Iba a besarla? ¡Dios, sí! Briana lo deseaba.

—Frederick… —susurró, como si su nombre fuese un secreto. Sentía los ojos pesados, deseaba cerrarlos y dejarse llevar. Le recorrió un temblor por el cuerpo que él captó.

—¿Me tienes miedo? —cuestionó el coronel, malinterpretando las sensaciones de la dama que mantenía en su abrazo.

—No —negó, suavemente.

—Deberías, porque si fueses capaz de leer mi mente… —Oh, las cosas horribles que le haría a esa correcta dama, que además era la hermana de su mejor amigo. Eso no podía estar sucediendo. Frederick se dio cuenta de que acababa de perder el sentido del honor. La soltó de inmediato como si ella quemase.

—Nunca le temeré —dijo con la barbilla en alto, echando de menos su contacto de inmediato.

Él cerró los ojos. Ella merecía algo mejor que un soldado descompuesto. Frederick estaba roto.

—¡Márchate! —le escupió autoritario.

Demasiado bonito para ser verdad. La violencia con la que le espetó la orden hizo que la joven saliese de allí con el corazón sangrando.

Cuando subió a su habitación se echó sobre la cama y comenzó a llorar. ¿Qué tenía ella de malo que no merecía ni un sencillo beso del hombre al que adoraba?

El amor dolía, era cruel y además se sentía como la muerte.

***

Frederick no estaba ni contento ni satisfecho con el desenlace del maldito baile. ¿En qué estaba pensando? Después de tantos años, Briana seguía muy viva en su fuero interno. Una vez más se tocó el amuleto del cuello. Miró en la habitación y buscó algún objeto que

estampar contra la pared. Vio un precioso jarrón con flores frescas y le dieron unas ganas feroces de derribarlo y descargar su rabia. Recordó que no era su casa y que aquí no podía hacer eso que tanto le aliviaba en momentos como este.

¡No debió haber venido! Pero… ¿y si…? Sacudió la cabeza negando con vehemencia. Era un tullido. ¿Quién en su sano juicio lo iba a querer a él? La joven había temblado de repulsión en su abrazo. Un gesto que no debió haberse producido. ¡Insensato!

No estaba tal y como la recordaba aquella noche. La jovencita sagaz que se atrevió a entrar en su dormitorio había florecido. Seguía siendo cuatro años menor que él, pero se notaba que había ganado en fortaleza, entereza y probablemente en sensatez. Intuía que sería por ser sensata que Briana no lo saludó cuando lo tuvo delante, en las escaleras, y lo miró con disgusto cuando se dirigió hacia ella, tras la cena, para tratar de entablar conversación e intentar bailar. Una mujer sensata habría actuado como ella lo había hecho ante él: desentendiéndose.

No sabía si sería capaz de hacerlo, de bailar, probablemente le costaría horrores y luego la pierna se resentiría de forma vengativa, pero estaba dispuesto a probar suerte. La mayoría de los allí presentes lo conocían y estaba dispuesto a ponerse en ridículo.

Se armó de valor para dar un paso adelante y cuando la observó poner ese gesto de disgusto al verlo ir hacia ella, supo que ni lo recordaba y que además le era angustioso. Cuando la vio bailar con ese vizconde ya estuvo furioso y al echar a andar tropezó y tiró la bandeja al suelo. Al menos romper algo le causó cierto alivio ahí.

Toda la cena la había visto hablar y sonreírle a Lemory. Era lógico y elemental que lo prefiriese. Ese vizconde era algo mayor que él, tenía título, buenas maneras y, sobre todo, era un hombre sin ninguna tara, física al menos. Bien, sí, mental probablemente tampoco.

Luego Ryan, quien ya tenía a una mujer pendiente de él, se había propuesto acaparar la atención de Briana. ¡Encima ella le había dicho que la llamase Bri! Cierto que la joven estuvo atenta al evitarle el mal trago de decir que debido a que no tenía una de sus dos manos no estaba capacitado para jugar a las cartas… Le pareció adorable que la hermana de Samuel hiciese eso, pero cuando los observó jugar cómplices, tuvo que volver a romper algo. La copa se cayó al suelo. Sí, sí, de acuerdo… no se cayó sin querer, la tiró él porque necesitaba descargar ese sentimiento que… no quería describirlo porque no quería decir que estaba celoso. No, él no estaba tremendamente muerto de celos, trató de convencerse.

Se enfureció una vez más cuando su amigo lo llamó para ocupar su lugar frente al tablero y la oyó decir ¡no! Notó una incomodidad en el pecho que nunca antes había advertido. Estaba más que claro que *lady*

Briana no quería saber nada de él. ¿Por qué siempre se tenía que fijar en mujeres que acababan detestándolo? Por lo visto no había aprendido la lección con Amanda. Esa mujer lo llevó a arrastrarse por el fango y no hubo recompensa. Nunca más.

En verdad, Amanda le hizo creer en un primer momento que estaba colada por él. Era una mujer hermosa, cautivadora, que lo había hechizado por completo. Era perfecta, rubia, ojos azules, tez clara, delgada… una bellísima rosa inglesa. Él comenzó a cortejarla. Mandy, como todos se referían a ella, lo animaba de buen grado. No se atrevió a decirle que había comprado una comisión en el ejército hasta un mes antes de partir.

Ella se quedó extrañada de que un conde quisiera ir a la guerra. Fue entonces cuando todo el mundo se le vino encima. Ella había creído que él era el heredero. Frederick la sacó de su error y ella le explicó que su familia no consentiría jamás que se desposase con un hombre que no poseyera título y fortuna. El militar le aseguró que contaba con todo el apoyo de su padre y su hermano mayor, que hallaría el modo de conseguir fortuna.

Todo fue inútil. Las dulces palabras pasaron a ser críticas insensibles, las caricias secretas de las que una vez ambos disfrutaron se convirtieron en gestos de repugnancia cada vez que lo veía. Algo parecido a la mueca que esa misma noche había observado en la cara de Briana.

La vida era muy cruel. Injusta. O tal vez era todo lo contrario, porque supo que Amanda se casó con un conde, pero era más miserable que las ratas y al poco tiempo el padre de ella perdió toda su fortuna. El pobre hombre, el esposo de la que una vez amó, acabó quitándose la vida y lo último que había oído era que ella estaba residiendo en casa de su hermana mayor en Londres. Amanda se había quedado sola, con un título de cortesía que no le servía de nada y sin un penique.

En cambio, él había prosperado. La muerte se llevó a su padre porque era un hombre de avanzada edad y la enfermedad segó la vida de un hermano mayor que nunca gozó de una buena salud. Lamentaba terriblemente la muerte de ambos. Los quería más que a su propia vida, pero la muerte de ellos lo convirtió a él en conde de Exeter.

Los tres salieron rumbo a la guerra sin un futuro y el destino los había convertido a los tres en nobles. El que peor lo llevaba era el duque Demente. Su amigo Kirk estuvo a punto de renunciar a favor de un primo, pero cuando conoció a ese elemento… no pudo desentenderse del legado de su padre y su hermano. Además, le venía muy bien ser duque, porque tenía que enfrentarse a otro par del reino en estos momentos. Kirk estaba en un lío impresionante que no venía al caso recordar en estos momentos.

Aun así, Frederick no entendía de qué se quejaba uno de sus mejores amigos. La muchacha a la que Kirk no quería ni mirar era bonita, divertida, natural y se veía a mil leguas que tenía un buen corazón. ¡Y de Ryan ya ni opinaba!

Todos menos él tenían suerte con las mujeres y esos ingratos, salvando la excepción de Monty, eran unos necios por desperdiciar las ocasiones.

Cuando partió aquella noche, se juró que si regresaba haría algo con respecto a esa declaración de amor que lo pilló totalmente desprevenido y que lo mantuvo despierto hasta altas horas de la madrugada.

En aquel momento no era tiempo de abrir una puerta cuando no sabía si regresaría en el futuro. No sería justo para ella haberle pedido que lo esperase. No, no, él no estaba enamorado de ella en ese instante. Para ser sinceros, no había visto a esa jovencita que lo dejó prendado antes de ese justo momento en que le abrió su corazón, y le hizo sentir el hombre más maravilloso de todo el universo habido y por haber. *Lady* Briana siempre había sido la hermana pequeña de su mejor amigo, un territorio que estaba vetado. No era una persona enamoradiza, pero Briana se metió de lleno en él con sus palabras, sus gestos.

Era bonita, no de una belleza tan evidente como Mandy, pero esa noche se dio cuenta de que era una muchacha muy hermosa, caritativa, juiciosa. De acuerdo, eso de juiciosa era discutible, porque la loca había corrido mucho riesgo al meterse en la habitación de él. Si alguien los hubiese pillado, se tendrían que haber casado al día siguiente en una boda rápida. Sí, casado, porque de otro modo su hermano lo hubiese retado a duelo con razón.

Cuando la puerta se abrió aquella vez de hacía cuatro años, creyó que era Mandy, que finalmente venía a darle su aceptación para ser su esposa. No quería haber llorado delante de ella. Frederick no era un hombre demasiado sentimental, pero esa hechicera tenía mucho poder sobre él y le fue imposible contener las lágrimas debido a la crudeza de ella. Él, que la amaba con todo su corazón…

Oyó a la mujer que había ingresado en su alcoba en plena noche y supo por la voz que no era quien él creía. Ese tono que acababa de escuchar era de terciopelo, sensual, delicado. ¡Y qué decir de esas palabras!

Nadie lo había visto nunca a él con los ojos de esa muchacha.

Cuando ella se acercó y le acarició la mejilla… la reconoció al momento. Esa paz, ese amor, esa admiración que ella le transmitió… ¿quién en su sano juicio no hubiese estado cuatro puñeteros años dándole vueltas a esas increíbles palabras?

Esa misma noche, cuando la dejó ir porque no quería forzarla a

esperarlo, encontró en su bolsillo ese amuleto que había llevado día sí y día también. Lo colocó en su cuello y lo tocaba en busca de su fuerza, de su ímpetu.

Llevaba seis meses postergando una decisión que fue tomada hacía muchos años. Se juró que, si ella seguía libre, cosa que le pareció imposible porque en cuanto la descubriesen como había ocurrido con él, se la iban a robar, haría algo al respecto. No estaba listo para lo que se encontró al llegar a la casa de Monty.

Parecía un hada blanca. Briana lo vio y se marchó de allí al instante. Pensó que, debido a la situación tan vergonzosa, la joven había preferido hacer una retirada elegante. No estuvo seguro de si lo reconoció. Él había cambiado. De hecho, arrastraba una cojera que lo convertía ante los ojos de todos en un tullido. La buena gente tuvo a bien bautizarlos con motes que definirían sus impedimentos. Eran el tullido, el demente y el manco. Bien pensado, el que peor parado salió era el pobre Kirk.

Una sonrisa se dibujó en su cara al pensar en qué le depararía el futuro a ese amigo tan testarudo. También pensó en Ryan. Probablemente ambos acabarían casados antes que él. Y eso que el que tenía claro que lo primero que iba a hacer nada más regresar sería desposarse era Frederick. Desposarse con ella.

Briana no lo iba a aceptar. Ni le era simpático, ni atractivo y seguro que su cojera era un obstáculo insalvable para ella. Lo mejor que podría hacer era marcharse por la mañana y olvidarse de su hada.

De pronto lo comprendió. Recordando fríamente el momento de aquella declaración… probablemente Briana sintió auténtica pena de él. ¿La compasión sería la motivación que la llevó a meterse en su habitación? Estaba seguro de que ella había oído la conversación previa que mantuvo con Amanda, y presa de la piedad decidió darle un poco de paz y mentirle descaradamente a la cara con esas bonitas palabras de amor que lo habían mantenido con vida este largo tiempo. Entonces, ¿por qué las sintió sinceras y reales? Tal vez, en aquella época sí que pudo estar enamorada de él, pero en estos momentos se veía que Briana prefería a Lemory. Él en su caso también prefería al otro antes que a sí mismo.

No debía culparla por ello.

Entre pensamiento y recuerdo acabó dormido con la ropa puesta sobre su cama y una noche más, Briana acudió a él en sueños.

Capítulo 4

Un sueño hecho realidad

—Levántate, perezosa. Tienes trabajo que hacer. —Bri intentó abrir los ojos. Fue imposible. No había pegado ojo en toda la noche sintiéndose la mujer más desdichada que jamás hubiese existido.

—No pienso salir de la cama hoy, Angela. —La joven se tapó hasta la cabeza con las sábanas y la colcha.

—Lo harás. —Angela le dio un tirón a las mantas para que saliese.

—No. —La joven estaba empecinada en estar ahí, en su alcoba hasta el fin de sus días. La pena, la atosigaba. Briana creyó que por la mañana lo vería todo de otro color. Mentira. El horizonte se divisaba más negro que en un tizón.

—Sí.

—¡No!

—¡Sí! —Angela se negó a soltar la manta porque no tenía razón de que Bri se escondiese allí. Consiguió quitarle de encima toda la ropa de cama. Había mucho trabajo que hacer.

—Eres más testaruda que mi propio hermano.

—¿Cómo crees que conseguí atraparlo? No pensarás que un día él se levantó iluminado por la gracia de Dios pensando en que yo era su mujer ideal, su futura esposa, ¿verdad? —Levantó una ceja para dar más énfasis al misterio que estaba revelando.

—Él siempre estuvo enamorado de ti. No es ningún secreto que Samuel te adora desde… desde que te vio.

—¡Ja!

—¿No lo estuvo? —Bri se inclinó de golpe en la cama. La historia oficial era que él estaba prendado de Angela desde el mismo momento en que la vio.

—No. Tu hermano tuvo ojos para Amanda, no para mí. —Era algo que nunca había confesado a nadie. Era un secreto.

—¿Amanda? —preguntó pausadamente y arrastrando la palabra.

—Sí, mi mejor amiga, cuando aún éramos amigas, claro.

—¡Imposible! —Su hermano no era tan bobo como Frederick para caer en su trampa, ¿no?

—No, cariño. Amanda pudo elegir entre tu hermano y Frederick en aquel momento y se decantó por el coronel.

—Pero… pero… —No entendía nada. Esa boba tonta, desde que la conocía se había pasado el tiempo calumniándolo.

—Se llevó un buen chasco cuando descubrió que Frederick no era

el heredero y trató de conquistar al botarate de Samuel. —Angela se permitió una sonrisa al recordar cómo resultó todo aquel episodio. Ella también tenía lo suyo en la batalla del amor.

—¿Qué dices?

—Como lo oyes. Dejamos de ser amigas en aquel entonces. Tampoco es que perdiese nada del otro mundo. Ella… en fin, no es lo que yo supuse que era. Me engañó y créeme, Bri, no es fácil engañarme.

—Pero vino a tu boda… ella… ella…

—Vino, pero no fue por invitación. No tuve coraje suficiente para mandarla a… —dejó la frase en suspenso porque una dama no decía esas cosas y no quería ser una mala influencia para Bri.

—¿Crees que se presentó en busca de Samuel para evitar la boda? —La muchacha estaba escandalizada por lo que escuchaba en estos momentos.

—No lo creo, tu hermano fue un zoquete, pero entró en razón justo a tiempo. Ella vino porque se enteró antes que todos de que Kirk iba a ser duque.

—¡Santo Dios! … es más pérfida de lo que supuse. —Así que la boba tonta era calculadora y fría… ¡quería ser duquesa!, y encima no le importaba enemistar a dos verdaderos amigos, tres si contaba a su hermano. «¿Es que Amanda no tenía límites?», se preguntó a sí misma.

—Frederick debería estar agradecido porque ella no lo quisiese al final. Estoy segura de que no habría sido feliz con ella.

—No le gusto. Él me odia —dijo derrotada.

—Debo confesar que estoy intranquila. Os estuve observando y sí noté que él no fue… digamos caballeroso contigo. —Quería ir con cuidado porque tenían una estrategia que trazar y no pretendía desalentarla, pero era crucial que la hermana de su esposo espabilase si de verdad quería conquistar a su amado. Amanda había hecho de Frederick un hombre muy inseguro y Angela dudaba que él volviese a confiar en otra mujer.

—Eres muy diplomática. Me considera odiosa. Lo sé. —Decir que estaba triste era comparar un día de tormenta con rayos con una suave llovizna.

—¿Qué hacías con él en el balcón a escondidas, Bri? Eras una dama decente y no está bien que andes haciendo… bueno… que no debes dejarte embaucar por ningún hombre hasta que estés debidamente casada.

—¿Tú te comportaste con mi hermano? —Trató de contraatacar ella. Briana no tenía nada que ocultar porque desgraciadamente para ella, él no movió ficha ahí, no obstante, Angela no tenía derecho a recriminarle nada, por muy honorables que fuesen sus intenciones.

—Por supuesto que sí —aseveró *lady* Monty, muy

concienzudamente. Tal vez eso fue lo que la delató porque veía a la joven alzar una ceja interrogante e intuía que venía algún tipo de reproche.

—Os pillé una vez en la biblioteca dándoos un beso y… —dejó la frase en suspense porque salió rápida cuando la cosa se puso acaramelada.

—Estábamos enamorados y fue un beso. No hubo nada malo en ello. —Evitó decirle que fueron muchos besos y caricias, más o menos respetables, lo que compartió con él durante su noviazgo—. Debes tener cuidado. Los hombres son incontrolables.

—No corro ningún riesgo con él. —Bri se mordió la lengua porque Angela no era propensa a decir mentiras, pero la joven no era tonta y eso que Angela acababa de decir… digamos que ella no se lo acababa de creer del todo.

—Estabas a solas en medio de un balcón bajo la luz de la luna con el hombre al que llevas toda la vida amando en secreto. No te atrevas a decirme que no pensaste en corresponderle si él te robaba un beso. —Angela también omitió que muchos de esos besos que tuvo en su época de cortejo con su ya esposo fueron robados por ella. No era bueno darle indicaciones hasta que estuviese formalmente prometida. Lo cual era un milagro que no se hubiese producido, porque que una joven casadera estuviese a solas con un hombre soltero en un balcón… Eso habría sido un escándalo mayúsculo que habría acabado en boda si alguien lo hubiese sabido. *Lady* Monty sospechaba que Bri no quería atraparlo con una táctica semejante, entre otras cosas porque bien sabía ella que los sueños de una joven eran enamorarse y ser correspondida.

—Entré allí huyendo de Lemory. —Evitó decir que esquivaba a todos los caballeros del baile. Solo quería que uno le prestase atención y ese precisamente se negaba a hacerlo.

—Te vi muy solícita con él en la cena —le dijo con reserva.

—¡Estaba siendo amable!

—Es atractivo. —Era guapo y llamaría la atención de cualquier fémina que tuviese ojos en la cara. No culparía a Bri si ella lo había descubierto.

—No me gusta. Ni él ni otros que no sean… —Cerró la boca. No quería repetirse más con lo mismo.

—Tu hermano está pensando en la fecha de la boda a estas horas. Le he tenido que quitar la idea de la cabeza y me ha resultado muy complicado. —*Lady* Monty sabía lo que había tenido que hacer por él, para que a Samuel se le olvidase ese hecho… Aún le costaba andar por el esfuerzo.

—Es encantador, pero no es Frederick.

—Lo suponía y por eso te digo que te levantes. Hay organizada una

excursión al pueblo para ver la iglesia y otras maravillas del condado y es tu ocasión de cautivarlo.

—No quiere ni mirarme y mucho menos hablarme. ¿Cómo lo voy a embelesar, Angela?

—¿No adelantaste nada con él en el balcón bajo el manto de la oscuridad?

—¡Me echó de allí a la primera oportunidad! —Bri hizo un puchero.

—Supongo que sí voy a tener que instruirte, cariño, porque si no, no conseguirás atraparlo. Creí que por las buenas podrías, pero…

—¿Harías eso por mí? —preguntó con los ojos como platos y a punto de saltar sobre la cama de pura dicha.

—Claro que sí. —Las dos se cogieron cómplices de las manos.

La condesa comenzó a relatarle algunos trucos que habían servido para hacer que Samuel tomara la decisión correcta. El batir de las pestañas, utilizar su abanico con gracia, incluso tocarlo discretamente simulando que era por casualidad…

Briana estaba fascinada con todo lo que Angela sabía sobre los hombres y la seducción. Acababa de conocer también esa palabra. Nunca había oído esa definición hasta la fecha y cuando Angela le explicó su significado quedó muda de asombro.

***

Horas más tarde y tras tomar el desayuno, Bri se colocó el vestido de amazona de terciopelo verde. Se miró al espejo antes de salir y decidió que el sombrerito estaba muy bien colocado en su nuevo peinado. Evitar que apareciesen pecas en su rostro era ya imposible, porque contaba con más de las que dictaba la moda. Angela era un genio porque como complemento se veía perfecto.

Puso dirección a los establos. Iba a montar a su yegua. Esa hermosura había sido un regalo de su hermano cuando él hizo algo que a Bri le disgustó. Cuando llegó a los establos vio a un corrillo que discutía nervioso y muy acaloradamente.

—No entiendo esa fobia a los caballos, Kirk. —Su hermano parecía enfadado. Briana se acercó más.

—No pienso montar en uno y es mi última palabra, Samuel. —Era un maldito duque, un loco y no tenía por qué dar ninguna explicación sobre sus decisiones.

Vio a su amiga Beth un poco apartada y se escabulló para llegar a su lado.

—¿Qué sucede? —preguntó en un susurro. La otra joven suspiró. Beth pensó una vez más que debió haber pensado mejor lo que hizo.

—El duque es un hombre muy obstinado y complicado, Bri.

Briana se hizo una idea del problema y decidió tenderle una mano al soldado. Menos mal que no había dicho esto en alto y que el teniente Ryan ya se había marchado. Por cierto, ¿dónde estaba su amiga Olivia…?

—Al final, sí te va a venir como anillo al dedo que te llamen demente. Es un simple caballo, Kirk. ¡Monta!

—He dicho que no voy a hacerlo y es mi última palabra.

La tensión entre Samuel y el capitán era más que evidente.

—Ven, vayamos y sígueme la corriente —le ordenó Bri, mientras tomaba del brazo a su amiga. Ella trató de resistirse. A Beth le daba miedo el demente, porque ese hombre no estaba cuerdo.

—Caballeros —saludó Beth. ¿Qué? A ella le daba miedo, pero no era una cobarde porque en los últimos meses había tenido que aprender a ser valiente a pasos agigantados.

—Hemos pensado en que sería conveniente dar un agradable paseo hasta el pueblo. Es una distancia corta, pero a Beth y a mí nos gustaría contar con un escolta —dijo entusiasta la hermana de Samuel.

—Ahí lo tienes, hermanita, este terco es todo vuestro —explicó molesto el conde. Su amigo Kirk era extraño para todo.

—¿Acepta, capitán? —preguntó trémula Beth.

—No voy a consentir que mi… que dos muchachas —se corrigió rápidamente— vayan solas sin la debida protección. —La mirada que el duque le dedicó a la joven que le acababa de preguntar, fue tal que ella sintió un escalofrío recorrer su espalda. «¿Qué acababa de pasar?», se preguntó Beth.

—Fabuloso entonces. —Bri se giró para buscar a su hermano, pero él ya se había ido en busca del resto de los invitados que lo aguardaban en el claro con sus monturas. Volvió a darse la vuelta y divisó a la pareja que había emprendido el camino sin ella. Sonrió y decidió seguir su estela en un segundo plano, porque por lo que parecía, Briana iba a ejercer de carabina.

Cuando pasaron por delante de la entrada de la casa vio que estaba parado un carruaje. ¿Vendría o se iría?, quiso saber la hermana del conde.

El duque fue el primero en ver al hombre allí de pie.

—¿Frederick?

—Buenos días —saludó, mientras daba una indicación a los lacayos para que cargasen el siguiente baúl en el coche de caballos.

—¿Se marcha tan pronto? —preguntó a bocajarro y nerviosa Bri.

Él se quedó mirándola con el entrecejo fruncido. Entonces… ¿Ella había batido sus pestañas cuatro veces seguidas? La vio colocarse justo a pocos centímetros de él. ¡Pero si cuando la abrazó ella no se mostró complacida!

—¡Oh! Disculpen, pero el día está muy caluroso. —Sacó su abanico y pasó a utilizarlo del modo en que Angela la había enseñado, totalmente ajena a la mirada incrédula de los tres allí presentes. Bri estaba muy concentrada tratando de sacarse partido ante él.

El capitán Kirk tuvo el buen juicio de continuar el paso y dejarles a ambos intimidad. Tuvo que cogerle el brazo a la muchacha para que esta lo acompañase. Ella no se quejó cuando se dio cuenta de que él la estaba empujando dulcemente. Todo lo contrario. Beth le sonrió y se dejó agarrar gustosa. El duque se maldijo por verla a ella tan ensimismada con él.

Frederick apretó la mandíbula para comprobar que su boca no estaba abierta de par en par. ¿Briana estaba flirteando con él?

—Bueno, yo… —dijo, descolocado y fuera de juego. Frederick no sabía qué pensar o decir.

—No debería marcharse y perderse la visita que vamos a hacer al pueblo. —¿Eso era una invitación? Bajó sus ojos cuando sintió algo en su mano derecha.

—Disculpe, me pareció ver un pequeño bichito ahí. —Volvió a rozar su mano para dar a entender que se lo estaba sacudiendo. Ella dejó un poco más de lo debido su mano en ese punto.

¡Sí! No había duda, ella estaba dejando claro que estaba interesada en él… ¿No? Porque no era que Frederick estuviera muy al día de las cuestiones femeninas en cuanto a cazar a un hombre, pero Amanda había usado esos mismos trucos con él cuando todavía lo consideraba un hombre con título.

—Señor, el equipaje está listo. —Un lacayo los interrumpió.

—Sí, sí… —La observó de nuevo. ¿Briana acababa de hacer un puchero? ¿Sería esto una treta o la oportunidad que estaba esperando? No lo tenía para nada claro, ¿y si ella se estaba burlando de él? ¿Y si Bri había hecho alguna apuesta descabellada a su costa? ¿Y si Bri resultaba tan arpía como Amanda?

No, lo mejor que podía hacer era marcharse. Regresar a su insustancial vida. Vivir y morir solo, aguardando a esa vieja amiga, la muerte, a la que había estado engañando todos esos años en la batalla.

—Supongo que debería acompañarla al pueblo porque sus amigos la han dejado muy atrás. —¿Qué? Nunca fue un hombre cobarde. Lo que fuese aquello que la hermana de su amigo tramase, él lo descubriría y lo afrontaría con valentía, como hacía siempre.

—Será un bonito y agradable paseo, coronel. —Volvió a batir las alas de sus pestañas. Angela le tenía que haber enseñado esto hacía muuucho tiempo. Seguramente, de haber puesto en práctica estos consejos, sería una mujer casada, la esposa del famoso coronel del regimiento número 69 de los húsares, Frederick Burns.

Echaron a andar y Briana se dio cuenta del error imperdonable que

había cometido.

—Estoy un poco cansada, coronel. —Al oírla decir esto el corazón se le rompió en mil pedazos. Era tonto, bobo y estúpido por creer que ella estaba flirteando con él y que quería disfrutar de su compañía.

—Lo entiendo, *milady*. No se preocupe. —«Estoy acostumbrado a elegir siempre mal», pensó para sus adentros.

—Oh, ¿entonces no le importa que vayamos en su carruaje? —preguntó entusiasmada Bri. Hoy era un gran día. ¡Fabuloso, de hecho!

—El carruaje… —Él se fijó una vez más en ella. ¿Lo estaba mirando embelesada? ¡Oh, Dios mío! Briana se estaba preocupando al fin por él, por sus necesidades, su comodidad… Se le quedó la boca abierta. Lo supo cuando ella se quedó mirando lo que creía que serían sus labios, pero no, la muchacha estaba extrañada porque él estaba con la boca de par en par.

La cerró y se vanaglorió con que ella lo hubiera vuelto a hacer. Primero salvó a Ryan anoche de la incomodidad y sospechaba que ella y su amiga Beth habían salvado a Kirk de tener que montar a caballo. ¿El duque no había superado aún aquello?

—¿Está muy lejos el pueblo?

—No demasiado, pero… —Se calló porque no pretendía infravalorarlo. Muchos hombres se enfadarían si pensasen que una mujer no los veía capaces de todo y ella, en esos momentos había progresado un poco, por lo que no quería fastidiar los avances.

—Estaré bien. —Le dedicó una sonrisa.

—De acuerdo. —Estaba mortificada porque si él luego acusase el cansancio por querer complacerla…

A los diez minutos se encontraron con la otra pareja que había disminuido el paso para poder darles tiempo a encontrarse. No era correcto que ninguna de las dos parejas estuviese a solas. Sin embargo, estaban a una distancia que les daba cierta intimidad.

Kirk estaba seguro de que Frederick ya no se iba a marchar después de ver lo que acababa de suceder. Ryan no era el único que ayer por la noche había estado atento con esos dos.

—¿Iba a marcharse sin despedirse? De mi hermano, quiero decir. —No era tan ingenua como para pensar que ella era alguien importante como para que el coronel se tomase la molestia de decirle adiós.

—Creí que era lo mejor.

—¿Y lo era? —Angela le había aconsejado ser un poco atrevida cuando hablase con él. Solo una pizca… hasta que se casasen.

—Todavía tengo mis dudas. —Se giró para examinarla. Ella también lo estaba mirando.

—Me alegro de que no se haya ido. —La muchacha le sonrió sincera. ¿Habría sido demasiado osada?

—Yo también. —Su corazón comenzaba a calentarse como aquella noche. ¿Sería posible que…?

Durante el trayecto hablaron de temas algo banales, pero lo importante es que al fin él la había visto. Veinte años, ocho desde que supo que lo amaba, pero de una vez por todas, Frederick estaba con ella, mirándola, hablándole. Y lo más sorprendente es que él le había ofrecido su brazo cuando emprendieron el camino. ¡Sí, sí! ¡Iba de su brazo! ¡Lo estaba tocando! Tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no estallar en vítores y lágrimas de emoción cuando eso sucedió. Si era un sueño, Briana no quería despertar jamás.

***

—Esta construcción es del siglo X. Los retablos fueron realizados por…

El señor Hope, el vicario del pueblo estaba dando una bonita explicación sobre la iglesia, que ella ya conocía al dedillo. El edificio estaba considerado una obra de arte, pero a Bri le gustaba más prestarle atención al galante hombre que tenía a su lado.

Habían tardado un poco más en llegar porque los tres seguían el paso que marcaba Frederick. Briana estaba encantada, lógicamente no de que su cojera lo hiciera más lento, sino porque eso había significado más tiempo colgada de su brazo. Estaba exultante, a punto de explotar de felicidad. Tal vez tendrían que despegarla de su brazo porque no estaba muy segura de si pudiese desprenderse de él en algún momento.

Bri trató de mantenerse oculta cuando vio a Lemory con una de las damas casadas que su hermano había invitado, pero fue imposible que no la viese.

—Briana, finalmente sí ha venido al pueblo. Lo celebro. —El vizconde se acercó en dos zancadas. No le permitió ni tan siquiera intentar esconderse. Ese hombre era un cazador. Bri lo sabía.

—Llegamos dando un bonito paseo. —Le sonrió por educación.

—Me gustaría mucho enseñarle una pintura que hay detrás de esas paredes. ¿Me acompañaría? —Sucedió lo peor que podía pasar y es que el vizconde la separase de él.

—¡Oh! —Le daba igual si él creía que ella era tonta, porque cuando entablaba conversaciones con el vizconde ella solía siempre soltar una exclamación de sorpresa, tal y como acababa de hacer.

—Estoy seguro de que el coronel le permitirá prescindir de él —explicó cuando que el hombre ponía una mano sobre la de la joven. No le gustó el gesto. Indicaba posesión—. Podrá encontrar otro punto

de apoyo en algún lado.

Bri se quedó mirando la mano de él. La tenía sobre la suya. Piel contra piel. Ella no llevaba guantes. La época en la que estaban era un poco más calurosa y se negaba a usar esa prenda que le resultaba incómoda y más cuando al final no había montado a caballo.

—En realidad él es mi punto de apoyo. —«De hecho todo mi mundo gira alrededor de él», quiso explicar—. Ayer me torcí el tobillo y yo no quería renunciar a un agradable paseo por la campiña. El coronel amablemente se ofreció a acompañarme. Esperaba que él no la desmintiera y que la creyese una pérfida por la mentira que acababa de soltar, pero ella… ¡Es que se negaba a despertar del sueño!

—Entonces es una suerte que me haya presentado ante usted. —Lemory le ofreció su brazo. Ella estaba haciendo todo el trabajo y su acompañante, ¿no iba a luchar un poco por ella? ¡Caramba! ¿Tenía junto a ella a un hombre valeroso que no iba a pelear por mantenerla a su lado? Briana se quedó mirando al coronel esperando… ¡Esperando algo!

Frederick tenía de nuevo ganas de romper la cristalería o lo que fuera y aunque tenía suficiente dinero para volver a reconstruir la iglesia en caso de reducirla a escombros, no debía hacerlo. De igual modo no tenía ningún derecho a retenerla y ese Lemory era como un perro con un hueso.

Frederick apartó su mano de la de ella y se desembarazó de su brazo.

—Vaya con él —le ordenó.

Briana sintió cómo desaparecía toda la ilusión de la hora de antes en una única fracción de segundo.

—Por supuesto. —«No voy a quedarme donde no me quieren», estuvo a punto de gritar. No era más boba porque no ensayaba en sus ratos libres.

Partió sin rechistar más con Lemory. Se giró para observarlo y lo vio ya sujeto del brazo de otra mujer. Ella era fácil de reemplazar. Veinte años le había costado poder acceder a su brazo y la otra mujer, la misma que estaba con Lemory cuando entró, lo había conseguido en un tiempo más que sorprendente y eso que casi estaba segura de que ambos no se conocían previamente.

Después de casi una hora con Lemory, Briana estaba cansada y desilusionada. ¿Dónde se había metido Frederick?

Justo cuando se hacía esta pregunta, su príncipe de cuento de hadas apareció. No iba montado sobre un corcel, sino que estaba dirigiendo un *cabriolet* con dos caballos enganchados.

—*Milady,* creo que su pie agradecerá regresar a casa sin esfuerzo, tal y como lo hará mi pierna. —La sonrisa de él la deslumbró. ¡Ella no era fácil de reemplazar, él había ideado un nuevo plan para hacerla

regresar a su lado!

—Por supuesto. —No hizo falta que nadie la ayudase a subir en el coche de caballos. De un brinco se subió lista para marcharse—. Tenga un buen día, milord. —Se despidió de un vizconde que estaba admirado de ver cómo esa muchacha se hacía la difícil para que los sentimientos de él por ella crecieran más y más. Era una chica lista, muy lista.

Lemory los observó con un brillo en los ojos que, de haberlo visto hubiese provocado en Briana una premonición.

***

—¿Le ha gustado lo que le ha mostrado el vizconde? —inquirió el coronel cuando comenzaron a emprender el regreso a la finca.

—Ya lo conocía, así que he sido yo su guía.

—Un hombre afortunado, entonces. —Ella notó que se ruborizaba por el cumplido y se avergonzó más cuando él se la quedó mirando. Bri seguía con la cara al frente porque estaba mortificada con ese sonrojo que le estaba haciendo arder las mejillas. Pretendió llevarse las dos manos para cubrírselas, pero se contuvo—. Como yo ahora mismo.

Frederick no pudo evitar hacerla sentir un poco más incómoda. En su opinión, estaba adorable con las mejillas sonrojadas.

Briana decidió que era un buen momento para hacerse un poco la valiente.

—Me dejó escapar fácilmente. —Siguió con la vista situada en las altas montañas que se dibujaban a lo lejos. No era capaz de enfrentarlo con la mirada.

—No tenía ningún derecho a retenerte.

Era hora de acortar las distancias, al menos las verbales, con ella. A Bri no le pasó desapercibido el modo en que le acababa de hablar. De tú a tú.

—Lo entiendo, Frederick. —Bri correspondió a la acción.

Ninguno de los dos dijo nada más, pero ambos continuaron el camino con una sonrisa triunfal que pasó desapercibida para el otro.

—¿Esos de ahí son el duque y Beth? —Bri tenía los ojos como platos. Esperaba muchas cosas, pero esto…

—¿Te apetece que nos unamos a ellos? —No supo lo que le impulsó a hacer la pregunta, porque el coronel quería disfrutar un poco más de esa intimidad. Cierto que iban en silencio, pero él, al igual que ella, podía percibir que se había instaurado un nuevo escenario en su relación.

—Creo que tal vez molestemos. —Bri no podía olvidar que la

pareja se escabulló nada más llegar al pueblo.

—Créeme, tu amiga te estará agradecida. —El capitán era peor que un grano en el c…

Frederick paró el coche de caballos a la vera del lago. La otra pareja había improvisado una salida con un bote. ¿Ellos estaban haciendo cosas de enamorados? Frederick bufó cuando esta idea pasó por su mente. Estaba hablando de Kirk, ese hombre no sabía el significado de ser romántico, ni aunque le dieran con un libro impreso con ella en la cabeza.

El coronel bajó del coche y dio la vuelta para ofrecerle ayuda a *lady* Briana para bajar. La mano de ella se deslizó entre la suya y los dos se quedaron un momento mirándose. La respiración de ambos se aceleró de pronto, pero ninguno era capaz de decir una sola palabra sobre ello. Frederick se obligó a soltarla y ambos se acercaron al embarcadero.

—¡Oh, Briana! —Definitivamente su amiga se alegraba, y mucho de verla. El abrazo que le dio lo confirmó. El duque no parecía tan fiero. Al menos a ella no la intimidaba. Se quedó mirando al capitán. ¿Eso que acababa de ver era una mueca de fastidio? ¡Caramba! Alguien sí estaba molesto con su intromisión…

—Nos encantaría dar un paseo con ustedes —expuso Briana, aun a riesgo de contrariar más a su excelencia.

—No van a subir aquí. Este bote es para dos. —Briana trató de no sonreír y lo consiguió cuando vio la cara de pánico de su amiga. ¿Qué estaba pasando con esos dos?

—Bueno, Frederick y usted irán en un bote y mi amiga y yo en el otro. —Briana quería probar un punto.

—No. —«Punto probado» se dijo Briana—. No me acusarán de negligente por dejar que dos muchachas mueran ahogadas en un lago.

La excusa era algo pobre, porque ambas eran buenas nadadoras. Tal vez el hombre no lo supiera.

—Sabemos nadar, excelencia.

Bri iba a contestarle, pero Beth se adelantó.

—Si él es Frederick, yo soy Kirk. Ahora sube. —Ordeno y mando. Su amiga tenía que tomar cartas en el asunto o él se la comería viva. Hablaría con Angela para que también le diese unos consejos prácticos a Beth. A fin de cuentas, *lady* Monty sabía perfectamente lo que era estar casada con un hombre autoritario porque Samuel era difícil de manejar cuando se enfadaba de verdad.

—¿Vienes conmigo, entonces? —Se giró y lo vio majestuoso en la embarcación aguardándola. ¿Había salido el arcoíris? Porque él estaba rodeado de muchos colorines, estrellitas… Se le veía tan apuesto, tan valeroso… ¿Cómo sería verlo en su uniforme de gala? Menos mal que no lo vería o caería rendida a sus pies como una alfombra.

Bri no puedo contestar. De nuevo cogió la mano que le ofertaba y subió a bordo. Este día estaba resultando ser todo un descubrimiento.

Dos barcas salieron del embarcadero. Cualquiera pensaría que ella estaba viviendo un sueño, pero lo cierto es que estaba preocupada por su amiga. No conseguía oír lo que ambos decían, pero parecían estar, ¿enfadados?

—Siempre me gustó mucho este lugar. —Bri era sincera. Ese lago era como algo mágico para ella. Su madre le contaba historias sobre que en el fondo vivía una gran dama que manejaba el agua y los peces. La muchacha seguía atenta a lo que pasaba en la otra embarcación.

—La verdad es que nunca antes lo había disfrutado tanto. Debe ser por la compañía de una de las mujeres más bellas del condado. —La miró para observar su reacción. Briana estaba atenta a la otra pareja y no a él. ¿Él era tan invisible para ella? Se maldijo por creer que ella pudiese…

—Oh, disculpa, ¿decías? —Estaba absorta y preocupada. Era una delicia estar en esta situación con él, pero no podía disfrutar plenamente creyendo que su amiga podía estar en aprietos. Se lamentó por no prestarle la suficiente atención. De igual modo, seguro que él no habría dicho nada sustancial que le diese esperanzas, ¿no?

—No te preocupes. Ladra mucho pero no muerde. —Frederick pareció leerle el pensamiento.

—Me inquieta que se la coma. —Veía al duque, ¿regañándola? La pobre Beth estaba parada aguantando el chaparrón.

—Es un hombre duro. Tu amiga debió haber pensado mejor lo que hacía.

—Puedo ver eso, sí. Por favor, acércate con disimulo. —No podía disfrutar de él, de su compañía, si Beth estaba en problemas.

—De acuerdo.

Frederick comenzó a remar en dirección a la otra pareja. Briana se quedó muerta de asombro con lo que veía. Definitivamente no iba a necesitar que Angela le diera unos consejos a Beth. Ella iba a estar bien, más que mejor.

—¿Sabes nadar, Frederick?

—Por supuesto que sí.

—Levántate, por favor. —Ella hizo lo mismo.

—Lo siento mucho. —Cuando lo tuvo cerca lo tiró al estanque sin dudar un instante.

—Pero ¿qué…? —No pudo terminar la cuestión. Acabó mojado y chapoteando. Del mismo modo que lo hacía el duque Demente. Ambos hombres, ahí en el agua, se miraron. Uno creyó que no había más locas que esas dos y el otro tenía cierta idea de por qué había terminado en el agua.

Frederick se acercó hasta el bote para hablar con ella.

—¿Sabes remar? —Le dedicó una sonrisa para mostrarle a la dama que no estaba enfadado. Contrariado sí, pero no furioso.

—Por supuesto que sí. —Ella le devolvió el gesto.

—¿Beth también? —Se le escapó el diminutivo que Briana empleaba con su amiga.

—Sí.

—Kirk, es hora de darles una lección. Te veo en la orilla. Que se apañen para salir ellas solitas —le dijo Frederick a su amigo.

—¡Buena idea! —El duque estuvo de acuerdo con el plan. Los dos se desentendieron de las mujeres.

La ropa pesaba y los zapatos molestaban, pero querían mantener el orgullo intacto frente a ambas y nadaron sin descanso hasta alcanzar la salida del estanque.

—¿Estarán bien? —preguntó Kirk cuando consiguieron salir del agua.

—¿Estás preocupado? —la pregunta le pilló desprevenido.

—Me ha tirado al agua. —Kirk aún no se lo creía. La joven no era tan dócil como previó.

—A mí también me han invitado a darme un remojo —ironizó.

—Yo lo merecía, pero ¿y tú? —Kirk sabía que no debió hacerla enfadar. La creyó más mansa. Eso no se lo esperaba. Tampoco es como si fuese la primera vez que ella lo tomaba por sorpresa, pero, aun así…

—Imagino que ha sido por tu culpa. —Lo estaba observando ahí parado, sin despegar la vista del lago.

—¿Disculpa? —preguntó sin mirarlo. Esa jovencita lo tenía… no sabía qué, pero algo estaba pasando y no era algo bueno.

—Briana ha debido pensar que te enojarías menos si yo compartía tu destino. Recuerda que eres el duque Demente y que la hermana de Samuel se ha propuesto salvar a todos los que se cruzan en su camino. Es su mejor amiga la que ha derribado a un duque, ella ha derribado a un conde para intentar estar a la par y evitar tu ira. Deberías ser más amable, Kirk.

El duque se carcajeó.

—¿De qué te ríes?

—Estás en problemas, amigo mío. Lo supe en cuanto la dama sacó su abanico cuando te disponías a largarte de casa de Monty a hurtadillas. —Esta vez sí, el duque dejó de mirar a Beth y dirigió la mirada a su amigo con mucha suspicacia.

—No sé entonces por qué vienes a reírte de mí. Tú estás en mayores complicaciones que yo. Te recuerdo que esa muchacha es tu…

—Sí, sí. De acuerdo. ¿Las ayudamos? —Los amigos se giraron para

verlas. Ellas estaban compartiendo confidencias mientras situaban los remos para comenzar la marcha. Definitivamente, no eran dos jovencitas al uso. Sabían defenderse y apoyarse entre ellas. Los dos hombres sacaron pecho, orgullosos.

—Estarán bien. Saben remar y también nadar. Lo sensato será regresar y quitarnos esta ropa mojada. —Al coronel le dolía en el alma dejarla ahí. Le gustaba mucho estar en compañía de ella.

—Si algo le sucede —dijo suspirando y muy pensativo el duque. Le tocó el turno de explotar de la risa a Frederick.

—Estás ena… —comenzó a decir incrédulo Frederick.

—¡Calla! Pienso librarme de ella cueste lo que cueste.

—Vamos a ponernos algo seco.

No tenía sentido discutir con él ese punto. No había quien comprendiese a su amigo. Era una historia muy larga y Frederick no tenía tiempo a rememorarla porque él quería escribir su propio final con cierta muchacha.

—¿Qué vamos a decir que nos pasó? —preguntó el duque.

—Que rescatamos algo o a alguien en el lago. Somos soldados valerosos, amigo mío, y no vamos a admitir que dos jovencitas nos derribaron de un bote.

—Me gusta tu plan. —Sacudió la cabeza. Por algo Frederick había sido director del regimiento.

—Por eso soy el coronel.

—Por eso fuiste el coronel.

Dos amigos salieron de allí en dirección a la casa de su amigo Samuel. No fueron muy rápidos en el carruaje para poder comprobar que ambas muchachas conseguían salir ilesas del estanque.

***

Mientras los dos amigos compartían confidencias, las dos jóvenes hacían lo propio en el lago.

—¿Qué te ha hecho? —Bri estaba preocupada. Su amiga estaba enfurruñada y aún iba criticando por lo bajo mientras remaba.

—Nada —mintió. Ese hombre era desagradable hasta la médula.

—¿Por eso él se ha llevado un buen baño? —preguntó socarrona.

—¿Qué te ha hecho a ti el otro? —Quiso averiguar Beth.

—Nada.

—Estamos iguales entonces. —No quería hablar sobre el tema.

Su excelencia se había llevado su merecido y ella debería estar satisfecha. Beth no era una mujer violenta, pero ese hombre…

—De acuerdo.

Llegaron al embarcadero y aseguraron los botes y los remos. Su

amiga seguía con el entrecejo fruncido.

—¿Quieres hablar del tema? —Volvió a insistir Briana. Se veía perfectamente que su amiga estaba disgustada y quería sacar lo que fuese que llevaba dentro. Olivia y ella le habían dado cierto margen, pero Beth era testaruda también.

—No hay nada de qué hablar, Bri. —Ella solita se había metido de lleno en este embrollo y sola habría de salir.

—Como quieras. —Era su vida y su decisión. Briana lo respetaría —. Pero recuerda que estaré siempre a tu lado. —La joven no contestó, pero asintió en señal de gratitud ante la oferta de su mejor amiga.

Briana y Beth pusieron rumbo silencioso hasta la casa.

—Habéis llegado al fin. Estaba preocupada. —Angela siempre estaba alerta—. El coronel y el duque han llegado empapados y han hablado sobre algún rescate. Temí lo peor. No me dieron más información.

—Nosotras no sabemos nada al respecto. —Bri fue la que habló.

—¿Seguro? —Miró evaluadora a los dos jóvenes que se notaba a todas luces que estaban conteniendo la risa.

—Si nos disculpas. Hemos de ir a cambiarnos para la cena. —Estaban hambrientas porque en el pueblo tomaron un refrigerio muy rápido.

—¡Acabaré enterándome de lo que ha pasado! —tuvo que alzar la voz más de lo correcto porque ambas ya se iban sonriendo y tratando de aguantar las ganas locas de reír que tenían. Tanto Bri como Beth estaban recordando lo estupefactos que los dos hombres se quedaron cuando se cayeron con ayuda al fondo del lago.

—¡No sabemos nada! —repitió esta vez la amiga de Briana.

Capítulo 5

Un acercamiento

La experiencia había resultado ser todo un descubrimiento. Ni en sus mejores sueños, *lady* Briana imaginó un resultado semejante. El día había sido más que propicio y tan perfecto había salido todo que temía que algo se fuese a estropear. Apartó ese pensamiento negativo de su mente. Se acercó a su mesita de noche cuando la doncella acabó de ayudarla a prepararse para la cena. Sacó el retrato y lo miró un rato más.

Frederick estaba cambiado, en esta reliquia que ella sostenía estaba más joven, aunque su mirada… siempre le pareció que estaba apagada. El coronel tenía un brillo especial en sus ojos cuando estaba contento. Lo había visto cuando lo tiró por la borda sin ningún miramiento ni culpa. Al recordar el suceso se avergonzó de nuevo. ¿Una dama precipitando a un hombre, a un conde nada menos, al agua por puro capricho?

Si el suceso se supiese sería un escándalo que acabaría con su reputación. ¡No tenía más remedio que hacerlo! Cuando vio al duque emerger se temió lo peor y consideró que lanzar al lago a su acompañante mantendría ocupado al capitán. Briana estaba segura de que el duque no era un hombre cruel, pero toda esa angustia que veía en su mejor amiga… ¡Tenía que ayudarla y no encontró otra forma!

¿Cuál sería la historia completa? Sí, sí, conocía los detalles más escabrosos, todo Londres conocía aquello, pero a Briana le faltaban datos. ¿Pasó todo como decían las malas lenguas que ocurrió? ¡Pobre Beth!

Frederick. Él la había sostenido entre sus brazos hasta que la despachó. Ese hecho le había dado fuerza para ser atrevida con él y casi haberle suplicado que no se marchase de la fiesta. ¿Tendrían alguna oportunidad?

Un toque en la puerta llamó su atención. La joven se apresuró a guardar el retrato de su amado en el lugar donde había permanecido estos largos años.

—¿Sí?

—Cariño… ¡Estás preciosa! —Angela, en previsión de que Bri había estrenado ya el mejor vestido que tenía, había hecho unos arreglos en uno de los suyos de cuando estuvo embarazada de su tercer hijo, porque Briana era más voluminosa, sobre todo los senos. Era un modelo que estaba a la moda y que con unos pequeños toques ese

precioso vestido verde había quedado fantástico.

—Esto… —señaló su pecho—, no me parece muy decoroso. Será un escándalo, Angela. No puedo creer que mi hermano te permita vestir así.

—Eres una remilgada. Ese vestido es perfectamente adecuado, y no es como si tu hermano se quejase de él. —Cuando Monty se lo vio puesto no pudo apartar los ojos de ella, ni un instante, a pesar de que estaba embarazadísima—. ¿Has avanzado algo, Bri?

—Ha sido un día memorable. Creo que al fin me ha visto, pero no quiero ilusionarme demasiado, con el coronel siempre todo parece complicado. —No se atrevía a contarle lo del abrazo de la noche anterior. Además, él no la había besado, y eso que ella se tuvo que contener para no buscar sus labios.

—Tontita, si él no te ha visto aún, te aseguro que esta noche no podrá olvidar que alguna vez te vio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ingenua la joven.

—Que eres una tentación, Bri y él hoy va a caer rendido ante ti.

—No me des más esperanzas. No quisiera despertar de un sueño para vivir una pesadilla.

—Ya te dije que nunca fuiste una dama dramática, ¡no empieces ahora, querida! —la llamó al orden. Bri era fantástica, pero aún no comprendía el poder que podían tener ellas sobre los hombres. Su inocencia era adorable y Angela no quiso quitársela del todo en la última conversación en la que hablaron de seducción, porque para un hombre una joven inexperta podía ser una tentación, y *lady* Monty creía que el coronel era de ese tipo de hombre.

—Es hora de bajar.

La muchacha tomó una bocanada de aire como si estuviese respirando valor. Bien. Esta noche tenía una nueva oportunidad con él. Confiaba en que no estuviese molesto por su actuación estelar en el lago. Seguro que no. Cuando su príncipe azul salía del agua parecía divertido con la situación. De todos modos, intentaría congraciarse con él… No sabía cómo, pero algo se le tendría que ocurrir.

Briana bajó por la escalera en compañía de su hermano, que no le quitaba ojo, y Angela. Los oía murmurar y apostaba su dote a que Angela estaba defendiendo su vestido frente al conde. En esta ocasión, la joven tuvo la habilidad de colocarse al lado del militar en primer lugar antes de ingresar al comedor.

—Buenas noches —saludó ella a su amado intentando no ruborizarse cuando él la examinó de arriba abajo. ¿No le gustaría su apariencia? ¿Él estaba contrariado?

—¿Corro el riesgo de terminar mojado? —preguntó jocoso cuando se recompuso de su sorpresa. Ella estaba demasiado hermosa y él era un hombre celoso. Esperaba poder contenerse.

—Lo siento. —Se ruborizó.

—Voy a cobrarme el sacrificio. —Intentaba no mirar el nacimiento de esos hermosos… ¡Vaya por Dios! Se le había ido una miradita ahí. Esperaba que ella no lo notase. Regresó la vista a los ojos.

—¿Sacrificio? —Se ruborizó cuando lo vio examinar sus… ¡Angela era terrible! Ese vestido la estaba haciendo sentir incómoda, pero él le estaba prestando atención, ¿no? Debería estar agradecida…

—No creas que no sé por qué lo hiciste. —Le estaba costando horrores seguir la conversación con ella porque… ¡Por Dios!, él era un hombre y ella lo estaba tentando de una forma angustiosa y placentera a parte iguales.

—Pagaré encantada el precio —respondió con coquetería. Sí, tal vez fuese por el vestido. Se mostró coqueta e intrigante a la vez. Poderosa. Nunca confesaría nada sobre los motivos que la llevaron a tirarlo al agua. No es que fuese algo de vida o muerte, pero era un juego que le estaba resultando muy productivo.

—Lo harás. —La convicción de él la dejó helada. ¿Tenía que preocuparse? Si parecía primero contrariado y posteriormente gracioso, en esta ocasión él estaba serio y la mirada de un modo que… le puso la carne de gallina. Sabía que estaba jugando con fuego, pero, aun así…

—Briana, aquí está usted, al fin la encuentro. —Lemory había regresado a escena. Su intervención devolvió a la pareja a la tierra.

—Milord. —Bri hizo una perfecta reverencia.

—Su hermano me ha indicado que vuelvo a ser su pareja para entrar en el comedor.

—¡Oh! —¡Qué inoportuno era Samuel! Una excusa, necesitaba una excusa. «Piensa Bri, piensa…».

—¿Entramos? —El vizconde ya la estaba cogiendo del brazo para arrastrarla.

—Pero… —No se le ocurría nada para desembarazarse de Lemory educadamente. ¡No quería separarse de Frederick!

—Vaya con él. —Lemory no hizo caso de la apreciación. Él no necesitaba el permiso del coronel, ya tenía el de su hermano. Sin embargo, Briana sí se sintió decepcionada. Era la segunda vez que el amor de su vida la dejaba marchar con facilidad. De acuerdo que esta mañana en el pueblo él tramó un plan para recuperarla, pero no había nada que Frederick pudiese hacer para sentarla a su lado en la mesa. El ánimo de *lady* Briana decayó.

La cena pasó sin pena ni gloria, tanto para la joven como para el coronel. Briana mantuvo una cordial conversación con su pareja en la cena. El traidor de su hermano, como la noche anterior, se había asegurado de que ella no tuviese a nadie más con quién hablar, pues Samuel estaba en la cabecera y ella a su lado. Angela estaba al otro

lado de su marido, justo frente a ella.

Tenía que admitir que el vizconde Lemory era muy agradable. Si su corazón no tuviese dueño, ella tal vez podría haberse fijado en él, pero si cuando Frederick no estaba cerca, ella no dejaba de pensar en él, en estos momentos en los que lo tenía a tiro de piedra, su amor era el dueño indiscutible de su alma.

Tras la cena de ocho platos, no hubo baile. Damas y caballeros jugaron al juego de las adivinanzas. Conversación, un poco de música de piano, buena compañía y temas banales ocuparon el resto de la velada. Frederick no se acercó y Lemory no se movió de su lado ni para toser. Sí, él tuvo tos y ni aun así se apartó de ella.

***

Llegó a su habitación enfadada. Daba un paso con él y retrocedía cinco. Tendría que hablar con su hermano y confesarse de una santa vez. Lo malo era que no sabía por dónde comenzar.

Bri se echó sobre la cama para ahogar un grito de frustración y fue cuando divisó una nota doblada por la mitad sobre los cojines.

«Invernadero».

Miró por delante y por detrás. No había firma. ¿Quién la habría citado? Las posibilidades estaban igualadas: ¿el vizconde o el coronel? Una mujer honrada y decorosa tiraría la misiva al fuego y se olvidaría que alguna vez esas letras llegaron hasta su poder.

Hacía calor y la chimenea estaba apagada. Lo consideró una señal. Salió en dirección al lugar al que no debería ir, pero antes quemó la carta con la vela que había prendida en su mesilla de noche. Era temeraria, pero consciente que no debía dejar pistas sobre sus travesuras.

Unas mariposas comenzaron a aletear en su estómago. Briana no había ido en contra de las normas jamás, y mucho menos había realizado algo como lo que estaba a punto de llevar a cabo. ¿Una cita clandestina pasada la medianoche en el invernadero? Debía estar loca… si Samuel se enterase, la enclaustraría en un convento y se olvidaría de que alguna vez tuvo una hermana…. pero ¿y si era del coronel? ¡Es que no podía eludir al destino!

Con la oscuridad como su aliada entró en el lugar que indicaba la carta. No necesitaba luz. Conocía al dedillo su casa, sería capaz de ir con una venda en los ojos y no erraría en sus pasos. Oyó unas voces y sobresaltada optó por esconderse en un discreto rincón.

—Eres malo. —La mujer soltó unas risas que sonaban malvadas.

—Tú eres malvada. —El hombre contestó a la acusación, mientras

Briana luchaba por no asomar la cabeza e investigar a esos dos interlocutores.

—Te voy a enseñar lo malvada que puedo llegar a ser, mi dulce libertino. —Unas risitas volvieron a resonar entre los cristales del lugar.

Bri iba a taparse la boca para ocultar un grito de sorpresa. El hombre parecía el señor Higgins y la dama estaba segura de que no era su esposa. Alguien se le adelantó y se la cerró con una mano. Se vio apresada por unos poderosos brazos y a su espalda un pecho la sostenía. Estaba a punto de sufrir un ataque de pánico. ¡Si es que todos tenían razón! Su impulsividad la conduciría directa a la tumba. Iban a asesinarla y en los periódicos pondrían un titular que haría referencia a lo tonta que había sido.

—No grites. Soy yo. —Bri asintió nerviosa.

Notó la caricia de su aliento sobre su oreja derecha. Él la soltó a regañadientes cuando estuvo seguro de que la muchacha lo había reconocido.

—Pensé que estaríamos solos —volvió a susurrar sobre el mismo oído él.

—Parece que ya se van. —La joven no se atrevía a girarse y enfrentarlo. El corazón le latía desbocado. Era la primera vez que estaba en una posición tan íntima con un hombre y ese caballero no era otro que el amor de su vida.

—Me escondí al igual que tú porque no quería molestar a esos dos… —No quiso terminar la frase por miedo a herir la sensibilidad de *lady* Briana. Se veía que ella era una mujer muy inocente. Frederick así lo esperaba.

—¿Amantes?

Esa mujer era la esposa de otro hombre. Briana estaba escandalizada y tenía la suficiente edad para comprender la tesitura de la situación que acababa de presenciar.

—Sí, amantes.

¿Qué sabría ella sobre las técnicas amatorias? Desechó esa idea de su mente. Era una jovencita casadera que no se merecía que él tuviese esos pensamientos. Ella era pura luz y no quería mancillarla ni de hecho ni pensamiento. Todo esto no evitó que él apoyase su pecho varonil en la espalda de ella y lamentase no tenerla a la inversa para sentir sus…

—Se han ido. —Observó Bri cuando no oyeron más voces.

—Sí, espero que no vuelvan —ambos seguían susurrando.

—El esposo de ella no ha venido a la fiesta. Puedo adivinar dónde van a acabar la noche. Estoy escandalizada. ¿Por qué un matrimonio se traicionaría? —Su ingenuidad le pareció a Frederick un preciado regalo.

—No todos los casados son felices. Es habitual que entre ellos haya amantes. Según creo, no está de moda enamorarse de las esposas.

—Supongo que no todos los matrimonios gozan de buena sintonía. Siempre estuve rodeada de gente que se amaba. No creí que existiesen los enlaces desdichados, bueno… no soy tan ingenua, pero hasta este momento no me di cuenta de que pudiese haberlos… —Se sintió estúpida.

—Los hay. Muchos en verdad.

Frederick había vivido lo que era la indiferencia entre un hombre y una mujer. Sus padres tuvieron un enlace nefasto donde los desfiles de amantes eran habituales. Sabía que este no era el caso de la mujer que estaba situada frente a él, porque su amigo Samuel siempre hablaba de que quería un casamiento como el de sus padres.

—Lo lamento por ambos, por los cuatro, de hecho. —Debía ser triste estar anclada a una persona a la que no se desea. Ese era otro motivo que añadiría a su lista para no querer un marido.

—Dejemos de hablar de ellos. —El coronel le dio la vuelta cuidadosamente para quedarse uno frente a otro. Deseaba ver la expresión de ella para decidir si era partidaria de este juego.

—¿Me has citado tú? —Lo miró llena de esperanza. Quería oírlo de sus propios labios porque aún no se creía lo que estaba sucediendo.

—¿A quién esperabas? —Los celos se apoderaron de él al pensar que Briana pudiese haber querido que la invitación fuese de Lemory. La respiración del caballero se agitó y luchó por contener esa furia que comenzaba a impregnarlo.

—No había firma. —No iba a confesarle que esperaba que fuese de él, ¿y si se marchaba preso de un ataque de pánico como el que había tenido ella cuando sintió unas manos que la amordazaban?

—Y, aun así, has venido. —Seguía celoso.

—Me tachan de impulsiva y curiosa.

—Lo recuerdo muy bien. —Samuel siempre se estaba quejando de esos dos defectos de su hermana.

—¿Por qué estoy aquí? —Le encantaría tanto que él… suspiró.

Una declaración del coronel podía llegar en algún momento. Su corazón volvió a bombear fuertemente. Las mejillas se tiñeron de rojo y esperaba que la suave luz de la luna no dejase entrever la vergüenza que ella sentía.

—No hemos podido hablar durante la cena. —Ciertamente el coronel tuvo que engullir los alimentos sin mirar en dirección a donde estaba Briana. No le gustaba ver las atenciones de otro hombre sobre ella. Se sentía altamente posesivo y territorial con ella, pero comprendía que no tenía ningún derecho.

—Una vez más me dejaste escapar con facilidad. —Le estaba regañando, sí, y quería darle pie a que él le diese algún tipo de señal

porque la muchacha estaba sumamente perdida en lo referente a ese extraordinario ser que se erguía ante ella seductor.

—No tengo derecho a retener lo que no me pertenece.

—Entiendo. —La respuesta cayó como un jarro de agua fría. Ella no comprendía nada. ¿En público no iba a demostrar sus afectos? Eso en caso de que los hubiese, claro, porque él no había demostrado nada aún y ella temía equivocarse en sus apreciaciones, pero parecía que entre ambos estaba creciendo algo. ¡Caramba! Estaban en medio de la noche en una cita clandestina. ¿Qué significaba eso? La cabeza comenzó a dolerle de pronto. Sus pensamientos comenzaban a cruzarse unos con otros y Bri no sabía qué creer.

—Me dijeron que este invernadero tiene varias plantas que florecen por la noche y pensé en que serías una buena guía.

—Si nos encuentras estaremos en problemas. —Se sentía insegura, porque se armaría un escándalo y no estaba segura de que él acabase casándose con ella por obligación y en ningún caso ella consentiría semejante enlace. Preferiría morir sola en una casa en medio de la montaña, tras una larga vida anónima sin comunicación con ningún ser humano. Nunca lo obligaría a contraer un enlace forzado.

—Estás en buenas manos. No olvides que soy un coronel y fui el mejor espía. Aunque no debes decir nada sobre esto último o tendré que asesinarte. —Le dedicó una tierna sonrisa que la dejó fuera de combate.

Briana estaba segura de que en estos momentos su boca estaba abierta porque nunca lo había visto tan apuesto e íntimo… ¡Caramba!

—No lo haré. —Estaba emocionada. Él acababa de compartir una confidencia con ella.

—Ahora ya sabes por qué vas a estar segura conmigo. Soy invencible.

Si Bri antes estuvo emocionada, en estos instantes le faltaba poco para echarse en sus brazos. Se contuvo a duras penas. Además, el calor envolvía el pecho de Frederick, a causa de la mirada embelesada que tenía su acompañante.

—De acuerdo.

—Ven. —Él se atrevió a enlazar su mano con la de ella. Recorrieron el invernadero. Briana nunca había estado de noche y era realmente bonito. Angela y ella trabajaban por las mañanas con las flores. Les encantaba la horticultura e investigar nuevas variedades de extrañas plantas. Habían sido contagiadas por una de sus amigas. Samuel decía que ellas eran poco comunes hasta incluso este extremo.

—En todos estos años que estuve fuera lamenté no poder disfrutar de momentos como este. —Tenerla para él solo estaba resultando ser una delicia. Espera poder seguir siendo todo un caballero ante ella. Cada vez que miraba esos labios llenos…

—¿Fue duro? —Se sintió estúpida ¡Claro que fue duro!—. Quiero decir que si la guerra… —No sabía cómo seguir la frase.

—Horrible es la palabra. Cuando salí de aquí —ella agachó la mirada porque recordaba muy bien cada palabra de despedida que le dijo y se sintió avergonzada—, me fui lleno de esperanza. —Briana levantó sus ojos hacia los suyos—. Creímos que íbamos a hacer el bien.

—Lo hicisteis.

—Cuando uno ve tanta miseria, sufrimiento y desesperación se replantea sus ideales, sus prioridades. Nadie debería participar en una guerra por muy buenas intenciones que se anuncien. Muchos valerosos hombres perecieron a mi lado y ninguno de los tres se alegra de haber regresado. —Frederick no entendía bien qué le impulsó a hacer esa declaración. Ninguno de los tres hablaba sobre su experiencia en el campo de batalla. De hecho, era la primera vez que él sentía ganas de abrir su mente.

—Yo lo hago —confesó a bocajarro y sin pensar. Pero no se arrepentía de haberlo señalado.

Él sonrió.

—No hablemos de cosas tristes. Lo peor ha pasado ya y se avecinan tiempos nuevos, mejores.

—¡Ojalá! Los tres os merecéis al fin la felicidad.

—No sé si la merezco, pero sí que estoy dispuesto a encontrarla. —La miró tan fijamente que la dejó anclada.

La escena invitaba a algo. El romanticismo se respiraba en el ambiente. Bueno, olía a rosas porque estaban parados ante ellas, pero ahí, bajo la luz de la luna y rodeados de plantas, flores y en la más absoluta intimidad, Bri deseaba por primera vez en su vida ser besada y perder el sentido.

Unas voces próximas los despertaron de la ensoñación.

—¿Estás loca? —Bri y Frederick corrieron a esconderse.

El hombre no soltó su mano mientras huían para no ser descubiertos. Ella se dejó guiar por él.

—No es a mí a quien apodan así. —Beth estaba harta de ese tirano. No había estado nada acertada en su decisión y tendría que pagar las consecuencias por el fin de sus días.

—Deberías tener cuidado entonces. Soy muy peligroso. —El duque estaba realmente a un paso de… de hacer algo. No tenía la menor idea de qué, pero algo haría.

—No tienes ningún cuchillo en la mano. —Estaba hasta la coronilla de que él siempre la amenazase con la misma cantinela.

—Te lo advierto.

—¡Yo te lo advierto a ti! —La amiga de *lady* Briana puso los brazos como jarras.

—No voy a consentir que me levantes la voz.

—¿Y qué harás? —lo desafió, segura de sí misma. No iba a ser nunca más un corderito. No, con el duque Demente.

—¡Por lo pronto irme a dormir y olvidar este maldito día! —Él alzó más de lo debido la voz, pero es que esa jovencita lo tenía hasta las narices.

—¡Pues ya somos dos!

La pareja se marchó cada uno en la dirección contraria del otro.

***

Durante la apresurada huida, Frederick había descubierto un nuevo rincón estrecho para permanecer rezagados y cuando lo vio, él se metió y le dio un tirón a ella. Ambos se habían quedado abrazados. Con la acción, la mejilla de ella se había quedado reclinada sobre el pecho de él. Briana sentía su calor por encima de todas esas capas textiles y la sensación era muy confortable.

—Tu amiga tiene carácter.

Por inercia, la mano de él se había apoyado en la espalda de la joven y por instinto la acarició del modo más protector y amable posible. No debería estar haciendo algo como aquello porque él era un caballero y ella una joven dama. Su cuerpo lo traicionó y tuvo que ladearse ligeramente para ocultarle a la muchacha lo que estaba pasando verdaderamente en su fuero interno.

—No lo sabía. —Su mejilla estaba fría y no estaba dispuesta a abandonar la fuente de calor de ese pecho varonil. Indiscutiblemente, Briana había muerto y fue directa al Paraíso, porque esto se sentía como la gloria.

—Kirk está en problemas. —Una sonrisa se asomó, porque su amigo no era el único que estaba en serios apuros. Cualquiera con dos dedos de frente vería que él no estaba mucho mejor.

—Eso parece. —Seguía incrédula con todo lo que había vivido, visto y sucedido en este largo día. ¿Desde cuándo Beth era capaz de defenderse tan bien? Su amiga Olivia le advirtió que Beth había cambiado, pero…

—Llevamos casi cuatro horas aquí.

—Ajá —expuso como una perfecta remilgada. ¿Por qué no la besaba?

—Es hora de irnos también.

El tiempo había pasado muy rápido y cierta parte de su anatomía estaba escandalosamente preparada para algo que no debía hacerse. De nuevo su mano iba a tener que aliviarlo en cuanto llegase a su habitación.

—Me ha gustado mucho ver el invernadero por la noche. Nunca antes lo hice —dijo la joven. Briana no se movía y él necesitaba que ella se separase de él urgentemente.

—Me ha encantado verlo contigo. —«No creo que pueda despegarme de tu abrazo, pero debo hacerlo», quiso decir.

—A mí también. —Frederick dejó de acariciarle la espalda para cogerla por los brazos y forzarla de abandonar su cuerpo. Le costó horrores, pero era lo más sensato. Él tenía que hacerlo. Era un hombre honorable y estaba consternado por haber propiciado una reunión tan inapropiada con una dama casadera. Las cosas no se debían hacer así. No con Briana, ella se merecía que él obrase bien y coherente.

Estuvieron frente a frente una vez más. Frederick la veía batir sus pestañas y oía su respiración agitada. Compartieron otro momento íntimo muy intenso. Él le miró los labios. Ella miró los suyos deseosa de que lo hiciese. Lo vio moverse un poco hacia ella y entonces fue cuando la muchacha cerró los ojos aguardando el premio a su dedicación.

—Buenas noches. —Se despidió él y se marchó sin mirar atrás. Su honor era lo primero.

Bri abrió los ojos cuando notó que las manos de él la abandonaron. La mandíbula se le cayó al suelo al verlo partir a la velocidad de cien caballos salvajes. Después de lo que habían compartido, ¿Frederick podía marcharse sin más? ¡Ese hombre la tenía desconcertada! En un momento la hacía especial y al siguiente la dejaba a la altura del primer escalón de la escalera. Briana no entendía absolutamente nada.

Cuando lo vio doblar la primera esquina, ella se recostó contra la pared más cercana tratando de recomponer la compostura. Cerró los ojos, al tiempo que negaba con la cabeza. ¡Caramba! ¿Qué había sucedido? ¿Había hecho algo para espantarlo? ¿Demasiado descaro lo había hecho huir? *Lady* Briana estaba contrariada.

***

Las cortinas de su habitación estaban descorridas. El sol comenzaba a molestarla. Era muy temprano. ¿Angela había entrado ya a despertarla? Briana se había vuelto muy dormilona en los últimos días y le costaba mucho salir del lecho por las mañanas. Ella no era propensa a holgazanear, sin embargo, los sucesos de la noche anterior le privaron de un sueño reparador.

Tuvo que abrir los ojos porque tanta claridad era insoportable. Necesitaba descansar más y le gustaba dormir a oscuras. Se incorporó y un papel cayó sobre la alfombra. Desde el lecho, enfocando bien los ojos y sorteando las legañas consiguió leer la nota:

«Establos. No tardes».

El sueño, el cansancio y la desdicha de la salida de él anoche, se le fueron de un plumazo. Se levantó y comenzó a vestirse. Se colocó su traje de amazona y en el menor tiempo posible llegó frenética hasta el punto de encuentro.

—No sabía si serías capaz de levantarte. Hace poco que nos acostamos. —Ambos se sintieron incómodos por el doble sentido de la frase. Especialmente él, que no quería herir su sensibilidad.

La noche había sido especialmente dura para Frederick. Su honor reñía con su necesidad por ella y hasta la fecha había ganado el respeto por la dama, eso no le impidió acceder a hurtadillas en la alcoba de ella y depositar la nota.

—No podía dormir más. —«Sobre todo cuando leí y reconocí tu letra en la nota». Pero eso no se lo iba a confesar. No debía.

—Yo tampoco. ¿Salimos? —Frederick tenía ensillados dos caballos. El semental de Samuel, porque el coronel apreciaba un buen animal, y la yegua de ella.

—Sí. —Briana se montó con cierta elegancia sobre su silla de amazona.

—Hace tiempo que no salgo a montar por la finca. No recuerdo muy bien los caminos. —No era verdad del todo, pero le apetecía que ella le hiciese de anfitriona en la salida.

—De acuerdo. Iremos al bosquecillo.

Antes de salir había pasado por la cocina porque una parada allí se hacía imprescindible para alguien que dependía de ella.

Los dos emprendieron una cabalgada lenta que les permitiera conversar.

—Montas muy bien.

El coronel veía elegancia por todas partes. *Lady* Briana era ciertamente una gran dama de la alta sociedad. Eso justamente era un pensamiento que lo frenaba o, mejor dicho, que lo contenía para no cometer una temeridad.

—No sé si tú podrías hacerlo en mis condiciones. —Le dedicó una brillante sonrisa. No sabía si él entendería lo que acababa de decir.

—¿Qué quieres decir? —Efectivamente Frederick no comprendió la afirmación.

—Esta silla es muy inestable y nos es complicado, a las mujeres, cabalgar sin peligro en estas condiciones. Los caballeros lo tienen todo más fácil que nosotras.

—Eres una dama, debes ser una amazona. —Todas habían de montar así, no era correcto que lo hicieran de otra forma, ¿no?

—Me gustaría poder montar a toda velocidad. —«A horcajadas y sin sentir peligro», pero eso no iba a admitirlo porque no estaba bien visto que alguien de su posición dijese o pensase semejante

barbaridad.

—Sí, eres impulsiva. —«Además de peligrosa para mi cordura», pensó él mientras negaba con la cabeza y esbozaba una tímida sonrisa.

—Siempre lo fui. —Su hermano estaba más que harto de la muchacha tal y como decía cada día que la pescaba haciendo alguna travesura inocente de las suyas.

—Lo recuerdo muy bien. —Bri se quedó mirándolo. ¿Se estaría él refiriendo a algo en concreto? Un estremecimiento la recorrió como un rayo.

—Hemos llegado. —Ella no estaba preparada para afrontar el tema, así que lo dejó correr.

—¿Dónde hemos llegado, Briana? —Era la primera vez que lo oía pronunciar su nombre y sonaba como música en sus oídos. La tenía seriamente turbada.

—Una zorra ha parido. He traído comida para las crías.

—Tu hermano se alegrará de que los alimentes. Siempre fue un buen cazador.

—Él no puede cazar —dijo con una brillante sonrisa—, al menos no en la finca.

—¿Por qué no?

—Angela no lo permite.

Frederick repasó el programa que le había dicho Samuel cuando llegó el primer día. Cierto que la caza del zorro no estaba entre las actividades.

—Por amor se hacen muchos sacrificios. —Él los haría encantado.

—Sí, mi hermano está muy enamorado de su esposa.

—No es el único enamorado. —Sabía bien lo que había dicho y no se arrepentía.

Briana se quedó nuevamente mirándolo. Lo examinó firmemente. Frederick estaba curioseando en la madriguera y no la miraba. Su corazón volvió a latir desbocado. No obstante, la joven se negaba a ser presa de la felicidad. Decidió tomar la frase con cautela.

—Si la madre aparece, no va a gustarle vernos.

El coronel se giró tras decir la frase y la miró con atención. Ella había llegado hasta su posición. Repasó los gestos de ella, parecía indiferente. Como buen coronel que era, se fijó en el pulso que reposaba en su vena del cuello, latía fuertemente. A Frederick le encantó verla simular tal tranquilidad después de la aseveración que él acababa de realizar.

—Si la orgullosa mamá de las crías nos pesca, a ti no va a gustarte en absoluto lo que ella te haga. Dejaré la comida y nos marcharemos. —La joven sacó de su bolsillo pan y carne fría que sobró de la cena. Entonces se dispusieron a marcharse

—¿Continuamos nuestro recorrido? Tengo una parada más que

hacer.

—Tú estás al mando. —Frederick la ayudó a montar y a continuación lo hizo él. Sostenerla por la cintura fue una dulce tortura.

—A sus órdenes, mi coronel. —Le sonrió y fue él quien se quedó absorto observándola. Ciertamente su naturalidad la hacía preciosa.

Dos jinetes pasaron cerca de ellos. Briana buscó con la mirada tratando de identificar a los jinetes. Oyó que Frederick mascullaba algo por lo bajo, pero su oído no fue capaz de entender una sola palabra.

—Creo que nos persiguen. —El tono de lamento de él le pasó desapercibido a Briana.

—O nosotros a ellos.

—Tal vez no nos hayan visto —apuntó con esperanza.

No quería compartirla. Se había tomado muchas molestias para salir a horas muy tempranas y tenerla para él. Eso sin contar con el enorme riesgo que corrió al meterse en su habitación, descorrer las cortinas y dejar la nota. Tuvo mucho control para no hacer una imprudencia. Anoche en la intimidad de ese invernadero, a punto estuvo, pero lo de esta mañana fue mucho peor de soportar. Dormida, ella era una ninfa de los sueños.

—Nos han visto. —Los dos jinetes cambiaron el rumbo del trote y se acercaron a ellos. Se aproximaron en pocos minutos.

—Buenos días, Bri.

—Hola, Beth. Excelencia. —Le hizo una breve reverencia con su cabeza, después de todo él era un duque.

—Soy Kirk o capitán —la corrigió él—. Es muy temprano para cabalgar. —Miró a su amigo con una ceja levantada.

—Me alegra ver que has superado tu fobia a los caballos. —Frederick hizo caso omiso a su apreciación, pues también era prematuro para que esa pareja estuviese a solas y en mitad del campo.

—No he tenido nunca fobia a los caballos —señaló enigmático, mientras le echaba una mirada desconcertante a su joven acompañante.

—No era eso lo que parecía el otro día. —El coronel sabía que jugaba con fuego, pero ya que su amigo había contrariado su buena mañana, él le devolvería el favor.

—Ayer simplemente me negué a cabalgar. Soy el duque Demente, puedo hacer lo que me plazca sin dar explicaciones a nadie. — Kirk nunca lo había hecho y no iba a comenzar en estos momentos.

—Ya estamos —susurró Beth.

—¿Has dicho algo? —El duque se giró poderoso desde su montura para enfrentarla.

—Vamos, Bri. Dejémoslos conversar. —Beth cualquier día lo

asesinaría y nadie la culparía por ello. ¡Ese hombre era imposible! Las jóvenes se adelantaron en el paseo. Ellos las seguían de cerca, pero les dejaron intimidad para que compartiesen cuchicheos. Tal y como iban a hacer ellos mismos.

—¿No podías haber elegido otro camino para estar con ella? —preguntó Frederick al duque con malhumor. Cuando no lo molestaba Lemory, lo hacía su amigo.

—No sé de qué me hablas. —Como había dicho antes, no iba a dar ninguna explicación sobre su proceder.

—Supongo que ambos hemos tenido la misma idea, ¿cierto? —Estaba divertido viendo que el duque también estaba molesto por haberse topado con ellos.

—No sé de qué me hablas —reiteró severo. No admitiría nunca nada que lo comprometiera.

—Espero que hoy no la enfades, no me gustaría acabar empapado o algo peor. Briana suele apoyar a los desfavorecidos y siempre que apareces me meto en líos por tu culpa.

—Ella no es ninguna desfavorecida. —La afirmación lo había ofendido.

—Contigo a su lado… —Le encantaba molestarlo.

—No hallaste la muerte en la batalla, no hagas que te asesine aquí. —La amenaza estaba falta de un tono cómico. Era sincera.

—Haya paz, capitán. —Frederick no escondió la sonrisa que se formó en sus labios.

—No me gusta que se burlen de mí. Deberías saberlo ya.

—A esa muchacha parece que se le da bastante bien manejarte. —Esa chica era la horma del zapato de su amigo. Solo faltaba que él se diese cuenta.

—Definitivamente quieres morir y reunirte con Lucifer en el infierno.

—Admite que te gusta. —No quiso entrar al trapo, pero eso no evitó que él quisiera seguir incordiándolo.

—Admite que a ti te gusta *lady* Briana. —«Una buena defensa siempre empieza por un buen ataque», se dijo el noble.

—Lo admito. No es difícil, pruébalo tú —lo animó, aunque sabía que iba a ser inútil.

—Samuel te matará si le tocas un solo pelo de la cabeza sin pedirle antes permiso para cortejarla. Está implícito que las hermanas de los amigos son coto prohibido de caza.

—Lo sé. —Por eso se refrenaba tanto—. No voy a comprometerla.

—Te vi ayer en el invernadero, coronel.

—Si me viste, es porque tú también estabas allí —contraatacó—, y no creo que quieras explorar ese punto.

—A mí me da igual. Mi situación, como bien sabes, es

completamente diferente a la tuya. —Frederick suspiró.

—Necesito que me conozca primero. Ha pasado demasiado tiempo y no quiero cometer un nuevo error. La última vez fue… —No quiso calificar aquello porque las palabras eran demasiado malsonantes para ser dichas en alto. Amanda lo dejó en la inmundicia y si no llega a ser por esa joven que iba unos pasos por delante de ambos montando grácilmente…

—¿Has olvidado a la otra al fin? —Kirk no entendía cómo un hombre podía sufrir por amor. A él no iba a sucederle eso jamás.

—No sé de qué me hablas. —Fue Frederick quien no tenía nada que compartir en estos momentos.

—Estamos en un buen embrollo los dos. —Por lo visto, él no era el único que había caído fulminado por… No, no estaba dispuesto a admitir nada ni en su fuero interno.

—Yo no. —Frederick tenía muy claro en qué punto estaba.

—Oh, sí, lo estás. —«Y mucho más que yo», quiso advertirle, porque el duque ya tenía lo más difícil hecho.

—No lo creo.

—Espera a que Samuel se entere de que vas tras las faldas de su hermanita. —Rio con la escena que se presentaba en su mente.

—Yo le gusto a Monty. Sería diferente si el pretendiente fueses tú. —Lo fulminó con la mirada. Bastante inseguro se sentía en estos momentos como para que el demente pusiese en duda un buen final.

—Supongo que tienes razón, pero, aun así, me gustaría verte cuando le digas que has elegido a su hermanita pequeña para casarte.

—¡Estará encantado! —Se dio cuenta que alzó la voz más de lo debido cuando las dos jóvenes se dieron la vuelta para observarlos.

—Dejará de estarlo cuando se percate de lo que eso implica.

—¿Y qué, si puede saberse, implica eso?

—La noche de bodas, Frederick, la gran noche de bodas… —Y soltó una buena carcajada.

A Frederick le cambió la cara. ¿Por qué era todo tan complicado? Tal vez primero tendría que hablar con Samuel antes de declararse a ella. Suerte que había visto a Kirk y le había hecho comprender que lo mejor era cambiar el plan. El anillo que llevaba en el bolsillo tendría que esperar un poco más antes de ser depositado en el dedo de ella.

Después de luchar contra su propia naturaleza en el invernadero decidió que lo mejor sería poner las cartas sobre la mesa de una vez por todas con la joven. Estuvo a punto de besarla y hacer algo más en varias ocasiones y no estaba muy seguro de poder dejar que el honor se impusiera a sus propios instintos.

Samuel estaba enterado de que él quería asentar la cabeza. Incluso pensó en comprar la finca vecina para estar más cerca de ellos, de ella. Se sentía como un joven imberbe cuando no tenía motivos, él era un

hombre con muchísima experiencia en la vida… Sí, sí, no así con mujeres… Sobrevivió a una guerra. En el campo de batalla había hecho cosas indecibles que harían palidecer al mismísimo ángel negro, ¿por qué le costaba tanto ir por lo que más ansiaba?

¡Se trataba de una joven, no del maldito Bonaparte!

***

Unos pasos más alejadas, dos amigas entablaban una conversación en términos similares.

—¿Qué tienes con el coronel? —Beth no era tonta y había percibido el interés de ella en el amigo del demente. Briana era reservada y ya era hora de que su buena amiga cantase como un canario.

—¿Qué tienes tú con el duque? —Intentó esquivar la pregunta del mejor modo que se le ocurrió, no obstante, eso era un secreto a voces.

—¿Hace falta que te conteste a eso, Bri? No es como si toda Inglaterra no estuviese al tanto de lo que ocurrió.

—Lo siento. —Tuvo que señalar cuando oyó el suspiró de impotencia de su mejor amiga.

—No lo sientas. Tomé una decisión y debo vivir con ella. — Hizo una pausa en la que trató de no recordar todo aquello. Fue inútil, los recuerdos acudían a su memoria para atormentarla día y noche—. ¿Ahora vas a decirme qué sucede con el coronel?

—Te prometo, Beth, que no lo sé a ciencia cierta. Un momento, parece que él… —¿Cómo seguir la frase? Era muy complicado.

—¿Es el hombre más maravilloso de la tierra y al otro es peor que un demonio? —Beth sabía muy bien de lo que hablaba al terminar la pregunta por ella.

—No sé si le intereso. Es contradictorio. —«A veces sí lo parece, pero otras…», Bri suspiró. ¡Caramba! Todo era muy frustrante.

—Sé lo que es, Bri. Solo el tiempo nos sacará de dudas.

—No me queda mucho tiempo. Samuel está empeñado en casarme esta temporada y mis opciones se acaban.

—Al menos yo ese problema ya no lo tengo. —Trató de sonreír.

—Mi hermano tiene sus miras puestas en Lemory.

—Sí, nos hemos dado cuenta. Es un buen partido.

—Lo es, pero no es… —No quería desvelar dónde estaban puestos sus verdaderos sentimientos, porque llevaba toda una vida ocultándolos a todos.

—Te entiendo, Bri. No es él. —Beth se volteó para vislumbrar la figura del duque. Volvió a buscar los ojos de su amiga y colocó una falsa sonrisa.

—Siento lo que tuviste que vivir, el escándalo…

—Eso es el pasado y no quiero cosas tristes ahora. ¿Por qué no aumentamos el ritmo? Me apetece hacer una buena carrera. —Beth no quería recordar aquello. Dolía demasiado para rememorarlo.

—¿Cómo puedes hacerlo sobre esa silla? No comprendo cómo hay mujeres que la dominan. Yo no lo consigo. ¡La odio!

—Asumí mi papel hace algún tiempo, Bri. Esa silla es la prueba, si sobre ella debo montar porque así lo deciden otros por mí, al menos me esforzaré por hacerlo lo mejor que pueda.

—¿Desde cuándo eres tan sabia y tan audaz? —La transformación de su amiga en los meses anteriores había sido increíble y por lo visto Briana no se había enterado… ¡todo este tiempo temiendo por ella!

—Uno de los dos hombres que viene por detrás tiene gran parte de la culpa. ¿Lista para la carrera, amiga?

—Lo intentaré.

Comenzaron a montar con más ligereza y los caballeros que las seguían también apretaron el paso. En pocos minutos llegaron a la siguiente parada que debía hacer *lady* Briana.

—Por favor, esperadme. Debo comprobar que la señora Montgomery está bien. —La joven advirtió la cara de extrañeza de los tres que la acompañaban y explicó el motivo de la visita a uno de sus arrendatarios—. Tuvo un bebé hace unas semanas y en los últimos días no se sentía con ánimos. No tardaré.

Sus acompañantes asintieron. La muchacha entró en la casa y se alegró de ver a la mujer fuera de la cama al fin. Era un hogar humilde. La familia Montgomery había tenido goteras en el último invierno y cuando su hermano se enteró, se apresuró a poner remedio a la situación. El conde de Monty era un buen patrón y Briana se alegraba por ello.

—Señora Montgomery, celebro verte mucho mejor. —La mujer estaba sentada frente a la humilde mesa en una silla.

—Oh, pequeña, gracias por venir a vernos. —Se levantó y fue a darle un cariñoso abrazo.

—¿Cómo está la niña? —Bri le devolvió el gesto.

—Hoy está un poco llorona. Es igual que cierta hija de un conde, revoltosa —señaló jocosa.

—Entonces será toda una dama. ¿Puedo cogerla? —Se acercó hasta la cunita de madera que estaba puesta en medio del salón.

—Le encanta estar entre tus brazos. Por supuesto que puedes.

—¡Es tan bonita!

Comenzó a acunarla y a hacerle carantoñas. El hombre que la observaba por la ventana en ese momento sintió su corazón estremecerse al verla sosteniendo una criatura. Frederick suspiró. Pronto llegaría el día en que ella pariría a sus vástagos, cosa que él iba

a disfrutar mucho, pues la tarea de engendrar a los niños resultaba más que grata.

—Vas a ser una gran madre, Briana.

—Primero habré de encontrar un buen hombre —explicó sin dejar de hacerle carantoñas a la pequeña.

—Tu hermano dice que pronto vas a casarte.

—¿Cómo? —La diversión se le pasó en una fracción de segundo.

—Está orgulloso de que cierto vizconde haya mostrado interés por ti y la noticia se ha extendido como la pólvora. —La señora Montgomery notó el cambio en ella.

—Ya conoces a Samuel, es un exagerado.

Esperaba que Frederick no fuese consciente de esa noticia. No soportaría que él se alejase de ella por un rumor infundado. La niña comenzó a llorar.

—Está hambrienta. Dámela, Bri.

—Más tarde regresaré con víveres. —La dejó en brazos de su madre.

—No hace falta, pequeña. —Una sombra captó la atención de la mujer— Veo que te esperan fuera—. Bri se giró en dirección hacia donde miraba la señora Montgomery con una gran sonrisa. Lo vio por la ventana mirándola ¿embelesado?—. Creo que Samuel ha errado en sus suposiciones, ese hombre se ve atractivo. —Bri esperaba que él no las oyese.

—Lo es. —La joven no pudo más que señalar lo obvio.

Él se separó de la ventana con tranquilidad.

La muchacha salió de la casa tras despedirse de la madre y de la niña. Seguro que el resto de la tropa de los pequeños Montgomery estaría tramando fechorías en el campo, mientras que los hermanos mayores ayudaban al padre en el cultivo. La casa estaba muy tranquila sin todos esos revoltosos. Briana quería una familia tan amorosa como aquella. ¿Sería Frederick un buen padre?

Levantó la vista y vio a Beth ¿de morros? Si no había estado más que unos minutos con la señora Montgomery, ¿qué había hecho el duque para molestar a su amiga en tan poco tiempo? Suspiró.

—¿Dónde queréis ir ahora? Yo he terminado con mis obligaciones de la mañana. —Tenía otras que cumplir después del mediodía.

—Es tarde. Deberíamos volver. —Kirk estaba enfurruñado. La jornada no había salido como él esperaba.

Los cuatro regresaron en silencio a la finca. Había tensión. Dos damas delante y dos caballeros detrás. Cuando desmontaron, las posiciones se intercambiaron. Frederick y Briana abrían la comitiva y la otra pareja la cerraba. Los cuatro tenían intimidad para hablar sobre sus asuntos.

—Me ha gustado verte con un bebé en los brazos. —«De hecho he

creído que era el nuestro y mi corazón se encendió de emoción», quiso decirle.

—Me apasionan mucho los niños. Salvo los de mi hermano. Son terribles, como él. No se parecen en nada a Angela, ni tan siquiera Astrid. Ya viste cómo me dejó el pequeño James Jeremy el primer día que entraste en la casa. —Todavía se avergonzaba de que él llegase y la viese cubierta de harina.

—Así que sí me reconociste. —Era todo un descubrimiento.

—Claro que sí. No has cambiado nada. —Los dos se quedaron mirándose un instante.

—Tú sí lo has hecho. —Briana no supo interpretar si eso era algo bueno o malo.

—La fiesta está por concluir. —No supo el motivo de haber dicho esa frase. Bueno, la verdad es que sí que lo sabía, pero no podía obligarlo a… ¿A qué? ¿Y si él no sentía lo mismo? Solo sabía que el fin de semana estaba a punto de concluir y que los invitados, especialmente él, se irían.

—No para mí.

—¿Cómo has dicho? —Lo enfrentó una vez más muy atenta para no perderse la explicación.

—Estoy interesado en comprar la finca del viejo Fergus. Me quedaré todavía unos días más. Samuel me acompañará mañana para verla y hacer una oferta justa. —Él la examinaba expectante para evaluar la reacción de ella ante la noticia. Briana había evitado su mirada porque sentía sus mejillas coloradas.

—Es una buena inversión.

La muchacha no quería emocionarse demasiado con la perspectiva. Podría ser que él se quedase únicamente para atender ese negocio y si se hacía ilusiones, como lo había hecho en el invernadero… luego el mazazo sería aún mayor. Decidió tomar nuevamente con cautela las exposiciones de él.

—No es la única inversión que tengo en mente. —La contestación de ella no le dejó claro nada y decidió tirar un poco más de la manta a fin de ver si era capaz de descubrir algo. La joven se paró al sentir su mirada abrasadora sobre ella dispuesta a preguntar abiertamente.

—¿Qué quieres…?

—¡Bri, te he buscado por todas partes! —Su hermano tenía el don de la oportunidad.

Samuel se acercaba a ellos a paso raudo por las escaleras de la gran casa mientras gritaba—: ¡Tengo excelentes noticias!

—Me gustaría hablar contigo, Samuel —interrumpió cortando lo que tuviese que explicar su buen amigo. Era la hora. Frederick se moría ya de ganas de dar el paso.

—¿Puede esperar? Tengo interés en hablar con Briana.

Su amigo estaba muy serio y el coronel solo ponía esa expresión cuando era algo trascendental lo que tenía que tratar y era crucial para el conde conversar con su hermana.

—Es urgente. —«Mi futuro ha quedado decidido», pensó.

—De acuerdo. Vayamos a mi despacho. —Comenzó a emprender la marcha. Paró para observar a su hermana—. No te vayas demasiado lejos. Tenemos que hablar, Bri.

—Sí. Estaré en la biblioteca cuando termines.

La joven se alejó de los hombres. Esperaría en ese lugar hasta que Samuel la reclamase. Se giró para buscar a la otra pareja que venía tras sus pasos. ¡Caramba! ¿Dónde se habían metido? Briana sonrió, Beth era capaz de manejar a ese hombre. Todavía recordaba cómo su mejor amiga lo derribó sin ningún pudor ni ninguna sombra de remordimiento el otro día en el lago.

***

El coronel se sentía más intranquilo que cuando se marchó a la guerra aquella noche. Si entonces su vida estaba en peligro, en estos momentos todo su mundo dependía de esta conversación. Trató de ganar en seguridad. Ambos amigos tomaron asiento. Uno enfrente del otro, separados por el escritorio.

—¿Puedo ofrecerte una copa? —El coronel se veía tan recto y serio que parecía que iba a romperse de la tensión que se acumulaba en su cuerpo.

—No. Estoy bien.

Unos minutos pasaron. El silencio comenzaba a hacerse interminable.

—Tú dirás, Frederick. —El conde lo invitó a hablar.

—He decidido casarme —explicó como quien dice que están lloviendo.

—Son grandes noticias. De hecho, son soberbias, porque justamente iba a hablar con Bri de su futura boda. Si quieres, en la cena de esta noche podemos anunciar ambos compromisos. —Samuel estaba pletórico. Dos bodas se habían perpetrado en su fiesta campestre.

—¿Ambos? —Su alerta de soldado se activó.

—Sí, al fin Lemory se ha decidido y ha hecho la petición formal.

—¿Qué? —No podía ser. No, en estos instantes.

—¿Te encuentras bien, Frederick? Estás sudando. Serviré unas copas. Es normal que estés asustado por el cambio, dejar atrás la vida de soltero es difícil. Bien lo sé yo, amigo mío. —Se levantó para preparar dos *whiskies*.

—Es casi primavera. Hace calor.

—¿Calor? La temperatura ha descendido, amigo mío. ¿Seguro que te encuentras bien? Creo que no estás preparado para el matrimonio. Te veo contrariado. —Le pasó la copa y lo vio beberla de un trago—. Tranquilo, compañero, o te abrasarás la garganta. —Soltó una gran carcajada. Samuel estuvo igual cuando se comprometió con Angela.

—¿Qué decías de una petición formal sobre Lemory?

—Recordarás que te comenté por carta que esta fiesta era una excusa para presentarle a la testaruda de mi hermana varios pretendientes. —Frederick asintió. Ese era precisamente el motivo definitivo que lo había impulsado a venir a la finca—. Angela me recomendó al vizconde para Briana y mi esposa siempre acierta en estas cosas. He podido observar que a mi hermana su compañía le es más que grata. Todos me lo han dicho, que ambos hacen una pareja encantadora. Creí que sería más complicado que él diese el paso, a mí me costó algo más con mi esposa, pero Lemory ha solicitado su mano por fin. ¿¡Es una gran noticia, verdad!?

—¿Ella está enamorada de él? —El coronel preferiría estar en estos instantes en el campo de batalla, asediado por el enemigo y sin escapatoria.

—Es indiscutible que a Bri le gusta. Sonrisitas y batir de pestañas… ¡bah! Ya sabes cómo va esto.

—Tal vez ella únicamente está siendo diligente, cortés. —Rezó para que él dijese que sí.

—Tú no conoces a mi hermana como yo. Si a Briana él no le gustase, lo habría rehuido como la peste. Estoy seguro de que a cualquier jovencita le agrada el vizconde. Es apuesto, bueno, no es que yo entienda de belleza masculina, pero mi esposa dijo que él sería un buen candidato para Bri. Además, tiene fortuna y sé que cuidará bien de ella. Es todo un sueño, ¿no crees, Frederick?

—Entiendo. Sí, supongo que comprendo lo que dices. —Su corazón sangraba. El dolor era más insoportable que cuando la pierna le peligró.

—¿Quién es tu afortunada?

—Creo que voy a esperar un poco más —suspiró—. Tal vez me haya precipitado. No estoy seguro de que sea la indicada o yo el adecuado para ella. No después de lo que sucedió la última vez.

—Lamento oír eso. Pero me es imposible compadecerte, hoy es un gran día. Al fin voy a poder casarla.

Se hizo una pausa en la conversación.

Un hombre estaba lleno de dicha mientras que el otro creía que estaba en los infiernos.

—¡Ah! —Samuel recordó que quería hablar con él—. Sé que quedamos en ir mañana a la finca que pretendes comprar, la verdad es

que no entiendo tu necesidad de adquirir un terreno como ese, tu finca es más grande que la de Fergus…

—Sí, sobre eso pretendía también comentarte. Lo he pensado detenidamente y no creo que tenga sentido comprar la casa ahora. —No después de saber que todo había sido un tremendo error. ¡No debió haber venido!

—¡Grandioso! Porque mañana partimos hacia el condado para conocer a la familia de Lemory. Quiere hacer una pequeña reunión para presentarle a Bri a los condes. Su madre, como comprenderás, ha de dar la aprobación definitiva. ¡Mi hermana será la futura condesa de Lancaster! Celebrémoslo con una copa de mi mejor brandy.

Samuel se levantó y comenzó a servir. Daba igual si se emborrachaban. Era un día fantástico porque al fin había podido asentar a Bri y con un partido excelente. Samuel estaba seguro de que su hermana se arrodillaría ante él dando gracias. ¡Lemory! «El sueño de todas las jovencitas», dijo Angela que era él. Oh, qué ganas tenía el conde de Monty de ver la cara que pondría Bri ante su gran logro…

—Te deseo suerte, Samuel.

—¿Suerte?

—Espero que tu hermana consiga la felicidad. ¿Has pensado que tal vez te estés precipitando? —Era su última bala.

—Es un buen hombre. Creo que Bri no podría haber encontrado a nadie mejor. Lemory me presentó un contrato verbal muy atractivo que quiso materializar lo antes posible, pero he decidido que sea mi hermana quien tenga la última palabra. Aunque no dudo que ella no caiga rendida cuando le diga que el vizconde quiere casarse con ella. —Angela no le perdonaría que firmase un documento si Bri no estaba de acuerdo y eso que para él no habría mejor opción—. Si no lo acepta, no la obligaré, aunque estoy seguro de que todo saldrá a las mil maravillas.

—Bien. Es hora de regresar a mi finca. Tengo asuntos que he estado demorando y que no pueden ser aplazados de nuevo. —No había otra opción que la retirada.

No estaba seguro de nada y lo mejor sería aguardar. ¿Cómo iba a competir él con semejante hombre? Briana tenía suerte de no acabar con un tullido como él. Por más que el corazón doliese, era lo mejor que podía hacer, ¿no?

—Supongo que te veré en Londres para la temporada.

—¿En la ciudad? —«¿Por qué su amigo suponía eso?», se preguntó.

—Bueno, si la dama que has elegido no es la adecuada, cosa que no sé porque no me has dado su nombre, imagino que acudirás al gran mercado matrimonial. ¿Dónde mejor para elegir?

—Sí, sí, por supuesto. —No le apetecía entrar en detalles sobre la identidad de la mujer que él quería para sí. Estaba demasiado

contrariado con el rumbo que habían tomado los acontecimientos.

***

Mientras Samuel iba en busca de su hermana para darle las excelentes nuevas, Frederick empacaba sus enseres dispuesto a marcharse en ese preciso momento.

—Briana. —El conde entró en la biblioteca con una brillante sonrisa que causó una gran alarma en la joven.

—¿Qué sucedía, Samuel? Parecías muy serio.

—Lemory ha solicitado tu mano. —No podía aguantar más para soltar la gran noticia.

—¿Qué? —Pero si no lo había alentado más allá de ser cordial… Briana se quedó con la boca abierta. Literalmente su mandíbula no soportó el peso de sus facciones y cayó.

—Mañana partimos en dirección a su casa. Está deseoso que sus padres te conozcan. ¿Estás contenta? —La vio fruncir el ceño.

Eso no le agradó a Samuel.

—No quiero casarme con él. No pienso contraer matrimonio con ese hombre.

—¿¡Con quién entonces!? —El tono entusiasta inicial se había marchado por la ventana.

Lord Monty estaba furioso con ella. Bri se quedó callada.

—¿Nadie, verdad, hermana? Iremos mañana a conocer a su familia, le darás una oportunidad o te juro que… —Se calló porque no sabía cómo seguir esa frase.

Se dio la vuelta para marchase de allí. Estaba muy enfadado con ella y no quería decir algo de lo que pudiese arrepentirse. ¡Era imposible! ¿Por qué no reconocía que era lo mejor que su hermano había hecho por ella? No… Por supuesto que no, Briana siempre tenía que hacer las cosas complicadas y difíciles, era su naturaleza testaruda la que hablaba.

—Samuel.

—¿¡Qué!? —levantó más la voz de lo que quiso.

—¿Qué le sucedía al coronel? Parecía muy preocupado cuando entró en tu despacho. —La joven estaba enfadada y contrariada, pero necesitaba saber lo que le pasaba al amor de vida. Esa cara de seriedad que Frederick llevaba cuando ambos se encerraron la había dejado muy inquieta.

—Al parecer se marcha a Londres para unirse a la temporada y buscar esposa. —Una mano atravesó su pecho, agarró su corazón y lo estrujó sin compasión ninguna.

—¿Él se marcha? —Notó que su respiración se estaba haciendo muy seguida y sus ojos comenzaban a empañarse.

—Sí, ahora mismo, de hecho. Esperaba haberlo convencido para que se quedase al anuncio de tu compromiso esta noche, pero no ha querido esperar.

—¡Samuel! No puedes comprometerme con un hombre sin mi autorización y menos vas a dar la noticia de mi compromiso, porque no voy a aceptarlo. —Estaba colérica con su hermano. Si hubiese un puñal…

—Lo harás cuando lo conozcas un poco más. Lemory es un buen hombre. Tienes suerte de que él esté interesado en ti. Ni en mil años hubieses soñado con pescar semejante partido.

—¿Por qué se lo has contado al coronel? No tenías derecho a contarle nada a nadie y más cuando yo no he accedido.

—Es Frederick, uno de mis mejores amigos. ¡Yo estaba contento por ti! Compartí la noticia con él. Estaba entusiasmado con la idea de haberte encontrado un buen pretendiente. ¡Nunca estás contenta con nada! Eres una desagradecida. —Su hermano se largó de la biblioteca maldiciendo por lo bajo.

Bri se limpió una lágrima que resbalaba por su mejilla. Estaba triste y furiosa a la vez. No simplemente por la pelea con su hermano. No quería casarse con Lemory, lo amaba a él. A ese hombre al que su hermano le había contado que ella estaba prácticamente comprometida con el vizconde y que le había contestado a su hermano que se marchaba a Londres en busca de esposa. ¡Eso era! ¿Sería posible que…? Salió de la biblioteca para comprobar su última teoría. Estaba en el tiempo límite y era hora de ser valiente como le recomendó Angela.

Lo vio delante de la puerta de entrada. Estaba dando instrucciones a los lacayos para marcharse. Era la segunda vez que lo detenía antes de partir y se juró que sería la última. Bri ya puso su corazón en sus manos una vez y él no le correspondió aquella noche en la que partió. Frederick había vuelto y nada había cambiado entre ellos. Una última oportunidad sería lo que le ofrecería.

Se armó de valor y como aquella vez de hacía cuatro años portó su corazón en una imaginaria bandeja de plata para que él hiciese lo que creyese conveniente. Se posicionó delante de él sin importar, ni la etiqueta ni quien la escuchase o viese.

—¿Te marchas? Dijiste que tenías asuntos que tratar con mi hermano. Como la compra de la finca Fergus.

—Las cosas han cambiado. —Él no la miraba.

—¿Qué ha cambiado?

—Todo.

—Frederick… —¿Qué podía decirle?

Estaban rodeados de muchos sirvientes y a plena luz ante muchos curiosos que en ese momento podrían estar observando desde cualquier ventana. La joven se volvió a recordar que eso era secundario cuando su futuro era lo que estaba en juego.

—No te vayas, por favor.

—Adiós, *milady*.

No le dirigió ni una sola fugaz mirada. Subió a su carruaje y se marchó sin mirar atrás. Era lo mejor que podía hacer por ella.

Las lágrimas corrían libres mientras lo observaba emprender el viaje. Tres veces la había dejado marchar fácilmente, cuatro si contaba la de aquella noche en que partió a la guerra.

Las conversaciones, los momentos que habían compartido estos días pasados, ¿no habían significado nada? Él la había citado en el invernadero en una actividad clandestina dedicada a los amantes… Frederick había ingresado en su habitación para solicitarle que salieran a cabalgar solos… ¿Qué había sucedido?

Su hermano. Él había hablado de su compromiso con su amigo. Eran hombres y susceptibles de malinterpretar todo, pero cuando la tuvo ahí delante pidiéndole que no se marchase… ¿qué había más directo que eso? Una dama no podía dar el primer paso, no debía y, sin embargo, ella había salido tras él ya demasiadas veces. Se había expuesto de forma clara ante el hombre al que amaba y el coronel se resistía a verla, a valorarla. Solo era posible una explicación: él no la amaba. Un pasatiempo. Bri había sido para él un entretenimiento que ni siquiera había valido la pena premiar con un beso porque ella no valía nada para él. Frederick no la notaría jamás y era momento de tomar esta aseveración en serio.

Se recluyó en su habitación. Esa noche no bajó a cenar. Si su hermano estaba dispuesto a venderla como una yegua de cría, que lo hiciese, ya nada tenía sentido.

Capítulo 6

Una auténtica pesadilla

Al día siguiente, sintiéndose la mujer más desdichada del planeta, se preparó para el viaje que iban a emprender hasta la casa de su supuesto prometido. El desánimo era tal que no tenía valor ni para poner objeción al mandato de su hermano. *Lady* Monty le había hecho un interrogatorio, pero Bri no cooperó.

Angela estaba preocupada por la marcha del coronel, por la decisión de su esposo de aceptar el compromiso y, sobre todo, por el estado que presentaba Bri. No hacía falta ser una lumbrera para saber que la joven no estaba feliz y contenta. ¿Habían discutido Briana y Frederick? ¿Sería algo irreparable? No podía saberlo porque, su esposo era terco, pero cuando Bri se cerraba en banda, era aún más testaruda que Samuel. ¡A cuál de los dos hermanos más orgulloso!

Melory Park se alzaba sobre una colina. Era una hacienda impresionante. Parecía un castillo. Realmente era una fortaleza. Sabía que el título de él era uno de los más antiguos y respetados, pero nunca creyó… Estaba con la boca abierta al divisar tanto esplendor. Decir que la edificación era majestuosa era quedarse corto, eso sin contar los soberbios jardines que daban pie a un bello cuadro pintado por un exquisito artista que descubrió todo un paraíso en esa zona.

Cuando bajaron del carruaje los recibió la familia en la mismísima puerta. La madre, el padre y uno de los hermanos menores de Lemory los aguardaban conforme dictaminaba el protocolo. La pesadilla estaba por comenzar. Bri lo sabía. Tras los saludos y presentaciones de rigor, él se acercó a ella solícito con su mejor sonrisa. El resto se había adelantado y ellos tenían un momento para estar a solas.

—Me marché preocupado por tu estado. Me comentó Monty que estabas enferma.

—Fue una indisposición sin importancia. Ya estoy recuperada. —Realmente no era mentira del todo. Estuvo mal hasta que comprendió que era más tonta y boba que aquella mujer que una vez rechazó a Frederick. Las dos estaban al mismo nivel, una por no saber valorarlo y la otra por haberlo apreciado demasiado.

—¡Perfecto! —Él le sonrió—. Sé de buena tinta que te encanta montar a caballo.

—Sí, me gusta mucho. —«Pero odio la silla de amazona sobre la que me obligan a ir». Era mejor no decir esto último, así que lo pensó, pero no lo dijo. ¡Si hubiese nacido hombre…!

—Tengo una sorpresa para ti. ¿Me acompañas, por favor? —pidió él enigmático.

—Bueno yo… no… yo…

¿Cuándo se habían parado todos para examinarla y por qué estaban mirándola con una sonrisa en los labios? Era como estar en el circo y ser la mujer barbuda.

—Si estás cansada por el viaje podemos dejarlo para luego. —Lo vio desilusionarse y se sintió mal.

—Ahora es un buen momento. —Le sonrió tímida dándose la vuelta para huir de todos esos ojos inquisidores. La única que no sonreía era Angela. Bien sabía ella que la esposa de su hermano era perfectamente consciente de que Lemory no era lo que quería.

Le ofreció su brazo y *lady* Briana lo tuvo que tomar.

—Me alegra mucho tenerte aquí. —Era sincero.

—Es muy amable de su parte decir eso.

La encontró adorable por no seguir sus impulsos y decirle que ella se alegraba aún más. Esa treta de Briana de hacerse la indiferente le resultaba muy estimulante. De hecho, estaba encaprichado cada vez más por la indiferencia que ella trataba de aparentar. Hacía años que ninguna mujer captaba su atención de esa forma y el hombre estaba muy entretenido.

—Es preciosa. —Bri se soltó de su brazo para ir a admirar a ese bellísimo ejemplar. Más blanca que la nieve, con un porte elegante y sublime. En toda su vida había visto semejante yegua.

—Es mi reglado de compromiso. Mi hermano Kevin tiene unas cuadras magníficas y mi esposa tiene que tener un caballo perfecto. —Sacó pecho, orgulloso por haberla dejado impactada.

—Yo… ¿Por qué quiere casarse conmigo? —La pregunta lo sacó de su ensoñación.

—Tengo entendido que la ilusión de toda mujer es hacer un buen matrimonio. —Esa mujer era mucho más de lo que se apreciaba en un primer momento.

—No es la mía.

Era hora de poner las cartas sobre la mesa. Le habían tomado el pelo una vez. No iba a suceder una segunda.

—Eres una muchacha muy extraña —señaló, frunciendo el ceño.

—Soy eso, además de testaruda, inquieta, algo temeraria, demasiado impulsiva… Y tengo otros muchos defectos, como por ejemplo que…

—Parece que no quieras que me case contigo —la cortó porque no entendía nada.

En todos los años que llevaba sorteando a jovencitas como ella, él había aprendido que ninguna señalaría sus defectos, sino que armaría todas sus cualidades para que él se interesase mucho más. ¿A qué

estaba jugando la hermana de Samuel?

—No ha contestado a mi pregunta.

—Estoy acostumbrado a que me sigan y persigan. Eres la primera que no lo ha hecho y supongo que eso me impulsa a conquistarte.

Bri no gritó y pataleó porque no quería ser descortés. Una vez en su vida que había optado por ser civilizada, pero sin demostrar que no le gustaba para no ofenderlo, y justo le daba este resultado… El destino se estaba burlando de ella de forma descarada. Había cazado a cada rato a Frederick, siempre pendiente de él, y ni sabía que existía y justo con Lemory había hecho lo inverso y él la quería para casarse… Definitivamente los hombres eran mucho más complicados que las mujeres.

—Solo he sido educada. No he hecho nada para alentar tus afectos.

—¿Eso implica que no son bien recibidos? —Ya que comenzaban a sincerarse lo mejor era llegar hasta el final. Total, no tenían nada que perder ni uno ni otro.

—¿Puedo ser totalmente honesta? —La joven seguía acariciando al animal, pero no había despegado la mirada de él ni por un instante.

—Por favor. —Él la invitó a ello haciendo un asentimiento de cabeza.

—Mi corazón está en otra parte. —Sin paños calientes. Era hora de que ese hombre entendiese que jamás podría ser su esposa.

—¿Te han desilusionado, Briana? —Lemory descubrió que estaba muy interesado en descubrir los asuntos de esa mujer. Quería entender su pasado y, sobre todo, estaba muy animado para ser su presente, su futuro.

—Mucho. —Cuatro veces la dejó marchar Frederick.

—¿Qué te hace pensar que yo no podría ser la cura?

—No lo es —bufó. ¿Tan engreído era él?

—No lo sabes con seguridad.

—Lo sé. —Estaba segura de eso.

—No.

—Sí.

—Creo que no vamos a ponernos de acuerdo en esto.

—Eso parece.

—Te lo diré de otro modo. ¿Y si la persona que creías que iba a ser tu alma gemela no lo fuese, pero la otra persona que tú no apruebas pudiese llegar a serlo?

La joven se tomó unos minutos para asimilar la pregunta. La conjetura a la que él quería que ella llegase estaba clara. Este vizconde era peligroso. Briana tomó nota mental para no dejarse enredar por él.

—Supongo que eso no lo puedo saber.

—Correcto, por lo que creo que merezco una oportunidad.

—No quiero hacerle daño.

—Correré el riesgo bajo mi total responsabilidad. —Él evitó reírse en su cara.

Pobre muchacha ingenua. Arnold estaba la mar de divertido por la ingenuidad de ella. ¿Una mujer hacerle daño a él? ¡Por amor de Dios! Con todos los corazones que él había roto ya…

—Pero… pero… —Se le acababan las excusas y no conseguía encontrar algo que lo hiciese cambiar de opinión. Esperaba que al haber enumerado algunos de sus mayores defectos, él la hubiese mandado de vuelta a casa de su hermano… eso no iba a pasar.

—Te propongo un acuerdo que será factible para ambos.

—¿Cuál? —Había conseguido captar su atención.

—Verás, Bri, no anunciaremos ningún compromiso hasta que logre conquistarte.

—Eso va a ser muy complicado. —Se tapó la boca. No debió haber dicho eso—. Le advertí que soy muy impulsiva.

Estaba avergonzada por sus palabras. Una dama no debía hablar en esos términos y menos ante un hombre de su posición.

—Cuando dices cosas así, solo consigues motivarme más.

—Entonces deberé medir más mis palabras. —Se volvió a tapar la boca.

Además de que era totalmente impropio lanzar una afirmación semejante, se daba cuenta de que él estaba poniendo una mirada de… ¿cazador?

—¿Tenemos un trato, Briana?

—¿Hay manera de que pueda persuadirlo para que se olvide de la idea de casarse conmigo? —preguntó mientras hacía un puchero que él encontró adorable.

—Me temo que no. Soy más temerario e impulsivo que tú.

—Lo puedo ver, sí. —Ella bufó. A continuación, bufó la yegua que pareció imitarla.

—Entonces supongo que tenemos un acuerdo, ¿cierto?

—Creo que no.

Estaba convencida que él estaba tramando algo y ella no quería entrar ahí.

—¿Tan cobarde eres? —El hombre esperaba que atacar el orgullo de ella le diera un empujoncito.

—Sí, lo tenemos.

«Muy a mi pesar» quiso añadir, pero no cometería un nuevo error, dado que esa afirmación lo alentaría. Él estaba muy pendiente de ella, en concreto le miraba fijamente sus labios y no quería darle motivos para… ¡Para nada! Soltó a la yegua y dio un paso atrás. Daba la impresión de que él iba a echársele encima.

—¿Quieres salir a montar? —Él también retrocedió cuando Briana se apartó de su lado.

—He de cambiarme. No llevo puesto mi traje.

A la joven no le apetecía nada compartir tiempo con él, pero ese magnífico ejemplar no tenía la culpa de nada y se moría por dar un paseo en sus lomos. No iba a casarse con él, pero al menos se llevaría de recuerdo una cabalgada con semejante montura.

—Nos veremos los dos aquí en ¿una hora? —No tenía muy claro cuánto tiempo necesitaría Briana para arreglarse.

—De acuerdo.

***

Subió a su habitación y abrió los baúles. Había traído su traje de terciopelo azul porque Angela se lo había aconsejado. Angela quería verla feliz, su hermano asentada, ¿por qué nadie le preguntaba qué era lo que ella quería?

La adoraba. Angela era como un salvavidas. Esos años que había vivido con ella, había descubierto que era una mujer fuerte que no se vencía por la adversidad. Su hermano tenía mucha suerte por haberse casado con una persona así.

Estaba segura de que Angela habría podido tener al hombre que ella desease. La simplona boba de Amanda fue la incomparable en su presentación en sociedad, a buen seguro Angela le iba a la zaga. *Lady* Monty era rubia, su pelo era algo más oscuro que el de la tonta y, si le preguntasen a ella diría que sus ojos eran mucho más bonitos que los de Mandy. Angela los tenía de un verde tan intenso que a veces parecía estar mirando una esmeralda. Su tez del color de moda, clara. Era más alta que Bri, más elegante y mucho más estilosa. Envidiaba el cuerpo de Angela, no tenía tantas curvas, sobre todo en su pecho. Los caballeros siempre se decidían por mujeres con una figura distinta a la de Bri, eso era lo que sus amigas Beth y Olivia solían decir.

No sabía exactamente la historia de amor que su hermano y Angela habían tenido más allá de la escueta versión que le dio la condesa hacía poco, pero estaba segura de que sería algo épico.

Bri suspiró. Le gustaría tanto vivir un amor así. Su caballero lucharía por ella, la reclamaría y pasarían el resto de sus vidas colmándose de amor y veneración tal y como hacían Samuel y Angela. ¿De qué valía estar enamorada de un coronel valeroso que había servido con honores y que luego se rendía con ella a la primera ocasión?

Estuvo decepcionada cuando él se marchó. La había engañado.

Ese fin de semana vio en él cierto interés, ¿no? ¿O tal vez había malinterpretado todas las situaciones?

Briana nunca fue una mujer tan segura como Angela, pero cuando se trataba de Frederick no es que fuese insegura, es que se sentía la criatura más torpe de la existencia.

Era ingenua. Mucho, en verdad. Lo poco que sabía de las relaciones entre hombres y mujeres había sido por ver a Angela. Angela, se podría decir, que era algo así como su inspiración en la vida.

Todavía recordaba su primer y único beso. Siendo nada audaz como era, algo en su interior le dijo que debía ir a buscarlo esa noche que él se marchó para dejarla sola y añorándolo. Fue Bri la que tomó la iniciativa. Aún daba gracias por haber sabido lo que hacía. No entendía bien cómo se hacía eso de besar, pero de nuevo Angela la había aleccionado.

Bri no era una espía, ¡es que su hermano y Angela estaban desatados en los primeros años de casados! Bueno, también en estos momentos, pero al menos sus actividades, sus demostraciones de afecto no eran tan públicas como entonces. ¿Qué culpa tenía ella de ingresar en la biblioteca, en la cocina, en el despacho de su hermano… en… en…? Ya ni recordaba en todos los sitios donde ellos mostraban a cada rato su amor. Sí, estaba que se moría de la envidia por no encontrar a un hombre que la venerase así, pero era feliz por vivir rodeada de personas que se amaban. Se había contentado con ser la tía solterona, ¿qué derecho tenía el coronel a volver a inmiscuirse en su vida para trastocarla entera?

¿Podría ser Lemory un sustituto de Frederick? Y lo más importante, ¿sería justo para él convertirse en un reemplazo del amor de su vida?

El vizconde no le desagradaba. Ninguna mujer en su sano juicio lo echaría a un lado y más con la competencia que había por casarse bien…

¿Estaría Briana demente como el duque de Kensington? Aunque visto en retrospectiva, ese hombre de loco tenía lo que ella de tonta, es decir, absolutamente nada. Lo que el capitán era, es lo que podría definirse como un hombre con inmerecida suerte que acabaría aceptando el regalo que Dios le había dado.

¿Cómo le iría a Oli? La última vez que estuvo con ella, en la fiesta campestre, le confesó que tenía planes para enmendar una situación muy peliaguda, pero no supo ningún detalle más al respecto. Es más, su amiga se marchó sin despedirse.

Miró su vestido de amazona. Si no quería acabar comprometida, debía idear un plan que posibilitase salir indemne de esta trágica situación. Los griegos probablemente se inspiraron en historias como la suya para escenificar esos textos que le hacían sentir triste cuando los leía.

Dejó apartado el atuendo que debería ponerse y cogió unos pantalones y una camisa que le había robado a su hermano y que

siempre se llevaba consigo por si acaso… En el campo a veces utilizaba ese atuendo y una corazonada la impulsó a meter esa vestimenta entre sus pertenencias.

Sí, la treta consistía en hacerle ver a Lemory que ella no era la adecuada. Lo de las negativas y demostrar que no le era grato para ser su esposo no iban a alejarlo. Así que de perdidos al río. Tal vez si veía que era una descarada, él elegiría a otra más apta para ser condesa y el caballero le permitiría seguir con su vida de desdicha en paz.

***

—Debes de cambiar la silla. —Briana llegó exultante al establo. Se situó delante de él y evitó sonreír para no alentarlo, porque sin hacer nada, él ya tenía suficiente estímulo.

El vizconde tuvo que apoyarse en la pared para no caerse sobre sus posaderas.

Arnold la repasó de arriba abajo. Si en sus pesadas faldas ella era espectacular, en pantalones estaba increíble. Pudo al fin hacerse una idea más fidedigna de lo que ella ocultaba. ¡Menudo par de p…!

Briana trató de no sonreír cuando lo vio perder el equilibrio. ¡Era una maestra de los planes! Lo había escandalizado por completo… a la hora de la cena ya estarían de regreso en su casa. Él los iba a echar a patadas por hacerles perder el tiempo y ella no sentiría ningún remordimiento.

¡Un momento! Lo veía acercarse con cara de… no sabía interpretar esa expresión que Lemory estaba poniendo y que le provocó una descarga eléctrica en toda la columna vertebral.

—¿Lemory? —Ella seguía retrocediendo mientras él avanzaba.

—¿Sí?

—Está muy pegado a mí, milord… —Bri extendió su brazo y colocó la mano en su pecho para evitar que él siguiese adelantando. La joven no podía retroceder más. La pared estaba detrás y esperaba que el uso del título le recordase quién era y cómo debía comportarse frente a una dama.

—¡Lo siento! No sé lo que me ha pasado. —Mentira, lo sabía perfectamente. Era más que tentadora en pantalones. Se moría de ganas de verla a horcajadas. Se dio la vuelta y se apresuró a cambiar la silla.

¡Hubiera sido el mayor de los tontos si al final no hubiese acudido a la fiesta campestre! Cielo santo. Se habría perdido esta perita en dulce. Suerte que se lo pensó dos veces y que la idea de conocer en persona al duque Demente lo atrajo más que declinar la invitación de

Monty.

¿No había nada que hacer para que él la repudiase? Briana acababa de llegar y estaba agobiándose. ¿Qué podría hacer para causarle repugnancia?

—Lemory, ¿tienes un pañuelo? —La situación era desesperada y merecía medidas apuradas. Su madre se revolvería en la tumba si la viese en pantalones y supiera lo que se proponía.

—Por supuesto, Briana. —Se sacó uno del bolsillo y se lo tendió.

La muchacha se sonó la nariz haciendo un ruido más que desagradable y espantoso. Miró el pañuelo y lo abrió para ver sus mucosidades. Sí, lo estaba haciendo así. Era lo que tenía la desesperación… Lo plegó y otra vez se sonó haciendo un sonido más estrepitoso. Cuando hubo terminado se lo se lo devolvió a su legítimo dueño, a él.

—Gracias por la ayuda, Lemory. —Una vez lo llamó Arnold, pero era mejor utilizar el título para mantener cierta distancia.

El vizconde tomó el pañuelo usado en sus manos y no supo muy bien qué hacer con semejante objeto… Optó por ser todo un caballero y decidió guardárselo de nuevo en el bolsillo del que había salido. Trató por todos los medios no hacer una mueca de desagrado. Falló. Tragó saliva.

¡Aquello era asqueroso! Bueno, obtendría su premio en cuanto la viese sonrojada sobre el animal. Esa mocosa, nunca mejor dicho, no era rival para él, un hombre experimentado… pero debía reconocer que era una excelente rival.

—¿No vienes? —Estaba pletórica, al fin le había arrancado una mueca de horror. Tenía un punto de partida y estaba dispuesta a explotarlo.

Comenzaron el viaje. Debía admitir que su adversario no era tonto. La estaba tentando. La finca era magnífica, las vistas increíbles. Desde lo más alto observó un paraje lleno de vida, con unos árboles grandiosos que evidenciaban que el lugar tenía una historia que contar.

—Esto será lo que dirigirás cuando aceptes mi mano, Briana.

—Es una tierra preciosa.

—Los arrendatarios son muy buena gente. No encontrarás unos vecinos más trabajadores y honrados.

—Los que hay en el terreno de mi hermano son exactamente igual a lo que describes.

—Monty tiene suerte también.

—Por supuesto. Dios le concedió la venia de una hermana como yo —dijo jocosa.

—Sí. Tienes mucha razón.

—Bueno, él me ve como un incordio.

—Puedo hacerme una idea de lo rebelde que puedes llegar a ser.

—Miró los pantalones. Ella estaba espectacular sobre ese bonito ejemplar. La yegua palidecía en hermosura en comparación con la joven.

—Únicamente quiero vivir mi vida como estime oportuna.

—¿No me digas que no te agrada la idea de convertirte en mi vizcondesa?

—¿Por qué tanta prisa en casarte? Me conoces desde hace unos pocos días.

—Otros se han casado con menos. Me agradas mucho.

—No es un motivo muy fiable y sospecho que no es el único. —No tenía mucha confianza con él, pero apostaría su dote a que él era mucho más de lo que aparentaba.

—Eres muy lista.

—Mi hermano a veces opina que no es bueno que una mujer sea inteligente. —Maldecía mucho en este sentido cuando Angela y ella lo tenían contra las cuerdas. Fuese lo que fuese aquello, porque Bri no le encontraba sentido a la expresión, pero él siempre la repetía ofuscado cuando se unían en su contra.

—Me agrada que seas tenaz y brillante. El pañuelo que me has devuelto no va a alejarme de ti. —Maldita sea, ¿no había nada que pudiese hacer? Briana no sabía qué podría disgustarlo definitivamente. Cualquier otro hombre con sentido común la habría echado a patadas solo por presentarse en camisa y pantalones, y él por el contrario la miraba como si fuera a comérsela en cualquier momento.

—No es justo para ti que te acepte estando enamorada de otro. —A ver si así, él ya se daba por vencido…

—Te he dicho que si me dejas seré capaz de borrar su recuerdo. —La convicción con la que lo dijo la dejó estupefacta.

—No quiero borrar su recuerdo —le escupió.

Briana sería una amargada que sufriría por amor. Ella así lo había decidido y nadie tenía derecho a arrebatarle eso.

—Eres muy extraña, Briana.

—Déjame marchar.

—Acabas de llegar y tenemos un trato. Permíteme intentarlo.

—Esto no va a funcionar. —Estaba derrotada y quería matarlo por no comprenderla.

—No soy más que lo que ves, no te encontrarás a un ogro del pantano en cuanto te desposes. Te lo garantizo. Serás feliz como mi condesa.

—¿Por qué quieres casarte?

—Supongo que quieres la verdad.

—Siempre.

—Mi padre está mayor. Ya lo has visto y quiere conocer a sus nietos. A cambio, me cederá el título de conde.

—Así que es por egoísmo.

—Ni mucho menos. Me gusta pensar que soy un hijo que hará feliz a su padre y a su madre. Llevo años manejando el título sin ser el conde oficial. Me he negado a casarme, pero él ha encontrado la forma de hacer que desee una esposa.

—¿Solo por el título? —preguntó con los ojos como platos. Lemory no se veía tan materialista, ¿no?

—No. Me gustaría ser el conde, es cierto, pero creo que es hora de tener mi propia familia, mis hijos. ¿Acaso no te pasa lo mismo? Otra en tu situación estaría bailando y festejando que va a ser mi condesa. No te comprendo

—Como has visto, soy… —Se quedó mirando al cielo y mordiendo su labio inferior mientras buscaba la palabra para definirse. Si hubiese rodado sus ojos a la derecha hubiese visto al lobo relamerse los labios. La encontró terriblemente sugerente en esa posición, con ese gesto.

—Magnífica. —El vizconde terminó por ella y Briana le sonrió en un acto totalmente involuntario.

—No. Soy temeraria y poco convencional. No soy una buena esposa que debas considerar.

—¡Ah! Otra cosa… —Puso cara de pícaro.

—¿Qué?

—Has conseguido el efecto contrario al que creo que pretendías utilizando esos finos pantalones y esa camisa clara. Tu figura resalta muchísimo y aunque sé que eres una joven virginal y pura, sí te advertiré que sonrojada y montando a horcajadas no haces más que tentarme y que mi sangre hierva de luju…

—¡Basta! —¿Por qué hacía tanto calor de repente?—. Será mejor que regresemos andando. Pronto será la hora de la comida. —No entendía bien el significado de esas palabras, pero algo le indicaba que bajase de la yegua lo antes posible.

—Será un placer ayudarte a desmontar. —¡Maldita sea! ¿¡No encontraría algo que lo desalentase!?

Galante, caballeroso y preparado para disfrutar de su cercanía se preparó para auxiliarla. Justo en el momento oportuno el cuerpo de la muchacha decidió intervenir en el proceso y Briana no frenó lo que se avecinaba.

—¡Uy! Sufro de flatulencias. Lo siento mucho… —No se sonrojó porque lo había hecho aposta. En otro lugar y circunstancias hubiese bloqueado el flujo normal de su sistema, pero en estos momentos… ¡Toda ayuda era poca! Si su madre la viese en esta tesitura…

Lemory se separó de ella porque las gachas de la mañana habían hecho que eso no fuese para nada como oler las amapolas del campo.

—No va a servirte tampoco. —Demasiado bien sabía el vizconde lo que ella tramaba. Ni hablar. Esa muchacha no iba a salirse con la suya ni en un millón de años.

—Lo entiendo —dijo con falsa alegría—, y me alegra que puedas vivir con mis flatulencias. Es una dolencia que muy poca gente conozca, pero puesto que parece que vas a ser mi esposo… —Al menos él estaba en la otra punta del camino.

Cuando eran pequeños Samuel y ella jugaban a ver cuál de los dos era más apestoso. Bri ganaba siempre. Si alguien se enterase de lo que había hecho… ¡Dios santo! Sí, estaba más demente que el duque, pero a necesidades extremas… medidas desesperadas.

Durante el retorno a la casa no evitó no ser una señorita en ese aspecto ni una sola de las veces que sintió la necesidad de aliviar las ventosidades. Era una buena opción para mantenerlo a raya, alejado. Las gachas siempre le producían estos efectos y a partir de ya, mientras él estuviese emperrado, esa comida iba a formar parte de su dieta habitual. Nunca fue entusiasta de ese alimento, pero se había convertido en una acérrima defensora del bien que podían hacer. ¡De hecho estaban obrando maravillas!

A la hora de la comida llegó media hora tarde aposta, lo que fue una flagrante falta de etiqueta y respeto. Todo el mundo la estaba esperando para ingresar en el comedor y cuando llegó, pasó al lugar sin cumplir el protocolo de rigor. Se sentó en la cabecera y pidió grosera que sirviesen la mesa porque estaba hambrienta. Pidió gachas también. Su hermano no sabía dónde esconderse y Angela se tragó una carcajada.

Lady Monty tenía que admitir que la hermana de su esposo tenía más recursos de los que parecía. Pero algo le daba en la nariz que ese hombre no era de los que se rendía sin pelear con uñas y dientes. Lemory aludió un montón de excusas a fin de encubrir a Briana y sus padres se replegaron magnánimos.

Cuando la comida terminó, Angela aprovechó para escabullirse y buscar a Lemory, era hora de tener una conversación con él porque Briana no iba a conseguir ni un avance por muy grosera que se mostrase. La decisión del vizconde era admirable, pero eso que él ansiaba no podía ser.

—¿Qué puedo hacer por usted, *lady* Monty? —Estaban en la biblioteca.

—¿Cómo le va en los avances con su futura prometida?

—Veo que su esposo ha compartido los detalles con usted.

—Samuel y yo no tenemos secretos.

—Estoy decidido a casarme con ella.

—¿Ha sopesado la opción de que Bri no lo acepte?

—Soy un hombre con muchos recursos, *milady*. Suelo conseguir

todo lo que me propongo. —La seguridad de él la dejó anclada. Lo había subestimado creyendo que era terco, él estaba dispuesto a hacer suya a Briana. Ahí debajo de ese caballero había más de lo que parecía.

—Es usted un hombre peculiar.

—¿En qué sentido? —Él cerró el libro que sostenía en las manos. Se sentó en la otomana y la invitó a ella a hacer lo mismo en el sofá contiguo.

—Su faceta de hombre despistado, incluso a veces de santurrón esconde mucho más de lo que hay. Otros no lo ven, pero yo lo he visto.

—Es una mujer muy observadora. Yo no he cometido el error de subestimarla, *milady*.

—Me engañó en la fiesta campestre. Es usted mucho más de lo que parece a primera vista. Debí haber observado mejor. Ahora lo veo bien.

—Voy a conseguirla, no hay nada que me lo impida. —No era un necio y sabía lo que la esposa de Monty iba a pedirle. Mejor ahorrarle el mal rato.

—Me gusta usted, Lemory, por eso le haré un favor.

—¿Cuál?

—Explicarle su futuro.

—Conozco muchas cosas sobre usted, pero no que era una bruja.

—Ser una bruja es mi mejor cualidad. —Exhibió una perfecta sonrisa. Si él quería insultarla, no iba a poder.

—¿Qué quiere? —preguntó irritado. Esa mujer era como un grano en el c… bien lo sabía él.

—No va a ser feliz con ella.

—Dijo que no volvería a subestimarme.

—Y no lo haré.

—Soy consciente de que Briana está enamorada de otro, y soy perfectamente capaz de llegar hasta ella. ¿Ve todo lo que hay aquí? —Su casa era un castillo al que únicamente le faltaba tener todo de oro macizo en su interior.

—Es un lugar muy esplendoroso.

—Lo he conseguido con esfuerzo. —Eran tiempos difíciles y su padre estaba al borde de la ruina cuando él cogió el timón desde la sombra.

—Briana no es como esas damas a las que les fascina la fortuna.

—A mí, no me gana nadie jamás —explicó con convicción.

—Yo en su caso no estaría tan seguro de esa afirmación. Soy una mujer a la que habitualmente subestiman.

—Yo también la vi, *lady* Monty. Supe que no valía la pena engañarla.

—¿Las cartas sobre la mesa, verdad?

—Supongo que es lo mejor.

—Samuel dice que usted tiene muy buen ojo con los negocios.

—Y con las personas, y *lady* Briana es una mujer que me inspira a querer conseguirla. Estoy decidido a ello.

—Así que es su negativa, el valor de lo inalcanzable, lo que lo impulsa en la lucha. Debí preverlo —dijo más para ella que para él.

—Supongo que como a usted. —Angela lo miró interrogativa—. Conozco bastante bien su historial. Compartimos un amigo en común entre nuestros conocidos.

—Puedo imaginar de quién se trata. —Ciertamente los dos hombres estaban cortados con las mismas tijeras. Supo que esa arrogancia que él esgrimía y que pocos percibían, le recordaban a alguien. En estos momentos todo quedó desvelado.

—Sé que sabe de quién se trata. —Hablaban de un duque vanidoso, algo excéntrico, apuesto y rico. Un auténtico disoluto sin corazón al que Angela no le apetecía traer a colación.

—He decidido que voy a ayudarle. —Era mejor cambiar de tema.

—¿Ah, sí?

—Sí, me tiene de su parte. —No sabía cómo lo iba a hacer, pero lograría lo que había comenzado a gestarse en su mente. Lo tenía complicado, pero si él quería un reto… un gran reto es lo que la condesa de Monty le iba a dar y sabía perfectamente que él acabaría agradecido.

—Lo celebro —señaló incrédulo y con una ceja alzada.

—¿Amigos? —Ella le tendió la mano y ambos se las dieron como si acabasen de cerrar el negocio de sus vidas.

—Dígale a la hermana de su esposo que no tiene escapatoria. Nos ahorrará a todos muchos quebraderos de cabeza.

—No subestime a Bri tampoco. Ella hallará el modo de huir.

—Eso es imposible, porque no pienso tolerarlo.

—Yo se lo he advertido. —Estaba segura de que Bri escaparía, porque en cuanto la joven le pidiese ayuda, ella la libraría de él. Salió de la biblioteca con una sonrisa. Lemory era bueno. Esa impresión de bobo e insípido pretendiente que mostraba cuando lo conoció no se correspondía con la realidad. Lo supo cuando lo vio observar a Bri. Tenía la mirada del cazador, esa que tan bien conocía y que aun cuando la recordaba en aquel pasado, la hacía estremecer. El vizconde hubiese tenido una oportunidad con Bri si Angela no fuese la esposa de su hermano, porque estaba segura de que él hallaría el modo de que la joven claudicase. Los de su naturaleza siempre se salían con la suya, pero si Briana quería a Frederick, ella la ayudaría. Por muy testaruda que fuese, era su hermana a efectos prácticos. La familia era lo primero.

***

Una de las actividades ideadas por el vizconde fue un picnic con Briana. Pretendía irse a solas con Briana y una criada de la casa como carabina, pero Angela frustró sus intenciones y ella y su marido se acabaron apuntando a la iniciativa.

El vizconde estaba divertido. Cuanto más trabajo le costase llegar a la meta, más disfrutaría del premio. Tenía que admitir que la guardiana de su futura esposa era todo lo que una vez oyó decir a ese amigo que ambos compartían.

Estaban sentados los cuatro sobre un pulcro mantel. Para tentarlas había puesto los dulces más exitosos de su cocina a su alcance. Lemory quería conquistar a la hermana, pero también trataría de ganarse el aprecio de *lady* Monty porque intuía que tenerla de aliada era mucho más beneficioso para sus planes. También había unos bombones suizos deliciosos que estaba seguro de que las enamoraría.

Briana lo miraba y no le gustaba nada lo que observaba. Se estaba humillando por completo y nada parecía que lo invitase a abandonar su empeño. Si él veía en su rechazo más motivo para conquistarla, a Bri le sucedía todo lo contrario… esa obsesión de él por ella, la obligaba a alejarse y a pensar en cosas más descabelladas para apartarlo.

El traidor de Samuel se había llevado a Angela a dar un paseo para ofrecerles cierta intimidad a los dos. Bri miró los bombones y se le ocurrió imitar al perverso de su sobrino.

Comenzó a deshacer el chocolate en su boca y con pausa se dedicó a cubrir sus dientes de marrón. Cuando lo hacía el niño le resultaba asqueroso. No había espejo y no podía verse. Decidió hilar más fino y comenzó a rozar el labio inferior y el superior a fin de que su boca quedase completamente sucia. Ya no le importaba quedar mortificada. Era de vital importancia salir airosa de la misión que se había propuesto: alejarlo como si ella tuviese la peste.

Cuando consideró que estaba bastante angustiosa, llena de chocolate en cara y dientes, decidió dedicarle una sonrisa sincera. Esperaba que el blanco hubiese sido sustituido por el marrón del chocolate e incluso pareciese que le faltaban un par de dientes. Supo que no había funcionado cuando él le sonrió.

—No voy a rendirme. Tampoco voy a cansarme de recordártelo, Briana. —Si quedaba un ápice de duda de que él la pudiese encontrar asquerosa… La batalla parecía estar perdida.

—No sé de qué me habla.

—Estás preciosa bañada en chocolate. Me da cierta idea de lo que haría contigo ahora mismo. ¿Quieres que te lo demuestre? —A él le gustaría darle un apasionado beso para ayudarla a asearse. No lo intentó porque cuando se acercaba más de lo necesario, ella ideaba el modo de pisarle el pie, pellizcarlo en las manos o algo peor que sucedió en sus partes íntimas la última vez. Tenía que admitir que era muy buena haciéndose la despistada en todo lo que se le ocurría para lastimarlo físicamente. Iba a ser un matrimonio muy divertido.

—¡Oh! —dijo con sorpresa fingida—. ¿Acaso me he manchado?

Comenzó a limpiarse con las manos. Se llenó de chocolate por todas partes. Se miró las manos. Estaban repulsivas. Enfocó su mirada en él y lo vio en mangas de camisa blanca. Se había quitado la chaqueta. Miró a su derecha y vio unos trapos allí. Cuando se levantó fingió que se caía y acabó arruinando la prenda de él por completo. Lamentó lo hecho porque la pobre que limpiase ese estropicio iba a sudar mucho para borrar las manchas. Bien lo sabía ella que una vez le arruinó una camisa a su hermano siendo más jóvenes y su madre la castigó teniendo que lavarla.

Samuel y Angela llegaron en ese preciso instante. Su hermano la miró horrorizado y la condesa… ¿Angela estaba orgullosa de ella? Podría ser, porque estaba con la cabeza altiva y una pequeña sonrisa se abría paso en la comisura de sus labios.

Bri miró a Lemory. «¡Qué esté enfadado! ¡Qué esté enfadado!» se repitió una y otra vez. Su gozo acabó en un pozo. El afectado se carcajeó a gusto. Cuando pensaba que ella ya no podía ser más astuta o imaginativa, lo volvía a sorprender.

—Eres buena, Briana —le susurró al oído—, pero yo lo soy más.

***

Habían pasado tres días. Lemory era atento, encantador, apuesto, simpático, era el sueño de toda mujer. Briana estaba agotada, desesperada y agobiada. No podía soportarlo más. Sería un buen amigo. Le gustaba conversar con él, pero ese hombre no entendía que no podría verlo nunca como algo más y menos como su esposo.

Enrojeció hasta las puntas de los cabellos al recordar lo descortés que había sido en la comida y la cena de la noche anterior. Por casualidad se enteró de que la aprobación a la boda dependía de su madre y Briana estaba dispuesta a intentar evitar el compromiso por esa vía. Primero sorbió la sopa lo más ruidosa posible. Derramó el vino en la mesa a propósito e incluso cuando se levantó lo hizo violentamente y tiró la silla al suelo aposta. Haber visto todos estos

años a la desastrosa Olivia, su otra mejor amiga, le dio una buena pista de cómo comportarse para no ser la perfecta señorita.

Estaba segura de que la madre de él —que no iba a ser su suegra bajo ningún concepto— no sería su aliada y la despacharía. ¡Se equivocó! Lemory le explicó que su madre la encontraba entrañable y adorable. Estaba segura de que la pobre mujer no quería decepcionar a su hijo porque todos los allí presentes habían visto lo insistente que él era.

Desesperada como estaba por escapar de ese hombre que la tenía asfixiada, hizo lo más razonable que se le ocurrió. Quejarse y pedir ayuda a Angela. Briana sabía que eso implicaría contarle todos los detalles, absolutamente todo lo que había sucedido con Frederick durante la fiesta campestre, a la esposa de su hermano. Pagaría el precio con tal de volver a ser libre.

Después de las cenas se encerraba con llave y colocaba una silla apostada en la puerta. No le extrañaría nada que él estuviese en la puerta montando guardia hasta que ella saliese o, peor aún, que intentase acceder. ¿Por qué no podía ser Frederick una mísera parte de obstinado que Lemory?

Nerviosa y aguardando las noticias se paseaba por la habitación. Cinco, sí, cinco ramos de rosas coronaban la estancia. ¡Ella no quería hacerlo sufrir! Sin embargo, cuantas más negativas le daba, más interés mostraba él. Seis veces tuvo que evitar sus besos. Frenarlo era complicado y se le estaban acabando las fuerzas. A cada rato echaba más de menos al ingrato Frederick. ¡Incluso su indiferencia hacia ella!

—¿Has hablado con él? —preguntó cuando Angela ingresó en su habitación.

—Lo he hecho, Bri.

—¿Qué ha dicho?

—Samuel acepta que no quieras el compromiso con Lemory. Está muy decepcionado, no obstante, lo he convencido para irnos.

—¡Eres única! Sabía que lo conseguirías. —Saltó de alegría al verse libre de esa cárcel llamada Melory Park.

—No te alegres tanto, querida.

—¿Por qué? ¿Qué sucede, Angela? —Se temió lo peor cuando vio la cara de preocupación de *lady* Monty.

—Nos vamos directos a la casa de Londres.

—¡No!

—Sí, esa es la condición que ha puesto para permitirte salir sin compromiso con Lemory.

—No puedo ir. —Estaba aterrada. Saldría de una cárcel para meterse en otra mucho peor. Lidiar con el vizconde era complicado, pero en Londres habría un sinfín de caballeros que serían incluso peores que él.

—Está empeñado en casarte y nada va a hacerlo cambiar de opinión. Te juro que lo he intentado. —Había hecho cosas carnales que incluso para una mujer casada serían pecado con tal de quitarle la idea de martirizar a su hermana.

—No lo entiendes. No puedo ir porque él estará allí.

Lo de los pretendientes fue el menor de sus problemas cuando comprendió que el coronel se marchó a la ciudad en busca de esposa, tal y como Samuel le informó.

—¿Frederick?

—Sí. Samuel dijo que él se marchaba a Londres para buscar esposa y no podré soportar saber que él… que él… ¡No puedo ir, Angela!

—O Lemory o Londres. Debes elegir. Te juro, Briana, que lo he intentado pero tu hermano está obcecado con la idea de que contraigas matrimonio. Dice que está seguro de que es lo que vuestros padres querrían y que no puede fallarles.

—¡Es un tirano! Lo odio. ¡Odio a Samuel!

—Cariño, lo hace por tu bien. No quiere que acabes sola.

—Prefiero la soledad si no lo tengo a él.

—Lo has intentado y Frederick… No entiendo por qué hizo todo eso.

—Es evidente que malinterpreté las señales.

—Te citó en un invernadero de noche. Las intenciones eran claras.

—No me besó y pudo hacerlo. Yo me hubiese dejado gustosa.

—¡Bri! No debes decir eso. —Se mostró escandalizada. Bien, sí, sí, Angela estaba fingiendo porque era su responsabilidad guiar a Briana por el buen camino.

—Querida —dijo con retintín—, os vi también en la cocina jugando con un trozo de tarta de chocolate. —Alzó una ceja inquisidora.

—Somos marido y mujer. —Trató de no ruborizarse porque habían hecho muchas travesuras a lo largo de los años. A cada cual más perversa que la anterior y esperaba que Briana no hubiese… Estaba roja hasta las cejas.

—No, aún no erais esposos. —Angela cerró la boca, eso del pastel de chocolate lo habían hecho muchas veces, de solteros y de casados.

—No deberías espiar. —Era lo único que podía decir en esa tesitura.

—Tú no deberías reprenderme porque sé otras cosas que… —Levantó una vez más la ceja esperando que la rebatiera.

—Bien. —Era mejor dejar el tema—. ¿Londres o Lemory?

—No tengo opción.

—Londres será, pues…. —Angela sabía que no podía casarse con Lemory y que la joven agotaría todas las vías posibles.

Le había costado pedirle ayuda, pero cuando le llegó esa nota, ya supo que ella estaba dispuesta a hablar. No quería forzar a Briana a

contarle lo que había sucedido por el momento, pero *lady* Monty necesitaba todos los datos para poder ayudarla.

En medio de la noche y como si fuesen vulgares ladrones salieron de allí. Cogieron lo esencial, el resto de sus enseres ya llegarían en otro cargamento. Samuel se negó a hacer lo que Angela pedía, pero al final lo convenció. Si no hubiese sido así, con alevosía y premeditación, la pobre Briana no hubiese podido salir nunca de esa jaula de oro.

***

Tras pasar por la finca, despedirse de los niños que se quedaron con una nueva institutriz porque su hermano estaba dispuesto a deshacerse de ella, hicieron el equipaje con más pertenencias que necesitaban y llegaron a Londres. Una vez en la casa de la ciudad, visitaron a las mejores modistas. Al menos una de las dos estaba verdaderamente disfrutando del viaje, porque Angela estaba entusiasmada. Hacía cuatro años que no disfrutaba de la ciudad. Samuel detestaba codearse con la alta sociedad y su vida era apacible y satisfactoria, por lo que *lady* Monty nunca había insistido en ir a pasar la temporada allí.

Briana estaba tan furiosa con su hermano que adquirió los modelos más caros y llamativos. Si iba a ser un expositor para los hombres, al menos sería uno muy costoso y bonito de contemplar. Fantaseaba con que su hermano pusiese el grito en el cielo por verla vestida indecentemente y que la privase de los bailes y los pretendientes, no obstante, la joven no se hacía ilusiones porque hasta la fecha, ninguno de sus planes habían salido como ella quería, sino que justo había ocurrido todo lo contrario.

Se quedó asombrada cuando Angela aprobó sin ápice de duda los modelos que había elegido. Creyó que eran indecorosos, pero cuando vio los vestidos por los que se decidió Angela… a su hermano iba a darle un ataque al corazón.

Llegaron al primer baile al que fueron invitados. Por lo visto, el duque Demente había organizado un evento social. No le gustaba utilizar este apelativo, pero es que su amiga Beth lo había ejercido ya tantas veces cuando hablaba con ella para referirse a él, que se le había pegado el vicio.

Estaba muy nerviosa porque probablemente coincidiría con Frederick en la casa de su amigo. O tal vez no…

Capítulo 7

Un reencuentro nefasto

Frederick no era ingenuo. Debió haber imaginado algo como esto. Kirk siempre fue impredecible y cuando llegó esa invitación tuvo que haber sopesado mejor sus opciones. El coronel estaba muy bien en su finca muriéndose de pena y bañándose en la autocompasión.

La primera misiva de su buen amigo arribó a su casa casi al segundo día de haber regresado, sintiéndose morir. La segunda llegó dos días después y la tercera a los dos siguientes, y así sucesivamente. Decidió aceptar la invitación para alojarse con el capitán, porque Kirk no pararía de hacerle llegar cartas hasta que cumpliese sus deseos.

Cuando se instaló con él creyó que lo estaba haciendo por su propio bien. Frederick imaginaba que se había enterado de que Briana estaba comprometida con Lemory, y por eso se había apiadado de él. Cuando llegó, no imaginó encontrar ese percal.

Kirk estaba borracho tirado en el piso de su despacho. Esas largas semanas que había pasado para levantarle el ánimo al duque eran un suplicio. Se habían juntado el hambre con las ganas de comer. ¡A cuál más fracasado e infeliz!

Debió imaginar que había tramado algo cuando a en los últimos días Kirk mostró una mejoría casi milagrosa de su estado de ánimo. El muy intrigante había organizado una fiesta… si en un primer momento no sabía el motivo que escondía esa idea, en esta ocasión que podía ver a cierta jovencita que alegremente saludaba a algunos asistentes, comenzaba a hacerse una idea.

—¿Estás contento, Frederick? —El duque se acercó a él y le palmeó la espalda. Definitivamente no había ni rastro en estos momentos del malhumorado y hundido capitán.

—No tenías derecho a hacer algo como esto —le recriminó en un tono sin dureza.

—Estaba harto de quedarme quieto. Recuerda que estoy loco y soy impredecible. —Ambos hombres estaban a la vista de todos, pero en un segundo lugar discreto. El salón de baile de la mansión del duque era espectacular.

—Haber invitado únicamente a la tuya.

—Coronel, o todos o ninguno.

—Lemory no te lo agradecerá, porque si vuelvo a tener la oportunidad, esta vez no la perderé —señaló más para él que para su amigo.

—¿Por qué la dejaste escapar? Es algo que no entenderé.

—¿Quieres que comencemos a intercambiar secretos como muchachas chismosas? —El coronel no iba a confesarse con nadie y su interlocutor era el que más tenía que callar sobre dejar escapar a alguien.

—Si no quieres decírmelo, no lo hagas.

—¿Qué te pasó a ti con la tuya?

—*Touché*. —Kirk se sonrió. Realmente estaba mucho más animado. Tenía esperanzas renovadas.

—Quise darle una oportunidad de tener a alguien mejor que yo. —Al parecer, Frederick sí aportaría algo de luz a su intriga personal.

—Frederick, hemos combatido juntos, te conozco de toda la vida. No hay nadie mejor que tú, amigo mío. Ella va a tener mucha suerte de que tú estés en su vida.

—Es preciosa. —Llevaba un vestido rojo rubí, del todo inadecuado para una joven debutante. Los zafiros de los Monty la adornaban. El cabello lo llevaba engarzado con una tiara y parte estaba suelto en un bonito moño que le caía por el hombro derecho. No aprobaba el vestido porque lo hacía sentir celoso de todo aquel infeliz que posase sus ojos en ella. Pero debía admitir que toda ella era la obra de arte más pura, bella y sofisticada a la que un pintor pudo haber dado vida.

—Suerte.

En ese momento entró en el gran salón una preciosa dama ataviada en un más que sugerente vestido verde. Todos los allí presentes se volvieron hacia ella. Hubo máxima expectación hacia la recién llegada y sus dos acompañantes. Los condes de Strangened fueron anunciados debidamente, también lo fue la bella dama.

—¿Qué hace ella aquí? —El coronel sintió como si acabase de regresar al pasado.

—Te recuerdo que nunca necesitó invitación para presentarse en ningún lugar al que quisiera acudir. Tú la conocías mejor que yo —dijo la última frase con una sonrisa en la boca.

—Sigue igual. —La examinó de arriba abajo. Los años no habían pasado para ella.

—Viene hacia aquí.

—Puedo verlo.

—Hagas lo hagas, no consientas que te vuelva a atrapar. —El duque se dio media vuelta y lo dejó solo ante el peligro. Kirk tenía sus propios problemas y era imperativo que los resolviese a la mayor brevedad posible.

***

—Buenas noches, milord.

La rubia se acercó exhibiendo sus mejores armas de seducción. El batir de las pestañas, esos andares de lado a lado… Se colocó frente a él para admirarlo.

—Amanda. —Él no respondió a su reverencia. Eso la irritó.

—Me alegra verte. —Puso una sonrisa que nunca le había fallado.

—No puedo decir lo mismo. —Él estaba serio.

—Veo que al fin tienes valor de enfrentarme. Me gusta eso, Fredy. —No mentía. Todo en él era varonil. Ese hombre orgulloso que tenía enfrente poco tenía que ver con el Frederick que ella una vez conoció. Este era un hombre duro, seguro, orgulloso…

—¿Qué quieres, Amanda? —No estaba dispuesto a que la conversación durase más de lo necesario.

—¿No puedo saludar a un viejo amigo? —Le volvió a ofrecer su habitual sonrisa seductora.

—Habla de una vez y déjate de juegos. —Cierta joven tenía una cita con el destino y él ya llegaba tarde.

—¿Podemos hablar en un lugar más… apropiado? —Sentía muchos ojos sobre ella y quería cierta intimidad.

—No creo que tengamos nada que contarnos que no haya sido expresado con anterioridad. —Estaba siendo brusco, pero le daba igual. No supo que había escapado de su hechizo hasta que la tuvo cara a cara ante él. En estos precisos instantes.

—Quiero disculparme contigo. Te ruego que me permitas un poco de privacidad, Fredy. —Amanda nunca suplicaba y siempre se salía con la suya, le estaba costando horrores poder cumplir con su plan.

—Vayamos fuera, en el recibidor creo que estaremos más tranquilos.

—El jardín de Kensington siempre me pareció un lugar de lo más bonito. ¿Recuerdas lo que allí sucedió una noche? —La mujer esperaba tener las mejillas sonrosadas porque eso gustaba mucho a los hombres, no obstante, dudaba que eso fuese a suceder, porque ella perdió la inocencia hacía demasiado tiempo.

—No vamos a salir del salón.

—¿Tiene miedo, coronel? —lo retó ella usando la formalidad. Si se había vuelto tan orgulloso como parecía, tal vez ese empujón lo llegaría hasta su terreno de juego. Amanda no era ninguna estúpida. Los hombres tendían a subestimarla y ella, hasta la fecha había salido airosa en todas las decisiones que había tomado. Cierto que sus desventuras con el dinero de su esposo no las pudo haber previsto, aun así, estaba satisfecha porque los caballeros cumplían su santa voluntad al minuto. Este coronel obcecado no iba a ser menos que el resto.

No esperó a que él contestase. Se colgó de su brazo y lo obligó a ir

hacia las puertas para desaparecer en la oscuridad. Frederick no quiso armar un escándalo. A él le daba igual si los veían salir. A ella le venía bien que los viesen escabullirse.

Amanda intentó llevarlo hasta el lugar donde una vez compartieron besos y caricias. Él no se lo permitió.

—Aquí es hasta donde estoy dispuesto a llegar. —Amanda no volvería a manejarlo jamás y ya no había público que pudiese censurarlo por plantarle cara a ella.

—Me di cuenta de mi error apenas te marchaste al día siguiente.

—Su voz entrecortada, su pena manifiesta…. Frederick debía admitir que como actriz hubiese triunfado en los mejores escenarios de París.

—No es eso lo que pareció. Te casaste una semana después. —Lo supo por casualidades de la vida. Uno de los compañeros de regimiento era familia de su difunto esposo.

—Estuviste siempre pendiente de mí y no aprecié lo que tenía hasta que fue tarde. Lamento haberte rechazado. —Estaba complacida de que él hubiese seguido su vida de cerca. Eso le facilitaría su labor.

—Si lo que quieres es mi perdón, lo tienes. Te absolví de tu maldad la misma noche que me insultaste por última vez, Amanda. —El bálsamo llegó en forma de ángel y que ella le diese calabazas fue lo mejor que pudo pasarle. Lo vio claro entonces, tan transparente como lo hacía en estos precisos instantes en los que la tenía delante y radiante. Briana era su pasaje a la felicidad.

—Estoy enamorada de ti. Siempre lo he estado y quiero una nueva oportunidad para demostrarte que soy sincera. —Ni en un millón de años creyó ella que diría estas palabras a un hombre, y de entre todos, a ese que tenía delante.

—Es tarde.

—Una vez me amaste. Ese amor por mí debe seguir ahí. Déjame que lo encuentre y lo haga aflorar de nuevo.

—No soy el mismo.

—No me importa que seas un tullido. —No, mientras él tuviese el título y fortuna.

Estaba harta de vivir de la caridad. Con su hermana y su cuñado, los condes de Strangened, no le faltaba de nada, pero quería lo que una vez soñó, ser alguien importante y con fortuna.

—Si había tenido alguna duda sobre lo que eres, lo has dejado perfectamente claro ahora.

—Vamos, Fredy, ¿no te ofenderás porque sea sincera? Te apodan el tullido, no te molestes, sinceramente, no me importa en absoluto. Siempre supiste que yo era una persona directa y eso, estoy segura de que es lo que más te agradaba de mí. Tu forma de andar te hace incluso más atractivo, peligroso. —No mentía, de verdad le gustaba

físicamente. Verlo orgulloso y fiero lo hacía desearlo más. Si ese hombre que tenía delante hubiese sido el de años atrás, hubiese reconsiderado su proceder, aunque bien es cierto que no podía saber entonces que él sería un conde como lo era ahora… pero Frederick hubiese tenido más oportunidades de que ella se tantease desafiar a su familia…

—¿Y mi ceceo? No deberías olvidar que soy un tullido ahora, pero antes para ti, fui un retrasado. —No lo fue nunca para Briana. Esa mujer a la que iba a colmar de amor en cuanto despachase al pasado. Había sido un necio cuando se echó a un lado para facilitarle el camino a Lemory, pero eso se acababa de inmediato. Gracias a la buena fortuna que Briana había acabado en la fiesta del duque, porque si no…

—La guerra te ha vuelto insensible por lo que puedo apreciar. —La rubia alzó su mano para acariciarle la mejilla al hombre—. Siempre fuiste tierno y delicado…

—La guerra me abrió los ojos ante muchas cosas. —Él había atrapado en el aire la mano de la mujer para que ni lo rozase—. Buenas noches, Amanda, y olvida que una vez nos conocimos, porque el que te detesta ahora soy yo. —Se giró para regresar al salón de baile.

—Únicamente eres un hombre despechado. —Ella esperó su reacción en el lugar del que no podía moverse por la sorpresa.

—Si eso te place, créelo. No vuelvas a dirigirte a mí mientras vivas. No querrás quedar malparada delante de la buena sociedad cuando un conde, un coronel condecorado te deje en evidencia. —Frederick lamentó no haberse puesto su uniforme de gala para la fiesta, pero lo encontró poco serio. Utilizar una prenda para una frivolidad así, no era justo para esos galones que le habían concedido.

—Antes de que acabe la noche serás mío. —Se juró, mientras lo veía irse cojeando de vuelta a la casa.

***

Momentos antes, Briana se arrepentía de no haberse quedado con Lemory. Ella estaría lejos de él y su corazón no estaría chorreando sangre por verlo tan imponente e indiferente, como siempre. No tenía caso sentirse más miserable. No por él. Su hermano quería casarla, no podría hacerlo nunca. Su destino sería ingresar en una orden dedicada a Dios, en un convento. Llevaría una vida austera en la que cada día recordaría su gran amor por él. ¡Caramba! Sería una existencia tortuosa que esperaba que le sirviera para salvar su alma, porque eso

de sufrir por amor tenía que estar pagado de alguna manera.

—¿Estás bien, Bri? —Angela estaba seriamente preocupada por el cambio de actitud tan radical de la joven—. Te dije que no deberíamos haber venido, cariño.

—Pensé que él no estaría. —Mentira, había venido para poder verlo.

No estaba segura de que Frederick estuviese ahí, pero necesitaba darle una mirada tanto como necesitaba el aire para respirar. Era una malsana obsesión que le estaba costando la felicidad y, ya puestos, la sensatez, porque estaba a un paso de volverse loca. Fue un fin de semana lo que pasó con él recientemente. Era poco tiempo, pero fue el más feliz vivido. Además, toda su vida había estado contemplándolo desde la lejanía, siempre pendiente de él. Su corazón quería lo que quería: a él. Nunca sería capaz de escapar de sus deseos por el coronel.

Muchos matrimonios tenían menos que eso. Era habitual que hombres y mujeres se desposasen sin conocerse por orden de sus padres o conveniencia de familias. Cierto que su hermano la estaba obligando a buscar marido, y no porque ella fuese una carga para él. Samuel podía permitirse mantener a cientos como ella si quisiese, simplemente él creía que estaba obrando por el bien de Briana. La joven lo entendía, pero no lo compartía. Nadie debería ser obligado a hacer nada en contra de su voluntad por muy buenas que fuesen sus intenciones.

—¡Dios mío! —La expresión de pánico de *lady* Monty la devolvió al presente.

Se giró para ver lo que gran parte de los invitados del duque de Kensington estaban contemplando. Una auténtica pesadilla del pasado acababa de irrumpir en el salón para seguir atormentándola.

¿Y por qué diablos esa boba tonta simplona no envejecía ni palidecía? La muy… la muy… ¡Seguía igual de perfecta y bella que siempre! Sería que la maldad la conservaba formol como a las momias que habían ido a visitar al museo cuando llegaron a la ciudad. Claro, ser la reina del hielo era lo que tenía… ¡Maldita fuese Mandy!

Observó muy atenta lo que sabía que iba a pasar a continuación.

—Parece que era cierto que él vino a buscar esposa. Es lógico que se casen. Frederick siempre la amó y ella… bueno, podrá ser al fin su condesa.

El conde de Monty entendía en estos momentos el cambio de actitud de su amigo. En la finca, él le dijo que pensaba casarse, pero que la elegida tal vez no fuese la adecuada… Por lo visto, el bueno del coronel seguía enamorado de Amanda.

—¿Lo apruebas, Samuel? —Angela estaba asombrada oyendo la explicación de su marido. Él precisamente que conocía toda la historia de ambos, de los tres ya puestos, es decir de Frederick, de Angela y de

él mismo con esa mujer… ¡Hombres!

—Un amor así no se olvida. Si tú no te hubieses casado conmigo, aunque fueses de otro, yo te seguiría amando en silencio lleno de celos y miserable, pero te amaría, aunque no fueses mía. Ella es viuda y él la tiene a su alcance.

—Frederick no va a volver a caer de nuevo. Es un hombre listo, no como tú que eres ¡absurdo!

Los condes de Monty siguieron interesados la escena. Bri rezó todo lo que sabía para que su hermano estuviese equivocado.

—Te lo dije, mi amor. Él no la ha olvidado —sentenció, cuando vio a la pareja perderse entre las sombras del jardín—. Puedo apostar lo que va a suceder a continuación.

—¿Qué va a suceder, Samuel? —A Briana por lo visto le gustaba sufrir porque ya sabía lo que iba a pasar en ese jardín y, no obstante, quería oírlo y recrearse en su dolor.

—Una boda será anunciada, esta misma noche. Apuesto mi fortuna. —Samuel sonrió orgulloso por sus palabras.

—No me siento bien, quiero irme a casa. —Luchaba por contener las lágrimas. Echaba de menos a Lemory desesperadamente. Ese hombre tal vez la hubiese hecho feliz. ¿Quién sabe? Era paciente y muy persistente, pero sobre todo ella se hubiese ahorrado todo este calvario que estaba sintiendo, viviendo en sus carnes. El dolor era insufrible.

—Discúlpanos, Samuel. —Angela la arrastró fuera del salón. Las dos se metieron en el primer lugar que pudieron. Era hora de despertar a la muchacha. Una charla de mujer a mujer era lo que procedía en estos momentos. Angela no iba a dejar que Briana se rindiese.

La joven se dejó arrastrar sin impedimentos por los elegantes pasillos de la mansión del duque de Kensington.

—Me decepcionas, Bri —señaló, nada más cerró la puerta de la estancia.

—No me siento bien. Quiero irme, Angela. —Sus ojos estaban acuosos y no podría mantener a raya por mucho más tiempo las lágrimas.

—Eres una cobarde.

—No he sido cobarde jamás.

—Lo has sido siempre.

—Mientes.

—Llevas toda la vida enamorada de un hombre y no has sido capaz de luchar por él ni una sola vez. —Odiaba ser tan dura con ella, pero era realmente necesario hacerla reaccionar.

—Ese hombre lleva toda su vida enamorado de tu amiga y fue él, como te expliqué, quien me dejó a merced de Lemory. —¿Es que la

esposa de su hermano no veía que ella no tenía opciones frente a Mandy?

—¡Lucha, maldita sea!

—No tengo armas, Angela. Estoy acababa. ¿No lo ves? Ni este traje escandaloso ha conseguido captar su atención. —La joven levantó la falda para mostrar su punto.

Las lágrimas seguían escondidas tras los párpados, pero no sabía por cuánto tiempo las podría dejar ahí encerradas.

—¡Sal ahí fuera y haz que se fije en ti de una bendita vez! Puedes hacerlo, solo créelo, cariño.

—¡No sé hacer eso! Tú no lo entiendes porque has estado en el otro lado siempre. Eras popular, bonita… sabías manejar a los hombres con un dedo, yo estoy en el lado opuesto de la balanza. No tengo ni idea de qué hacer o decir… soy una negada.

—Yo te enseñé. Coquetea con esos caballeros. Eres hermosa, centra su atención en ti. Él te ve, no sé en qué piensa ese tarambana, pero sé que no le eres indiferente. Lo sé porque lo he visto mirarte, Bri. Su mirada no deja lugar a errores. Te desea. —Sus finas copas daban testigo de que él estuvo celoso cada vez que un caballero se acercaba a Briana. Ese hombre solito había dejado la casa sin una copa de cristal sana. ¡Suerte que la fiesta campestre fue corta o se hubiese llevado por delante también la vajilla!

—No me ha mirado nunca. No como a ella.

—Vuélvelo loco de celos… si eso no funciona, si él no cae a tus pies hoy te juro por mi honor que serás libre de hacer lo que te plazca. No te casarás si no quieres, pero para conseguirlo deberás luchar esta noche con uñas y dientes. —Angela no estaba segura de cómo conseguiría eso, pero lo haría. Hallaría el modo de convencer a su esposo.

—Eso no depende de ti. Samuel está decidido y nada lo hará cambiar de opinión sobre mis nupcias. Incluida tú. —El tirano había sido inflexible hasta la fecha y la joven dudaba que él aceptase otra cosa.

—Lo abandonaré si es necesario Te lo he jurado y siempre cumplo mis promesas.

—Tú lo ves fácil porque siempre has sabido manejarte con ellos. Yo soy torpe.

—No lo eres, simplemente no confías en ti, en tu potencial. Tendrías al hombre que quisieses bailando alrededor de tu meñique si te lo hubieses propuesto.

Un silencio cayó en la habitación. Briana repasó mentalmente sus últimas actuaciones. Ella solita había sido capaz de captar, y sin proponérselo, la atención del vizconde Lemory. Un hombre, que según su hermano le había relatado hasta la saciedad se había desecho de

buena parte de jóvenes debutantes y que ella debería estar encantada con que un hombre de su atractivo, posición y fortuna hubiese puesto sus ojos en ella. Además, Arnold no se había rendido después de todas las cosas groseras e inapropiadas que había llevado a cabo con el único fin de alejarlo. ¿Sería posible que ella a estas alturas estuviese en el lado correcto de la balanza?

—¿De verdad lo crees? —Angela siempre la contagiaba con su esperanza e ilusión.

—No soy yo la que deba creerlo, debes ser tú.

—¿Cómo lo hago? —Pedir ayuda era lo más sensato.

—Sabes cómo hacerlo. Simplemente sigue tu instinto. —Bri no necesitaba una guía, únicamente tenía que creer en ella misma, en sus cualidades y atractivo.

La vio salir con la cabeza erguida. Angela sonrió porque había conseguido hacerla reaccionar. Pasados unos minutos abandonó la estancia. En su camino de regreso al salón principal, la suerte la hizo observar a Amanda entrar en una habitación de la casa de modo más que sospechoso. Esa se traía entre manos una treta. Años atrás casi consigue su propósito y una vez más, Angela iba a volver a frustrar sus planes porque como caído del cielo se presentó ante ella un hombre indispensable.

—¡Lemory!, me alegra verle. —Esto sí era un golpe de suerte. Una vez no supo cómo lo haría, pero en estos momentos tenía todas las piezas para hilar fino el telar.

—Vengo en busca de ella. No voy a renunciar. —Necesitaba una esposa que calentase su cama. Briana le gustaba mucho y él nunca perdía. Pero estos hechos se los guardaría para él.

—No me pregunte cómo, pero sé de buen grado que su dama lo está esperando impaciente. —Se acercó a él para hacerle la confidencia como si fuese un secreto de Estado.

—¿Está segura de ello? —Briana se marchó de su casa sin despedirse de él y le había costado mucho dar con ella—. La última vez me dijo que me iba a ayudar y huyeron de mi casa en plena noche.

—Sí, pero lo hice por usted —expresó con convicción.

—¿Por mí? —No se fiaba de esa mujer ni un pelo. Sus instintos le decían que no lo hiciese.

—Sí, no es bueno que los instintos de un cazador se adormezcan. Habría sido muy sencillo cazarla bajo su techo. Creí que agradecería la huida de ella. Sé que es un hombre al que le gusta ganar con esfuerzo. Sin embargo, es hora de que Bri olvide el pasado. ¡Y voy a ayudarle a casarse! —Le puso la misma sonrisa que le hacía a Samuel cuando quería un imposible de él.

—¿De verdad haría eso, *milady*? Algo me dice que no está siendo

sincera. —Entrecerró el ceño para examinarla. Ella no se amedrentó y mantuvo la mirada inocentemente.

—El amigo que tenemos en común confiaba en mi sinceridad.

—Ese amigo que nombra… lo creí listo hasta que… pasó lo que pasó. Si yo hubiese sido él no habría salido usted de rositas. Es una suerte que esté casada, *milady*, porque me dan ganas de…

—¿Entonces qué decide? —lo cortó porque era peligroso darle a él un reto—. ¿Toma lo que le ofrezco o no? Conmigo tendrá una oportunidad para conquistar a su futura esposa.

—¿Así que va a ayudarme desinteresadamente? ¿Por qué?

—Con mucho gusto le brindo mi auxilio, mi único motivo es la felicidad de la mujer que llamo hermana, pero el tema es queeee… —Angela chasqueó la lengua para dar más intriga a su actuación.

—¿Qué? ¿Qué? —Estaba encantado de contar con una aliada de la talla de ella. Además, parecía sincera, ¿no?

—Vamos a tener que tenderle una trampa a Briana —explicó con fingida complicidad.

El cazador había picado el anzuelo. Lemory dijo que no la subestimaría, pero todos acababan creyéndolas inferiores solo por ser mujeres. No era su culpa aprovechar esa superioridad que ellos creían que tenían.

—¿Una trampa? —Abrió los ojos como platos.

—Es hora de que se casen. ¿No está harto de que ella le dé largas? Creí que agradecería mi ayuda, tal vez me equivoqué. Le deseo suerte, Lemory. —Emprendió la marcha tal y como marcaba el guion que debía hacer.

—¡Espere!

¡Hombres! Solo había que saber tirar de los hilos oportunos.

—Dígame, milord. —Se hizo la inocente nuevamente como si no esperase que él le pidiese conocer su plan.

—¿Qué debo hacer exactamente? —Tenía ganas de acabar con el juego y sobre todo alzarse victorioso con la copa en sus manos. Briana iba a caer en sus redes costase lo que costase, demasiado esfuerzo había invertido en esa jovencita que lo tenía de aquí para allá.

—Su enamorada lo está esperando en un lugar muy íntimo.

—¿A mí? —Aún no se creía su buena suerte—. ¿Dónde?

—Bueno, no a usted exactamente, pero si no entra ahí —señaló el lugar—, la perderá definitivamente. No sé si soy lo bastante clara. —Angela se aprovechó de que el hombre supiese que Bri estaba enamorada de otro y hacerle ver a él que ella tenía una cita clandestina con su amor frustrado… ¡Eso era pan comido! Lo supo cuando lo vio relamerse los labios. ¡Cazador cazado!

—¿Está diciendo lo que creo que está diciendo? —Era su noche de suerte. Briana tenía una cita clandestina con el maldito que no iba a

tenerla jamás y la diosa Fortuna lo colocaba a él en el lugar del otro hombre.

—Milord… un par de besos serán suficientes para una mujer que no ha sido besada jamás. No hable, no diga nada, no queremos que lo reconozca y no tarde demasiado porque el tiempo es limitado hasta que el otro caballero… —Calló para no desvelar más. Esos celos que estaba segura que sentiría harían el resto.

—¿Un par de besos? —Él necesitaba más a estas alturas. La joven lo había tenido en un martirio de deseo frustrado.

Angela se lo pensó mejor. Amanda se merecía un buen escarmiento. Ella no era vengativa, pero aquella noche que intentó tenderle una trampa a su ya esposo no iba a quedar sin castigo. *Lady* Monty tampoco era una necia y no iba a desaprovechar la oportunidad… Iba a matar dos pájaros de un tiro.

—Verá, la hermana de mi esposo es una joven muy sensible. No ha sido besada nunca, y usted se ve un hombre con experiencia. —Si compartían ese amigo en común… este debía ser igual.

—Está mal que lo diga, pero sí la tengo. —Sacó pecho orgulloso. Era todo un conquistador y la única que se le estaba resistiendo era la díscola Briana.

—Yo le aconsejo que sea todo un hombre. Demuéstrele sus mejores artes de seducción, bésela y dese un capricho con ella, pero no sea bruto. Ya me entiende. Tal vez con ese preludio de seducción, ella saque al otro definitivamente de su cabeza. —Esperaba que Dios no la castigase por ser tan malvada, pero Amanda se lo merecía con creces —. Creo que será bueno que cuando yo los sorprenda su reputación sea irreparable, así ella no tendrá escapatoria, ¿no cree?

—No sé yo si… —Sería vergonzoso para la pobre Briana hacer lo que él llevaba tanto tiempo conteniendo.

—Mi única finalidad es poder ver feliz a mi adorada Bri aunque sea con el hombre que no ha elegido, porque se lo merece por su propio bien.

—No tarde demasiado en sorprendernos. Soy un hombre y mi autocontrol es… —Ya no tenía razón de ser un caballero. Si se prestaba a la trampa, lo haría con todas las de la ley. La joven sería arcilla en sus manos. Él le demostraría lo buen amante que podía ser. Mostrarle ese mundo de sentidos a una joven como Briana sería un buen primer paso para conquistarla.

—Como el de todos, milord, como el de todos… —Tenía un esposo más que vigoroso. No iba a escandalizarse a estas alturas.

Angela se fue sin perder un solo minuto al salón de baile para reunir a una comitiva bien nutrida con los más influyentes que encontrase. Los captó asegurándoles que una pareja estaba cometiendo un acto deshonroso y que ella sola no podía ocuparse de

ese asunto.

La gente estaba siempre al acecho de un buen escándalo. Agarró el pomo de la puerta dispuesta a interpretar un papel. Hubiese sido una estupenda actriz en caso de haber tomado un rumbo diferente en su vida.

—¡Dios mío, la condesa viuda de Shewsbury con el futuro conde de Lancaster! —Hizo especial mención al título de él. Era un dulce que Amanda no iba a desperdiciar, así como así. Por más impedimento que ella pusiera, su reputación estaba hecha añicos, no únicamente por su escarceo con Lemory, sino porque no tenía dónde caerse muerta y no encontraría nada mejor que lo que ella le ofrecía. Estaba segura de que el vizconde pondría a la arpía en su lugar. De hecho, estaba segura que le estaba haciendo un gran favor a su amiga, y Mandy no se lo merecía.

***

Momentos antes de la intrusión del público. Lemory trató de soltarse del agarre de la mujer no queriendo cometer una temeridad sustancial. Cuando entró en la habitación, estaba muy oscuro y sintió unas manos que lo apresaban y unos labios que lo cautivaron. Briana había resultado ser todo un descubrimiento. Era una muchacha que se veía experimentada, aunque estaba convencido de que ella era virgen porque su inocencia era más que manifiesta en todas las conversaciones que habían compartido.

Él no tuvo que hacer nada para alentarla. La mujer sí le correspondía y tenía un talento natural. Iban a acoplarse muy bien como marido y mujer. Lamentó la interrupción, pero cuando oyó el nombre que *lady* Monty dijo, se giró para ver a la mujer que tenía detrás de su cuerpo. Fue una bendición que los numerosos hombres y mujeres que habían accedido a la estancia portasen lámparas. Era preciosa. Rubia, cara angelical, labios rosados e hinchados a causa sus besos. Toda una belleza cegadora. Definitivamente era su noche de suerte, vino en busca de un premio y le tocó la guapa del lugar. Briana era hermosa, pero esta que se había derretido en sus brazos era lo más bonito que él había visto alguna vez. No entendía qué se traían entre manos esas dos mujeres que se medían la mirada. La condesa y la que por lo visto iba a ser su esposa se retaban en silencio, arrogantes y desafiantes. La tensión entre ambas era más que palpable.

—Señores, señoras, dennos la enhorabuena porque Lancesterer —no sabía el título exacto, pero sí que era el futuro conde de algo, con eso le bastaba— y esta gran dama que tienen ante ustedes acaban de

prometerse.

Los allí presentes se quedaron absortos y los aplausos de Angela fueron lo que les hizo celebrar la noticia.

Lemory no dijo una palabra. Todo estaba dicho ya. No la conocía, pero se casaría con ella. Su honor, el aspecto de ella y su pasión lo llevaron a tomar la decisión.

El futuro esposo dio una mirada de reprobación a *lady* Monty. Ella ni se inmutó. Al contrario, levantó altiva la cabeza ante él. Esa sonrisa de suficiencia que le puso… Su amigo fue un asno por haberse conformado con la decisión que tomó ella. Una mujer así no pasa muy a menudo, es como un cometa.

Miró a su derecha. Su instinto le decía que, si con Briana iba a tener trabajo, esta con la que acababa de prometerse sería como una faena en las minas más inhumanas. El vizconde intuía que *lady* Monty se había tomado una revancha que llevaba tiempo aguardando con esta condesa viuda de no sé qué título. Al menos algo tenía adelantado, porque siendo condesa como había sido, seguro que no le daría pañuelos llenos de mocos, ni se le escaparían las flatulencias, ni sorbería la sopa de ese modo, ni tampoco rompería una de sus sillas más caras al echarla al suelo, ni… La verdad es que iba a echar de menos a Briana. Nunca se había divertido tanto.

Angela salió satisfecha de la estancia. Supo que al pobre hombre la noticia le caería como un jarro de agua fría. Pero esa sonrisa que él esbozó cuando descubrió las cualidades físicas de su futura esposa, le confirmó que Lemory estaba satisfecho. Si Amanda creía que se iba a salir con la suya sin dar su brazo a torcer… pronto se iba a dar cuenta de que eso no iba a suceder. Lemory había sido muy bueno y paciente con Bri, pero bajo esa capa de manso latía un poderoso hombre dominante. Era un conquistador y había conseguido engañar a todos, pero no a Angela. Ella misma estaba casada con uno algo parecido a él, solo que *lady* Monty era más lista que su esposo. Amanda estaba en serios aprietos, porque Lemory conseguiría doblegarla y ella estaría en primera fila para ver que un hombre al fin no iba a dejarse dominar por esa arpía. Si no, que se lo dijesen a ella, muchos creían que Angela manejaba a Monty, pero nada más lejos de la realidad… Él sabía contentarla con pequeñeces, pero en las grandes peticiones ella tenía que amenazarlo muy seriamente. Esperaba que Briana consiguiese al amor de su vida, porque si él se ponía terco, como sabía que se iba a suceder, ella tendría que marcharse unos días de casa hasta hacerlo entrar en razón a fin de que le diese la libertad de elección a Bri.

Lemory lo tenía más fácil, solo le bastaba con cortarle el grifo de su inmensa fortuna y Amanda cedería. ¡Iba a disfrutar de lo lindo con las hazañas de esa pareja!

Angela puso rumbo al salón de baile en busca de Bri. Su misión

aquí había concluido, era momento de ver los progresos de la joven con otro hombre al que ella misma despertaría si no entraba en razón.

***

Esta noche, después de la charla de *lady* Monty, Briana se recordó que era la hija de un conde, hermana de otro. Iba a demostrar a todo Londres lo fantástica, fabulosa y buen partido que era ella.

Briana lo tenía más que claro. Entró en el salón orgullosa, segura. Contoneó las caderas y batió sus largas pestañas. Se quedó unos instantes sola en el centro del salón de baile a la espera de atraer la atención de algún caballero. Ella era el azúcar y los moscones no tardarían en aparecer, ¿verdad? No, no y no. No era el momento de inseguridades. Ella se iba a comer el mundo en estos momentos. Le demostraría que, si Frederick no la quería, había otros muchos que sabrían verla y apreciarla. Los consejos de Angela nunca erraban en su cometido.

A los pocos minutos se vio sobrepasada por la situación. Estaba completamente rodeada. No podía entender cómo había mujeres a las que les gustaba esto. ¡Era asfixiante! Todos compitiendo por sus atenciones… ¡caballeros por doquier!

***

Cuando regresó del jardín y de despachar al fin a Amanda, barrió el lugar para localizarla. De esta noche no iba a pasar. Había llegado el momento para lanzarse a la batalla. No la encontró en ningún sitio. No estaban ni Monty ni Angela, ¿se habrían ido ya? Si así fuese, Frederick se presentaría en su casa y se declararía sin mayor demora.

Supo que ella seguía soltera y que no había indicios de que cambiase su estatus en poco tiempo. Además, si su fuente de información no fuese buena, el compromiso con Lemory hubiese trascendido, Monty lo habría anunciado ya en los periódicos. Esa sección en concreto era la que primero leía desde que llegó a la ciudad. Sí, sí, también cuando estuvo recluido en su casa de campo. El periódico se lo hacían llegar hasta allí.

Eso significaba que ella no había aceptado. Frederick le permitió una opción antes de él y ella no hubo elegido a un hombre que era mucho mejor partido. A estas alturas de la función, le daba igual si Briana lo seguía amando o no. Tal y como había dicho la malvada

Amanda, ese amor por él que percibió poderoso la noche que se preparó para marchar contra Napoleón, seguiría ahí y él estaba dispuesto a sacarlo a flote.

Observó un corrillo mientras salía por la puerta para ir a la casa que su mejor amigo Samuel tenía en Mayfair. Eran carroña, sentía compasión por la pobre que fuese objeto de semejante grupo de babosos. Lo pensó mejor. Seguramente, Amanda estaría más que complacida por haber conseguido reunir a un grupo tan numeroso de admiradores.

A Frederick le había llegado esa nota de ella que lo citaba en una habitación. No iba a acudir. Amanda estaría ya buscando otro tonto para sus planes de ascenso social y ese alboroto de hombres, que a buen seguro estaría adulando a Mandy, era una prueba fehaciente. Echó un último vistazo antes de salir por la puerta grande de la mansión de Kensington. Dos hombres que pasaron por su lado captaron su atención con su charla.

—¿*Lady* Briana Pierce has dicho que se llama la joven?

—Sí. Hermana de un conde.

—¿Y dónde ha estado escondida este tiempo semejante joya? —Su hermano la habrá tenido cautiva en la torre de su finca.

—Tiene una magnífica dote, Charles.

—Vayamos a verla pues, Roger.

Frederick detuvo el paso. Esos dos hombres estaban hablando de su Briana, sí, suya. Se giró para observar al grupo que tenía asediada a la mujer. Sabía que era imposible, pero, aun así…

Buscó algo que romper. No había ninguna bandeja a la vista que poder tirar al suelo, encima no llevaba ninguna copa en la mano. ¡Maldición!

El coronel consiguió abrirse paso entre todos, pero llegó tarde. Su Briana estaba saliendo con alguien en dirección a la pista de baile.

Frederick se sintió estúpido. ¿Cómo había sucedido eso? ¡Si hacía unos pocos minutos ella había sido invisible! ¿No iba a tener ni un poco de suerte esta noche?

Esperó paciente a que la danza terminase. Al menos no fue un vals, porque si llega a ser un vals, habría tenido que ir hasta la pista y arrebatársela de los brazos a ese botarate que no dejaba de mirar el escote de ella. Luego tendría unas palabras con Samuel por permitir semejante atuendo, ¿es que su hermano estaba ciego y no veía que ella estaba demasiado hermosa para su propio bien? ¿Y si algún malnacido se propasaba con ella?

Los dos bailarines seguían juntos. ¿Por qué si ya había terminado el dichoso baile? Los vio sonreírse y hablar en confidencia. Entonces advirtió la oportunidad. El mequetrefe se había ido en busca de una copa… era el truco más viejo del mundo. La de veces que él había

intentado aturdir con champán a Amanda para que ella le dijese que sí a su proposición de matrimonio… No le sirvió ni una sola vez. ¡A Dios gracias por ello!

En dos zancadas, Frederick se posicionó ante ella. Le ofreció una reverencia y su mejor sonrisa.

—¿Me concede este baile, *milady*? —Al fin un poco de suerte, tocaba un vals a estas alturas y él se moría por sostenerla en sus brazos

—No quiero perder el tiempo, coronel. —Alzó la barbilla e intentó irse orgullosa. No era pecado hacer lo que hacían, ¿no? Tenía grabadas a fuego esas palabras que él le escupió cuando se negó a jugar al ajedrez con ella.

Frederick no se lo pensó. Sabía que ella estaba enfadada. Briana nunca, en todos estos años que la conocía, se había dirigido a nadie en la forma que lo acababa de hacer. La asió del brazo para frenarle el paso.

Bri se quedó anclada y bajó su mano para ver la de él agarrándola. Esperó a que él la soltase. Siempre la dejaba ir, ¿por qué ese día iba a ser una excepción?

Frederick posó el brazo de Briana en el suyo y colocó su mano sobre la de ella. No estaba dispuesto a dejarla marchar. Tiró ligeramente de la muchacha para que lo siguiese.

Briana estaba tan aturdida que se dejó llevar por él sin poder decir palabra alguna. Frederick la guio hasta el jardín porque era lo que más cerca tenía.

Llegaron lejos, a un punto muy discreto que él conocía bien. La colocó frente a él. La tenía sujeta por la cintura. No permitiría que ella huyese y si se ponía a correr no la alcanzaría, después de todo, el coronel era un tullido como le escupió la arpía en la cara hacía poco rato.

—Briana, mírame. —La joven tenía la cabeza ladeada a la izquierda. Estaba furiosa con él. Se sentía como el segundo plato.

—No.

—¿Estás enfadada conmigo? —No hacía falta la pregunta porque él lo sabía, pero quería confirmar el motivo.

—No, ¿por qué habría de estarlo? —¿Únicamente porque él la había ignorado desde que regresó de la guerra? La muchacha no tenía fuerzas para seguir adelante.

—Lo estás, si no fuese así, me mirarías.

—No lo estoy. —Ella posó sus ojos en los de él para decir una flagrante mentira.

—Nunca has sido una coqueta descarada, ¿por qué te has comportado así? —Estaba muerto de celos, pero no se lo confesaría a ella. Él tenía dignidad.

—¿Disculpa? —¿De verdad él acababa de decir lo que ella acababa de oír? ¿Justamente ese hombre que había salido del baile con la mujer de la que llevaba enamorado toda su vida, para Dios sabía qué, se atrevía a juzgarla? ¡Era el colmo de los colmos!

—Bri… —dijo él en un susurro. Todos los que la conocían la llamaban así y a él nunca lo había invitado a hacerlo. Le tocó la mejilla como ella hizo aquella noche. No quitó su otra mano de su cintura. No se fiaba de que Briana se quedase si él la soltaba.

La noche había refrescado. La luna lucía llena y veía su resplandor en esos enormes ojos negros que tanto había añorado. El destino lo había bendecido al ponerla en su camino. No tenía tanto oro como para agradecer su buena fortuna. Era ella.

Frederick miró sus labios. Era hora de que los probara. Llevaba soñando con ese momento largos cuatro años. Se moría por abrazarla y esperaba poder ser fuerte y controlarse, porque no debía tomarla si no era con los votos debidamente recitados. Guardaría su pureza hasta esa noche en que ambos se entregasen y consumasen su amor. Se acercó a ella y casi podía saborear el botín de la batalla. Se moría por ella. Suya. Briana iba a ser suya, al fin. Acarició sus labios una facción de segundo cuando…

—¡Suéltala, maldito bastardo!

Briana sintió un tirón a su espalda. Cayó al suelo y desde ahí vería lo que iba a suceder porque no era capaz de moverse.

—Samuel… —comenzó a decir Frederick. Un puño le asestó un duro golpe en su ojo derecho. Él acabó al lado de ella porque no trató de defenderse. El coronel la miró.

—Lo siento, Bri. —No había hecho las cosas bien, lo sabía, pero los celos eran irracionales y cuando la divisó ahí rodeada por todos esos… no podía aguantar más sin ella.

—Sabía que la traerías aquí, maldito. ¿Le has hecho lo mismo que le hacías a Amanda? —El conde estaba fuera de sus casillas.

—Samuel… —Entendía que Monty estuviese furioso, si él tuviese una hermana también habría actuado así. Pero no estaba siendo justo.

—Una vez más, Amanda te dijo que no y tuviste que ir a por la facilona. —Miró a su hermana enfadado. Briana seguía en el suelo sin creer lo que veían sus ojos y, sobre todo, lo que estaba oyendo.

—No voy a consentirte que… —comenzó a decir, pero el que hasta la fecha era su amigo lo cortó.

—¡Maldita sea, Frederick! Había otras ahí dentro para que volcases tu frustración. Además, ya conoces a Amanda, sabías que ella te haría sufrir una vez más. Comprendo que la amas, que mueres por sus huesos, ¿pero no había otra a la que seducir para poder asimilar el golpe? Entiendo que no es plato de buen gusto que ella vaya a casarse de nuevo. Dos veces pudo haber sido tuya… yo estaría igual en tu

lugar. —Samuel se mesaba el pelo inquieto. Iba de aquí para allá sin saber cómo proceder—. ¡Es mi hermana, maldita sea! —Tenía ganas de golpearlo nuevamente y no podía ni mirarla a ella.

Cuando llegó Angela la estampa era de todo menos navideña. Bri en el suelo, junto a ella Frederick y paseando como si los demonios se lo fueran a llevar, estaba su marido.

—¡Cielo santo! ¿Bri, estás bien? —La joven hacía rato que comenzó a llorar en silencio—. Levántate, cariño.

Angela se giró hacia su marido.

—¡Ayuda a Frederick! —le ordenó a su esposo.

Samuel lo hizo. Frederick se deshizo del agarre. Se levantó él solo y se acercó a Briana para ver si ella estaba bien. No le gustó ni un pelo que ella lo rehuyese.

Bri se colocó tras la condesa a modo de protección frente a su hermano y ese hombre que una vez más la acababa de romper. Los mil y un pedazos en los que se terminaba de fraccionar su corazón no se recompondrían jamás.

—La he comprometido y es mi deber reparar su reputación. — El coronel estaba seguro de lo que debía hacer y gustoso cumpliría con su obligación.

—Debería retarte a duelo por lo que has hecho, Frederick.

—¡Samuel! —Angela no reconocía a su esposo.

—Te he dicho que voy a reparar la ofensa. —Se defendió el coronel.

—No hagas una escena. Todos sabemos que no quieres casarte con ella.

—¡Samuel! —gritó Angela. ¿Su esposo era ciego además de besugo?

—No vas a casarte con ella. —Monty continuó sin apreciar las llamadas de atención de su esposa—. Todos aquí olvidaremos lo que ha sucedido esta noche. Será lo mejor. —Estaba enfrascado en sus pensamientos—. Nadie tiene por qué enterarse de nada si guardamos silencio —expresó más para él que para el resto.

—Soy un caballero. El honor corre por mis venas. —Briana no se le iba a escapar entre los dedos de las manos. No sin pelear hasta el final.

—Vamos, vamos. Estoy enfadado contigo, no te equivoques, pero no voy a obligarte a que te cases con ella, y menos por un tonto escarceo que se ve a mil leguas que ha sido para tratar de olvidarte de Amanda.

—¡Samuel Eduard Martin Pierce, haz el favor de cerrar tu maldita boca en este instante! —Angela explotó llena de ira. No era dada a los exabruptos pero estaba enfadadísima.

—¿Qué? —El conde detuvo sus pasos y se centró en Angela—. Es justo lo que ha pasado. Hasta un ciego lo vería. —No entendía la furia

que se apreciaba en los ojos de su esposa.

—Frederick va a casarse con Briana. —Angela se ocuparía de ello si era preciso y después ajustaría cuentas con ese hombre al que no reconocía.

—No lo consentiré. No por una pequeña tontería. —¿Esos dos juntos? No los obligaría a contraer matrimonio.

—¿Acaso no soy lo suficientemente bueno para tu hermana? —Frederick estaba harto de oírle decir que no iba a casarse con ella. Nadie de este mundo podría impedirle desposarla.

—Eres fantástico —alegó Monty cuando lo vio ir peligrosamente hacia él.

—Entonces soy yo la que no es bastante buena para tu amigo. —Una voz de detrás de Angela salió temerosa. No era una pregunta.

—Bri… —susurró Samuel, mientras trataba de encontrar a su hermana que se escondía protegida por su esposa—. Yo…

—¡Samuel, cállate ya, por Dios! —«No había forma de empeorar más las cosas», pensó Angela.

—Cariño, eras magnífica —suavizó el tono lord Monty—, pero debes comprender que Frederick estaba despechado y que esto… bueno… esto ha sido un acto de rebeldía con la primera que ha tenido a su alcance… Esta noche eres una tentación —gimió al decir eso de su hermana, pero debía reconocer que era una mujer preciosa—, y él… bien… es comprensible que se dejase llevar después del mazazo que le habrá dado Mandy. Créeme, yo también me lo llevé en su momento, sé lo que es… —suspiró por el recuerdo—. No estoy enfadado contigo, bueno sí lo estoy, pero se me pasará. —«Sí la había, sí. La pata no pudo ser metida más hasta el fondo», pensó Angela aterrada.

La condesa no se lo pensó ni un solo segundo. Levantó su mano derecha y le dio un sonoro bofetón con toda la fuerza que pudo reunir.

Lo vio llevarse la mano a la mejilla. Lo fulminó con la mirada y se marchó de allí con la joven agarrada del brazo. Tanto Frederick como Samuel se quedaron quietos sin saber lo que había sucedido realmente. Bueno, uno de los dos sí lo sabía, pero el otro, al parecer, era un zopenco.

—¿Era preciso que me hundiese contigo, Samuel? —preguntó impotente, mientras veía marchar a su futura esposa.

—¿Qué? —No entendía lo que había hecho mal. Él no era quien había salido al jardín y comprometió su reputación.

—¡Que eres retrasado! —No le gustaba usar ese insulto, pero el coronel estaba fuera de sus casillas.

Frederick entró en el salón maldiciendo. Para él, la fiesta había concluido. No tenía ni idea de cómo arreglaría el embrollo. No hacía falta más que sumar dos y dos para comprender que si Briana antes

estaba enfadada, después de la maravillosa —por no decir una palabra malsonante— actuación del retrasado mental de Monty, su futura esposa iba a estar echando chispas.

Se consoló pensando que cuando fuese consciente del terrible error que el torpe Samuel había cometido, porque hasta un ciego podría verlo, iba a querer que el mismo Satán se apiadase de él. Conocía bien a Angela, por supuesto no tanto como su propio esposo, pero la venganza que ella tomaría de Samuel iba a ser de proporciones bíblicas.

Frederick solo rezaba a Dios para que las ganas de desagravio de ella no se le contagiasen a Briana.

***

Tras marcharse de la fiesta, lo más discretamente que pudieron, subieron a un carruaje con un emblema que Angela identificó de inmediato y allí dentro aguardaron al legítimo propietario. No era su primera medida, pero ese cruce fue una interpretación acertada de lo que debía hacer. *Lady* Monty así lo pensaba.

Briana no se atrevió a preguntar nada. Si la condesa tenía ganas de hablar, lo haría cuando estuviese preparada. Pasó media hora y las dos continuaron en silencio. A Bri le seguían lagrimeando los ojos, pero al ver el estado en el que se encontraba Angela se contuvo los sollozos. La condesa no estaba mucho mejor que ella.

—Yo fui ese acto de rebeldía, la primera que tuvo al alcance Samuel cuando Amanda lo rechazó… Aquella noche también fui una tentación como tú. Me besó y me sentí la mujer más maravillosa del mundo. Me llevó al mismo lugar en el que tú te encontrabas y fue allí donde recibí mi primer beso. Como bien ha dicho, se llevó un buen mazazo y fui su paño de lágrimas. —Se tomó un momento para tomar fuerzas y proseguir el relato—. Sigue enamorado de ella.

—No, Angela. Él te ama. —La joven no sabía cómo actuar, porque generalmente la que le ofrecía apoyo y consejo era la mujer que estaba hundida a su lado.

—No, cariño, lo oíste antes en el salón de baile cuando tu hermano dijo que un amor así no se olvida.

—Se refería ti, no a ella. Estoy completamente segura. He visto cómo te mira, cómo te roba caricias. Te idolatra. Está loco por ti. —Angela le sonrió. Bri era muy buena, pero no conocía a Mandy.

—Él la sigue amando, lo has oído, ahora todo tiene sentido. Ella casada y él sigue amándola en silencio. Entiendo por qué me privó de Londres todos estos años, no quería tener la tentación a su alcance. Ha vivido a mi lado amándola en silencio, lleno de celos y miserable, pero

él la amaba, aunque no fuese suya. Lo oíste cuando dijo: «ella es viuda y él la tiene a su alcance».

Nunca antes había visto llorar a Angela y seguía sin saber cómo proceder. Era siempre la condesa la que la consolaba, nunca a la inversa.

—Angela, estoy segura de que te equivocas. —La abrazó y en ese momento la portezuela del carruaje se abrió.

Un hombre alto, de anchos hombros y enormemente atractivo que emanaba todo él virilidad se quedó mirándolas sorprendido cuando tomó asiento frente a las dos sin mediar palabra alguna. Era habitual que las féminas lo esperasen ocultas en ese lugar. Al menos esta noche eran dos y no tres como la última vez. Aunque en una ocasión hizo maldades con cinco mujeres a la vez. Sí. Había querido probarse a sí mismo y aguantó estoico el asalto.

—Malcom. —*Lady* Monty se echó a sus brazos presa de la histeria.

—¿Angela? —preguntó sorprendido. La había visto dentro del baile, pero como siempre ella se negaba a mirarlo y a saludarlo. Ella comenzó a sollozar y Briana se unió a su la condesa en su desdicha. Al verlos a ambos abrazados ella también se unió a ese hombre que no conocía de nada. Necesitaba un apoyo y su aliada confiaba en él.

El vanidoso, carismático y perfecto duque de York, Malcom W. Banstorm, las acomodó mejor sobre él y ambas mujeres lo tuvieron rodeado mientras se desahogaban.

Dio unos golpecitos en el coche para indicar al cochero que emprendían la vuelta a casa. Fue paciente con las dos intrusas y esperó a que se tranquilizaran.

Cuando todo se quedó en silencio él se permitió preguntar:

—¿Ha sido él, verdad Angi? —Todos allí eran conscientes de a quién se refería el duque, no hacía falta dar un nombre o un título.

—No sabía a dónde a ir —tomó la palabra la condesa—. Te vi dentro y te esperé. Fue una suerte que en todo este tiempo no hayas cambiado de cochero y que Memphis me recordase. —Pensó que también fue una suerte que él no saliese acompañado, puesto que se había convertido en uno de los mayores libertinos de todo Londres.

—Ah, ya ves, querida mía, que una mujer como tú no se olvida fácilmente. Ni tan siquiera mi fiel cochero fue capaz de borrar tu recuero de su mente —dijo él, adulador. York seguía frotando la espalda a ambas a modo de consuelo. Era glorioso sentirse abrazado por esas dos preciosidades, en especial por la condesa de Monty. Toda una pena que su esposo no pudiese contemplar es a estampa.

Briana sabía que no estaba bien estar entre los brazos de ese gran hombre, pero se sentía tan fabuloso… ¡Tan arropada por él!, y si Angi, como la acababa de llamar el misterioso caballero, seguía en la misma posición que ella… nada malo había ahí, ¿no?

—Está enamorado de ella como me aseguraste en su día.

Él se apiadó de la congoja que se veía en ella.

—Angi, lo dije porque estaba enfadado. Yo te quería. Me cambiaste por un conde… ¿Es que acaso las damas no reciben lecciones de etiqueta? Debería haber un punto que exigiese que no se contrariase a un duque, menos a uno vanidoso, apuesto y rico —aseguró él con humor. Aun así y todo su ducal corazón aún dolía. Ella era la mujer perfecta y se le escapó.

Angela se sonrió por las últimas afirmaciones que él acababa de decir. Tenía la cualidad de animarla. Incluso después de tantos años, seguían siendo grandes amigos. Después de cómo se comportó ella, York bien pudo haberla enterrado en el pasado para siempre.

Las explicaciones de Samuel regresaron a su mente y la hicieron sentir desesperación.

—No, Malcom —habló Angi—. Lo he oído esta noche alto y claro. Ha sucedido lo que predijiste que ocurriría. Palabra por palabra.

—¡No seas absurda! Ningún hombre en su sano juicio te cambiaría por esa arpía del demonio. Y no hace falta ser demasiado inteligente para afirmarlo. Amanda no era nada comparada contigo. Nunca lo fue, querida mía.

—Por honor es que no lo ha llevado a cabo de palabra. —Estaba deshecha. Por primera vez desde que se casaron, Angela ponía en duda todo su amor por ella. Haberlo oído decir esas afirmaciones de su propia boca… sentía una estaca en su pecho clavada. Samuel la había herido de forma mortal.

—Cielo mío. No fui nunca buen amigo de tu esposo, lo detesto. Realmente lo aborrezco con toda mi alma. Siempre pensé que era retrasado…

—¡Oiga! —lo amonestó *lady* Briana, pero no se separó de su abrazo ni para enfrentarlo.

—Ah, la otra dama sabe hablar. ¿Me vas a decir quién es tu amiga, Angi? No me quejo, siempre me gustó estar rodeado de beldades…

—Es la hermana del hombre al que has insultado —se apresuró a decir Angi.

—Bueno, en mi defensa diré que no lo sabía, si no, no hubiese dicho retrasado, solo estúpido.

—¡Oiga, se está pasando de la raya! —le regañó, pero tampoco se soltó esta vez.

—Usted me parece una mujer inteligente, además de atractiva.

—¿Por qué le parezco lista? —Ya no estaba agraviada por ofender a su hermano. Él era demasiado atractivo como para no estar hechizada. Eran sus formas, el modo de hablar… ¡Era perfecto!

Además, esta noche había podido ver que sí era atractiva. Ese hombre que la estaba consolando le había hecho dos cumplidos. Un

desconocido que no había visto en su vida le había dicho palabras bonitas, mientras que el coronel… nada de nada.

—Porque sabe que podría estar buscando esposa y me tiene bien sujeto.

—Creo que estoy comprometida —dijo Bri. No iba a soltarlo, no. Estaba muy a gusto así.

—¡Ah, me rompe el corazón! Es una pena entonces que las dos mujeres que tengo a mi alcance deban ser intocables para mí. Incluso un hombre sin corazón, debe tener honor en alguna ocasión.

—Nosotras le tocaremos. No se preocupe. —Bri no sabía de dónde había salido esa audacia, pero ¡es que era el hombre más guapo, fuerte, magnífico y atractivo que jamás había visto! Si él se hubiese cruzado antes en su camino… Sí, sí, estaba siendo desleal al amor de su vida, a Frederick, ¿pero alguien podía culparla después de lo que había sucedido esa noche? Su hermano y el coronel eran… eran… ¡Retrasados! Como había dicho ese poderoso duque que la consolaba.

El silencio volvió a caer de nuevo en el habitáculo durante un tiempo.

—¿Dónde vamos? —Llevaban mucho rato en el carruaje. Bri se estaba adormilando y quería saber el lugar en el que pasarían el resto de la noche.

—La venganza es un plato que se sirve frío, cariño. Recuérdalo. —La condesa de Monty tampoco soltaba a York. Angi sabía que Monty no la vería, pero al menos era consciente de que eso era una ofensa clara hacia su esposo y por el momento se contentaría con esa acción.

—Supongo que no te opones a que nos dirijamos a York Park. —Esa era su finca campestre y el duque imaginaba que ambas estaban huyendo.

—En absoluto. Es lo que esperaba —dijo la condesa alegremente.

—Angi… soy mejor tirador que él y por mucho que ahora lo quieras muerto y a mí seduzca la idea de convertirte en una joven viuda, luego me odiarás por hacerlo. —Intuía lo que ella se proponía. Su amiga siempre fue una buena estratega.

—No quiero que se muera… eso sería demasiado, solo quiero que sufra. —Sí, la furia era la que hablaba.

—¡Delicioso! —exclamó York—. Siempre supe que en ti habitaba una mujer perversa.

—Por eso te fijaste en mí —dijo Angela.

—Y tú en ese retrasado —rebatió él con disgusto.

—¡Oiga! —Briana levantó un poco la cabeza que tenía apoyada sobre el pecho de él—. No insulte más a mi hermano. No hay nadie que lo deteste más que yo en estos momentos. —Un carraspeo llamó su atención—. Bueno, no hay nadie que lo odie más en estos momentos que nosotras dos, pero es mi sangre…

—Pero tú no eres retrasada, hermosura. Eres una chica lista. —El duque le sonrió desde ahí arriba después de hacer esa observación y ella se quedó embelesada. Era la perfección personificada.

—Es usted muy peligroso. —Briana sabía que debería soltarlo, pero…

—No lo bastante para que *lady* Monty me eligiese.

—Me enamoré de él en cuanto lo vi. Ya te pedí disculpas por eso, York.

Briana se quedó asombrada al darse cuenta de que él era un duque y su hermano un conde. Angela sí debía querer mucho a su hermano cuando lo cambió teniendo a semejante ese ejemplar a su alcance. Pudo haber sido duquesa y se conformó con ser condesa… Angela amaba a Samuel, eso era indiscutible, lo había sabido durante todos esos años, pero al fin comprendía la magnitud de los sentimientos de la esposa de su hermano.

—Sí, lo recuerdo, pero ahora me tomaré la venganza sobre él. —Malcom W. Banstorm la apretó un poco más contra su pecho.

—No va a pasar nada entre nosotros, Malcom. No asustes a mi querida Bri.

—¡Oh, no! No estoy espantada, Angi. —Le gustaba esa abreviatura que él había hecho del nombre de la esposa de Samuel—. Mi hermano y Frederick se merecen sufrir. Estoy harta de ser la única que muere de amor por él.

—Ah, una joven sensata. Vaya, vaya. ¿Seguro que está comprometida, hermosura? —Le gustaba esa muchacha. Se presentaba decidida y era muy bonita. Se veía que tenía carácter y a él las insípidas no le gustaban.

—¿Lo estoy, Angi? —preguntó embobada Bri.

—¡Por amor de Dios! ¿Cómo lo haces, York? —inquirió Angela. Ese hombre sería capaz de enamorar a la mujer más inalcanzable del planeta.

—Solo soy yo. Ya sabes, un duque, apuesto, inteligente y rico. No he perdido mi toque aún. —Esbozó una sonrisa. Sabía que era un conquistador y se enorgullecía de ello.

—Te cambié por él por no batirme yo en duelo con todas las féminas de Londres —explicó Angela.

—Soy fiel, lo sabes.

—Sí, seguro —ironizó. Al duque de York le gustaban muchísimo las mujeres, y en alguna ocasión disfrutaba de más de una al mismo tiempo. Los cotilleos llegaban al campo.

—No seas absurda, Angi. Por ti lo hubiese sido —razonó él.

—¿Por qué no te has casado? —Dejó el tema porque no tenía caso hurgar ahí. Era un sinvergüenza y estaba segura de que nunca sentaría la cabeza.

—No encontré a otra como tú —aludió seductor.

—Mentiroso.

—Intentaba ser galán. La verdad es que me convertí por tu culpa en un libertino y me gustaba esta vida disoluta que llevo.

—No me hagas reír, Malcom. Me siento rota y no sé cómo siempre consigues hacerme sonreír.

—Sí, Malcom, no nos hagas reír. Sigue consolándonos. —Él había parado de acariciarle la espalda y para una joven virginal a la que nunca habían tocado de esa manera… eso se sentía glorioso, por lo que no estaba dispuesta a dejar de atesorar esa sensación.

—Es muy exigente, *milady* —le dijo el duque a Briana.

—¡Estás prometida, Bri! Que no se te olvide.

—¿Con quién, Angi? ¿Con York? —Ese hombre había echado un encantamiento sobre ella o algo…

—No, Bri, se llama Frederick Burns, conde de Exeter, coronel del regimiento número 69 de los húsares.

—*Milady,* será mejor que me suelte en este preciso instante. —El duque se removió inquieto en el asiento. Se había olvidado de quiénes eran los amigos del conde de Monty por un momento.

—No estoy preparada para hacer eso, excelencia —reconoció Bri. Él se sentía tan bien… por primera vez un hombre le daba consuelo, y no uno cualquiera, sino un duque tremendamente fabuloso. ¿Qué había de malo en disfrutar de sus atenciones un poco más? ¡Angela lo estaba haciendo!

—Soy buen tirador, pero todo el mundo conoce a su prometido y es un hombre más que peligroso. Su hermano no me causa el más mínimo temor, pero Exeter y el duque Demente… eso sin contar al otro, un teniente creo que es. —Las cosas que relataban de ellos eran aterradoras. Héroes, sí, pero ellos tres solos se habían cargado a un batallón en una emboscada—. Sí, le ruego que me suelte. Estimo mi vida de pecador y si él llega a enterarse de que yo la toqué… —Un escalofrío le recorrió la médula. El ducado era su responsabilidad y su hermano, lord Liam, el único varón de la familia que le quedaba vivo, no perpetraría el linaje. Liam W. Banstorm era todavía más reticente al matrimonio que él mismo y casi tan escandaloso como él mismo.

—Pero usted no me está tocando. Ya no. —Él había parado de acariciar su espalda y Bri lo echaba de menos.

—Ah, no debo tocarla. No estoy tan loco. Se lo ruego, *milady* —volvió él a suplicar.

—Lo soltaré si Angi lo hace. —No era justo que solo ella se tuviese que privar de su consuelo.

—¡Oh, Bri! Yo me estoy vengando de tu hermano. Abrazar a York es únicamente porque deseo hacerle daño.

—Yo, de mi prometido. —Bri se afianzó más sobre el hombre.

—Está bien, está bien. —Angela se replegó. Las dos iban a soltarlo. Lo hicieron. York se sintió extraño al perder el calor de las dos mujeres.

—¡Todo esto es absurdo! Aquí no hay nadie. Sois dos damas encantadoras que necesitan un poco de consuelo. Nada malo surgirá de esto. Así que supongo que si no decimos nada… y esto es un escarmiento que os hace a ambas sentiros mejor… ¿Quién soy yo para negar un cortés abrazo?

No hizo falta seguir con su alegato. La muchacha y la condesa estuvieron sobre él en un periquete. No debieron haberse tomado las dos copitas de champán que bebieron llenas hasta los topes, pero la culpa de su proceder era de ellos.

Capítulo 8

La venganza

No la encontraba en ningún lugar. Lord Monty estaba desesperado. ¿Dónde estaba Angela? Sí, sí, también estaba apurado por su hermana…

Después de buscarla en casa del duque Demente comprendió que las dos mujeres se habrían ido de regreso al hogar. La noche había sido complicada para todos. Iría y pediría perdón, aunque no tenía claro por qué debería hacerlo, ¡si él no había hecho nada…! No obstante, la breve reprimenda que Frederick le indicó es que había cometido algún desliz en sus argumentaciones. Cierto que tiró de su hermana demasiado fuerte y la hizo caer al suelo. No fue su motivación dañarla, pero estaba demasiado enfadado para darse cuenta de sus acciones en aquel momento.

¡Era el colmo! Su hermana soltera y respetable salía en compañía de un hombre a un oscuro jardín, que había sido testigo de demasiadas cosas que se habían hecho en aquel rincón… y ¿justo era él el que había obrado mal? ¡Encima que la iba a salvar de un matrimonio forzado con el coronel!

No, no. Frederick sería un cuñado más que bienvenido, pero entre Bri y el coronel no saltaban chispas, no había nada que los pudiese unir. En cambio, Lemory… ¿Cómo había acabado ese vizconde encadenado a Amanda? ¡Lástima! Le gustaba mucho para su hermana, pero debió prever que esa mujer estaría tentada por la fortuna de Lemory y su posición.

Una vez en su juventud se creyó enamorado hasta las cejas de ella. Compitió con Frederick por su amor y a punto estuvo de costarles a ambos la amistad. Sin embargo, todo salió bien. Gozaba de un matrimonio feliz con una mujer que era sublime y no solo como compañera, sino en todas y cada una de las facetas… Sí, esa, especialmente esa, también.

Llegó en su carruaje Mayfair y se le cayó el mundo encima. Los sirvientes le dijeron que ninguna de las dos había hecho acto de presencia desde que habían salido los tres juntos para acudir a la fiesta de Kirk.

Estaba inquieto y temiendo que a ellas les hubiese sucedido algo. Eran dos pobres mujeres sin el amparo de un hombre. Así que se fue a buscarlos a ellos de nuevo. Todo era culpa de Kirk por organizar la cita social y de Frederick por propiciar un escándalo con su hermana.

La fiesta ya estaba concluida. Aporreó la puerta hasta que un pobre mayordomo en camisa de dormir le abrió la puerta.

—¡Kirk! ¡Frederick! —Samuel gritó las veces que hizo falta para despertarlos. No tardaron en aparecer por el hueco de la escalera.

—¿Qué demonios quieres, Monty? —El demente había tenido una noche compleja.

—No encuentro a Angela.

—Natural, después de lo que le has hecho. —El coronel sabía que pagaría caro el delito.

—Tampoco encuentro a mi hermana. —Ahí ya tuvo la atención completa de Frederick.

—¿Qué habéis hecho con vuestras mujeres?

El duque Demente no entendía cómo esos dos patanes las habían perdido.

—No es como si tú pudieses hablar muy alto, Kirk —Frederick no quería ofenderlo… pero ahí ninguno estaba libre de tirar la primera piedra al prójimo.

—Vayamos a mi despacho, por lo visto lo de dormir no va a poder ocurrir a corto plazo. —Tampoco es que él pudiese conciliar el sueño con facilidad. Las pesadillas…

Entraron y se acomodaron en las sillas listos para comenzar a debatir como si estuviesen en el parlamento. No obstante, la cuestión que estaba sobre el tapete era más importante que cualquier asunto de la Corona.

—¿Qué ha sucedido? —Kirk no sabía nada sobre lo que aconteció en su propio jardín.

—Frederick ha comprometido a mi hermana.

—Ya iba siendo hora, amigo mío. Creí que a este paso tendría que apuntarte con una pistola en tu otra pierna para que dieses el paso. —Se permitió la broma. Sí, tenía doble sentido.

—¿Qué? —Samuel estaba asombrado, no, lo siguiente.

—No es tan fácil, Kirk —siguió como si Samuel no estuviese en la misma habitación—. Este mentecato no solo se ha hundido en el lodo frente a su esposa, sino que en su caída me ha agarrado bien y me ha llevado consigo. Dudo que me salve de la quema y encima me ha puesto un ojo morado. —Estaba furioso, pero no tanto como en el inicio de la pelea.

—¿Qué has hecho, Samuel? —El duque estaba intrigado. Se había perdido toda la diversión. No había visto el ojo de su amigo hasta este momento.

—Amanda se ha comprometido con Lemory y yo creí que Frederick estaba angustiado y que se estaba tomando la revancha con mi hermana.

—¿Cómo hiciste tú con tu esposa aquella noche? —le preguntó

Frederick.

—Sí, exacto. —No se sentía especialmente orgulloso de sus comienzos con su condesa, pero todo se había desenlazado a las mil maravillas.

—¿Ha dicho eso delante de tu dama, Frederick? —Kirk se hacía una idea de la metedura de pata…

—Eso y mucho más.

—¿Ves ahora por qué pensé que era retrasado…? —Samuel era un buen hombre, pero no se daba cuenta de la gravedad de algunos actos y palabras… Kirk comenzaba a apiadarse de él porque era un milagro que el coronel no lo hubiese asfixiado con sus propias manos. Otro en su caso lo hubiese hecho.

—¡Oye! —se quejó el susodicho.

—Aún no has oído lo mejor, Kirk. Este retrasado —lo señaló con el dedo y Samuel tuvo el buen juicio de quedarse callado al ver la mirada asesina de su amigo—, se coronó cuando llegó su esposa para tratar de ponerlo en el sitio.

—¿Qué dijo exactamente?

—Dije la verdad —tomó la palabra Monty—, que había otras damas en la fiesta para que este —lo señaló en estos momentos Samuel— volcase su frustración por la inminente boda de Amanda. No sé de qué te quejas, Frederick, iba a salvarte de un casamiento por obligación y ¡eso que era el honor de mi hermana el que habías puesto en entredicho! Merezco una recompensa, no un castigo. —Su exposición era más que enérgica.

—¡Cielo santo! —Kirk sabía que el error era grave, pero no se imaginó algo tan brutal.

—Sí, todo eso dijo delante de mi dama. Ahí comenzó a condenarme ante Briana.

—¿Condenarte? ¿Tu dama? —Monty no entendía, ¡si lo había absuelto!

—¡Está enamorado de tu hermana! —El duque no podía seguir callando más.

—Pero… pero… pe… ro… pe… —Analizó la situación en su cabeza durante largos instantes y comprendió la metedura de pata—. Lo siento.

—Al fin te has dado cuenta de lo que me has hecho.

—¿Desde cuándo?

—Desde que vi los ojos con los que Briana me observaba. —Era hora de explicarse con pelos y señales.

—Has estado cuatro años fuera, ¿fue entonces en la fiesta campestre?

—No. La noche antes de partir a la batalla. Tu hermana me dio esto. —Él sacó la cruz que lucía en la cadena de su cuello. Samuel

palideció. Era el tesoro mejor guardado de Bri… ¿cómo no lo supo? Él no vio ningún indicio nunca… porque…

—¿Has dicho… noche?

—Sí.

—La comprometiste y te largaste sin casarte… ¡Yo te mato! —Se abalanzó sobre él dispuesto a ponerle a juego su otro ojo.

—Aguarda, Monty. No la toqué. —Puso sus manos en alto, a modo de escudo. No sirvió de nada. Los dos hombres estaban en el suelo forcejeando, pero Monty paró la agresión cuando lo oyó—: No la toqué.

—¿Juras por tu honor que mi hermana sigue siendo pura?

—No he conseguido ni besar sus labios del modo en que lo deseo. —No mentía, Monty lo evitó con su intervención.

Samuel lo soltó. Lo creía a ciencia cierta. El coronel era un hombre honorable.

—Estabais prometidos en secreto por lo que veo. —No era una pregunta.

—No, Samuel. Aquella noche yo discutí con Amanda y ella se limpió sus finos zapatitos con mi honor. Tu hermana debió escucharnos y se presentó en mi habitación declarando su amor y diciendo cosas que nunca nadie había dicho sobre mí mismo.

—Ahora conozco la historia completa. —A Kirk al fin le casaban todas las piezas. Lo había visto siempre pendiente de esa cadenita y se mostró, durante el tiempo que estuvieron en la guerra, melancólico, como si estuviese enamorado. Lo que no hubiese adivinado ni en un millón de años era el nombre de su dama, no al menos en aquel momento, claro está. Porque desde que Briana se sacó el abanico… Ahí lo vio cristalino.

—Te marchaste y dejaste sola a mi hermana, ¿por qué?

—No era justo pedirle que me esperase.

—Te dije que iba a casarla con Lemory y te volviste a marchar.

—¡Mírame, Samuel! Soy un tullido que cecea… ese vizconde era el sueño de cualquier jovencita casadera. Tu hermana se merecía una oportunidad mejor que yo.

—¡Maldita sea, Frederick! Seré un retrasado, pero tú lo eres muchísimo más que yo. ¡Bri te dio la joya de su madre muerta! — El aire abandonó los pulmones de Frederick.

—Yo no sabía que era de vuestra madre… —Comprendía lo que eso implicaba. Era un tesoro de incalculable valor para la joven y se lo había entregado a un hombre que no sabía si regresaría alguna vez.

Kirk soltó una sonora carcajada y los dos hombres que estaban sentados frente a él comprendieron por qué lo apodaban el duque Demente. Solo el capitán sería capaz de reírse en una situación tan dramática como la que estaban viviendo.

—Después de escuchar vuestras historias estoy esperanzado. —Kirk seguía sonriendo mientras hablaba.

—¿Sí? ¿Crees que tenemos alguna posibilidad de redención con ellas? —preguntó con ilusión Samuel.

—No, pero lo mío con Beth tiene arreglo. No la he cagado tanto como vosotros.

—Yo no la he cagado como tú dices —se defendió Samuel.

—Oh, sí lo has hecho y de formar magistral, Monty. —Frederick iba a explicarle la situación con su esposa.

—No hice nada semejante.

—Verás, Kirk. Este lumbreras cuando llegó su esposa y le pidió, hasta en dos o tres ocasiones que cerrase su gran bocaza, siguió hablando.

—Estoy impaciente por conocer los detalles.

Seguro que Samuel había cometido un error imperdonable. El duque se moría de ganas de conocer los detalles. Nunca fue un chismoso, pero la seguridad con la que Frederick decía que Monty estaba acabado…

—Voy a repetir palabra por palabra lo que recuerdo: «Sabías que Amanda, te haría sufrir una vez más. Comprendo que la amas, que mueres por sus huesos, entiendo que no es plato de buen gusto que ella vaya a casarse de nuevo. Dos veces pudo haber sido tuya… yo estaría igual en tu lugar».

Samuel cerró los ojos. Era mucho peor de lo que estos dos de ahí pensaban, porque ninguno de ellos había sido testigo de lo que antes de esas palabras dijo en el salón de baile sobre que un amor así nunca se olvida. Eso que advirtió que a Angela le causó disgusto. Era hombre muerto. Que viniese ya el verdugo con la hoz y lo ejecutase porque no había indulto posible para él.

El duque tomó la palabra:

—Creo que lo ha comprendido.

—Es aún peor de lo que creéis. Te juro, Frederick que te ayudaré a recuperarla. —Monty se sentía culpable.

—No puede ser peor —Frederick se mofó—, y, por favor, te suplico que no me ayudes.

—Momentos antes en el salón de baile, cuando vi llegar a Amanda tuve otra epifanía. Le dije a Angela que un amor como el que tú sentías por ella no se olvidaba. Que, si fuese yo, y mi esposa se hubiese casado con otro, la seguiría amando en silencio y hundido en la miseria. Jamás la olvidaría.

—¿Lo dijiste delante de Briana? —El coronel estaba apretando los puños y conteniéndose para no matarlo.

—De Briana y de mi esposa.

Una nueva carcajada resonó en la habitación.

—¿Mi vida está en juego y tú te ríes, Kirk? —Demente era quedarse corto para calificarlo. En este momento le venían otros apelativos peores.

—Es que eres retrasado, Samuel. —Por lo visto, a su amigo también le apetecía insultarlo—. ¿Cómo conseguiste quitársela a York? Aún no lo entiendo. Supongo que eres un retrasado con mucha suerte.

—¿Era preciso que nombrases al vanidoso duque York, Frederick? —Lo que más le molestó fue que sacase a relucir el nombre del dichoso duque que tantos dolores de cabeza le dio en el pasado.

—Tú al menos has podido disfrutar cuatro años de tu esposa. Yo no he podido más que tocar tímidamente a Briana. —El coronel siguió con sus lamentaciones.

—¡Es mi hermana, Frederick! —No quería imaginarse a su hermana… haciendo ¡nada!

—Llevo cuatro años soñando con ella.

—No sabía que estabais enamorados. —Pobre Bri. Lo que habría tenido que sufrir en silencio.

—La tiraste al suelo, Monty. —Frederick acababa de recordar ese detalle.

—No fue aposta. Trataba de salvarla de ti.

—Pues debiste pensar en salvarla, salvarlas, ya puestos, de ti.

—Me costó mucho recuperar a Angela la primera vez que la molesté. ¿Cómo voy a lograrlo ahora si no sé ni dónde están?

—Sé exactamente dónde va a estar tu esposa y tu dama, coronel.

—¿En qué lugar? —preguntó Frederick.

—Si yo fuese Angela haría lo que hice la primera vez que casi te quedas sin ella.

—¡No! —Su esposa no haría eso, ¿verdad? Tenían tres hijos maravillosos, eran felices… se amaban apasionadamente… No, Angela no haría eso ni en sus más retorcidas ganas de hacérselo pagar. Kirk estaba equivocado.

—Lo malo de todo esto es que tu esposa va a poner a mi prometida en el punto de tiro de él, y aquí todos sabemos que ese hombre no tiene rival en cuestiones femeninas. —Lo peor era un hombre vanidoso, rico y apuesto, pero si además era un duque como York, la cosa se complicaba todavía más.

—Yo se la robé. —Samuel sacó pecho.

—Sí, pero, aun siendo yo también algo retrasado por no comprender los sentimientos de Briana, como bien has dicho, no creo que tenga tu suerte y mi dama encuentre esa cualidad en mí adorable, tal y como hizo Angela en su momento contigo. No me has hundido en el lodo, me lo has puesto tan difícil que ni un milagro hecho por el Altísimo me libraría.

—Angela no va a hacer eso. Apuesto mi mano derecha a que estás completamente equivocado. —Estaba seguro… casi seguro… —Bueno, señores. Acostémonos y mañana iremos a casa de

York en misión de rescate. —Kirk estaba de buen humor. Si esos dos conseguían arreglar sus desastres, a él no iba a costarle nada enmendar los suyos. Se sentía con aires renovados.

—He dicho que no vamos a ir. York no la tiene. Angela no haría algo tan perverso como eso. —Su esposa no era tan cruel. Cierto que una vez lo fue, pero…

***

Ajenas a las preocupaciones de los hombres. Dos damas estaban en el paraíso terrenal. No estaba muy bien lo que habían hecho, *lady* Monty era plenamente consciente, pero era lo más acertado dada la ofensa a la que habían sido sometidas.

—Es el hombre perfecto. —Es que era atractivo, guapo y esas maneras… su forma de hablar, lo atento que era… Briana creyó que sería por lo menos brujo. No hacía más que unas pocas horas que lo había conocido y la tenía embrujada. Solo hechizó sus sentidos porque su corazón seguía con el coronel, aunque ella pensase que Frederick no lo mereciese.

—Para llevar toda la vida enamorada del mismo hombre, no estás siendo muy leal a tus sentimientos.

—Vamos, Angela, no es lo mismo. Yo amo a ese patán de Frederick, pero York es increíblemente… ¡todo!

—Y por eso me aparté de él.

—¿Qué quieres decir?

—Él… no sé cómo explicarlo, pero no me llenaba como Samuel. York no necesita a nadie, es York, está enamorado de sí mismo. Y cuando conocí a mi esposo, encontré su sinceridad, sus atenciones torpes encantadoras. Me conquistó y eso que la primera vez derramó sobre mí una copa de champán. Creo que la culpa fue de Frederick, pero Samuel tomó la responsabilidad.

—¿Cuál es tu historia con el duque?

—Nos conocemos desde pequeños. Mis padres vivían al otro lado de su finca. Somos amigos y él me quiso desde el primer momento, eso solía decir. Yo no lo acabé de creer porque todas le gustan. Cuando vi que ni Amanda pudo atraerlo… estuve tentada ahí, pero entonces descubrí a tu hermano. Samuel estaba perdidamente enamorado de ella y… verás… York y yo hicimos una tonta apuesta sobre que yo sería más que capaz de arrebatarle la atención a mi bellísima amiga. Por orgullo la acepté y desde entonces, como

comprenderás, él se viene lamentando por haberme lanzado ese reto. Lo que no sabe es que yo jamás hubiese consentido en ser la esposa de un hombre como él. Es excelente para ser mi amigo, pero no mi marido. Lo adoro, pero no era para mí. Incluso dudo que alguna mujer logre domesticarlo. Es un león. Sus maneras correctas, su vestimenta… todo está pensado para hacer creer que no es peligroso, pero lo es y mucho.

—Os conocéis muy bien por lo que advierto. —Se había quedado pasmada con el relato.

—Sí, siempre he tenido confianza con él. Tu hermano no es la primera vez que me hiere con algo relacionado con Amanda. Después de besarnos una vez y yo quedar postrada a sus pies, Samuel descubrió que Mandy había despreciado a Frederick e intentó volver a acercarse a ella. Yo, despechada, me vengué de él con York. —Era algo más complicado que eso, pero Angi no quería revivir ese asunto de su pasado que había sido tan tortuoso y desagradable. Lo fundamental es que estaba harta de la seguridad y arrogancia de York y cuando descubrió la ternura y sensibilidad de Samuel… Ahí ya estuvo perdida.

—Tal y como vas a volver a hacer, porque veo la revancha aquí.

—Exacto. Siempre hay que dar donde más les duela, Bri. Estoy furiosa con él. Cada palabra que dijo anoche era como una flecha perforando mi corazón.

—Mi hermano es un necio —bufó.

—Él nunca supo lo de la apuesta, no lo sabrá porque confío en ti, pero cuando se entere de que me he refugiado aquí, con él… —«Donde las dan, las toman», pensó.

—Arderá Troya.

—Eso es lo que va a pasar y luego ya veremos, porque estoy muy decepcionada. Me ha destrozado, Bri. —Angela comenzó a llorar y se abrazó a la joven.

—¡Oh, Angi!, no llores, por favor. Sé que todo va a arreglarse.

—Bri, cuando tu hermano te oiga decir ese apelativo te matará.

—¿Por qué?

—Porque sabe que York es el único que me llama así y se pondrá celoso. Ellos se odian.

***

Mientras las damas se contaban confidencias, un duque estaba a punto de ser reprendido por su atrevido ayuda de cámara, quien hacía las veces de secretario, mayordomo, niñera y un largo sin fin de tareas en función de las necesidades de York. Así que ese hombre más

parecía un padre que otra cosa para Malcom W. Banstorm.

York miró de soslayo a Mason Wilson, quien había entrado en su despacho sin demasiada ceremonia y estaba de pie frente a su escritorio.

—No se quejará, la he traído a casa —le dijo con suficiencia el duque en clara alusión a la condesa de Monty.

York había tenido que soportar infinidad de veces, a los largo de esos años pasados, las lamentaciones de Wilson por haber perdido a Angela. Su ayuda de cámara la había adorado tanto o más que él mismo cuando se comprometieron.

—La bigamia no está permitida, así que no veo el motivo de su satisfacción, excelencia —rebatió el señor Wilson a su patrón.

Los dos hombres solían tener batallas verbales, que solía ganar el subordinado del duque, por lo que Malcom estaba acostumbrado a las salidas de tono de su subordinado.

—¿No me va a permitir ni disfrutar de este pequeño triunfo, señor Wilson?

—Por supuesto. —La habitación se quedó en silencio unos pocos minutos.

—¿Esa es su forma de dejar que disfrute? ¿Poniéndome de los nervios con su mutismo? —preguntó cansado de la mirada de Mason Wilson.

—No osaría contradecir a un duque. Dígame lo que desea que haga y lo haré encantado, excelencia.

—No mienta, señor Wilson, ese es su mejor trabajo: importunarme, y es endemoniadamente bueno en desempeñarlo.

—Entonces, le diré que el breve placer que siente porque la mujer de lord Monty esté en su casa durará hasta que su esposo descubra que está aquí. No es cuestión baladí dejar de notar a los amigos del marido de la mujer que descansa en el piso de arriba. El conde aparecerá sosteniendo dos pistolas, una en cada mano, pues no solo deberá defender a su amada, sino también a su hermana. Y los padrinos que le acompañarán en el duelo son héroes de guerra muy duchos en el arte de matar. —La fama de los soldados que regresaron tras la lucha para ocupar sus títulos era casi mundial.

—No sea absurdo, Wilson. Monty no va a desafiarme.

—Por supuesto —dijo sencillamente.

—¿Es consciente de que esas dos palabras las usa como si fuesen dos puñales?

—Por supuesto que no—añadió con seriedad.

York escuchó las palabras, pero supo que él estaba diciendo justamente lo contrario.

—¿Qué pretendía que hiciera, señor Wilson? Las dos damas se metieron en mi carruaje y no pude desentenderme. No soy tan ruin.

—Por supuesto.

—Voy a acabar despidiéndolo —lo amenazó.

—Hágalo antes de que yo renuncie —lo desafío—. Todo el mundo sabe que no le gustaría perder ni en eso.

—Continúa siendo absurdo. Nunca pierdo en nada. Además, los dos sabemos que no puedo prescindir de sus servicios. ¿Qué sería de un duque vanidoso si el mejor ayuda de cámara de la humanidad lo dejase en la estacada?

Mason suspiró. En efecto, la preocupación del duque era el propio duque. No su falta de descendencia o el hecho de que pronto llegaría el esposo de la que fuese lady Angela antes de casarse para pedirle cuentas.

—El problema es grave, pues se trata de un marido, que es a su vez hermano de otra dama, y que se considerará gravemente ofendido por las circunstancias. Es grave—repitió—, para usted excelencia, y más cuando se trata del duque de York, un hombre con fama de divertirse en excelso con las mujeres, que no tiene pensamiento de casarse y que solo tiene a lord Liam como su reemplazo…

—No es feliz —lo interrumpió— si no saca el asunto de mi libertinaje en cada una de nuestras conversaciones, querido amigo. Bien ya lo ha hecho. ¿A dónde quiere llegar?

—Las muchachas que… probaron la capacidad de su cama hace un par de noches, están enfilando el camino principal y vienen directas hacia la casa. Supongo que ese asunto es el que debe ser tratado primero y con rapidez. —Era su forma de decirle que debían ser despachadas y que Wilson no iba a meterse para ayudarlo. York lo supo de inmediato. Suspiró.

—¡Está disfrutando con mi aprieto! —Veía a su valet muy pagado de sí mismo.

—Por supuesto que no —aludió el señor Wilson antes de marcharse del despacho de York. Y el duque supo que su querido amigo estaba disfrutando como un niño en la mañana de Navidad, debido a la pronta visita de las mujeres con las que se entretuvo antes de marcharse a Londres.

El duque se levantó, tomó un largo sorbo de licor y se encaminó hacia las escaleras. Después de todo, las dos damas que tenía bajo su techo iban a serle de alguna utilidad.

Llegó hasta la estancia que Mason Wilson les había asignado a Briana y a Angela cuando se empeñaron en dormir juntas, es decir, al otro ala de donde se encontraban sus aposentos ducales. Definitivamente el señor Wilson había hecho bien en apartarlas, en especial a Angi, de él. Un libertino en su mejor momento era peligroso incluso para sí mismo.

—¿Queridas? —Primero entró y luego llamó a la puerta de la

alcoba donde ambas se habían refugiado nada más llegar a su finca—. ¿Otra vez llorando, Angi?

El duque de York hizo un mal negocio cuando se las trajo anoche. No paraban de lamentarse y acabarían contagiándolo y él era una persona alegre y despreocupada.

—No, Malcom, ha sido un desliz. —Se limpió el resto de una lágrima—. ¿Qué sucede?

—Salid de la habitación, os necesito para que me libréis de un… necesito vuestra ayuda.

—¿Lleva faldas? —Angela conocía la respuesta.

—Sí, son tres.

—¡Santo cielo! —Bri estaba escandalizada.

York no era un cobarde, pero se quedó en el piso de arriba mientras ellas bajaban a ver qué sucedía. Era tedioso tener que despedir a sus amantes. Angela lo haría mejor que él, estaba convencido.

—¿En qué puedo ayudarlas, señoritas? —inquirió la condesa cuando las tuvo delante. No eran tres damas… eran tres perdidas porque por sus ropajes…

—Como le hemos dicho al mayordomo, venimos en busca de York para…

—Mi esposo no está en casa. —Fue Angela la que habló de nuevo para cortar lo que esa pelirroja tuviese que decir.

—¿Esposo? —Las tres no tenían noticias sobre esa novedad.

—Sí y ahora… ¡largo de mi casa o soltaré a los perros! —gritó furiosa, tal y como se suponía que debía mostrarse una mujer casada cuando tres mujeres que se habían acostado con su marido se presentaban ante ella.

Las aludidas salieron mirando atrás por si era cierto que venían a por ellas los canes. En el ducado todos conocían a los perros del duque. Eran grandes cazadores, tan buenos como él mismo.

Una risa resonó desde lo alto.

—Sigues siendo sublime, Angi.

—E hice bien en no casarme contigo. —Estaba segura de que una escena como esa se repetiría muy a menudo si ella fuese *lady* York. Comprendió que Samuel tenía muchos defectos, pero al menos había sido fiel… hasta el momento, ¿no?

—No te hubiese engañado nunca. —Era sincero en su afirmación. De verdad esperaba que su amor por ella hubiese podido contenerlo de las distracciones de otras mujeres.

—Lo dudo mucho, York. —Un hombre con su atractivo y sabiendo que podía tener a cualquier fémina a sus pies… Algo le dijo que no confiase en él antaño y hasta hacía poco Angela estuvo satisfecha con su elección. Cosa que en estos momentos…

—Estaba enamorado de ti. Me hiciste daño. —Estaba loco por ella. Su gracia, su ingenio, su simpatía y, sobre todo, ¡su audacia!, lo tuvieron cautivado. Cuando se enteró de que su amiga estuvo en el jardín, él se vengó con dos rubias, una pena que ella lo pescase en plena acción…

—No hablemos más del pasado. ¿Por qué no salimos y le mostramos tu finca a Briana?

—Eso no va a poder ser, *milady*. —Una potente voz masculina les llegó a los tres que estaban dentro de la casa. En el recibidor, concretamente.

—Me temo que no —corroboró otro hombre.

—No debimos dejar la puerta abierta, Angela, las ratas se han colado. —Briana era elocuente también. Estaba colérica con su hermano y con el coronel. Ni en un millón de años ella pensó que una frase de esa índole saldría de sus labios, pero…

—En efecto, Bri. —Concedió con una sonrisa Angi, orgullosa con la destreza de la joven.

El duque de York se acercó más para apoyarlas. Era lo mínimo que podía hacer por dos mujeres que lo habían salvado hacía escasos segundos de una negativa incómoda.

—¿Puedo ayudarlos, caballeros? —Malcom fingió que no conocía a ninguno de los dos hombres que tenía delante.

—Nos vamos, Briana. —Frederick ni se dignó a contestar al duque.

—Nos vamos, Angela. —Se envalentonó Samuel contagiado por la entereza de su amigo. Lamentó no haber despertado a Kirk para que los acompañase. El maldito de York seguía tan fiero como de costumbre y no era que el conde le tuviese miedo, es que no quería morir sin arreglar las cosas con el amor de su vida.

—¡Ah! —exclamó el duque con pereza—. ¿Os vais, queridas? —York se giró para preguntarles a ellas—. ¿Tan pronto?

—No —dijeron al unísono.

—Ya las han oído, caballeros. Las damas gozan —lo dijo con retintín mientras miraba en especial a Samuel— de buena compañía y no desean marcharse. Así que largo de mi casa antes de que suelte a los perros. —Se giró para mirar a su amiga, le guiñó un ojo y ambos se sonrieron cómplices.

—Tiene agallas, York —habló Frederick. Estaba impasible. Mejor dejar las cosas claras desde ya mismo.

—Sé que usted también, coronel. —Lo veneraba por las hazañas que contaban sobre su regimiento en todos los puntos cardinales.

—No quiero problemas. Vengo a por lo que es mío —habló de nuevo Frederick.

—¿Y qué es lo suyo, Exeter? —Ese hombre estaba encaprichado. No sabía de qué se quejaban esas dos Magdalenas lloronas. Tenían a

sus pies a dos hombres enamorados. ¡Luego decían que los hombres eran complicados!

—Ella —señaló a Briana.

—¿Está de acuerdo, *milady*? —York se giró para preguntar a la dama. Más evidente que esa declaración no había nada en este mundo.

—No lo tengo muy claro, excelencia… si sigue en pie su petición de mano de anoche… —Se estaba echando el farol de su vida y confiaba en que York no la descubriese, pero la ocasión de vengarse era tal que no pudo resistir la tentación.

—Por supuesto. Le dije que buscaba esposa. —Angela se aproximó para hablar con Bri. York la paró. El duque se estaba divirtiendo como hacía años que no lo hacía.

La mirada del duque se dirigió momentáneamente hacia un rincón apartado de la entrada. Distinguió allí, entre las sombras, la figura de Mason Wilson y apostaba su fortuna a que su querido amigo estaba disfrutando en exceso ante toda la situación. Un reflejo plateado le llamó la atención del duque. Bien al menos su empelado sostenía un par de pistolas por si tenía que salir a defenderlo de la invasión de dos hombres celosos.

—Bueno… en ese caso… yo… —La hermana de Samuel estaba mortificada. Se había metido en un jardín del que no estaba segura de cómo salir indemne.

—Briana, si he de cargarte sobre mi hombro y sacarte de esta casa, llevarte hasta un cura y luego regresar para batirme en duelo mañana, lo haré sin pestañear. Piensa bien en lo que vas a decir. —Bri se quedó con la boca abierta. ¿Quién era ese hombre que tenía delante y dónde se había marchado Frederick? Porque era su coronel el que había dicho esas palabras, ¿verdad?

York se separó al momento de la joven. Monty era una cosa, pero el militar era otra mucho más seria, pues el duque veía la mirada asesina de un hombre que pelearía hasta la muerte por lo que consideraba suyo. No se interpondría entre esa pareja, decidió.

—Briiii —susurró Angela. Ella reconocía a un hombre a punto de hacer una temeridad y el coronel, por más calmado que aparentase estar, no iba a tardar demasiado en asesinar a York.

La joven no añadió nada más. Se movió para ir en dirección a Frederick. Ella no estaba claudicando, simplemente no quería… ¡No había otra opción que salir de ahí con la cabeza gacha!

—Angela, es hora de irnos. —Probó suerte, Samuel.

—No.

—Mi amor… —Lo mejor era no ponerse gallito. Ella estaba a punto de saltar sobre él y estrangularlo con sus propias manos, podía ver la furia en sus ojos.

—¿Esa soy yo? —Samuel cerró los ojos. Las cosas estaban tal y como él suponía.

—¿No vas a ponérmelo fácil, verdad? —inquirió el conde.

—Tienes a Mandy de nuevo a tu alcance. Ve a por ella. Yo estoy muy bien… —Se giró para mirar lascivamente a York— acompañada.

—Nombra a tus padrinos, York. Nos veremos a las seis de la mañana. —Se acabaron las medias tintas, Monty iba a pelear.

—Será un placer —sentenció Malcom—. Cuando te mate regresaré a mi casa y disfrutaré de mi futura esposa. Los cuatro años de espera habrán valido la pena.

York tenía que darle un empujoncito al necio, aunque no se mereciese su ayuda, para que reaccionase como cualquier mujer lo esperaría. Y eso incluía que Monty comenzase a recitar palabras dulces.

El conde gruñó y buscó la mirada de su esposa.

—¡Maldita sea! ¿Quieres que me ponga de rodillas? —Él lo hizo— ¿Que te diga que te amo con todo mi corazón? ¡Te amo con todo mi corazón! ¿Que soy un maldito retrasado? ¡Soy un maldito retrasado! Pero, por amor de Dios, no regreses con él.

Angela estaba encantada y embelesada con tan bella declaración hasta que su esposo dijo la última frase.

—¿Así que el problema es que lo he elegido a él, esposo?

El coronel pensó que su amigo no aprendía de sus errores. Con lo bien que iba hasta que metió la pata… Frederick creyó, después de todo, que callado le iría mejor.

Briana estaba celosa de que el coronel no le hubiese dedicado esas palabras de amor a ella.

York estaba la mar de divertido viendo a su rival arrastrarse. «La venganza sí era un plato que se servía frío», pensó Malcom. Monty lo miró. No sabía cuándo, no sabía dónde ni cómo, pero algún día le devolvería el golpe a York.

—El problema es que no puedo vivir sin ti. Que eres mi vida entera, mi pasión y dedicación. Mi compañera, la madre de mis hijos y no quiero estar sin ti ni un minuto más porque te amo, te amo y te amo más allá de esta vida y la otra. Soy tu siervo, tu esposo, el hombre que sufre si no te tiene cerca. Si vas a abandonarme, mejor pégame un tiro en este momento, porque no podré soportarlo y no quiero morir por mi propia mano.

El corazón de *lady* Monty resonaba apresuradamente. Su marido no fue nunca un hombre apasionado con las palabras, sí en el lecho, pero nunca le dedicó una confesión como esta.

—Vuelvo por nuestros hijos. —Estaba enfadada pero esa declaración de amor ablandaría el corazón más duro. Se giró y miró con complicidad a York. Le dio un abrazo y un beso en la mejilla—.

Gracias —le dijo en un susurro que nadie oyó.

Bri se adelantó para imitarla. Ella también quería agradecer su intervención, no es que quisiera abrazarlo… «Mentirosa», pensó. ¿Qué tenía ese hombre?

—Atrévete y lo mataré en este preciso instante.

Frederick adivinó lo que su prometida se disponía a llevar a cabo. La cogió por el brazo para frenarla por si sus palabras no habían quedado claras y ella decidía desafiarlo.

—No tienes derecho sobre mí. —Trató de zafarse de él. No lo logró.

—Soy tu prometido y esa razón me basta y sobra. —Levantó una ceja.

—Vámonos, Bri. —Angela se la llevó de allí. Los dos hombres las siguieron mansos.

Los cuatro subieron al carruaje. Aquello era un velatorio. No había muerto, pero la tensión podría matarlos a todos si explotaba.

—Lo has besado. —Samuel cortó el silencio.

—¿Quieres que hablemos de eso aquí y ahora, esposo mío? —Angela no tenía ningún problema en airear sus intimidades. Frederick tosió. La indicación estaba clara. Mudo, se quedó Samuel.

Pasados diez minutos el carruaje se detuvo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Bri, mientras se acercaba para observar por la ventanilla.

—En la iglesia, Bri. —Angela conocía bien el lugar.

—Ah, no —señaló llena de pánico la joven.

—Ah sí, *milady*. Tu reputación está más que corrompida y no pienso dejar que me acusen de poder cagar con el bas…. —Se calló, pero Bri entendió perfectamente la insinuación. Él estaba colérico, ella hubiera abrazado a York en su presencia.

—Verá, coronel… —tomó la palabra la condesa.

—¡Angi! —la frenó Bri.

La condesa iba a defenderla y ella no quería que nadie combatiese por ella.

—No vuelvas a decir jamás ese término, Bri. —Le tocó a Samuel hervir de furia.

Angela y Bri se miraron cómplices. «Te lo dije», le comentó la una a la otra con una silenciosa mirada.

Entraron en la iglesia. Los novios se colocaron ante el cura, los testigos a los lados. Los votos fueron dichos, el protocolo se llevó a cabo para unir en sagrado matrimonio a dos personas que… Angela no sabía lo que podía salir de ahí. Bri lo sabía menos aún.

De nuevo eso se asemejó a un funeral. Las parejas iban a separarse en la salida del edificio. Los hombres se apartaron para darles intimidad a las mujeres y que se despidieran.

—¿Estarás bien, Bri?

—No lo sé, Angi. —Era la verdad.

—Si te oye llamarme así, te reprenderá severamente, te lo advertí.

—No puede oírme. Está lejos. ¿Qué vas a hacer tú?

—Hablar con él. Ya oíste todo lo que dijo. No pude resistirme a semejante declaración. —Estaba complacida porque nunca antes él se mostró tan eufórico en sus sentimientos. ¡Y los había dicho delante de mucha gente! ¿Qué pasó con el hombre reservado ahí?

—Besaste a York.

—Sé que te quedaste con las ganas de hacerlo. Y fue un beso fraternal en la mejilla. Él no es tan espectacular como se cree.

—Era perfecto. No había visto nunca semejante hombre.

—No has salido de casa de tu hermano. Si hubieses querido ir a la temporada habrías conocido a cientos como él. Piensa en que pronto será al amor de tu vida al que estarás besando.

—Siempre fue Frederick.

—Lo suponía. ¿Qué vas a hacer tú, Bri?

—Soy su esposa.

—Lo eres.

—Por obligación.

—Yo creo que por algo más. —Esa convicción que vio en el coronel en casa de York… De forma silenciosa, Angela creía que había venido a decir lo que su esposo había recitado a viva voz.

—Sí, por salvar mi reputación. —Era una pesadilla.

—Dale un voto de confianza antes de condenarlo, ¿de acuerdo?

—¿Y si no sale bien?

—Siempre podemos regresar a casa de York. —Las dos comenzaron a reírse.

—Le agradecería, *milady,* que se abstuviera de meter ese tipo de ideas en la cabeza de mi esposa. No me agradaría tener que matarlo de verdad. Soy el tullido, no el demente, pero soy tanto o más peligroso que el capitán y no necesito un cuchillo para demostrarlo. ¿He sido lo bastante claro?

Angela no se atrevió a replicarle al coronel. La joven iba a estar más que bien con Frederick. Ese hombre estaba muerto de celos y se veía que la amaba. *Lady* Monty decidió callar por el momento, ya ajustarían cuentas… porque ella había hecho mucho por ese ingrato que la acababa de reprender.

Samuel se llevó de allí a su esposa. Cada pareja se metió en un carruaje. Iban en direcciones opuestas.

—¿Te ha tocado, Angela?

—¿La amas? —contraatacó ella.

—Tú eres la única mujer que tiene mi corazón y mis p… Eres la única, Angela.

—¿Entiendes lo que pasó en el jardín anoche?

—Sí. No me di cuenta en aquel momento. Pero te juro por mis tres hijos que lo que dije no lo señalé por Amanda. Estuve equivocado, mi vida. Pensé que Frederick no sería capaz de salir de ese yugo y resulta que lleva enamorado de mi hermana cuatro años.

—¡Dios mío, Samuel!

Era una pena que no se lo hubiese podido señalar a Bri. Esa información hubiese ayudado a los recién casados porque esos dos iban a mantener una batalla campal. La hermana de Samuel era testaruda y el amigo de su esposo no sabía lidiar con una mujer.

—Como lo oyes, mi vida. No lo sabía hasta que Frederick se confesó. Me hundí en el barro y lo arrastré conmigo. Pero te juro que no lo decía por mí. Yo solo te amo a ti. —Angela evitó decirle que ella conocía los detalles por parte de Bri, en lo referente al amor que la joven sentía, claro.

—Me morí cuando te oí decir eso.

—Me morí cuando te vi en casa de York. Aposté mi mano que no serías capaz de castigarme tan cruelmente.

—Estaba muy enfadada contigo.

—Dime si te ha tocado. Podré sobrevivir a eso, pero necesito saber la verdad.

—Solo estás tú, Samuel, no podría ser de otro hombre. Me arruinaste en aquel jardín la primera vez que me besaste. No hay otro como tú.

—Soy un retrasado. Ellos tienen razón.

—No, mi amor. Eres un hombre sincero que no se da cuenta de ciertas cosas. Tu falta de maldad es lo que me enamoró. No cambies nunca.

—Eres una mujer malvada. Lo has besado y abrazado delante de mí, sabiendo lo inseguro que me hace sentir él.

—Lo cambié a él por ti. Creo que él estará siempre inseguro ante ti, Samuel. Además, te encanta que sea perversa.

—¿Por qué no me recuerdas cuánto me gusta? —Su esposa era magnífica y en estos momentos que la veía removerse la falda. Angela no necesitaba ninguna otra invitación para hacer justo lo que ella también se moría de ganas por iniciar. Hacía muchos años que no jugaban en su carruaje… La reconciliación sería total si ambos se abandonaban al placer, el uno del otro. En cuanto llegasen a casa le contaría que en breve tiempo iban a ser uno más en la familia. Imaginaba que él se alegraría porque durante el embarazo, Angela se ponía muy imaginativa y traviesa en los juegos de alcoba. ¿Qué? Eran marido y mujer, todo estaba permitido, al menos debería estarlo.

Capítulo 9

Enredos de parejas

Un poco de suerte. Era todo lo que había pedido desde que regresó a Inglaterra. Frederick opinaba que la había consumido toda ante las tropas francesas. Sí, era cierto que cuando ellos se incorporaron al ejército la suerte ya estaba del lado de los británicos, aun así, los soldados habían contribuido valerosos a que todo saliese bien.

La noche anterior el coronel no pudo dormir. Estaba seguro de que Briana estaría bajo el techo de York. Era lo que él hubiese hecho en caso de ser Angela y que su esposo iniciase la guerra. Ojo por ojo. La esposa de Samuel era muy buena, pero a justiciera no la ganaba nadie.

Miró a Bri. Seguro que nada que ella estuviese contemplando por la ventana era tan interesante como para captar su atención desde que habían salido en ese carruaje de alquiler en dirección a su finca.

Briana llevaba el anillo de su abuela. Esa joya que Amanda una vez le tiró a la cara porque no era de su agrado. No le gustaba su sencillez.

Le contó sus planes a Samuel con Briana por cortesía. Iba a casarse con ella sí o sí y nada ni nadie iba a interponerse en su camino.

Su esposa había estado con ese libertino de York. Confiaba en que Angela la hubiese cuidado bien, pero había sido negligente por ponérsela a su alcance.

Primero vieron salir a tres mujeres muy contrariadas diciendo que York se había casado. Poco le faltó para que le entrase un ataque al corazón. ¿Estaría tan despechada Briana como para haberse casado con el duque en plena noche? Cuando entró en la casa de ese réprobo, lo primero que hizo fue buscar su sello en sus manos. Los dedos de Bri estaban desnudos. Respiró aliviado. La cara le cambió en cuanto ella habló de una proposición… Él no había orquestado todo para casarse con ella esa misma mañana en la iglesia del pueblo para quedarse sin su Briana. Sus buenas libras le había costado persuadir al hombre que dirigía el santo lugar allí para que oficiase la boda. Tenía que hacer esa parada antes de ir a buscarla donde sabía que ambas estarían refugiadas.

No podría vivir en paz hasta que ella fuese suya y él de ella. Su plan no veía más allá de convertirse en esposo y esposa. Era magnífico ideando un boceto en la batalla. Una emboscada… pero es que no se sentía ni habilidoso ni con perspectivas de mejorar la situación con respecto a su condesa. Ella ahora era *lady* Exeter.

Briana estaba con ganas de echarse a llorar. Se había casado con él.

El hombre de su vida, Frederick, al que llevaba amando desde que tenía uso de razón.

Obligado. Su obligación había sido impuesta. Una vez se juró que nunca se casaría con él en esa tesitura y, aun así, era justo el destino que las parcas habían tejido para ella.

Por su culpa, el coronel estaba atado. Una insípida mujer que ni sabía que existía. Su corazón estaba encogido. La situación la sobrepasaba. ¡Todo le salía mal! Una lágrima se escapó de su ojo. Otras la siguieron. Como pudo se las limpió porque no quería que él la viese en ese estado.

¡Grandioso! Frederick la hacía desdichada. Su recién estrenada esposa estaba derramando lágrimas porque había unido su vida a un tullido. La pobre muchacha seguramente acudió a Londres en busca de una nueva oportunidad y él, por su impulsividad de llevarla al jardín para hablar con ella, la obligó a tomarlo por esposo. ¿Qué más podía salir mal?

Ah, sí… el asunto de York. Le reconcomía el alma saber si ella se había enamorado de él. Que hubiesen pasado pocas horas juntos era secundario, porque ese truhan no necesitaba más de un minuto para enamorarlas. Su fama era legendaria y si alguna vez llegase a enterarse de que el libertino la había tocado…

—Briana… —susurró, mientras pensaba en lo horroroso de la situación. La joven se giró y él hizo una mueca al verle los ojos rojos. Indudablemente si quedaba algo de esos sentimientos que una vez, su ya esposa, recitó para él, iban a estar muy enterrados y no sabía si iba a disponer de un buen pico y una pala para poder llegar hasta ellos y desenterrarlos.

El carruaje se paró ante la puerta de la casa. Esa era otra. Cuando regresó de la batalla había estado en una espiral de autocompasión y tratando de superar el pasado, por lo que no había podido arreglar la finca. Todo estaba por hacer. El aspecto era más que lamentable y ante esa ruinosa hacienda, Frederick, ahí de pie frente a la escalinata de acceso, solo podía pensar que la edificación representaba fielmente lo que por dentro de él sucedía.

Briana salió del coche y esperó a que su esposo le tendiese la mano para bajar. Eso no sucedió. Primer presagio de que él no estaba para nada satisfecho con su elección… mejor dicho, con su obligación. Cuando lo vio ingresar a toda prisa en la casa, sus conjeturas quedaron más que confirmadas.

Frederick se adelantó para comprobar si los peones que había contratado antes de irse a la ciudad con Kirk habían tenido tiempo de arreglar las barandillas de la escalera. Todo estaba en malas condiciones, pero si ella entraba y veía que no había ni un pasamano para acceder a los pisos superiores se iría de regreso con su hermano.

Él lo haría.

Briana accedió a la casa y pensó que era bueno tener tanto trabajo que hacer. Así no pensaría en su matrimonio. Buscó a los sirvientes. Nadie acudió para recibir a la señora, a la condesa. Esto era comprensible porque con una boda rápida y obligada, podía entender que no le hubiese dado tiempo a su esposo para preparar un recibimiento acorde con su nueva posición.

Una señora alta y elegante bajaba por las escaleras. Se paró a saludar a su patrón. Por el sonido que se apreciaba conjeturó que sería el ama de llaves porque las oía retumbar a cada paso de la mujer. Los observó hablar y la mujer morena le dedicó una gran sonrisa.

—Amanda, es todo un honor conocerla al fin —dijo cuando se le acercó—. Espero que no le importen mis confianzas, pero el amo nos ha hablado tanto sobre usted a lo largo de los años, antes de partir a la guerra, por supuesto, que ya es como si la conociera de toda la vida. Es una alegría inmensa recibirla. Sea más que bienvenida a esta… a esta… —la señora Finley miró a todas partes porque le venían palabras como: hermosa, bonita, magnífica, pero no era un calificativo que se ajustaba a la definición—… a esta noble casa.

La mujer mayor quedó satisfecha con la palabra que acababa de emplear.

—El placer es mío —contuvo de nuevo las ganas de llorar—, pero soy *lady* Exeter y…

—Oh, perdone por utilizar su nombre de pila. No volverá a suceder. —Bri le dedicó una sonrisa.

—… y antes de eso fui *lady* Briana. —Si quería alguna confirmación más de que todo se había ido al garete, ahí acababa de tener otra que añadir a la lista.

—Oh, oh, oh, —la mujer comenzó a palidecer por el tremendo error cometido— yo… lo lamento infinitamente.

—¿Qué sucede, señora Finley? —El señor de la casa acababa de acercarse a ellas y se preocupó al ver al ama de llaves en ese estado de suma preocupación. ¿Se habría derruido definitivamente la biblioteca? No debió haber postergado tanto tiempo las reformas, se reprendió a sí mismo, Frederick.

—Yo… yo… verá señor… —Eso no tenía arreglo posible. El primer día con la esposa del patrón y ella la acababa de insultar y ofender.

—La señora Finley me está explicando el menú para la comida. —La empleada sonrió agradecida ante la ayuda de la nueva condesa.

—Muy bien. Yo no podré acudir ni a la comida ni a la cena. —Tenía innumerables cuestiones que atender para que esa ruinosa hacienda pudiese ser un hogar para ella—. Así que, si me disculpan, las dejaré con sus cosas.

Se marchó al pueblo. El coronel buscaría los mejores operarios que

estuviesen dispuestos a trabajar en tiempo récord.

Incrédula lo vio partir. ¿Qué esperaba? ¿Que compartiesen su primera comida como marido y mujer? Eso no iba a pasar. La palabra obligación volvió a rondar en su cabeza.

—Bien, señora Finley, creo que será mejor que me diga el número de empleados de los que disponemos, que comencemos por revisar las estancias y… —Había tanto por hacer que no sabía por dónde empezar.

—Como ordene, *milady*.

—Seré Briana o Bri, pero no utilizaré el título en la casa.

—No es correcto…

—Por favor. —Le volvió a sonreír y ya se la ganó del todo. La señora Finley esperaba que el coronel hubiese alcanzado el sueño de casarse con el amor de su juventud. En la casa todos sabían que él se declaró a aquella otra muchacha y que estaba enamorado. Había seguido de cerca la sección de cotilleos y vio una mañana que la llamada Amanda se había convertido en viuda. Cuando su patrón le anunció su intención de acudir a Londres, pensó que sería para, al fin, casarse con esa dama. En la escalera le dijo que saludase a su esposa y dio por hecho… se equivocó, pero algo le decía que el cambio de planes de su patrón iba a ser para más que bien.

***

En toda su vida había trabajado tanto. ¡Y estaba encantada! Ser de utilidad era grandioso. Tenía tantos y tantos proyectos. Esa biblioteca iba a ser magnífica. Tenía tesoros increíbles. *La Odisea* de Homero, títulos de las tragedias griegas como *Edipo Rey*… en cuanto se arreglasen los desperfectos no saldría de allí jamás.

Era necesario también contratar a más personal. Mañana a primera hora saldría al pueblo en busca de sirvientes. La mayor parte de las habitaciones estaban abandonadas. Se notaba que había sido una mansión fastuosa que había perdido su gloria con el pasar de los tiempos. Como su esposa, podría organizar bailes e invitar a la nobleza rural de la zona. Estaba entusiasmada con estas ideas.

¡Oh!, era imperativo también que se presentase a las esposas de los arrendatarios. Estaba deseosa de conocerlas a todas y saber sobre sus necesidades.

¿Aprobaría sus planes Frederick? Su estómago rugió. No había comido nada después de los quehaceres y era ya bien entrada la tarde. Oyó un carruaje que se aproximaba.

Bajó para ver quién era. Los lacayos bajaban baúles. Sus pertenencias habían sido enviadas. ¡Ni había pensado en ello!

Los hombres subieron todo a la que iba a ser su habitación. No es que estuviera muy bien, pero sí presentaba un aspecto de mejoría con respecto a las otras estancias. Abrió el primer baúl y vio una nota:

«Disfrútalo, querida.

Angi».

Ah. *Lady* Monty había sido previsora y era ella la que envió sus pertenencias. Desplegó aquello que había debajo de la tarjeta y quedó boquiabierta. Era un indecente camisón de dormir. ¿Qué se suponía que esa prenda debía provocar? Porque si era horror lo había conseguido. ¡Esa seda y encaje que dejaba todo a la vista!

Unos toques a la puerta sonaron y ella tiró inquieta y de sopetón ese camisón de regreso al baúl y cerró la tapa. Se abanicó con las manos porque los calores le habían subido al imaginarse con esa prenda y él observándola. Unos pocos instantes después, cuando al fin recuperó la compostura, abrió la puerta.

—*Milady*, el ama de llaves pregunta que si va a tomar la cena en el salón principal.

—¿Ha regresado el conde? —preguntó entusiasmada. Tenía ganas de verlo.

—No. Lo siento. —La criada añadió la disculpa al ver la cara de decepción de su señora.

Bri se imaginó ella sola en la gran mesa y desechó la propuesta al instante.

—No, por favor, que me suban una bandeja. —Sería lo mejor porque el día había sido agotador para todo el personal y no quería dar más trabajo del necesario a la servidumbre.

Cenó como una reina. La cocinera que había en la finca no tenía nada que ver con el aspecto deplorable que presentaba todo. Mañana la felicitaría. Sobre todo, por ese pastel de carne.

Terminó de cenar y se dispuso para irse a dormir. Abrió el baúl. Aún no tuvo tiempo para clasificar su ropa en el vestidor. El personal de la casa había estado trabajando muchísimo. Esa escandalosa prenda la miraba desafiante. ¿Se atrevería a ponérsela? Y, lo más importante, ¿él exigiría que cumpliese con sus deberes conyugales?

Estaba nerviosa. Angela le había contado algo muy por encima de lo que ocurría entre marido y mujer. Le dijo que, llegado el caso, su esposo sabría qué hacer. Intuía algunas cosas básicas porque siempre le habían gustado los animales y en casa de su hermano había visto la procreación… sin embargo, ¿entre personas sería similar?

El sugerente camisón era rosa y dejaba muy poco a la imaginación. Se lo puso. Angela era muy inteligente y si la esposa de su hermano se lo había hecho llegar… Se recostó en la cama con *La Odisea* como lectura.

Estaba muy cansada. A las cinco páginas dejó la obra en la mesilla.

Sus ojos se negaban a seguir despiertos. Se metió en la cama porque hacía frío en la alcoba y esa prenda no abrigaba para nada como una capa de lana.

En menos de un minuto retumbó en la habitación un ronquidito gracioso que nadie pudo apreciar.

***

Un día pesado, angustioso y con mucho trajín. Frederick estaba deseoso de llegar y verla, sobre todo para comprobar que Briana no había salido huyendo al ver el estado de todo. ¡Creyó que tendría algo más de tiempo para poner orden en la hacienda!

Lo normal antes de una boda era un largo compromiso, la lectura de las amonestaciones… y un montón de paparruchas más. Él había atajado por el camino de la dispensa especial.

Frederick se frotaba las manos. Esa noche su esposa acudiría a su cama en carne y hueso. Los dos se unirían en un único ser para materializar su amor.

Miró su reloj de bolsillo. Era muy tarde. Contrató a una buena cuadrilla de hombres que en pocos días comenzarían las obras de reforma. Después de todo el día de entrevistas, encargos y arreglos, se encontró con varios amigos de la infancia que lo convencieron para meterse en la taberna.

La experiencia estaba siendo un martirio. Saberla ahí a su alcance y tener que esperar a la noche… esto se hizo más llevadero ocupando el día, porque si la tenía delante sabiendo que ya no había impedimento para consumar lo que Dios había unido…

Iba algo contento por el licor ingerido. Tuvo a bien medir las raciones, pretendía estar en plenas, o semiplenas facultades cuando al fin pudiese demostrarle toda su devoción.

Dejó dicho que llegaría tarde, pero que cuando lo viesen arribar, que le preparasen un baño. Estaría presentable, limpio para ella. Se metió en su habitación y comenzó el ritual de aseo.

Se colocó la prenda de dormir. Le gustaba más hacerlo como su madre lo trajo al mundo, sin embargo, no era el momento de dejarse llevar por ese sentimiento de lujuria que no quería que tomase el mando.

Agarró el pomo de la habitación de su esposa con convicción. Ya nada podía separarlos y lo que iba a hacer era un acto de amor entre un marido y una esposa.

Las brasas de la chimenea creaban un ambiente sensual. Le venía muy bien para lo que quería hacer con ella. Se acercó a la cama y la contempló.

Decir que era hermosa era como señalar que toda la creación del Todopoderoso era una cosa bonita. Se había quedado dormida. Miró en su mesilla y vio un libro.

Sabía que era una chica lista. Su hermano era un poco… desechó ese pensamiento porque él quería mucho a Samuel. Además, tan retrasado no sería cuando le robó al seductor de York la que todos esperaban que se convirtiese en duquesa.

No iba a despertarla. Mañana sería otro día. Aguantaría la frustración como un campeón, sin embargo, esos labios rosados…

Se acercó para deleitarse con ese tacto que recordaba tan bien y a la vez tan lejano. Era preciso que se acercase para comprobar que no había cambiado nada en esos labios carnosos. Solo le daría un beso de buenas noches y se retiraría.

Se acercó y al fin consiguió darle un beso. Su princesa de cuento de hadas se removió inquieta al sentirlo sobre ella. Frederick aguantó la respiración, no quería despertarla. No le impondría nunca su voluntad. Él había vuelto sano y salvo, honorable, esperaba que también valeroso y triunfante, todo esto más tullido, y por ella sería el hombre que una vez Briana retrató con sus palabras.

Sonrió al verla tan apacible. Las cosas se habían liado entre ambos… era poco decir que se habían torcido, pero lo que importaba es que su esposa, esa diosa que se recostaba en la cama al lado de su habitación, estaba en su hogar con él y llevaba un bonito camisón rosa que… ¡Cielo santo!

Sería mejor salir de inmediato de la habitación o acabaría despertándola. Se giró creyendo que deberían darle una condecoración especial al mejor marido de la historia porque otro no se hubiese ido de allí en esa tesitura… Paró en seco. ¿Y si echaba una miradita? Un poquito, para calmar… no sabía el qué… sí, sí, para calmar la curiosidad.

Regresó a la cama y con sumo cuidado, como si fuese un espía experimentado que no quisiera llamar la atención abrió las sábanas… ¡Jesús! Se santiguó y se marchó sin mirar más porque si lo hacía… Briana lo convertiría en pecador y él, a gusto, pecaría de ella, con ella.

***

—Uhmm. —Briana se desperezó. Abrió los ojos y se asustó. ¿Dónde estaba?

Observó la modesta habitación que una vez debió ser sublime y recordó todo, pero en especial que tenía mucho trabajo que hacer. Al incorporarse, observó su camisón. Loca, demente, perdida, fueron algunas de las palabras que le vinieron a la mente. Sin embargo, le

agradó lo que veía en el espejo. Hizo varias poses para mirarse coqueta de frente, de lado y desde atrás. Estaba poniendo sus posaderas más hacia arriba cuando la puerta que comunicaba con la alcoba de su esposo se abrió del todo.

Briana por inercia se giró y cuando lo tuvo de frente mirándola con la boca abierta huyó despavorida de regreso a la cama. Se tapó hasta la cabeza.

—Yo… yo… lo siento, Briana. —Lo oyó, pero no lo vio porque, incluso estando protegida por las mantas, cerraba los ojos mortificada.

Escandalosa y encima ridícula. A este paso él sí pensaría que ella llevaba un bastardo en su interior, tal y como lo insinuó el otro día. Lo malo era que ahí nadie había dejado nada, porque la noche de bodas… ¡no hubo noche de bodas!

Cuando la puerta hizo clic para indicar que se había cerrado,

Briana asomó los ojos desde la colcha para comprobar que estaba sola. Un suspiro ahogado, probablemente de frustración, resonó desde el otro lado de la puerta que se acababa de cerrar, no obstante, la joven no supo cómo interpretarlo.

Decidido. No saldría durante el resto de su vida de allí. No había manera de que lo enfrentase sin ponerse colorada de la vergüenza. El amor de su vida la había visto en cueros. Sí, en cueros, sí, porque esa prenda había sido tejida por el diablo en persona.

Bien. Lo mejor era irse. Frederick sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Salir de la casa y regresar por la noche para hacerla su esposa. Esas cosas se hacían en la oscuridad y no era correcto consumar su matrimonio a plena luz del día. Por más que se muriese por demostrarle cuánto la amaba.

No desayunó. Le ensillaron su caballo y ya se marchó al pueblo para seguir con las obligaciones.

***

Limpiar, ordenar, catalogar y hacer listas con cosas que se necesitaban. Briana estaba cansada. No simplemente por el trabajo que llevaba a cabo, sino porque se sentía sola. Había comido. Pidió permiso para comer con el servicio. En casa de su hermano lo hacía habitualmente. Allí todos la conocían desde pequeña y sentían cariño unos por otros. Fue una bonita manera de conocer al personal de la casa. No quería ser una ama autoritaria y déspota, sino cercana y comprensiva. Esa también iba a ser su familia.

Para cenar le subieron un poco de fruta en una bandeja y como la noche anterior se metió en la cama con un libro. Esta vez se acostó

más temprano. El esfuerzo había sido más que considerable a lo largo del día. Llevaba su sencillo camisón blanco de algodón. Cogió su ejemplar de Homero y comenzó la lectura. No pasó de las treinta páginas. El libro cayó al suelo y ella en los dulces brazos de Morfeo.

El coronel pensó que era una hora prudencial para iniciar las relaciones amorosas. Eran marido y mujer, de estos momentos no pasaba que ambos se amasen. No podía quitarse la imagen de la cabeza: Briana en un atrevido camisón pecaminoso. Gracias al cielo que la noche en que ella se declaró iba normalmente vestida porque, o bien la hubiese arruinado, o bien se habría comportado y ella lo habría atormentado con esa imagen los cuatro años que estuvo luchando. Estaba muy seguro de que habría sido lo primero.

Ingresó en la habitación de su esposa tal como la noche previa a esta. ¿De verdad estaba dormida? Mala suerte no era lo que él tenía, lo había mirado un tuerto y maldecido una bruja como mínimo.

¡Es que era perfecta! Pese a esos ronquiditos que Briana emitía, era la mujer más maravillosa que una vez contempló. Un beso de buenas noches era lo que su princesa se merecía. Frederick puso sus manos en su espalda porque esta noche no iba a mirar debajo de las sábanas. Apoyó sus labios en los de ella y se sintió como la miel más dulce. Se separó. La miraría unos pocos segundos más… no es que él esperaba que se fuese a despertar… ¡Ojalá! Pero no… Era porque le gustaba ver la paz en su rostro. Era tan pura, tan virginal, tan inocente… esas cualidades de ella lo volvían loco. Lo del camisón con transparencias estuvo bien, porque al fin se pudo hacer una idea exacta de ese cuerpo de pecado, pero en honor a la verdad le hubiese gustado más verla con algo más recatado. Frederick era un hombre que prefería ver prendas bonitas, decentes, y luego ya el cuerpo de su esposa sin impedimentos. Las medias tintas no eran para él… en el plano carnal, o blanco o negro. Era así de simple.

Sin embargo, iba a replantearse la cuestión, porque ella se veía muy tentadora. ¿Y si echaba una miradita? ¿Quién iba a enterarse? No es como si él fuese un libertino… era su esposo, Dios había dado el visto bueno en la operación.

Abrió las sábanas y tuvo que cerrarlas más rápido que la vez anterior. Frederick no era un hombre de dilemas, pero tenía uno considerable que le iba a llevar toda la noche debatir… ¿angelical o tentadora? No, no iba a ser fácil posicionarse a favor o en contra de una de esas dos posturas.

La noche pasó y *lady* Exeter se despertó risueña.

—Uhmmm. —Briana se desperezó. Abrió los ojos y no se sobresaltó. Estaba en su casa. Era su esposa, al menos de nombre, porque él no la había tocado en los dos días que llevaban como marido y mujer. Visto, sí, porque la encontró haciendo niñerías con

esa prenda tan indecente frente al espejo. Por lo visto, ni aun así, ella le atraía.

Esperó un poco más en su cama. Tenía miedo de que de nuevo él la pillase desprevenida. Después de quince minutos ya era un tiempo más que prudencial para levantarse. Además, el camisón… era una apropiada prenda que una dama luciría, no como la de la noche anterior.

***

No era un cobarde. Era un hombre hecho y derecho capaz de solventar todo tipo de pruebas. ¡Por amor de Dios, había regresado con distinciones del campo de batalla!

Un plan. Lo mejor sería trazar una línea de trabajo que le llevase a la conquista. El coronel dejó de ser Frederick para ser un militar audaz. Llevaba dos días huyendo de casa con miedo a toparse con ella y tomarla a unas horas que no eran apropiadas. Lo que había sacado de esas decisiones era que tenía más ganas que nunca de verla y aun teniéndola bajo su propio techo la echaba de menos. La sentía más lejana que cuando estuvo combatiendo contra los franceses. El hecho de marcharse durante todo el día no había servido para evitar añorarla. Además de que llegó la noche y no consiguió consumar el matrimonio. De acuerdo que la primera vez era tarde, pero ayer era una hora prudencial para que ella lo esperase preparada en la cama. Alguien le habría dado indicaciones, ¿no? Recordó quién era la esposa de Samuel y Angela… algo le tenía que haber explicado. Bastante carga era para un hombre inexperto en cuestiones carnales tener que mancillar a una joven tan pura como ella. Frederick era un experto en besos. A eso no lo ganaba probablemente ni York. Amanda era muy temperamental y precisamente lo que más le había cautivado de Briana era lo mansa, tierna y dulce que se apreciaba.

¿Tocar a una mujer? No, él tampoco sabía, pero llegado el caso confiaba en que sus instintos lo guiasen. Si Angela no le había explicado algo… ambos iban a tener que ir con cautela. Bañado —con agua fresca—, y bien vestido con su traje de montar, abrió la puerta para hablar con su esposa.

—¿No sabes llamar, Frederick? —El coronel la observó volver a meterse en la cama y cubrirse igual que ayer. Esta noche volvería a debatir sobre el dilema. La tentadora ganó la lucha entre cuál de las dos Brianas era mejor, pero después de ver lo que acababa de observar, el debate no estaba en absoluto cerrado. La Briana angelical había subido como la espuma.

—Siento la interrupción.

—Por amor de Dios, ¡vete!

—Yo… —No eres un cobarde, eres un coronel del regimiento 69 que combatió contra huestes temibles y venció, se tuvo que recordar—. Por favor, ponte tu traje de montar, me gustaría que diésemos un paseo y mostrarte la finca. Además, quiero presentar a mi esposa a los arrendatarios. —Frederick salió de allí sin esperar contestación. Intuía que ella no se quitaría las sábanas de encima hasta estar completamente a solas.

El conde de Exeter bajó a desayunar. El comedor estaba dispuesto para los dos. Iba a compartir su primera comida con su esposa. Vio la casa diferente.

—Señora Finley, ¿de dónde han salido los cuadros? —El coronel se fijó un poco más—, y todo está más… está diferente.

—Milord, los cuadros han salido del desván y todo está más limpio y reluciente porque su esposa ha contratado servicio.

—Ha estado ocupada por lo que veo —se dijo más para él que para el ama de llaves.

—La señora es muy trabajadora, milord. Si me permite el atrevimiento, le diré que no habría podido encontrar una esposa más capacitada y buena. Los criados la aprecian muy sinceramente. Nos ha ganado a todos en solo dos días. —«A mí me ganó en un cuarto de hora», quiso decirle a su ama de llaves. Ese tiempo fue lo que tardó Briana en recitar su amor y las cualidades de él. No hizo falta más para saber que si no era con ella, no sería feliz con nadie más.

—Gracias, señora Finley.

—A su servicio, milord.

—Buenos días. —Esperaba conseguir no ruborizarse.

—Buenos días, esposa. —Se fijó en su atuendo. El traje de amazona le sentaba como un guante, pero los camisones, indecorosos o virginales, le hacían más justicia.

Pasaron en silencio unos minutos. Ninguno de los dos se atrevía a hablar. Ambos comieron y en el comedor exclusivamente se oía el sonido del masticar.

—¿Te parece bien que nos marchemos?

—Por supuesto. —Bri estaba incómoda. Recordaba cuando su hermano instaló a su esposa y esto no fue lo que pasó en aquella ocasión. El matrimonio desapareció de la faz de la tierra durante una semana. Ella no era una buena esposa porque Briana oía decir a Samuel cada dos por tres que Angela era una magnífica esposa y Frederick no es que no se lo dijera, es que ni lo veía. No estaba haciendo algo bien. Al regresar, sería valiente y enviaría una nota a *lady* Monty. Necesitaba ayuda.

Frederick le ofreció su brazo para emprender el camino hasta las caballerizas. Necesitaba sentirla cerca.

Le ensilló una bonita yegua que a Bri le encantó y ambos partieron.

Cuando estuvieron algo alejados de la finca, Frederick paró su montura. Briana lo imitó.

—¿Hay algún problema? ¿Ha perdido una herradura? —Vio al coronel sacudir su cabeza para negar.

—Una vez fue hermosa —dijo, mientras miraba la gran mansión que alzaba ante ellos.

—Lo sigue siendo.

—Me han dicho que has trabajado mucho estos días.

—Quiero vivir en un lugar bonito.

—Tú la haces preciosa. —No pudo evitar el cumplido. Era hora de iniciar un acercamiento más que evidente.

—Gracias —susurró. ¡Su primer cumplido! Veinte años le había costado. Bueno, casi veintiuno, porque en los próximos días era su cumpleaños.

—Yo también he estado ocupado. He contratado hombres para hacer las reformas necesarias y tratar de recuperar su esplendor. Cuando mi padre y mi hermano faltaron, odié la casa y la dejé abandonada.

—Lo siento.

—Lo he superado. Ahora no la aborrezco, tengo una poderosa razón para hacer lo contrario. —La miró tan fijamente que ella pensó que se derretiría.

—Frederick.

—¿Sí?

—¿Te arrepientes de haberte casado? ¿Conmigo?

—No, era lo que teníamos que hacer. —«Desde que saliste de mi habitación aquella noche soñé con ese momento». Lo pensó, pero no se atrevió a decirlo—. ¿Y tú?

—Como has dicho, era lo que teníamos que hacer. —Obligación y más obligación. La joven se desanimó.

—Vamos, quiero mostrarte el lago.

—¿El lago forma parte de la propiedad?

—Claro. También hay botes.

—¿Podemos montar en uno?

—Solo si prometes que no acabaré mojado. —Le sonrió.

—Lo siento por eso. Creí que, si te hundías con él, el duque sería más benevolente con ella. No quería que se enfadase con Beth.

—Lo imaginé.

—¿Crees que los dos estarán bien?

—Tu amiga me ha dejado fascinado. —Él sabía cosas de esa relación que no creía que pudiesen ser posibles.

—¿También tienen que casarse, verdad? —La historia era muy controvertida. Esperaba que a su amiga Beth le fuese bien, incluso

mejor que a ella misma.

—Kensington cumplirá con su obligación.

—Tal vez Beth prefiera que él no cumpla únicamente con su deber. —Era lo que le pasaba a ella.

—Es un hombre honorable, Briana, debe hacerlo, eso si ella no lo acaba asesinando. —Esa muchachita era de armas tomar. Beth estaría bien si las cosas no cambiaban.

—Llámame Bri, eres mi esposo.

—Es la primera vez que me invitas a hacerlo. —Un avance, al fin.

—No, yo creo que… —¿No se lo había dicho nunca? Justamente a él, en quien más interés tenía en que le hablase en ese tono… ¡Era un desastre!

—Sí, es la primera vez, y no voy a desaprovechar la ocasión, Bri. —De nuevo la miró de una manera que no sabía interpretar… ese brillo en sus ojos, ¿qué era lo que veía en su mirada? Era como un lobo. Bri vio una vez uno cuando entró en el corral mientras ella recogía los huevos para llevarse una gallina, por eso lo sabía.

La observó lamerse los labios y estuvo perdido. Frederick desmontó de su caballo. Se acercó a ella.

—¿Qué sucede? —¿Había hecho algo mal?

—Ven. —La ayudó a desmontar.

Frederick la bajó detenidamente. Cuando la situó frente a él tuvo que unir sus labios a los suyos. Había cosas que se tenían que hacer en la oscuridad, pero un beso para mostrarle su amor podría dárselo a plena luz del día.

—Frederick —susurró sin ningún motivo, solo con el único placer de cerciorarse de que era él y que realmente esto no era un sueño. El coronel se permitió acariciar su mejilla.

—Eres preciosa, un hada tan pura y buena que harías palidecer de envidia a la princesa más hermosa y bondadosa de cualquier historia. Tus ojos están llenos de vida, ven más allá de lo que hay y les estaré eternamente agradecido porque con ellos me descubriste a mí.

Briana se permitió darle un segundo beso. Esas bellas palabras se merecían una recompensa. El acercamiento comenzó esa mañana, pero la seducción se originaba en estos momentos.

Briana estaba en una nube. Flotaba de pura emoción. No sabía si la princesa más hermosa palidecería junto a ella, pero sí que era la más dichosa de la historia. Su corazón rezumaba amor, felicidad y satisfacción por los cuatro costados.

Cuando despegó sus labios, Frederick la miró. No únicamente la observó. ¡La estaba viendo! Sus ojos de hombre la mantenían anclada en su lugar. Ya no era invisible para él. Estaba ahí. Frederick estaba ahí para ella.

—Me gustaría dar ese paseo en barca con mi esposa y luego visitar

algunas casas para presentarte orgulloso como mi condesa de Exeter.

—Me encantaría, esposo. —Le dedicó su sonrisa más sincera esperando cautivarlo por completo. Si antes lo amaba, entonces ya sería su esclava por toda la eternidad. Su alma era suya, faltaba que lo fuese su cuerpo.

La mañana transcurrió increíblemente cómplice. Hablaron, se redescubrieron y habían conectado. Briana no podía creer lo cariñoso que era con ella. Además, era un maestro en el robo de caricias secretas… Samuel a su lado era un aprendiz torpe.

Comieron en casa del capataz de la finca. *Lady* Exeter se sintió mal por ser una carga. Ya le traería a la esposa del hombre una cesta con los mejores platos de su cocinera en compensación, o mejor aún, los invitaría en cuanto la casa estuviese más adecentada a una cena. A todos los arrendatarios. La primera fiesta sería para los trabajadores de su esposo.

Ya estaban emprendiendo el camino de regreso cuando un jinete se acercó a la entrada de la casa de los terratenientes.

—Hay un problema con el molino. Necesitamos a todos los hombres disponibles.

—Querida, regresa a casa, ¿sabes volver?

—Sí, pero… —Sonaba peligroso y ella no quería que él corriese riesgo alguno, ¡lo acababa de…! Esperaba conquistarlo, ¿no? ¡No podía perderlo!

—Estaré bien. —Él pareció leerle el pensamiento. Ella emprendió cabizbaja la marcha hasta su caballo—. ¡Bri! —la llamó de nuevo el conde.

—¿Sí?

—Te ayudaré a montar. —Los dos salieron en dirección a la yegua. Él iba a montar su semental para ir hasta el molino. Antes de alzarla se permitió robarle un beso, que para nada fue rápido.

—Ve con cuidado, Frederick. Te lo ruego.

—Tengo un motivo para regresar a casa. Ve tranquila, Bri. — Una vez más esa mirada…—. Ve ahora, esposa —le tuvo que repetir, porque ella no sabía ni dónde tenía la mano derecha. De verdad que no sabía si sería una princesa, pero él era un auténtico caballero de brillante armadura y por él haría cualquier cosa. No estaba enamorada. *Lady* Exeter era presa de un amor tan arrollador que el corazón dolía, su cuerpo se estremecía solo con pensar en él, y su cabeza palpitaba incontrolable recordando todas y cada una de las palabras dichas hasta el momento.

***

Regresó a casa y se preparó un baño calentito para sosegarse. Tenía los nervios a flor de piel. Cuando estuvo lista se vistió. Aún era media tarde y Frederick no había regresado. Sentía el pecho en un puño. Dios tenía que protegerlo. Si algo le sucedía, ella partiría con él sin demora a la otra vida.

Unos golpes llamaron su atención. Se giró para mirar las dos puertas. No sabía de dónde venían. Volvieron a tocar un poco más insistentes.

—Adelante.

—*Milady* —era una criada—, ha llegado una visita que pide hablar con el señor. He considerado oportuno que en su ausencia sea usted quien atienda.

—Perfecto. Gracias… —Sabía el nombre de la muchacha, pero no conseguía más que pensar en el de Frederick. No había duda de que era una esposa prendada y obsesionada con su marido.

—Soy Anne, señora.

—Muchas gracias, Anne. Disculpa por no recordar tu nombre.

—No pasa nada. —La sirvienta le sonrió. Era una dama muy buena.

Briana se miró en el espejo del tocador. Presentaba su mejor aspecto. Salió a toda prisa de su habitación, no quería demorarse para realizar su primera intervención como esposa de Frederick.

Por suerte, la estancia de recibir visitas fue la que primero acondicionaron nada más llegar a la finca. Hizo bien en tomar esta decisión. Se imaginó que en caso de visitas tendría que darle uso.

—Buenos días. —La visitante femenina estaba junto a una ventana de espaldas. Al oír la voz de la anfitriona de la casa la mujer se dio la vuelta.

Briana tragó saliva y pensó que la suerte se acababa de esfumar. Nada podía ser peor que esto. Daba un paso, desandaba cinco.

—Así que es verdad. Eres la nueva condesa de Exeter. Hay que ver lo que has progresado. Angela debió hacer un buen trabajo contigo si una niña silenciosa y sin atractivos ha conseguido escalar tan alto. —Briana pensó que esa mujer mostraba su lengua afilada con todo el mundo. Daba igual si eran hombres o mujeres. La reina del hielo era maléfica.

—¿Qué puedo hacer por usted *lady* Shewsbury? —Sería cortés, porque era una gran dama.

—Como he dicho, he venido a ver a Fredy. —Segunda estocada en el pecho y solo habían intercambiado dos pocas frases en tres minutos.

—Mi esposo no está en casa.

—Interesante que tu esposo te abandone nada más contraer nupcias —dijo más para ella que para sí.

Briana respiró para serenarse y tomar aire. Era una ofensa, pero Bri no entraría al trapo. Era suyo y nadie podría quitárselo, ¿verdad?

—¿Qué puedo hacer por usted? —Estaba a un paso de enviar la cortesía al mismo lugar donde se había marchado la suerte, que pensó cuando decidió arreglar en primera instancia esa habitación en la que estaban.

Tal vez la boba de Amanda, si hubiese visto el percal siniestro que hubo ahí dos días antes, se hubiese marchado sobre su escoba. ¡Qué elocuente era! Lástima que no pudiese recitar sus palabras en alto.

—He dicho que he venido a hablar con Fredy.

—Y yo le he explicado que mi esposo no está. —Unos celos descomunales la embargaron.

—Entonces esperaré a que regrese. Haz el favor de decir a alguien que suba mis pertenencias a una habitación decente.

—¿Bajo qué pretexto pretende usted quedarse en mi casa? —La otra era una grosera, pero a Briana la habían instruido bien. Por más que quisiera cogerla de los pelos y pasearla por el piso, sería cortés. Ella era una condesa y debía estar a la altura. No quería avergonzar a su esposo, pero…

—Soy una amiga íntima —hizo hincapié en este aspecto—, de tu esposo. No necesito más y hasta donde yo sé, esta es su casa.

Briana se tomó unos pocos momentos para analizar la situación. Que la boba simplona llegase justo en estos momentos era una contrariedad, pero podría venirle bien. ¿La habría olvidado definitivamente su esposo? Ponerlos a los dos bajo el mismo techo sería una estupenda prueba de fuego.

No se equivocaba. Frederick había demostrado un interés evidente hacia Briana, ¿pero sería ella capaz de competir con el pasado? No fue una sorpresa que incluso el servicio esperase que su esposa fuese justamente la mujer que se había presentado de pronto en su casa. Sin embargo, podría probar su lealtad. ¿A qué aspiraba ella con su matrimonio? No tenía ni idea a lo que atenerse con él, porque una vez en la fiesta campestre pareció que él… y luego nada. Estaba muy ilusionada con su esposo, pero si Frederick sucumbía a los atractivos de Amanda, al menos podría saber exactamente qué esperar de su unión. Muchos tenían un matrimonio de nombre y luego cada uno tenía a sus amantes. Aún recordaba esa noche en el invernadero de su casa, esa noche tan maravillosa de confidencias que pasó con él y donde descubrió a dos personas casadas con otras dos diferentes que iban a tener un escarceo.

Aunque Frederick la traicionase, ella jamás podría, pero era mejor enfrentarse a la verdad antes de ilusionarse todavía más… —mentira, porque era imposible fantasear más—. En ese caso mejor que el mazazo llegase cuanto antes para poder regresar a la realidad de desdicha a la que se había acostumbrado desde que lo conocía.

—Te acomodaré en una habitación. —Estaba convencida que era lo

más sensato que podía hacer.

Le dio la más alejada a la de su esposo. *Lady* Exeter quería averiguar ciertas cosas, pero tampoco iba a ponérselo a la boba a tiro de piedra. Briana no era tonta, ¿no?

Capítulo 10

Desenredos de matrimonio

Bajó a cenar. Briana intentó serenarse. No lo consiguió y menos cuando la vio en la cabecera de la mesa. No había usurpado el lugar de ella, sino el de su esposo.

—Ya iba siendo hora. Estoy muerta de hambre. —«Muerta es como que yo te dejaría», le replicó en su fuero interno. Bri se sintió mal por el pensamiento. No había deseado mal a nadie en toda su vida. Mañana iría al pueblo y se confesaría. No, mejor iría cuando la boba se marchase, porque intuía que pensamientos como ese, que no debería tener, iban a rondarle por la cabeza hasta que la reina del hielo se largase.

—Discúlpame. —Encima le pedía perdón.

—¿Dónde está Fredy? Entiendo que no quiera bajar… —Amanda revisó de arriba abajo a *lady* Exeter, no había competencia ahí, que la repudiase iba a ser pan comido. En cuanto su conde la viese ataviada en ese descarado y precioso vestido rojo iba a querer deshacerse de la insípida de su esposa.

Amanda lo tenía claro. Si en un primer momento creyó que Angela le estaba haciendo un favor, todo quedó aclarado cuando conoció el carácter de Lemory. A ese hombre no iba a poder manejarlo en la vida. Tenía más posibilidades de ser feliz con el tedioso, aburrido, tullido y raro hablador de Fredy.

—Mi esposo —nunca creyó que diría esa afirmación con tanta vehemencia— se está adecentando. Bajará enseguida.

—Espero que le dijeses que yo estoy aguardándolo. Comprendo que si no lo sabe pueda tener la tentación de pedir que le suban la cena a su habitación. —«¿Cómo habría conseguido la aburrida de *lady* Briana acabar con él?», se preguntó Amanda.

No. Briana era una dama y no caería en la tentación de agarrarle de los pelos y echarla de una patada en su…

—Paciencia. —Le pidió la condesa… ¡cómo si Amanda entendiese el significado de ese término!

—Entereza es lo que él debe estar pidiendo por tener semejante esposa. —Briana no había perdido los nervios jamás, pero iba a comprobar la consistencia de su cabello en su propia mano…

—Buenas noches. —El protagonista apareció más pulcramente vestido que nunca.

Briana lo repasó de arriba abajo y sentenció que nunca lo había

visto tan atractivo como lo estaba en esos momentos. Fue una suerte que no se lo robasen.

Amanda lo repasó de arriba abajo y se animó al ver que él se había adecentado con esmero para ella. Tenía la mitad de la batalla ganada. Siempre había sido capaz de manejar a los hombres a su antojo… bueno, menos a Lemory, y en especial a este, que en estos instantes le parecía muy atractivo. La guerra lo había vuelto… no sabía cómo definirlo, pero todo en él era peligroso, soberbio.

Frederick miraba a una que estaba sentada en su sitio y a otra que estaba de pie examinándolo como si fuese la primera vez que lo viese. Decidió centrarse primero en la atención de su esposa, ¿por qué lo miraba tan expectante? Como fuese, estaba más que satisfecho y orgulloso por haberse puesto sus mejores galas. Tenía una guerra que ganar, y en esta, era su felicidad lo que estaba en juego.

Entonces regresó la mirada curioso hacia la otra mujer que ocupaba la cabecera. Enfocó la vista.

—¿Mandy?

—¡Fredy! Me alegro de verte. —Ella se levantó rauda, se dirigió hacia él para darle un abrazo y un sonoro beso en la mejilla.

Briana pensó que hubiese sido mejor quedarse arriba y morir de pena en la tranquilidad de su habitación. La boba simplona se hacía llamar Mandy y él, por lo visto y de repente era el Fredy de Amanda… Muy bien, estaba claro que el pasado no estaba olvidado del todo. ¿El servicio le habría informado de que Amanda había llegado a la casa y por eso él lucía más perfecto que un día soleado?

Bri tomó asiento, cabizbaja. Lo que tenía que haber hecho fue echarla sin miramientos ni contemplaciones nada más la vio en la salita de recibir. Maldijo su educación de perfecta dama.

Observó a Amanda colocarse frente a ella. Su esposo, serio, tomó asiento en su lugar. Muy bien, la mejilla que veía de *Fredy* —como lo llamaba Mandy— era la que lucía carmín de los labios de ella. ¡Si lo hubiese sabido! ¡Oh, sí! La próxima vez que tuviese a York a tiro, le iba a dar un sonoro beso, con carmín —sí, a partir de mañana ella lo usaría por si acaso— y luego un buen abrazo que dejase sus pechos ahí sobre él… ¿Por qué tenía que ser la arpía tan provocativa, bella, deslumbrante, experimentada, lista…? ¿Ella le acababa de pasar la mano por la suya? Oh, sí, y en sus mismas narices…

—Oh, Fredy, disculpa, me pareció que tenías una pelusita. Por cierto, nunca me fijé en las magníficas manos varoniles que tenías. Se ven tan fuertes. —Mandy comenzó a batir sus pestañas, coqueta. Sacó su abanico—. ¡Oh, qué calor! Debe ser por la grata compañía… —Amanda le guiñó un ojo a él.

Bri tenía la boca abierta, ¿cómo le salía todo tan natural a la boba simplona? La primera vez que ella desplegó un abanico para practicar

con Angi lo rompió por la mitad. No tenía nada que hacer. Sería mejor desaparecer, comenzar a empacar sus cosas y… Un convento sería una solución aceptable.

¿O tal vez York? Ni esa ocurrencia graciosa que se le pasó por la mente pudo evitar aparecer otro pensamiento, uno que le hacía estar a un paso de hundir el cuchillo que observaba sobre la mesa en su corazón para terminar con el dolor… Ni pensar en York le sirvió para dejar de sentir tormento. Un sentimiento tan inmenso que se agrandaba a cada segundo en el que él se quedaba quieto sin decir nada, sin reprenderla o sin desalentarla… ¿Qué esperaba? Él era él y ella era ella, es decir, era Amanda, el amor de su vida. Se tenían el uno al otro al alcance de la mano, y la única que se interponía, que estorbaba allí, era Briana.

—Disculpadme. Hoy he tenido un día demasiado ajetreado. Tengo jaqueca. —«Llamada Amanda», quiso añadir—. Creo que será mejor que me retire. Disfrutad de la cena.

Se levantó sin mirar atrás. Las lágrimas habían aparecido y no quería darle la satisfacción a la reina del hielo de saberse vencedora, ni al él, la pena de sentirse responsable.

—Briana. —Se levantó Frederick dispuesto a seguirla. Anduvo unos pasos.

—Fredy, déjala que se marche. —El coronel enfocó sus ojos en la rubia.

—¿Qué haces en mi casa interpretando todo este paripé?

—Vamos, querido, no disimules más, la sosa se ha ido a dormir. No tienes que seguir fingiendo que no te alegras de verme.

—No me alegro de verte, Amanda.

—Permíteme que lo ponga en duda.

—Recoge tus cosas y márchate de mi casa. —Mandy se quedó quieta y lo examinó. ¡Por Dios! Él lo decía en serio… ¿sería de esos hombres raritos a los que le gustaban otros…? No, no era posible, porque antaño él estuvo embelesado con ella… ¿Sería que ella había perdido atractivo? Desechó la idea al instante, no había en Londres una mujer más hermosa que ella. Todo el mundo lo decía… ¿Qué sería lo que a él le sucedía…? Bien, si su atractivo no iba a funcionar porque el bobo de Fredy parecía haberse enamorado de la insípida, apelaría a los lloros. Ese truco no lo había tenido que usar más que una vez con el maldito Lemory, y ni aun así sirvió… por suerte, Frederick no era el vizconde.

—¡Oh! —Rompió a llorar desdichadamente.

Frederick se quedó quieto. Nunca había hecho llorar a nadie y con Amanda ya eran dos las mujeres que lagrimaban por su causa.

—Yo…

—Oh, oh… siento mucho… siento mucho —hipó y sollozó—, vine

en busca de ayuda. —Se sonó la nariz desesperada—. Oh, lo siento… yo…

—Amanda, no llores, te lo suplico. Siento haber sido tan duro. —El conde regresó a la mesa donde ella permanecía de pie apoyada con las manos y le pasó una mano por la espalda.

—Lo siento… No sabía… estoy….

—Tranquila, Mandy. —La consoló porque no podía ver llorar a nadie y menos a una mujer. En el campo de batalla los hombres tenían permitido derramar lágrimas, él no juzgó a ninguno porque justamente Frederick había derramado multitud de lágrimas precisamente con esa mujer que no era más inoportuna porque era imposible serlo…

—Estoy en problemas y he tenido que huir de Londres. No tenía a nadie a quién recurrir y pensé que un buen amigo me permitiría cobijo.

—¿Qué te sucede? —Él estaba realmente preocupado.

—Un hombre me asedia. —No era mentira del todo. No había conocido a nadie tan insistente jamás. Ese Lemory, ¿de dónde había salido? Conde o no, ella no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer. Mejor se lo tenía que haber pensado porque en casa de su hermana y su cuñado estaba muy bien.

—¿Quién?

—No, no puedo… —Volvió a sollozar.

—Está bien, está bien…

¿Cómo podía sacársela de encima? Había prosperado mucho con Bri y él estaba desesperado por consumar su matrimonio.

—Pero es que estoy recién casado, Mandy…

—¡Oh, encima molesto! —Volvió a llorar más angustiosamente—. Estoy sola en este mundo, nadie me comprende, nadie se apiada de mí… oh, oh, ¿qué haré? No tengo a dónde ir…

Amanda se sentó en su asiento tramando qué hacer. Se volvió a levantar y comenzó a andar por el lugar para marcharse ofendida.

—Dios mío, no me siento bien, Fredy…

Se tambaleó de lado a lado al tiempo que lo dijo. Calculó cuánto tramo necesitaba para caer con gracia y que él pudiese sujetarla entre sus brazos. Esperaba que ser cojo no fuese un impedimento para ayudarla o acabaría sobre el duro suelo.

Frederick se apresuró a ir a por ella y cogerla en cuanto la vio tambalearse. Sacó toda su fuerza para poder cargarla. Mandy siempre fue una mujer delgada y no demasiado alta. Eso era una ventaja para un tullido.

—¡Rápido!, señora Finley. Indíqueme cuál es la habitación de la dama —ordenó cuando en el recibidor se cruzó con el ama de llaves.

—Por supuesto, milord.

El ama de llaves no era una chismosa, pero cuando vio salir a su señora llorando del comedor tuvo que averiguar el motivo. El coronel era un buen hombre, pero era bobo si no sabía reconocer una treta semejante. Esa intrigante era excelente en ese campo o él era muy débil. Ella conocía el nombre de la mujer que se había presentado por la tarde en casa de lord y *lady* Exeter. Entendía la desazón de la esposa del coronel. ¡Hombres!

La mujer se adelantó para hacer de guía. La señora Finley tras conocer la identidad de la dama sugirió a la señora instalarla en ese dormitorio. Lo más lejos que pudo.

La señora Finley ingresó en la alcoba para abrir las sábanas, a fin de que el coronel la dejase allí lo mejor acomodada posible. No obstante, lo que una envalentonada *lady* Exeter vio cuando regresaba al comedor para reivindicarse ante su esposo, fue al coronel llevando en brazos a Mandy. Lo siguió y lo vio mientras ingresaba en la habitación de esta.

«¡Muerte, ven por mí y ahórrame más sufrimiento!», clamó como en una buena tragedia griega. Miró a derecha y a izquierda esperando ver aparecer a la muerte encapuchada con una hoz. Nadie apareció.

«¡Satán, ven por mí y ahórrame más sufrimiento!», probó de nuevo. No podía llamar a Dios, porque había tenido reflexiones homicidas con la arpía y antes de ellas, había pecado de pensamiento con Frederick muchas veces y él aún no era su respetable esposo… Volvió a mirar a diestra y siniestra. Una vez más nadie apareció.

Era tan mala que ni la defunción ni el príncipe de las tinieblas querían venir a recogerla…

Se marchó corriendo con una buena pataleta directa a su habitación.

Sacó papel y pluma y escribió a su fiel escudera. Despertó a un lacayo para que enviase urgente la misiva a primera hora. Angela sabría qué hacer porque no iba a poder soportar un minuto más. La condesa había peleado y vencido en la dura batalla contra la arpía. Si eso no funcionaba, ya vería qué hacer.

Al día siguiente, Bri no vio las cosas de mejor humor. No salió de su habitación. Alegó un catarro. No quería verlos achucharse y darse arrumacos. Su corazón se sentía morir por imaginarlos en ese estado y mejor no presenciar las escenas con sus propios ojos.

***

Era indispensable hacer algo. Dios tenía que echarle una mano. Decidido. Frederick iría a primera hora a ver al cura del pueblo, haría una generosa contribución, para que el Altísimo lo absolviese y le

permitiese al fin consumar la unión con su esposa. Si eso fallaba ya no sabía a quién más rezar para conseguir su propósito.

Frederick la dejaría reposar esta noche para que la jaqueca no fuese a más. La pobre de su esposa si era cierto que había tenido un día muy ajetreado y no le extrañaba que estuviese acusando el cansancio de todo el trabajo que llevaba sobre sus hombros con la casa. Los arrendatarios y el terrateniente quedaron fascinados con ella.

Cuando entró en el comedor se quedó atónito. ¿Amanda? ¿Qué hacía esa mujer en su casa? Repasó la escena. ¿Batir de pestañas, abanico, tocarlo? ¡Ja! Eso no iba a servirle jamás. Suerte que su esposa no se había dado cuenta de todo eso, porque estaba seguro de que en caso de haberla pillado, Briana hubiese montado en cólera. Frederick era un hombre celoso y cuando la vio pretender darle un abrazo a York…

El coronel no sabía cómo funcionaban exactamente las mujeres, pero no era difícil pensar que una fémina que se sintiese amenazada por otra se defendería, ¿no? Al menos había tenido un poco de suerte y le había ahorrado el mal trago a Amanda, por muy mala que fuese, verla en ese estado no era plato de buen gusto… aunque hubiese dado su pierna sana por ver a Briana defenderlo frente a la rubia con uñas y dientes.

¡Otra noche más sin poder disfrutar de su esposa! Un mártir era lo que deberían declararlo.

***

Por la mañana, las plegarias de Briana llegaron de la forma más sorprendente: Lemory.

—Milord. —Estaban en la salita de recibir. Amanda no se había levantado aún y su marido… bueno, Bri no sabía dónde estaría Frederick exactamente.

—*Lady* Exeter. —Ella sonrió, al menos pudo utilizar su actual título con alguien antes de que su marido la repudiase para quedarse con su amante.

—Por favor, Anne, trae un poco de té con pastas. —Esta vez pidió un refrigerio porque no sabía a qué se debía esa visita y todo se digería mejor con algo calentito y dulce. Suerte que cuando llegó Amanda no lo pidió porque se lo hubiese acabado tirando por encima. De hecho, se arrepentía de no haberlo pensado en ese momento. Una sonrisa asomó en su rostro femenino.

—Me da miedo, *milady,* que pida algo como eso, no me gustaría terminar abrasado a causa de su… ¿torpeza? —Él pareció leerle la mente cuando la vio sonreír pícara.

—Ambos sabemos que no soy torpe. —Como si él no supiera que todas esas cosas se las había hecho adrede.

—Bueno, mientras no acabe manchado… —Tenía que estar impecable para la misión que lo había llevado hasta esta casa.

—Le juro solemnemente que no haré nada que me ponga en evidencia. —Ya no le hacía falta.

—Recuerdo sus estornudos, sus mucosidades, sus flatulencias… —Verla atormentada y azorada le servía al caballero para tomarse cierta revancha del pasado.

—¡Por amor de Dios, Lemory! —Enrojeció hasta las cejas—. Olvide todo aquello.

—¿Cómo lo hizo Exeter? Espero que al menos arruinase una de sus mejores camisas.

—Él tenía mi corazón. —Le salió sin pensar. Era como si llevase tanto tiempo guardando el secreto que se le hubiese escapado de forma inconsciente.

—¡No! ¿Fue siempre el coronel?

—Sí. —No tenía sentido negarlo.

—La felicito entonces.

—Se lo agradezco. —«Pero no todo es oro lo que reluce», quiso explicarle. Calló por cautela.

—Así que, en la fiesta campestre de su hermano, yo ya no tenía ninguna opción. —El hombre recordaba las veces que se había interpuesto entre ambos, comprendía en estos momentos muchas cosas.

—Ninguno hubiese tenido opción. Me tiene cautiva desde los doce años.

—Un amor de juventud.

—Sí. —«No correspondido, por lo que se ve». Omitió también este detalle.

—Verá, tengo entendido que está residiendo con ustedes mi esposa.

—¿Cómo ha dicho? —Se quedó pasmada. Debía ser un error porque la que estaba residiendo en la casa era la maldita *robaesposos*.

—Me llegó una carta que agradecí mucho de la esposa de su hermano. *Lady* Monty tuvo a bien informarme que mi esposa está en esta casa.

Bri hiló sus palabras. No entendía… ¡Oh, Dios mío!

—¿¡Su esposa es la arpía, boba simplona, la reina del hielo Amanda!? —Él asintió algo sorprendido por la retahíla de calificativos y ella tuvo que preguntar de nuevo—. ¿La bruja de hielo es su esposa?

—Todo ello por cortesía de *lady* Monty. La condesa me tendió una trampa.

—¡Oh, Dios mío! —Al fin algo de luz… pero ¿por qué la rubia habría venido a su casa? Bueno, conociendo a Lemory, ella estaría

huyendo.

—Sí, estoy en problemas.

—¿Usted? —Nunca lo diría.

—Hace unos pocos días que estoy casado, imagino que como usted gracias a una cara licencia especial, y mi díscola esposa ha huido de mí. —«¡Eso era!», pensó Briana.

—Pero, Lemory, usted no está en dificultades.

—¿Ah, no?

—Nooo. Mandy está en serios apuros. —Estalló en sonaras carcajadas. Bendita Angi que incluso desde la distancia siempre andaba velando por ella.

En ese mismo momento la puerta se abrió de golpe para dejar paso a un hombre serio, enfadado y muy molesto.

—Esposa.

—Esposo. —Se le cortó la risa.

—Milord. —Frederick saludó al segundo hombre de la habitación. La tensión se podía cortar con un cuchillo. Cuando preguntó por su esposa, quien había estado con jaqueca y resfriada últimamente, y le dijeron que estaba con una visita en el salón de recibir casi explota. Y cuando oyó su risa desde detrás de la puerta tuvo que abrir sin miramientos ni ceremonias. Los celos se lo llevaban al infierno. Otro hombre que no era él estaba haciéndola reír. Eso era más grave que haberlos sorprendido en una posición comprometida.

—Lord Exeter. —Correspondió Lemory tal cual marcaba la etiqueta.

—¿Qué hace con mi mujer aquí a solas? —Le daba igual no ser cortés. Era su maldita casa y se estaban presentando ya demasiadas personas. Había conseguido evitar a Amanda pasando el día anterior en el pueblo y se había levantado con la idea de salir a dar un paseo con Briana.

—He venido en busca de la mía.

—¿Cómo ha dicho? —El coronel no entendió ni una palabra de la breve explicación.

—Frederick —tomó la palabra Bri— el vizconde Lemory…

—Conde de Lancaster —la corrigió él.

—¡Caramba!, enhorabuena. Al fin lo ha conseguido. —«Debe ser por el casamiento», consideró Bri.

—No está resultando fácil. —Era muy bella su nueva esposa, pero…

—¿Usted es el hombre que la asedia? —preguntó Frederick con los ojos como platos… las vueltas que daba la vida…

—Soy el marido que busca a su esposa, sí.

—No sé si darle la enhorabuena o mis condolencias. —Se permitió la broma el coronel mientras esbozaba una sonrisa.

Los dos visitantes que le molestaban se iban a marchar en los próximos minutos. No había mejor noticia que esta. De la noche no pasaba que él al fin pudiera llamarla esposa no solo de nombre.

—¡Oh!, por cierto, esto es para usted, *milady*. —Abrió su chaqueta y sacó un pañuelo que llevaba algo envuelto.

—¿Para mí?

—Sé que su cumpleaños fue ayer. Lamento el regalo tardío, pero lo encontrará… interesante —señaló enigmático Arnold.

Briana lo cogió expectante. Nadie sabía que era su aniversario de nacimiento, ¿cómo lo sabría Lancaster? Cuando vio el contenido no pudo frenar la risa. Tres bombones de delicioso chocolate aparecieron. Rio tanto que las lágrimas se le saltaron.

—¿El pañuelo también es parte del regalo, Lancaster? —preguntó sin ser consciente de la mirada furibunda de su esposo.

—Sobre todo el pañuelo, *milady*. —De nuevo Bri comenzó a reír.

Esta vez Lancaster se unió a ella.

Desde luego, Amanda estaba en apuros. Arnold era uno de los hombres más insistentes que había conocido. Y no tenía maldad, ni era rencoroso, la boba, aun así, iba a tener suerte si al final lograba conquistar el corazón del conde.

El rechinar de unos dientes frenó la complicidad de las risas. Los dos se giraron para observar a la fuente de ese sonido.

—Si ha terminado de acaparar a mi esposa, le conmino a que recoja a la suya y siga su camino, milord. Yo tengo mucho trabajo que hacer…

Briana boqueó varias veces debido a la intensidad de la mirada de su esposo… ¿De verdad él se permitía en estos momentos esa observación, esa urgencia que se delataba en sus palabras? ¿Él, que había llevado en brazos a su antiguo amor? La joven era conocedora del percance, mejor dicho, de la treta que ideó Mandy porque la señora Finley le fue con el cuento a la mañana siguiente. Cuando se lo relató le dio un abrazo tan sincero a la mujer, que esta se emocionó.

—¡Frederick! —lo amonestó Bri.

—Nada de Frederick, esposa mía, por más que me agrade oír mi nombre en tus labios estoy harto de tener que compartirte o de que nos molesten o de que andemos inmersos en nuestros trabajos. Así que, milord, despierte a su esposa, cárguesela al hombro si es necesario, y márchese a disfrutar de las bondades del matrimonio como haré yo nada más tenga ocasión.

Briana estaba horrorizada y entusiasmada a partes iguales. ¿Su esposo tenía que elegir este preciso momento para realizar tal manifestación de intenciones?

—Ahora entiendo, *milady,* por qué yo no tuve ninguna opción. De haberlo sabido nos hubiésemos ahorrado ambos muchas…

humillaciones. —Se refería a ella y a él mismo también, porque nunca perdía algo que quería y Bri lo había hecho claudicar en un reto. Se giró para mirar al coronel—. Debe ser un hombre excepcional si semejante mujer ha estado más de ocho años aguardándolo. Los felicito a ambos y tomaré su consejo. Espero que no se escandalice, Exeter, porque voy a cargarla sobre mi hombro y la oirán llorar y patalear. —Él ya conocía su carácter—. Sus cosas regresarán a mi finca más tarde. Luego enviaré a alguien a por ellas.

—Mientras se vaya y se la lleve, estaré bien con lo que sea. Mi esposa y yo somos recién casados y hemos de disfrutar el uno del otro sin más interrupciones.

—Buenas tardes y gracias de nuevo, *milady*. La condesa de Monty se alegrará de saber que es más que correspondida en su amor. Angi, como la llama York, alguien a quien me han dicho que también conoce, me pidió un informe detallado de su situación. Se lo otorgaré encantado. Y antes de que el servicio me acompañe en busca de la fiera de mi esposa, me permitiré la licencia, Exeter, de decirle que le considero un hombre más que afortunado.

Bri estaba realmente asombrada, porque Lancaster había desvelado en poco más de cinco minutos todos sus grandes secretos.

—Lo soy. —La miró de arriba abajo. Sabía que estaba sonrojada por todas las cosas que el conde acababa de decir sobre ella, pero sacó pecho orgulloso. Lo amaba y su antiguo pretendiente era consciente de todo ello. Eso le valió a Lancaster el salvavidas que él mismo se arrojó al haber destapado la caja de los secretos, porque de otro modo lo habría hinchado a puñetazos por nombrar al libertino de York en su presencia.

Lancaster salió del lugar y a los pocos minutos oyeron lloros, gritos de auxilio, maldiciones y risas. Las risas eran de Lancaster. Se lo iba a pasar de lo mejor domesticando a la fiera.

—¿Ocho años, Bri? Pensé que con suerte serían solo cuatro.

Una conversación entre dos esposos que iban a sincerarse comenzó en el interior de la coqueta salita de recibir visitas.

—Cuatro años hace que me confesé. Ocho que me enamoré. —Ya no tenía sentido callar. El bocazas de Lancaster se había vengado de todas las afrentas cometidas.

—Yo hace cuatro que te amo. Lamento sinceramente no haberte visto antes de aquella noche.

—¿Qué? —Se pellizcó el brazo para ver si era un sueño. Sintió la punzada y quedó corroborado que estaba viviendo la realidad.

—Cuando entraste a escondidas en mi alcoba para decirme todas esas bellas palabras, tuve que utilizar todo mi autocontrol para no pedirte que me esperases. No era justo solicitarte la petición porque no sabía si regresaría vivo. Nunca nadie me había visto con esos ojos,

Bri. Tus palabras calaron hondo y no saliste de mi cabeza jamás.

Briana comenzó a llorar y sollozar desconsolada. ¡Todo el calvario que había pasado y él la quiso desde entonces! Hubo unos minutos de silencio.

—No llores, mi amor. Creí que te alegraría conocer mis sentimientos por ti. Si lo llego a saber hubiese seguido callado. No hago nada bien cuando de ti se trata. —«Soy un tullido retrasado», pensó desconsolado. Se acercó para abrazar a su esposa con ternura.

—¡Oh, Frederick! —Trató de serenarse en sus lamentos—. No digas eso. Eres el hombre perfecto.

—¿Perfecto para ti?

—Siempre fuiste perfecto para cualquier dama. Nunca creí, ni en mis mejores sueños, que yo acapararía tu interés. Podrías haber tenido a la mujer que quisieras, pero te fijaste en ella que no te veía, que no te valoraba.

—A ella no la amé tanto como llegué a amarte a ti. —Su visita de cuatro años lo acompañaba a cada rato. Sus palabras, su mirada de pasión, su inocente pero cálido beso, todo había permanecido en su corazón.

—Ya me tienes, no hace falta que exageres ni mientas. —Era sincera. Amanda era magistral y ella no podía competir ahí.

—No exagero, amor. Siempre te he llevado cerca de mi corazón. —Frederick se sacó la cadenita para exhibirla, poderoso.

—La conservas… —Su boca estaba abierta.

—Sí, para mí se convirtió en el tesoro más preciado aquella noche en que me descubriste, pero no fui consciente de lo que verdaderamente entrañaba para ti hasta hace poco.

—Era de mi madre.

—Lo sé. Samuel me lo dijo.

—Quería que ella te protegiese.

Estaba tocándola y agradeciendo silenciosa a su progenitora todo el trabajo realizado por él.

—Lo supe cuando tu hermano lo dijo.

—Aun así, me apartaste de tu lado una y otra vez.

—Nunca, mi vida.

—Sí, me dejaste al alcance de Lemory, Lancaster ahora.

—Te di la oportunidad de tener a un hombre mejor a tu lado. Mírame, Bri, no soy un hombre completo.

—Te vi hace ocho años, Frederick. No has cambiado para mí un ápice.

—Soy un necio entonces —dijo cuando comprendió la aseveración convencida que acababa de decir su esposa. Ambos seguían cobijados en los brazos del otro.

—Eres mi necio entonces. —Lo corrigió ella.

—¿Podrás perdonarme?

—No has hecho nada malo.

—Nos hemos separado demasiado tiempo, Bri. Todo lo que nos hubiésemos ahorrado si como pensé en un primer momento tras mi regreso al reino hubiese ido a tu casa para hincar mi rodilla. Tuve que haberme declarado… Y yo… cuando supe que estabas en casa de York. —Lo de Lemory dolió, pero lo de York fue sangrante.

—Me acusaste de llevar a un bas…

—¡Calla!, te lo suplico. Lo siento. Estaba loco de celos, furioso con Angela por meterte ahí. —En opinión de Frederick, York se creía un Dios, y si el Altísimo fuese justo le mandaría, de la noche al día, una mancha en su impoluto rostro.

—Dejaste que ella te tocase, pestañeara, coqueteara con su abanico, te abrazara y besara delante de tu recién estrenada esposa.

—Tú no hiciste nada para impedirlo. Permitiste que ella se instalase en nuestra casa. —Estaba disfrutando de todos los descubrimientos, pero este en especial iba a saborearlo pausadamente. ¡Briana lo vio y estuvo celosa!

—¡Te creí enamorado de ella! —se defendió de lo que sabía era una acusación en toda regla.

—¿Yo? ¿De Amanda? —preguntó con una mueca.

—Querrás decir, Mandy —puso voz de niña consentida para burlarse de él.

—Lo hice adrede para ver si de una vez por todas me reclamabas. Usé ese término con ella para incitarte a mostrar algo de interés por mí. Esperé iluso a que me reprendieras, pero no hiciste nada más que marcharte a tu habitación.

—¿Que yo te reclamase a ti? ¿Cuándo me has reclamado tú a mí?

—¡A todas horas que estuvimos juntos! —Trató de defenderse de la acusación que subyugaba en las preguntas.

—Es una suerte que regresases sano y salvo de la batalla, ¡porque de estrategias de amor no tienes ni una mínima idea! —Sabía que estaba levantando la voz y que no debería hacerlo, pero estaba ofuscada con él.

—No es como si tú hubieses sido clara o sincera, ¿no crees?

—Te abrí mi corazón en la intimidad de tu alcoba en plena noche. ¿¡También me toca a mí volver a declararme de nuevo!? —¡Esto era el colmo! Se separó de él de forma brusca.

—*Touché*.

—Oh, Frederick. No quiero pelear contigo —dijo, mientras se acercaba a él para rodearlo con sus brazos. Estaba deseando que la tocase de nuevo.

—Yo quiero amarte. —Pasó una mano por su mejilla.

—No me has tocado en todo este tiempo que llevamos casados. —

Se permitió la audacia.

—No me lo has permitido. —Cuando no era por una cosa, era por la otra…

—¿También yo tenía que incitarte? —Estaba claro que Frederick esperaba que ella hubiese hecho todo el trabajo…

—¿Te pusiste ese camisón transparente para mí? —El tomate era de un rosa pálido en comparación con las mejillas de su esposa.

Briana se giró de golpe, presa de la vergüenza.

—Me viste bien vista por lo que deduzco…

Fue rápida en meterse en la cama, pero él lo fue mucho más en captarla. El coronel se acercó hasta la ventana donde ella había huido. La estrechó contra su pecho y la abrazó desde atrás.

—No una única vez —se confesó.

—¿Cómo diantres tú…?

—Llegué la primera noche y estabas dormida. Entré para darte un beso de buenas noches, no quise despertarte. —Evitó explicarse más.

—¿Cómo supiste que llevaba el camisón puesto si estaba tapada hasta la cabeza? —Se cubrió con las mantas por la vergüenza de llevar esa escandalosa prenda y por el frío también, pero más por el primer motivo.

—Te moviste y alcancé a ver un poco… —Él había comenzado ya a besar su cuello.

—¡Eres un descarado! —Estaba indignada, pero a la vez satisfecha de verlo nervioso, algo le decía que él estaba recreando en su mente una y otra vez esa imagen perversa que ella ofrecía en dicha prenda de dormir. Además, sus besos habían alcanzado una velocidad de vértigo sobre su piel y sus manos buscaban desesperadas los senos.

—No deberías estar tan enfadada, eres tú la que te pusiste semejante atuendo, y en honor a la verdad me dejó más perturbado el sencillo camisón blanco de algodón.

—¡Eres un depravado! —Esa mañana que la vio también se metió rauda en la cama, pero él también la debió haber observado bien, porque su respiración estaba siendo sofocada como la suya propia. Briana se giró para enfrentarlo.

—No te pongas tan condescendiente que no soy yo quien va tentando a su esposo con semejantes camisones. Además, si no hubiese sido todo un caballero, te hubiese arruinado aquella noche en el invernadero de casa de Monty.

—¡Oh! —La confesión fue algo inesperado.

—¿Por qué no me dijiste que ayer fue tu cumpleaños? —La besó en los labios porque no aguantaba más. Fue un toque ligero.

—Estabas ocupado atendiendo a Mandy. —Usó el apelativo con retintín.

—No pasé ni un solo segundo con ella después de esa cena. Te lo

juro. Solo quería estar contigo. Me siento despreciable… Lancaster te ha regalado caros bombones y yo, nada.

—Oh, cariño, no. Él se estaba riendo de mí. —Ella le tocó la mejilla. Estaba suave, le gustaba que él no tuviese bello en su rostro. Todos los días se lo rasuraba porque nunca había visto una sombra de barba.

—¿Por qué?

—Cuando fue mi pretendiente yo hice cosas terribles para ahuyentarlo. —Volvió a enrojecer.

—¿Cómo qué? —preguntó con mucha curiosidad.

—Me presenté en pantalones para montar.

—¡Jesús!

Si Frederick la hubiese visto en pantalones se habría vuelto loco de necesidad por ella. Los celos comenzaron otra vez porque ese hombre hubiese visto lo que él intuía que había sido una instantánea muy erótica.

—Comí chocolate para ensuciarme la boca y que me viera horrenda, y luego me adecenté con mis manos y acabé manchando su mejor camisa. —Se mordió el labio inferior esperando a que él chillase histérico.

—¡Pobre hombre! Es normal que se desentendiese de ti al instante.

—No. Eso lo alentó más —señaló ella bufando.

—¿Más? —Solo Bri causaría ese impacto en un hombre. Frederick entendía que su rival en el amor no hubiese abandonado la misión de conquista. Él tampoco lo hubiese hecho jamás.

—Sí. —No iba a contarle lo de las mucosidades y las flatulencias porque su esposo no necesitaba tanta información.

—¿Cómo conseguiste que te dejase marchar? —Tenía los ojos como platos.

—No lo hizo. Angela me salvó. Tuvimos que irnos en plena noche de su finca. Ese hombre es imposible. Tu amiga Amanda no sabe dónde se ha metido… —Bri iba a disfrutar de lo lindo de las hazañas de esa pareja. La bruja de hielo iba a pasarlas muy apuradas con el conde.

—No la quise nunca de verdad. Cuando Samuel dijo todas esas cosas en el jardín de Kirk… yo… —No sabía cómo seguir la frase.

—Yo siempre pensé que estabas prendado de ella y que no saldrías nunca de su hechizo.

—Tú me liberaste, mi hada. —Ya fue el momento de rodearla posesivo. Le dio un beso pasional donde la degustó a su antojo, pero no era el momento para iniciar una seducción… ¿No? La mantuvo contra su firme pecho porque no estaba dispuesto a dejar su calor.

—Yo también te he llevado cerca de mí. —Sacó una cadenita y un relicario.

—¿Guardaste mi regalo?

—¿Tu regalo?

—Yo entré a hurtadillas a la mañana siguiente para dejarlo al lado de tu almohada. Esperaba que tú aguardases por mí, aunque no tenía derecho a pedírtelo.

—Iba a esperarte siempre, aunque no hubieras venido a mí. En la fiesta campestre, Angela le colocó la cadenita cuando me lo descubrió y ya no lo despegué de mi persona. Te sentía tan cerca y a la vez tan lejos, Fredy —se volvió a sincerar y se mofó a la vez con el apelativo que le puso la bruja de hielo.

—Nunca me gustó que me llamase así, ni tan siquiera me agrada Fred. Mi nombre es Frederick, pero si a ti te place, lo puedes hacer.

—Para mí siempre fuiste Frederick.

—Yo… —Era el momento de ser valiente, pero costaba horrores.

—¿Qué sucede? —Lo veía preocupado por algo.

Sus brazos se sentían un refugio tan protector que no iba a poder separarse de él jamás. A partir de entonces comerían, escribirían, leerían y harían todo en esa posición. Bri tenía claro que no iba a soltarlo, ¿y si se le escapaba?

—Eres mi esposa.

—Lo soy.

—Solo de nombre.

—Tú así lo has querido.

—No vamos a volver a discutir sobre ese punto de nuevo. —De acuerdo.

—Quiero que seas mi esposa de hecho.

—Ansío ser tu esposa de hecho.

—No es de noche.

—Puedo ver el sol por la ventana, sí.

—Los esposos se toman en la oscuridad al amparo de la luna y las estrellas.

—No quiero ser indiscreta… pero… —No debería comentar lo que iba a decir, aun así, no era demasiado correcto que una dama incitase a un hombre, aunque fuera su esposo… ¿No? No obstante, ella había hecho tantas cosas que no eran correctas…

—Pero ¿qué? —Estaba bellamente colorada y él tenía mucho interés en lo que aportase a la cuestión.

—No todos los esposos se refugian en el calor de la noche. —Angela la perdonaría. La culpa la tenían ellos por hacer eso en el invernadero de buena mañana.

—¿Me estás dando permiso? —La había comprendido de inmediato.

—¿No he sido lo bastante clara, coronel? —Le sonrió coqueta.

—Del todo, pequeña. Del todo.

La cargó sobre su hombro tal y como había hecho Lancaster con la arpía y comenzó el ascenso a su habitación. Mañana las cosas de su esposa se iban a trasladar a su alcoba, porque de ahí no iban a salir ninguno de los dos hasta que nadie tuviese ninguna duda de que eran marido y mujer.

—¡Frederick, tu pierna!

—Estaré bien, Bri.

El coronel pagaría luego el precio del sobresfuerzo que iba a requerir de su pierna derecha. Lo abonaría con mucho gusto. Comenzaba al fin la hora de perpetrar hasta el fondo su linaje, tal y como había dicho lord Monty una vez.

Los dos subieron a la habitación, expectantes y anhelantes. Briana sentía un hormigueo en cierta parte de su anatomía que, desde que el coronel había desembarcado en su casa no había cesado. La depositó en el suelo con suavidad, cerca del lecho. Él tenía muchos planes para su esposa y confiaba en estar a la altura de las circunstancias.

—Sé que tu cumpleaños ha pasado y que queda mucho para el mío, pero hoy vas a ser mi regalo.

—¿Soy un obsequio para ti? —Ella no entendía.

—Voy a desnudarte lentamente y a observar tu feminidad en todo su esplendor y no quiero que te avergüences de lo que somos, de lo que haremos. —La mirada de él hizo que ella sintiese como si le hubiese atravesado un rayo. Frederick era un inexperto, pero en la batalla muchos hombres habían hablado de ciertas cosas que… él lo iba a poner todo en práctica. Seguiría sus instintos más básicos, porque esos que lo estaban volviendo loco, serían los que le darían buena cuenta de qué hacer y cómo hacerlo. El coronel lo haría todo, de todo, con ella.

—Adelante. —La invitación no fue necesaria, pero él la agradeció.

Frederick comenzó a desabotonar cada uno de los muchísimos botones del vestido de su esposa. Lo hizo con tranquilidad. Había esperado mucho para eso y la dulce expectación era un premio más. Ella se quedó en una fina camisola, que con los rayos del sol a su espalda hacía que él pudiese admirar al trasluz ese oscuro refugio que se moría por palpar. Se apartó un poco más para capturar en la retina tan magnífico cuadro.

Comenzó a desvestirse sin apartar los ojos de los suyos. En un gesto de audacia, Briana se sacó de encima la última capa de ropa que quedaba sobre su piel. Oyó un gemido de su esposo y supo que había hecho lo correcto. En sus lecciones, Angela le dio un único consejo: que fuese desvergonzada cuando compartiese la intimidad con su esposo. Ella lo haría. De hecho, lo estaba haciendo.

Sentía las mejillas arder, pero era incapaz de dejar de admirar el cuerpo de ese magnífico hombre que se había desnudado por

completo.

—Eres hermoso.

—Tú eres hermosa.

—Frederick, quiero hacerlo bien, pero ciertamente no sé qué hacer.

—Y a Dios doy gracias por eso, esposa mía. Lo haremos juntos.

—Saber que serían el uno del otro por primera vez, era algo glorioso que él iba a disfrutar.

Frederick se puso de rodillas. Agarró las nalgas de Bri con avaricia y la urgió a abrir las piernas para su deleite. Para el disfrute de ambos. Él se moría por degustarla y no se privaría. Luego, iría a por los senos, pero lo primero era lo primero.

—¡Caramba! —expuso al sentir la lengua de su marido en la intimidad de sus suaves pliegues. Se sostuvo de uno de los postes de la cama para no caer. Sus rodillas estaban flaqueando.

—Estás mojada. —Se detuvo para hacer la observación y ver la expresión de su cara. Briana estaba adorable con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás y luchando por sostenerse en pie. Su pelo estaba ligeramente despeinado. Frederick quería ver ese precioso pelo cayendo en cascada, pero no había tiempo para demoras innecesarias.

—Lo siento. Permite que me seque y podemos… —Hizo amago de moverse. Frederick lo impidió.

—¡No! Es bueno que estés así por mí.

—¿Por qué? —Bri tenía muchas ganas de aprender.

—Porque me deseas.

—Lo hago.

No hubo más palabras. Él comenzó de nuevo a asaltarla. Su lengua no se detuvo únicamente en su monte de Venus. Lamió más atrás, en busca de ese segundo agujero que a él le gustó también paladear. ¿Estaría eso permitido? ¡Bah! ¿Quién le iba a llamar la atención? Y a Bri parecía gustarle mucho por los gemidos que se oían… Bien, sí, Frederick había notado la incertidumbre de ella ante el gesto, pero su dama no dijo nada, tan solo gimió más alto. Un primer dedo se deslizó gentil entre sus resbaladizos pliegues mientras él continuaba explorando impaciente todas sus intimidades. Al poco, un segundo dedo se unió a su hermano para ir preparándola más concienzudamente. No tendría práctica, pero sabía lo que había de hacer para darle placer y prepararla.

—¡Frederick, Frederick!

Algo se rompió en su interior en un dolor ansioso, placentero y plenamente lujurioso. Las rodillas fallaron y ni tan siquiera el poste de la cama logró sujetarla. Su coronel se apresuró a sostenerla entre sus brazos. La recostó en la cama. Al militar le encantaría que ella experimentase con él lo mismo que él había hecho, pero en estos momentos, si no se hundía en ella quedaría en ridículo porque no

estaba seguro de contener su simiente por mucho más tiempo. La reacción de ella, y sobre todo sus gemidos lo tenían al borde de la locura. Cubrió el cuerpo de su esposa con el suyo propio.

—Va a doler al principio, pero te prometo que solo será por esta vez.

—Hazme tuya, mi coronel. Llevo demasiado tiempo esperando este momento, por ti soportaré lo que haga falta.

—Mi dulce y valiente Briana. —Agarró su miembro y con tranquilidad y delicadeza se posicionó en su abertura. Ella estaba más que dispuesta para recibirle, sin embargo, él no estuvo preparado para sentir su estrechez. La presión fue un delicioso tormento.

—¡Dios mío! —gritó el coronel tras la primera embestida. Todo en él le pedía tomarla fuerte. Frederick mantendría el control.

—¡Ah! —Bri cerró los ojos cuando sintió que algo la rasgaba. Sus uñas se hundieron en la espalda de su esposo. El coronel encontró deliciosa esa mezcla de placer y dolor. Él la marcaría y a su vez ella le haría lo mismo a él. Sublime.

Frederick estuvo quieto. Su mente trataba de pensar en cosas poco eróticas, sin embargo, no podía más que vislumbrarla en esos dos camisones que tanto se moría por volver a ver puestos sobre ella. Se debatía en terminar pronto y ahorrarle el dolor o contenerse un poco y ofrecerle de nuevo el placer…

Briana no pudo evitar seguir sus impulsos, por lo que sus caderas tomaron el control de su cuerpo y comenzó a moverse. En efecto, ella tomó el control de la situación.

—Bri, no voy a poder contenerme demasiado. Quería hacerlo bueno para ti, pero no puedo más…

—No te contengas, Frederick. Hazme el amor. Soy tuya.

El coronel estuvo perdido. Salió a su encuentro y pese a que trató de ser paciente, se encontró con que ella le urgía a dar más ritmo al acto. No tardó en perder el control de su cuerpo y en regar a su esposa de modo feroz.

—¿Estás bien, mi vida? —preguntó, al tiempo que retiró su cuerpo del de su esposa y se posicionó a su lado sin dejar de abrazarla.

—¡Caramba! —Los latidos del corazón de la muchacha resonaban tan fuerte que estaba segura de que su marido podía oírlos.

—¿Caramba? —«¿Eso era bueno o malo?», se preguntó el militar.

—Sí, mi amor. Esto ha sido como tocar el cielo. —Briana nunca comprendería cómo fue capaz de hilvanar las palabras porque estaba como ausente. En una nube.

—Si esto te ha gustado, te aseguro que la segunda ronda será mucho más placentera. —Entre otras cosas, porque él sería capaz de aguantar un poco más el ritmo, y se permitiría otras delicias con ella que en esta ocasión no había podido llevar a cabo debido a la premura

que suponía reclamarla verdaderamente como su esposa.

—¿Otra vez?

—En cuanto puedas volver a acogerme sin molestia, te demostraré que soy mejor que esto.

—¿Mejor? Dudo que pueda ser más maravilloso que esto. —Era sincera.

—Sí —señaló él con una sonrisa orgullosa y sintiendo su ego hinchado.

—Moriré de placer si en verdad no mientes.

—Moriremos ambos de placer, mi querida esposa, porque juro por mi honor que te haré enloquecer mientras yo enloquezco contigo.

—¡Santo cielo!

—¿Te escandalizo o te ofendo? —preguntó con cautela.

Las esposas estaban para dar a luz a los herederos y las amantes para las perversiones. Frederick quería una sola persona para ambas tareas y ella se había amoldado muy bien en este primer encuentro.

—Por supuesto que no. Simplemente estoy más que dispuesta a que me muestres las maravillas de la seducción, esposo mío.

—Deja que te cuide. —Se levantó en busca de un poco de agua de la jofaina y un paño limpio—. Y pronto podremos volver a sumergirnos en las mieles del matrimonio. Ambos nos lo merecemos.

—Sí. —Ciertamente en eso llevaba él mucha razón.

Briana y Frederick sucumbieron el uno al otro en reiteradas ocasiones tras ese primer encuentro. El día dio paso a la noche y la noche al día… así fue sucediendo hasta que ella estuvo saciada, y él no pudo continuar rindiendo acto de servicio en sus labores maritales.

Había costado que ambos se viesen, que se encontrasen y estuviesen en el mismo lugar al mismo tiempo. Todo valió la pena, porque el coronel había conseguido su recompensa por el servicio prestado en la batalla, y la dama había conseguido al amor de su vida tras años de espera. Amor.

Epílogo

Una novia demente

Meses más tarde.

La catedral de Sant George estaba abarrotada. No cabía ni un alfiler más allí dentro. Las dos mujeres estaban sentadas en los bancos más cercanos al altar. La expectación del acontecimiento había causado sensación. Incluso algún periodista se paseaba con la libreta en la mano para tomar buena nota de lo que allí aconteciese. Era la primera vez que Briana y Angela coincidían desde que se convirtió en la esposa de Frederick.

Era obvio que su hermano no perdía el tiempo.

—Estás redonda. —*Lady* Exeter no podía contenerse más. Angela no había ganado unos pocos kilos únicamente y ya estaba harta de morderse la lengua. Si no lo decía, explotaría.

—Estoy embarazada, Bri.

—¿Lo estás? —preguntó con falsa inocencia.

—No te hagas la boba que sé que lo supiste nada más me viste.

—Con razón dicen que eres una bruja. —Lo dijo más para ella que para Angela. *Lady* Monty la oyó.

—No soy bruja. Vi cómo tus ojos se fijaban en mi barriga nada más te encontraste conmigo. Yo hice lo mismo contigo. —Angela la miró acusadora.

La joven se calló porque intuía que ese embarazo no iba a ser el único. Su esposo era… muy persistente en todo lo que hacían y ella sospechaba que pronto serían tres los ocupantes de la finca, pero no estaba segura aún del todo. Prefería decirlo cuando un médico lo certificase.

—Todo el mundo te juzgará por venir en este estado. —La sociedad se quejaba de todo a todas horas. Una mujer gestando era mejor que se retirase al campo a parir. ¿Acaso se les caerían los ojos por ver a una mujer luciendo orgullosa su estado?

Briana había regresado a la civilización por obligación. Estaba encantada con la marcha de su matrimonio, en especial por la habilidad de su esposo para… ¡sí, para eso mismo!

—No estaba dispuesta a perderme el desenlace de todo esto.

—No te creí nunca una chismosa, Angela.

—Y no lo soy. —Certificó ella, segura de lo que decía.

—La cosa quedó resuelta en cuanto la novia se volvió a

comprometer. Pero sinceramente no me lo esperaba, ni lo primero ni lo segundo, ni lo tercero, ya puestos. Beth es, en mi humilde opinión, una mujer muy valiente.

—Cambiar a un duque por un conde… —Angela chasqueó la lengua. *Lady* Monty no tenía los pormenores de la historia, sí lo esencial, pero no completa. Sin embargo, estaba segura de que la amiga de Briana no estaba en sus mejores cabales cuando tomó la decisión.

—El duque era Kirk y lo apodan el demente —sentenció a modo de justificación. Bri lo quería porque era buen amigo de Samuel, y de su esposo, pero una cosa no quitaba la otra.

—¿¡Apruebas que Beth se case con ese mentecato!? —levantó la voz sorprendida. Se oyeron los cuchicheos, a Angela le dio igual.

—Beth va a casarse con ese mentecato de Perth en menos de cinco minutos. Es un hecho. No importa lo que a mí me parezca su decisión. Es mi amiga, la respetaré y apoyaré.

—¿Cinco minutos, dices? Eso está por ver. —Angi sonrió de lado.

—¿Qué sabes que yo no sepa? —A Bri no le gustaba cuando la condesa hacía eso. Al final, sí iba a resultar cierto que Angela era una bruja.

—Ah, ah, ah. Mi boca está sellada. —Se hizo la intrigante todavía más.

—¡Cielo Santo! ¿Ese es York? —Era una pregunta retórica. Demasiado bien sabía ella que ese hombre impecablemente vestido a la moda era el segundo hombre que la había dejado impactada.

—Sí, todo él. —«Arrogancia y vigorosidad por todas partes», quiso explicar. Angela lo había visto hacía un rato. Nada más se sentaron lo divisó de pasada a través de las puertas de la gran catedral, él estaba conversando con unos caballeros. Seguro que de su misma calaña. Libertinos que no querían reformarse.

—¿Cómo lo hace? —Acababa de entrar y las damas se estaban abanicando acaloradas al verlo. Incluida Briana.

—Estás casada, Bri. —Su amigo York tenía ese efecto en todas las mujeres.

—Felizmente casada, sí. Pero es que él es…

—Sí, lo es, puedo verlo.

—Era perfecto.

—… Magistral, magnífico, sublime, encantador. —¡Nunca dejaría de estar impactada con semejante ejemplar! Suspiró. Atención que su amor era para Frederick, pero es que… ¡Era York!

—¿Quieres que tu esposo te mate? Y ya puesto, ¿a mí? No creo que Exeter me haya perdonado por llevarte a su casa. —Ella misma en su lugar estaría muy enojada si hubiese estado en su pellejo. Meter a la mujer que amaba en la boca del lobo… Lo comprendía.

—¡Caramba, Angi!, viene hacia aquí —señaló, haciendo caso omiso a la apreciación de la esposa de samuel.

—Siempre le gustó el peligro. —Sabía que Malcom no le tendría miedo a Samuel, pero estaba segura de que sí a Frederick… Angela aún tenía fresco en la retina el recuerdo de la tensión que él sufrió cuando descubrió que sobre su pecho descansaba la prometida del coronel. Estuvo bien verlo acalorado por una vez en la vida. Sonrió divertida por el recuerdo.

—¡Ah! Un duque vanidoso debe rodearse de las más preciosas damas, estaré bien aquí. —Les dedicó su mejor sonrisa.

—York —saludó Angi. Bri no podía ni hablar. Estaba enamorada, completamente enamorada de su esposo, pero es que este hombre era un poderoso hechicero o algo por el estilo… Angela le dio un codazo a Bri para que saliese de su ensoñación. Sus esposos las estaban contemplando desde no muy lejos de ahí y ese juego era peligroso jugarlo. Eran celosos, a cual más.

—Excelencia —consiguió saludar al fin, Bri.

—York, sé un buen chico y vete. No deseo problemas con mi esposo.

—¡Ah! Mi papel concluyó y debo ser desechado como a un sucio desperdicio —se quejó—. ¿Vuelvo a ser invisible, Angi? Después de ayudarte, pensé que podríamos saludarnos al menos. Es lo mínimo que merezco por jugarme el pescuezo por ti y tu amiga. ¿No tienes compasión por un duque apuesto y rico que está por encima del resto de los mortales, querida mía? —Él estaba enfadado porque no le gustaba que lo usasen y esa amiga ingrata era una experta en hacer eso a su antojo.

—El coronel no tardará más de unos pocos segundos en venir hacia aquí si no te marchas de inmediato. Es porque te aprecio que te digo que debes mantenerte lejos. —Si decía eso de su esposo, York no se iría. Fue gracioso verlo apretar los labios, girarse para buscar a Exeter y observar su cara de crispación cuando el esposo de Bri alzó una ceja.

El duque de York se tragó una sonrisa. ¡Esposos enamorados! ¡Qué absurdo eso del amor! Él no caería en esa trampa jamás. Ninguna mujer valía la pena

—Ha sido un placer saludarlas. —Malcom se dio media vuelta y desapareció como por arte de magia. Había divisado a una presa más adecuada para su hazaña.

—¿Por qué lo has espantado? No había nada de malo en que tomase asiento junto a nosotras. —Se sentía pletórica porque entre todas las grandes y bellas damas que habían acudido a presenciar el enlace matrimonial de su gran amiga Beth, el duque de York las hubiese escogido a ellas.

—Tu esposo lo retaría a duelo y York no merece la muerte. ¿De

verdad eres tan ingenua, querida, como para creer que tu bendito coronel dejaría que él se acercase a ti con su historial? ¡York es un disoluto sin corazón!

—Eres una exagerada. —Frederick no haría nada como eso, ¿verdad?—. Además, el duque es tu amigo y creo que nos ayudó mucho. Le estoy agradecida por haberme hecho despertar al coronel de su largo letargo.

—Y tú no conoces aún a tu esposo si niegas lo evidente. Te adora, es celoso, y York es un conquistador nato. No te permitirá ser su amiga, así que, si alguna vez has pensado que podrías hablar o conversar con el duque, es que ciertamente no sabes con quién te has casado. York es un libertino al que no le importa quién se meta en su cama. Tu esposo hace bien en protegerte.

—Está bien, está bien. Pero creí que York era tu amigo. —La crítica de Angela había sido muy dura.

—Lo es, pero eso no quita la verdadera naturaleza de él.

—¿Es por eso por lo que no te quisiste casar con él?

—Un libertino no se reforma nunca, Briana. Es mi opinión. Pero quisiera verlo feliz. Lo aprecio muchísimo Además, cuando conocí a Samuel tuve claro lo que quería en mi vida. —Hubo una pausa. *Lady* Exeter decidió que seguiría el sabio consejo de Angela. Ella era más experta en hombres, en la vida, en niños… ¡En todo!

—Supongo que tienes razón.

—Mira, Bri, lo que trajo la marea —dijo Angela, cuando advirtió la presencia de cierta… dama, por decir algo cortés.

—¿Quién la habrá invitado? —preguntó poniendo una mueca.

—Nunca necesitó invitación para presentarse donde quiso.

—Seguramente los rumores le habrán llegado hasta Melory Park.

—Amanda siempre fue una chismosa.

—¿Como lo estamos siendo tú y yo ahora?

—Lo nuestro son unas charlas en familia. Nada que ver con los comentarios maliciosos que corren por ahí. —Angela restó importancia.

—Le tendiste una trampa a la pobre.

—¿Yo? —preguntó con fingida inocencia.

—Sí, tú. No te hagas la inocente porque Frederick me lo contó todo.

—¿Tu marido lo sabía desde el principio? ¿Y la dejó meterse en tu casa?

—No, se enteró luego, pero acabó averiguando toda la historia que comenzó contigo. Mi marido es listo para unas cosas, pero para otras… —Pensó en todo lo que le había costado llegar hasta aquí con él.

—Ella siempre quiso ser condesa, yo solo la ayudé. No soy culpable

de nada más. Debería estar agradecida por lo que le concedí.

—¡Pobre Lancaster! —El conde era duro y terco. No se veía sobrepasado por ninguna situación, pero, aun así… Mandy era como una plaga.

—Pobre Amanda, querrás decir. —Las dos rieron por lo bajo.

—¿Crees que la pondrá en su lugar?

—Si ese hombre no consigue derretir a la bruja de hielo, nadie lo logrará. Además, a esa mujer le hace falta un buen correctivo.

—¡Yo también la llamo así! Me cansé de arpía, simplona y boba tonta. Por cierto, nunca te agradecí que lo enviases a mi casa.

—De nada, querida. Tu carta me dejó preocupadísima, pero sabía que Lancaster lo solventaría enseguida. ¿Dijo lo de tu cumpleaños?

—¿Cómo sabías que dijo eso? —Parecía una adivina.

—¡Oh, Bri! —La conocía mejor que ella misma y sabía que los dos testarudos, es decir, tanto lord como *lady* Exeter, seguirían con problemas porque probablemente no se comunicaban por lo tímidos e inseguros que se mostraban en las cuestiones que entre ellos había. Para todos los que estuviesen unos minutos observándolos, era elemental que se amaban… era así para el resto, menos para los implicados, claro. Decir eso de su cumpleaños en caso de que el coronel no lo supiera provocaría algo… bien pena o culpa en el hombre, no obstante, era una baza que Angi estuvo dispuesta a jugar porque después de leer la misiva, las cosas peor no iban a irles.

—Mira, ahí entra Olivia. —Frunció el ceño al ver a su amiga salir apresuradamente de la iglesia.

—Me lo esperaba.

—¿Qué esperabas?

—Que saliera corriendo.

—¿Por qué?

—Estás muy desinformada. Es lógico porque eres una recién casada que probablemente del lecho no salgas.

—¡Oye! —Estaba escandalizada. Ni en la casa del Señor Angela se refrenaba.

—No te juzgo.

—Eso es personal.

—Disfrutar de tu marido no es ningún pecado. Dios bendijo esa unión.

—Por favor, Angela, no hables más, no sobre ese tema.

—¿Usaste el camisón que te regalé?

—¡Angela! —¿Por qué la condesa no se callaba de una vez? Briana miraba a todos lados esperando que nadie las pudiese oír.

—Si lo usaste, probablemente ya estés embarazada.

—Me estás avergonzando. —Esperaba que nadie las estuviese escuchando porque sería su fin en sociedad. No es que a ella le

importase mucho esto, pero quería estar a la altura de su esposo y no avergonzarlo.

—Seguro que de saber que esa prenda fue obra mía, tu esposo me perdonaría lo de York. —Sopesó hacérselo saber de algún modo discreto… Estaba harta de las miradas del coronel. Se veía a toda legua que aún la culpaba por todo aquello, cuando el crimen lo cometió él. Desagradecido… ¡Encima que lo había ayudado!

—El novio no aparece. Me estoy preocupando. —Trató de cambiar de tema.

—Te compraré otro en color negro. —«Fue inútil propiciar otro rumbo en la conversación», pensó Bri—. Eso me hará hacer las paces con el coronel. Soy una mujer a la que no le gusta estar peleada con la gente, especialmente si él es tu marido.

—Veo que es una tontería hablar contigo. Vas a hacer, decir en este caso, lo que te venga en gana.

Angela iba a replicarle cuando una mujer se acercó a ellas.

—Disculpad. Mi hija ha pedido verla, *lady* Exeter. Es algo urgente. —La mujer dijo la frase con la mayor discreción. La mirada de todos los allí presentes estaba sobre ella.

—Las acompañaré, excelencia. —Angela se sumó. «Al parecer, Amanda no era la única que no necesitaba ser invitada para participar en algo», pensó Bri.

Las tres salieron en busca de Beth. Algo debía pasarle a la novia, y ya puestos al novio, porque en la catedral no había aparecido y pasaba más de media hora del momento anunciado para comenzar la ceremonia.

***

Momentos antes, tres hombres también compartían confidencias. Frederick, Samuel y Kirk estaban de pie observando la gran multitud que había acudido. Los tres dudaban de que la mitad de los invitados no hubiese asistido con la única finalidad de saciar su curiosidad. El morbo estaba servido. ¡Ah!, el cuarto militar, el teniente Ryan, estuvo callado y ausente. Tenía sus propios y grandes problemas.

—Pensé que no vendrías, Kirk. Yo en tu lugar no hubiese acudido. La gente no para de mirarte y murmurar —se mofó Samuel.

—¿Y perderme una hermosa boda? —Se veía divertido y esto contrarió a sus amigos.

—Creí que estarías peor —comenzó Frederick. Aún recordaba lo que le costó animarlo la última vez que Kirk lo invitó a su casa. Creyó que él acabaría muerto de pena.

—Tal vez pueda ser de ayuda, llegado el caso —dijo enigmático el

duque Demente con una sonrisa aún más amplia que la que esbozó cuando se plantó delante de ellos antes de ingresar en la catedral.

—¿Qué tramas, capitán? —Esa sonrisa ladina que asomaba en Kirk no presagiaba nada bueno. Además, que estaba elegantemente vestido, impecable, y el demente no se arreglaba nunca tanto. Un escalofrío atravesó la columna vertebral de Exeter. Esperaba que su conjetura no fuese correcta o…

—¿Yo? ¿Qué voy a tramar? Recibí la invitación a la boda, por lo que soy un invitado más —dijo inocentemente Kirk.

—Dudo mucho que recibieses esa invitación a la que aludes. —Monty no se creía ni por un momento que él fuese un invitado, ni por parte de la novia, ni del novio.

—Pues como la mitad de los aquí presentes. ¿Y qué, coronel? ¿Cómo te va en la perpetración de tu linaje con la hermana de Samuel? —Quería quitarse de encima la atención de sus amigos y el punto le pareció infalible. Frederick lo enfrentó furioso, a su vez, Samuel miró ardiendo de ira al coronel… Que no se quejasen tanto que había omitido lo de *a fondo*, que daba mayor énfasis a su sutileza… Bien, sí, sí, no era una sutileza.

—¿Mejor hablemos de cómo te la han robado, Kirk? —contraatacó Frederick.

—No me la han sustraído porque nunca la quise —explicó airado.

—Ya. —«Mentira». Lo pensó, pero no lo dijo.

—¿Está embarazada *lady* Exeter? A estas alturas yo creo que sí que podría estarlo, ¿verdad, Samuel? —insistió Kirk.

—¿Tendrás tú pronto descendencia? —inquirió Frederick—. Lo dudo mucho porque no vas a casarte. —A este juego podían jugar dos, si Samuel no lo mataba, claro. Menos mal que no se fijó en Bri hacía ocho años o los dos hubiesen tenido una cita a veinte pasos, porque si parecía que su cuñado Monty le estaba perdonando la vida y ella era su esposa, y tenía todo el derecho a ejercer sus derechos maritales… ¿Qué hubiese hecho el bueno de Samuel en aquel entonces?

—Puedes apostar a que no tardaré demasiado en hacer ambas cosas —dijo con una brillante sonrisa el duque. Era su momento de actuar. La señal que esperaba acabó de ser dada. Se marchó de allí sin mediar palabra. Los dos hombres se quedaron estupefactos. Ryan continuaba sin hablar.

—Empiezo a pensar que realmente está demente.

—Yo lo supe el primer día que llegamos a la frontera de Francia con España. —Ese hombre se deshizo de seis enemigos con un solo cuchillo como arma.

***

—Damas. —El duque de Kensington abrió la puerta por la que acababan de ingresar las tres mujeres sin ningún tipo de pudor o cortesía. Estaba seguro de que había de hacerse ahí.

—¡Excelencia, no puede estar aquí! —La madre de Beth estaba indignada y alarmada a partes iguales. Los nervios los tenía a flor de piel, pero esto no podía soportarlo.

—Deje que se quede —terció Angela. Algo le daba en la nariz a que él era el responsable de muchas cosas de las que había oído hablar.

—La han dejado plantada, *milady*. —Se acercó a la novia para señalar lo obvio.

—No veo que sea asunto suyo, excelencia. —Ella lo fulminó con la mirada.

—Soy la solución a sus problemas —señaló el duque.

Angela apretaba en el brazo a Bri para que no hablase. Había visto la intención de la joven para intervenir y evitó que se metiese en medio del fuego cruzado. La duquesa de Shepar permanecía atenta a lo que él acababa de decir. Si el conde de Perth no se presentaba, Beth estaría completamente arruinada y ya no tendría salvación posible. Esta vez sí sería su ruina. La pobre madre de Beth no sabía cómo su hija había podido salir indemne la primera vez que su reputación fue arrastrada por el fango.

Por su parte, Kirk se había olvidado del público que tenía delante. La observaba detenidamente deslumbrado. Parecía un ángel con su vestido gris perla. Oyó un carraspeó, se giró y observó a las tres mujeres mirándolo. Era hora de deshacerse de ellas.

—¿Podrían permitirme un momento a solas con *lady* Elisabeth, por favor? —Fue una pregunta que se oyó como una orden atronadora. Ese hombre no era capaz de pedir nada sin demostrar que era un poderoso duque o un capitán al mando. Aunque no fuese un duque hubiese sido igual de intimidante.

—No creo que eso sea apropiado. —La madre de la novia no iba a poder consentirlo.

—Su hija está completamente arruinada porque él no va a aparecer. Creo que no pasará nada porque un duque —no le gustaba utilizar el título, pero esta era la primera vez que le iba a servir de algo— pida audiencia. —Miró a la madre de su futura esposa con tal sagacidad que la mujer supo que no podría combatir con él.

Beth suspiró y él se giró para enfrentarla.

—¿He dicho algo que no sea cierto, querida? —preguntó, mientras miraba a las tres que seguían expectantes.

Angela se las llevó de allí a las dos. Bri estuvo tentada de decirle un par de cosas a ese tirano arrogante. El duque Demente se merecía una buena reprimenda por todo lo que había hecho. *Lady* Monty la mandó

callar nada más la vio abrir la boca. Ellos dos tenían que hablar. La amiga de Briana iba a estar bien porque ella conocía esa expresión que la muchacha estaba poniendo y si el duque creía que iba a salirse con la suya… «¡Menos mal que había venido a la boda!», pensó Angela. Monty había tratado de impedir que acudiese, pero ella necesitaba ver el desenlace de esta historia.

Cuando oyó que la puerta se cerraba regresó su atención a la joven.

—Beth.

—¿Ahora soy Beth? —preguntó ella bufando. Ese hombre no tenía el menor sentido de la oportunidad.

—Beth. —El nombre salió como terciopelo entre sus labios. Kirk volvió a intentarlo una vez más. Que la joven estuviese tan a la defensiva iba a ser un problema, con eso no contaba—. Estás en un aprieto muy peliagudo. —Se colocó de rodillas delante de ella. Trató de cogerle la mano. Ella la apartó nada más sintió el contacto de él.

—Lo sé. Las he llamado para que me saquen de aquí. —Lo miró a los ojos y lo que vio la asustó. Giró la vista en busca del paisaje que se veía por la ventana.

—No vas a poder huir de lo que esto va a implicar. Esta vez no conseguirás reponerte. —Beth se volvió a girar para enfrentarlo, ¿eso en su voz era lástima? ¡Era el colmo de los colmos! Se apartó. No quería tenerlo delante. Se movió hacia la ventana.

—También lo sé. Soy plenamente consciente de lo que va a implicar y lo que debo hacer. —Altiva era quedarse corto para definir la actitud de la muchacha.

—Estoy aquí. —Kirk se acercó con sigilo hacia ella. Se colocó a su espalda mientras depositaba sus manos en sus antebrazos. Beth se removió para apartarlo. Esta vez él no le permitió liberarse y con el movimiento, la espalda de ella quedó recostada sobre su pecho. Ella no pudo moverse.

—Me da igual. —No entendía la frase que él acababa de decir, pero la verdad es que en estos precisos instantes era la pura verdad: nada importaba.

—No me lo vas a poner fácil, tesoro —No era una pregunta. Su aliento le hacía cosquillas en la nuca. Sentía la cabeza de él apoyada en su pelo, su nariz más bien.

—¿Me lo pusiste tú a mí fácil? —El corazón iba a toda velocidad y su respiración estaba entrecortada. Estaba sintiendo una mezcla de… de ira. ¡Tenía que ser ira porque lo otro era demasiado humillante para reconocerlo!

—*Touché*. —Sintió que él se reía y eso la enfureció aún más.

—Vete y déjame tranquila. Diles que entren o mejor se lo diré yo. ¡Estoy segura de que están con la oreja pegada a la puerta! —levantó la voz para que la oyeran alto y claro.

—¡No estamos oyendo casi nada porque habláis muy bajo! —La que gritó fue Briana. Angela la regañó. La madre de la joven también permanecía atenta a la situación, y del mismo modo que las dos que la acompañaban, se lamentó de poder oír nítidamente la conversación.

—Te ofrezco una vía de escape —continuó el duque. Le daba igual que los oyeran. Olfateó más profundo su olor. Lavanda. Esa esencia lo volvía loco desde el momento en que la conoció.

—No estoy segura de quererla. —Por instinto fue por lo que ladeó la cabeza cuando sintió los labios de él acariciar su nuca.

¿Qué? Ella era débil. Ese maldito siempre la había puesto frenética con su sola presencia. Sentir esa caricia la hacía vulnerable. Toda la piel se le erizó cuando él depositó un húmedo beso en el lugar donde brotaba su pulso.

—¿Merecen tus padres lo que vas a reportarles? —La reputación de ella caería, pero también la de su familia.

—Porque no lo merecían, tomé la primera decisión y mira dónde nos llevó. —Ella recobró el sentido en ese preciso momento. Se separó de él a la fuerza. Puso distancia entre ambos y se giró para enfrentarlo. Ella ya no era tan débil como lo fue una vez.

—Beth, por favor. —La súplica fue tan cruda que ella casi se sintió tentada a creerlo.

—Por favor, ¿qué? —preguntó más soberbia.

—Te has vuelto una dama muy dura —expuso a su pesar.

—Tuve un buen mentor. —Estuvo satisfecha porque con esas cuatro palabras consiguió que parecieran diez por lo menos. Las dijo arrastrándolas.

—Por lo visto al mejor —dijo por lo bajo, mientras se reía.

—¡Fuera! —le escupió a la cara cuando le escuchó la broma y lo vio sonreír orgulloso.

—Espera, mujer. No te alteres.

—¡Fuera he dicho! —La joven vio algo brillante y muy pesado y lo sostuvo para lanzárselo. El objeto se estrelló violentamente contra la pared.

—¿Estás loca, mujer? ¡Has podido matarme!

Beth divisó algo de plata. También parecía contundente. Quería herirlo. Lo empuñó dispuesta a repetir la acción de hacía unos momentos. Esta vez el hombre se tuvo que agachar para evitar que le diera de pleno en la cabeza.

—¡Largo he dicho! —Beth estaba fuera de sus casillas.

—¡No salga, capitán! —le ordenó una voz tras la puerta. Fue Angela. *Lady* Monty sabía que la muchacha estaba tirándole objetos, pero él debía ser fuerte y resistir.

—Ya lo has oído. No puedo marcharme. —Entendía lo enamorado que estaba Samuel. Esa mujer era muy lista. Kirk se abalanzó sobre

ella para evitar que se hiciese con un nuevo objeto para tirárselo. Ella forcejeaba. Él era un experto combatiente capaz de contener a una dama. Sus bocas quedaron muy juntas. Se miraron a los ojos. Beth paró de pelear contra él.

—¿Desde cuándo haces caso a una mujer?

—No estás siendo justa. —El aliento de él olía a licor. El de ella, a limonada.

—Yo diría que tirarte ese ramo de rosas a la cabeza nada más entrar por la puerta, hubiese sido la única justicia que merecías.

—Hubiese dolido menos. Esos objetos eran pesados.

—Vete, por favor.

—Te lo he regalado con todas mis mejores intenciones. Las rosas negras siempre me recuerdan a mí, a ti que me viste. —Sí, el ramo era de Kirk. Había sido entregado con una tarjeta que contenía bellas palabras e iba su firma para que ella no se llevase a engaño.

—¿Cuál era el propósito? —Él siempre estaba jugando con ella y sencillamente ya no podía más.

—¿Hacer las paces? —No entendió porque le salió como una pregunta. Era una afirmación.

—¡Hágalo de una vez, capitán! —lo incitó una voz tras la puerta. Esta vez fue Bri la que habló. ¿Qué? Ella quería ganar la apuesta que había en marcha. Cuando *lady* Exeter lo explicó, allí tras la puerta en la que estaban espiando, *lady* Monty la juzgó severa… como si ella no supiera que Angi también había apostado sobre con quién se casaría Beth finalmente.

Kirk hincó la rodilla, le sujetó las manos más fuerte de lo normal porque no quería que ella escapase, o peor aún, que alcanzase la estatua de Jesús que había en la mesa contigua y le atizase con ella.

—*Lady* Elisabeth MacGlen. ¿Me haría el favor de consentir en ser mi esposa, mi duquesa?

—¿La duquesa Demente? ¡Qué gran atractivo! —señaló llena de ironía.

—Estás siendo cruel.

—Agradézcaselo a mi mentor. —Cambió a la formalidad aposta.

—Soy tu única salida.

Beth se tomó un momento. La cosa se había complicado hasta extremos imprevistos. Su vida estaba siendo un desastre. Cada decisión que tomaba se convertía en algo peor que lo anterior. Ya empezaba a pensar que estaba maldita. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil?

—Va a ser un error. —Lo miró, tratando de ver algo en su mirada, algo que le indicase que… no sabía lo que estaba buscando… un resquicio de algo… ¿de humanidad?

Beth estaba en una auténtica encrucijada. De esa decisión dependía

el resto de su vida. No iba a tener más oportunidades. Los compromisos se rompían, pero los matrimonios eran para toda la vida… ¿Qué iba a hacer? ¿Qué decisión era la más acertada?

La joven alzó la vista y divisó una gran cruz en el centro de la estancia. Pidió y rezó a Dios para que le llegase alguna señal. El Altísimo tenía que ayudarla. No podría acarrear con otra mala decisión…

Segundo epílogo

¿York de rodillas?

Londres, Inglaterra, 1823.

Briana y Angela entraron en el despacho donde Samuel y Frederick estaban reunidos con el fin de interrumpirlos. Habían aceptado salir los cuatro al teatro en una cita sin niños y era hora de marcharse.

Los condes de Monty habían dejado a sus hijos: Jeremy, Adam, Astrid y el pequeño Edmund en Armony, en la finca campestre con una niñera de lo más amorosa.

Por su parte, Briana había sido muy reticente a alejarse de sus hijos por unas horas, en especial del más pequeño.

Frederick y Briana habían logrado tener una gran familia feliz. Su hijo mayor, Andrew, de ocho años había prometido ocuparse de los pequeños, de Benjamin, un año menor que el heredero de Exeter, y de Christopher, que contaba con cinco primaveras.

—Veo que estás vestida y lista para marcharnos —le dijo escéptico el conde de Exeter a su esposa.

—Parece, mi amor, como si en verdad hubieses creído que no saldría de casa esta noche. Lo había prometido y lo haré —le respondió Bri.

—Lo sé, sin embargo, también soy consciente de que nuestro Christopher te tiene bailando al son de su dedo meñique.

—Dijo que le dolía la barriga, Frederick.

—Tu vástago más consentido diría lo que fuese para que su adorada madre no se alejase de su lado durante la noche. —El hijo pequeño de ambos estaba absolutamente enamorado de Briana y era muy absorbente. No se trataba de que Exeter tuviese celos, pero sí que comenzaba a echar de menos las atenciones de su esposa, en especial por la noche, cuando el niño la reclamaba porque no lograba dormir bien.

—Como sea, estoy lista para ir a la ópera —zanjó Briana.

—¿Tú también lo estás, querida mía? —preguntó amoroso Monty, al tiempo que se acercaba a su condesa para darle un beso intenso. Samuel estaba muy feliz en esa ocasión por un rumor de lo más maravilloso que circulaba por la ciudad.

—¡Samuel! —lo amonestó traviesa, en cuando su esposo dejó de besarla.

—Antes de que bajaseis, Frederick y yo estábamos hablando de un

buen amigo vuestro —explicó el esposo de Angela, con satisfacción.

—Tenemos pocos amigos masculinos, en especial porque nuestros esposos han resultado ser muy celosos —señaló Angela.

—York —sentenció el coronel.

—¿Qué pasa con el duque? —preguntó Angela.

La pareja lo había recibido hacía algunas noches en su casa debido a una fiesta, y aunque Frederick se puso quisquilloso sobre el hecho de permitirle la entrada, al final lo dio acceso.

—¿Se ha vuelto a emborrachar, se desnudó y orinó en el poche en alguna fiesta reciente? —preguntó Briana.

—Eso creo que no ha pasado nunca —comenzó a explicar la condesa de Monty—. Sospecho que fue una inventiva que el mundo empezó a dar por buena. El duque es demasiado vanidoso como para permitir que algo así le ocurriese.

—¿Estás segura? —se interesó Samuel.

—Tú mismo lo viste hace escasos días. York ha cambiado y parece feliz —le recordó Angi a Samuel.

Era cierto que los condes de Monty estuvieron en compañía del duque y él parecía un cordero manso, pero con York uno no sabía a qué atenerse.

Frederick y Samuel intercambiaron una mirada cómplice. Los dos hombres habían estado con York en un club de dudosa reputación hacía relativamente poco, mientras él peleaba contra un viejo rival de la infancia en el ring. El vanidoso noble recibió algún que otro derechazo, que lord Exeter y Monty sintieron como un perfecto ajuste de cuentas por todas las veces que el duque los había molestado. No estaba de más que alguien tan acostumbrado a ganar y salirse con la suya se llevase un revés.

Mejor no compartir esa vivencia con sus esposas, dado que el club no era decente, las damas los acusaban de posesivos y ellas eran veinte veces peores.

—En White's se rumorea que el duque ha huido con su prometida rumbo a Gretna Green y que se ha casado —explicó Exeter. Monty y él lo acababan de averiguar.

—¿Es por ello que se canceló su boda sin explicación alguna? —se interesó Briana.

El *beau monde* había recibido la noticia de la inminente boda del duque de York con gran ansia. Las damas lo habían hecho con resignación y alguna que otra lágrima. Los caballeros lo querían fuera de circulación y estaban deseosos de que el cotilleo fuese cierto.

Sin embargo, cuando todo estuvo listo en la catedral para celebrar en enlace y los novios no se presentaron…

—No lo sé. Aunque no sería descabellado que York haría algo escandaloso incluso para casarse —aludió Exeter.

—¿De verdad creéis que se ha casado? —preguntó incrédula Briana.

—¿Sientes lástima por no tenerlo disponible, esposa? —saltó celoso Frederick. Ella se rio con ligereza.

—Ya no soy una muchacha impresionable. Él siempre fue sublime, mi amor, y por más que me guste verte en alerta —lo había visto cuadrar los hombros—, no cambiaría mi vida ni por todo el oro del mundo, menos por un hombre hermoso como él, cuando logré alcanzar mi sueño. A ti —le dijo, al tiempo que caminaba hacia él y le daba un beso que certificase sus palabras.

El gesto casi se les va de las manos a los condes de Exeter. El amor que sentían era una chispa capaz de encender la pasión más sincera.

—¡Es mi hermana! —se quejó Monty al ver que no paraban. Después de tantos años y no se acostumbraba a que Bri fuese una mujer con… con esposo e hijos.

—Vamos, Samuel —intercedió Angela—. Tienen el consentimiento del Altísimo.

—Sí, además, yo no te he recriminado nada a ti cuando has besado a tu esposa —se defendió Frederick.

—¡No es lo mismo! —exclamó Samuel.

—¿Ah, no? —rebatió el coronel.

—No. Angela no es la hermana de nadie, es mi esposa —se defendió lord Monty.

—Te concederé que antes de ser mi esposa, amigo mío —terció el coronel—, fue tu hermana. Pero es mi mujer y tengo el derecho de hacer lo que desee con ella.

Se escuchó un carraspeo femenino.

—¿Estás seguro de ello, mi amor? —Inquirió la condesa de Exeter ante las palabras de su esposo.

—Quería decir que tengo el derecho de hacer contigo lo que tú me permitas —recapituló. Frederick no deseaba un enfrentamiento que no podía ganar.

Samuel tuvo el buen tino de no reírse de su mejor amigo. A fin de cuentas, el conde de Monty estaba tanto o más embelesado con su esposa que el propio Frederick. Los hombres enamorados, al igual que las mujeres que idolatraban a sus esposo, hacían y decían cualquier cosa por el ser amado. Y eso no era algo malo.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Angela, antes de que estallase alguna nueva pequeña discusión.

—Por supuesto —dijeron al unísono los hombres, quienes se adelantaron para ir hacia el carruaje que los llevaría al teatro.

Las damas se quedaron rezagadas, y cuando supieron que los hombres no las escuchaban, intercambiaron confidencias.

—Me debes veinte libras, te dije que York estaba absolutamente

enamorado, Bri —le dijo lady Monty.

—¿Crees que de verdad es una boda por amor?

—¿Por qué te cuesta tanto creerlo?

—Porque tú misma dijiste en cierta ocasión que él era un libertino de la peor clase, y que no creías que pudiera ser fiel.

—Oh, es así. No lo negaré, pero si hubieses visto a la mujer que él eligió, te habrías dado cuenta de que no podría doblegarla. Te lo prometo, Bri, la que a estas horas muy probablemente se haya convertido en duquesa de York, si es que es verdad que la pareja se marchó a Gretna Green para casarse, se veía formidable. Él, en su compañía, parecía un gatito ansioso por obtener su atención. Casi creí verlo decidido a acurrucarse en sus rodillas.

—¡Yo no lo habría dicho mejor, esposa! —estuvo de acuerdo Monty.

Los cuatro se rieron. Ciertamente era muy curioso que el duque de York hubiese caído de rodillas ante una mujer. Pero como era bien sabido, a cada libertino le llegaba su hora y si era digno, merecía a una esposa capaz de enderezarlo.

—El problema es el vizconde Portman —le dijo Samuel a Frederick, en clara alusión a Thomas Foster, uno del club de los cinco que se pasó al bando de York y que se había convertido en alguien peligroso.

—Lo sé —estuvo de acuerdo el coronel—. Si York se ha casado y está enamorado como decís, hay esperanza incluso para el mismísimo ángel negro, así que confiemos en que Thomas también logre volver a sonreír.

Las dos parejas salieron dispuestas a disfrutar de una velada tranquila. Había cosas que resolver, historias que conocer, pero eso sería poco a poco…

Fin.

No te pierdas

las siguientes historias

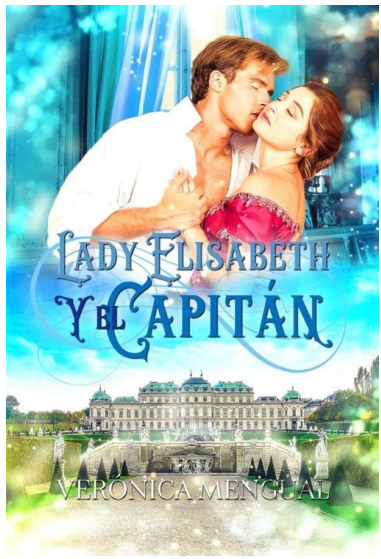
Lady Angela y el conde

Cuando la llamada del amor es más grande que la de la guerra, un hombre se ve atrapado en la preciosa batalla de la pasión.

Lord Monty, de nombre Samuel, ha visto truncados sus planes para marchar contra Napoleón. Su padre le acaba de ceder los honores y obligaciones del título, pues aquejado de una enfermedad, el anterior conde necesita que su hijo se quede a su lado y cuide de su hermana pequeña y busque una esposa.

Luchar contra el ejército francés le parece un trabajo más fácil que el de entablar una sencilla conversación con una dama. Samuel es consciente de que su mente no funciona todo lo bien que debería, y que socialmente no es demasiado competente. Y si por si eso no fuera todo un gran problema, él ha ido a dejar caer sus ojos y afectos sobre la prometida del duque de York, un hombre apuesto y rico.

¿Cómo podrá hacerle ver a la hermosa dama que él es mejor opción que ese duque de ensueño?



Lady Elisabeth y el capitán

Cuando la guerra da una segunda oportunidad, lo mejor es estar atento a lo que inesperadamente se pone al alcance de uno. No obstante, el capitán Kirk Baldrick no está muy por la labor de querer descubrir si esa dama, que se ha interpuesto dos veces ya en su camino, es tan dulce y fascinante como parece.

La sociedad de Londres lo ha apodado el duque Demente, no sin razón. El capitán se marchó a la guerra siendo un segundo hijo, pero regresa con un alto rango. Además de esa locura que no ha quedado demostrada… del todo, él tiene otras muchas cualidades que lo definen a la perfección: malhumorado, tiránico, triste, gruñón, descortés… Es un diablo al que pocas mujeres mirarían a los ojos y al que ninguna osaría dirigirle una sola palabra.

¿Y ella? *Lady* Elisabeth se ha resignado a ser una solterona y lo desea, pues parece ser la única forma de conseguir la libertad para dedicarse a hacer lo que más le gusta: el cultivo de la tierra. Pero es una dama y su madre tiene sus propios planes para ella. Y esa circunstancia hace que tenga ante sí la posibilidad de casarse con el hombre que siempre amó en silencio, solo que lord Perth no resulta ser quien ella creyó y ese hombre terrorífico parece ser su vía de escape para salir del apuro en el que se ha metido solita.

¡Todo un desastre que la valiente Elisabeth no sabrá cómo resolver!

Lady Olivia y el teniente

Acción, intriga y sorpresas en la nueva historia de estos soldados destinados a enamorarse.

Lady Olivia entró en un apasionante juego de espías sin haberlo esperado. Dos hombres pusieron sus atenciones sobre ella y solo uno debía ser considerado para enamorarse. Trató de ser fría, calculadora… No lo consiguió y perdió su corazón por el camino. El desengaño fue duro y cruel, y no tiene tiempo que perder porque no debe arriesgar lo que más quiere en este mundo. Así que en sus planes no entra el amor, solo se dejará guiar por la protección y el coraje para acabar con el villano que amenaza a su familia.

El teniente Ryan ha regresado, contra todo pronóstico, vivo de la guerra. Manco, pero dispuesto a hacer lo que haga falta para desentrañar la verdad que tiene ante sus ojos y no consigue resolver. Aprovechará cada ventaja, y si eso incluye hacer uso del título que no había esperado heredar, lo hará sin pestañear. Si ser el conde de Albemarle le facilita las cosas con Olivia, usará esa baza también, porque sabe que ella oculta muchos secretos y él va a descubrirlos todos…

Llega la tercera entrega de unos libros que supusieron el inicio de mucho más. Pues «la bruja de hielo», Amanda, dio el paso a la trilogía

Bajo la Luna y el querido y vanidoso York dio comienzo a los ***Disolutos sin Corazón***.

Nota de la autora

Querida amiga lectora, como bien sabes, soy una autora que escribe de casi todo. Me gustan las historias cortas, largas, blancas, picantes, con un poco de erotismo… Y en especial las de género histórico. Si no conoces lo que tengo publicado, puedes pasarte por Amazon y buscar mi página de autora. Verás que hay para elegir.

Esta serie supuso un principio de algo grande. Ahora que he recuperado los derechos de la editorial, decidí, con motivo de la publicación del primer volumen de los Disolutos sin Corazón, corregir los posibles errores y darle otro aire nuevo. Especialmente para enlazar muy bien todas las historias y que se disfruten con mayor placer algunos pasajes. Espero que la hayáis disfrutado y me deis el mismo cariño de siempre.

Os adoro, preciosas liVertinas mías.

Recordad que lo único que pretendo es entreteneros con mi loca imaginación. Esto es una obra de ficción que nace en mi mente y que está basada en lo que soy, en mi modo de vida o en cómo entiendo la vida misma. Lo haré mejor o peor, pero si he conseguido que sonriáis me daré por satisfecha.

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1